

DIRECTOR FUNDADOR  
Jean Meyer

DIRECTOR  
Luis Barrón

JEFE DE REDACCIÓN  
David Miklos

CONSEJO EDITORIAL  
Adolfo Castañón  
Antonio Saborit  
Clara García Aylluardo  
Luis Medina  
Rafael Rojas  
Mauricio Tenorio

DISEÑO Y FORMACIÓN  
Natalia Rojas Nieto

CORRECCIÓN  
Pilar Tapia

CONSEJO HONORARIO  
Yuri Afanasiev †  
*Universidad de Humanidades,  
Moscú*

Carlos Altamirano  
*Editor de la revista Prisma  
(Argentina)*

Pierre Chaunu †  
*Institut de France*

Jorge Domínguez  
*Universidad de Harvard*

Enrique Florescano  
*Conaculta*

Josep Fontana  
*Universidad de Barcelona*

Manuel Moreno  
Fraginals †  
*Universidad de La Habana*

Luis González †  
*El Colegio de Michoacán*

Charles Hale †  
*Universidad de Iowa*  
Matsuo Kazuyuki  
*Universidad de Sofía, Tokio*  
Alan Knight  
*Universidad de Oxford*  
Seymour Lipset †  
*Universidad George Mason*  
Olivier Mongin  
*Editor de Esprit, París*  
Daniel Roche  
*Collège de France*  
Stuart Schwartz  
*Universidad de Yale*  
Rafael Segovia  
*El Colegio de México*  
David Thelen  
*Universidad de Indiana*  
John Womack Jr.  
*Universidad de Harvard*

- 
- ISTAR es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
  - El objetivo de ISTAR es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
  - Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
  - Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
  - Todos los artículos son dictaminados.
  - Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu
  - Puede consultar ISTAR en internet: www.istor.cide.edu
  - Editor responsable: Jean Meyer.

- Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
- Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
- Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

- ISSN: 1665-1715
- Impresión: IMDI Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F.
- Suscripciones: Tel.: 57 27 98 00 ext. 6091 e-mail suscripciones: publicaciones@cide.edu e-mail redacción: david.miklos@cide.edu



Portada: Composición hecha con las banderas de los Romanov y Rusia, y los escudos de armas de la URSS y el Imperio Ruso.

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

- 3 **Armando Chaguaceda**, Miradas sobre la Rusia de Putin
- DOSSIER
- 5 **Jean Meyer**, Vladimir Putin
- 21 **Rainer Matos Franco**, Rusia: El misterio, el atraso y el estorbo
- 35 **Armando Chaguaceda**, *Poder vertical*. Una mirada al renacer autocrático en la Rusia del siglo XXI
- 53 **Boris Kagarlitski**, Los intelectuales y el fantasma de Putin
- VENTANA AL MUNDO
- 67 **Adolfo Castañón**, Brisa de albahaca: Elogio de Marina en Selma
- USOS Y ABUSOS DE LA HISTORIA
- 75 **Juan Pedro Viqueira**, Los historiadores y la diversidad social
- HISTORIA Y LITERATURA
- 111 **Rafael Rojas**, Poéticas del presente: Narrar a Cuba, 1959-2015
- 115 **Walfredo Dorta**, Políticas de la distancia y del agrupamiento: Narrativa cubana de las últimas dos décadas
- 137 **Carlos A. Aguilera**, El Gran Mentiroso vs. El Gran Paranoico
- 147 **Ahmel Echevarría**, Entre la fricción y el tartamudeo: La voluntad de hacerse intraducible
- 157 **J.E. Lage**, ¿Valdrá la pena escribir?
- RESEÑAS
- 161 **Robert B. Pippin**, ¿Qué tiene que ver la novela, *La infancia de Jesús*, de J.M. Coetzee con la infancia de Jesús?
- 180 **Carlos Manuel Valdés**, Una historia con mancha: *La casa del dolor ajeno*, de Julián Herbert
- SEMBLANZAS
- 185 **Philippe Ollé-Laprune**, Las "novelas de voces" de Svetlana Alexiévich
- 189 CORRESPONENCIA
- 195 IN MEMORIAM
- 197 CAJÓN DE SASTRE
- 205 COLABORADORES

# Miradas sobre la Rusia de Putin

Armando Chaguaceda

Para el lector mexicano —y en general para los públicos de América Latina— Rusia es, cuando menos, una noticia poco frecuente en sus medios de información, foros de debate y pláticas de café. Sin embargo, ante la creciente presencia del “problema ruso” —resultante de las transformaciones internas del país euroasiático y de su renovado protagonismo internacional, ambos bajo el signo de Vladimir Putin— varios académicos latinoamericanos y europeos nos hemos dado a la tarea de reunir, en este dossier de *Istor*, un conjunto de perspectivas diversas y complementarias para el abordaje de la historia reciente y la actualidad de la potencia eslava.

Jean Meyer, voz autorizada de los estudios soviéticos y rusos en la academia mexicana, ofrece una mirada incisiva sobre la figura de Putin. Rehuendo los lugares comunes que enfatizan rasgos psicológicos o dinámicas conspirativas, el historiador traza —con uso de una gama de fuentes disímiles y actualizadas— una sintética minibiografía de las agendas, acciones y sustratos ideológicos del mandatario ruso, cuyo accionar discurre en estrecha relación con los intereses de otros poderes —políticos, sociales y eclesiales— actuantes en aquel país, así como del contexto geopolítico que explica los giros de timón de la última década, orientados al reforzamiento del activismo de Moscú en la política internacional.

En similar registro explicativo, Rainer Matos, joven y promisorio internacionalista mexicano, pone en solfa lugares comunes del discurso occidental sobre la rudeza y malevolencia que guían, supuestamente, las decisiones de alta política del Kremlin. Sin ignorar aquellos déficits domésticos que dejan su impronta en la economía, política y administración rusas, Matos intenta hilvanar las motivaciones que llevaron a la dirección estatal

rusa a recuperar su tradicional protagonismo en asuntos globales —con particular énfasis en los escenarios europeos, asiáticos y mesorientales— como respuesta a una política torpe y arrogante de Estados Unidos y Europa, particularmente revelada con la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Por su parte, quien suscribe estas líneas, procuró reunir y analizar —en un texto a medio camino entre la ciencia y la historia políticas— las líneas del desarrollo político ruso en los últimos veinte años. Poniendo el foco sobre aquellas decisiones clave de los actores políticos postsoviéticos que favorecieron, en una lógica incremental —de *path dependence*— la deriva autocrática del multinacional Estado, con la mira puesta en el destierro de las visiones culturalistas que “traducen”, de manera simplista, ciertas preferencias de la población rusa como una propensión innata al orden no democrático.

Por último, en cierre perfecto de las plumas aquí reunidas, el reconocido intelectual y activista Boris Kagarlitsky nos ofrece un fresco de las principales posturas intelectuales —liberales, nacionalistas— que coexisten en el debate público —y político— de la Rusia actual; llamando la atención sobre ciertos fenómenos de *autismo gremial*, urbanocentrismo, pragmatismo y sujeción a lógicas del poder y el dinero que voces ideológicamente disonantes comparten dentro de una nación inmersa en los circuitos y procesos de la globalización. Recuperando, en perfecta sintonía con su trayectoria como intelectual público y disidente, una bitácora sobre los desafíos que la crítica y acción pública —y, enfatiza, popular— tienen por delante en esta Rusia del nuevo milenio.

Por todo lo anterior, por la extraordinaria oportunidad que la coordinación del presente dossier me ha dado para reunir, repensar y debatir las certezas propias y ajenas, en un ejercicio de pluralidad informada —que espero agradecerán nuestros lectores—, no me queda más que incitarlos a leer los textos aquí cobijados. Convidándonos a continuar atentos al ulterior devenir de ese enigma de todos los tiempos que constituyen la nación, la cultura y la historia rusas. Ø

León, Guanajuato, 8 de octubre de 2015

# Vladimir Putin

Jean Meyer

Las motivaciones de Putin han sido durante mucho tiempo objeto de especulación periodística y académica, y han conducido a diversas teorías. “Es el muchacho golpeado en los rudos traspacios de la Leningrado de la posguerra, que se puso el uniforme del Comité para la Seguridad del Estado, la KGB, para salir adelante y no se le quitó nunca. Es el cínico y calculador, maestro de la realpolitik, que ve en el mundo puras conspiraciones y responde a ellas. Es un alma rusa atormentada a la Dostoyevski, desesperado por el ateísmo, el libertinaje y la decadencia moral. Es el homo sovieticus que sigue en el combate de la Guerra Fría. Es un clásico narcisista que se entiende mejor por su afán de “ser retratado a caballo, sin camisa”.<sup>1</sup>

A los cuarenta y siete años, Vladimir Vladimirovich Putin es presidente interino de la Federación de Rusia desde la Nochevieja de 1999. Va montado en un tigre. El tigre, mejor dicho el lobo emblemático de la nación chechena, es la guerra que empezó hace tres meses en la pequeña república caucásica y que le ha valido a Putin, nombrado primer ministro cuando empezó la ofensiva, una fulgurante popularidad. Putin, “el coronel gris”, alias “Stasi”, por su grado de teniente-coronel en la KGB soviética y sus actividades en Alemania, ha ganado las elecciones legislativas del 19 de diciembre de 1999 y ganará las presidenciales del 26 de marzo de 2000. Boris Yeltsin, al anunciar su salida de la presidencia, le permite a su delfín capitalizar la popularidad que le vale la guerra. Gran enroque. Jaque mate.

<sup>1</sup> Bill Keller, “Russia vs. Europe, Putin-style”, *International New York Times*, 17 de diciembre de 2013.

¿Quién es? “Un voyou comme moi”, “un pillo, granuja como yo”, afirma Gérard Depardieu para explicar la “amistad a primera vista” que los une. “Andaba de vago en la calle, peleaba. Como yo. A mí me salvó el ejército, me alisté a los dieciocho años... Igual que él. Lo salvó la KGB.”<sup>2</sup> En 2000, Putin lo había dicho: “Nunca fui pionero, yo era un hooligan, la verdad, era un muchacho malo”.<sup>3</sup> Y desde los diez años soñaba con entrar en la KGB. Estudió derecho y un buen día, en 1975, lo invitaron a trabajar en los “órganos”. En 1985 lo mandaron a Dresde, en Alemania Oriental, encubierto, para información y vigilancia política. La KGB era la mejor escuela de formación de dirigentes de la URSS, el vivero del cual salieron Andropov, Primakov, Stepashin y Putin, los tres últimos todos primeros ministros de Boris Yeltsin. En Dresde le tocó vivir el derrumbe del régimen comunista local y, mientras quemaba papeles día y noche, intuyó que en Moscú también el gobierno se debilitaba a gran velocidad.

Regresó en 1990 a la Universidad en San Petersburgo; no terminó el doctorado porque el alcalde liberal, Anatoli Sobchak, lo tomó como asesor muy cercano. El putsch fracasado de agosto de 1991 le pareció un error desastroso y siguió en su puesto hasta que, en 1996, Sobchak perdió las elecciones municipales. No tardó en entrar en la administración presidencial en Moscú, cerca de Yeltsin; en 1998 ascendió a director del FSB —nuevas siglas de la KGB—. Sobchak decía de él: “tiene ideas democráticas en cuanto al futuro del país, pero entiende muy bien que un país como Rusia necesita un poder fuerte. Sin un poder tal, Rusia dejará de existir como Estado unificado”.

En 1999, el presidente Yeltsin le confió el cargo de primer ministro cuando la cosa empezaba a arder en el Daguestán, atacado por comandos que venían de la vecina Chechenia. Putin, con el acuerdo de Yeltsin, optó por la guerra a ultranza contra Chechenia, convencido de que la teoría del dominó se aplicaba al Cáucaso: si cae Daguestán, los chechenos tomarán Ingusetia, las repúblicas y autonomías vecinas y seguirán hasta el Tartaristán, lo que será el principio del fin para Rusia. A fines de diciembre, diez días antes de la sorpresiva renuncia de Yeltsin —que le dejaba el interinato

<sup>2</sup> Gérard Depardieu, *Çà s'est fait comme ça*, Paris, XO Éditions, 2014, último capítulo “Putin”.

<sup>3</sup> Vladimir Putin *et al.*, *First Person. An Astonishing Frank Self Portrait by Russia's President Vladimir Putin*, Nueva York, Public Affairs, 2000, p. 18.

y lo designaba como su heredero legítimo—, publicó su programa, “el discurso del milenio”: su análisis de la crisis rusa era contundente; por primera vez en 350 años, desde la muerte de Iván el Terrible, que inauguró el oscuro Tiempo de los Disturbios, Rusia estaba amenazada con pasar a la categoría de nación de segunda, si no es que de tercera. Concluía que Rusia no salía de la crisis moral, ligada a setenta años de comunismo, prolongados por diez años de caos, un nuevo Tiempo de los Disturbios. Proponía buscar un nuevo consenso nacional para construir un Estado fuerte, moderno, capaz de tomar iniciativas económicas sin volver al dirigismo. “Un Estado fuerte en Rusia no es una anomalía que se deba combatir, sino la fuente y la garantía del orden y del cambio.” Entre otras cosas, afirmó que “Chechenia es el lugar en donde se juega el destino de Rusia”.

A diferencia de la primera, la segunda guerra de Chechenia resultó muy popular y le valió al desconocido Putin una meteórica popularidad que le permitió ganar las elecciones parlamentarias en diciembre de 1999, luego las presidenciales en marzo de 2000. Al momento presente, hace quince años que Vladimir Putin gobierna Rusia, los conflictos se han multiplicado entre Moscú, Washington y la Unión Europea; en 2008, Putin fulminó a Georgia en una guerra de cinco días; en marzo de 2014 anexó a Crimea, territorio que pertenecía a Ucrania según el derecho internacional, antes de abrir un nuevo frente en las provincias del sureste de Ucrania.

#### LAS RAZONES DE PUTIN

Para entender las razones del presidente Putin —hasta el lobo tiene sus buenas razones, reza el dicho— conviene escuchar su discurso del 18 de marzo de 2014 sobre la integración de Crimea a la federación de Rusia.<sup>4</sup>

Primer tema:

“Después de la revolución los bolcheviques, por diversas razones —que Dios los juzgue— agregaron grandes secciones del sur histórico de Rusia a la república de Ucrania, sin tomar en cuenta la composición étnica de la población, y hoy esas zonas forman el sureste de Ucrania. Luego, en 1954,

<sup>4</sup>En la presidencia, discurso pronunciado en el Kremlin dirigido a los diputados de la Duma, los miembros del Consejo de la Federación, los delegados de las regiones, los representantes de la sociedad rusa; disponible en: [eng.kremlin.ru/news/6889](http://eng.kremlin.ru/news/6889)

se decidió la transferencia a Ucrania de Crimea, y también de Sebastopol, por más que fuese una ciudad federal. Fue iniciativa personal del jefe del Partido Comunista Nikita Jrushchov [...] Por desgracia, lo que parecía imposible ocurrió. La URSS se derrumbó. Las cosas fueron tan rápidas que poca gente entendió hasta qué punto las consecuencias tomarían proporciones realmente dramáticas [...] Millones de personas se acostaron en un país y despertaron en otros países, volviéndose de un día para otro minorías étnicas en las antiguas repúblicas de la Unión, mientras que la nación rusa se volvió uno de los mayores, si no es que el más grande, grupo étnico en el mundo dividido por fronteras.”

Segundo tema:

“Nuestros socios occidentales, capitaneados por Estados Unidos, prefieren no guiarse por el derecho internacional en su política concreta, sino por la fuerza de las armas. Llegaron al grado de creer en su exclusividad y excepcionalismo, creer que ellos pueden decidir los destinos del mundo, creer que sólo ellos están siempre en su derecho. Actúan a su antojo: ahí, allá, usan la fuerza contra Estados soberanos, crean coaliciones sobre la base del principio: ‘si no están con nosotros, están en contra’. Para dar una apariencia de legitimidad a sus agresiones, obligan a las organizaciones internacionales a adoptar las resoluciones necesarias y, si por alguna razón eso no funciona, ignoran sencillamente al Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), hasta a la ONU en su conjunto.”<sup>5</sup>

Tercer tema:

“Hubo una serie de revoluciones ‘de color’ controladas desde el exterior. Obviamente la población de aquellos países estaba harta de la tiranía, pobreza, falta de perspectivas; pero esos sentimientos han sido cínicamente aprovechados [...] En lugar de democracia y libertad, vino el caos, las explosiones de violencia y una serie de trastornos dramáticos. La ‘Primavera árabe’ se volvió el ‘Invierno árabe’. Acontecimientos similares se desarrollaron en Ucrania. En 2004, para que pasara su candidato en las elecciones presidenciales, cocinaron una tercera vuelta no prevista por la ley. Fue un simulacro absurdo, un grosero desvío de la Constitución. Y ahora lanzaron al poder un ejército de militantes organizados y bien pertrechados.

<sup>5</sup> Putin alude a los casos de Serbia, Kosovo, Libia, Siria.



”Entendemos perfectamente lo que está pasando. Que tales acciones van dirigidas contra Ucrania y Rusia y la integración euroasiática. Y todo esto cuando Rusia se esforzaba para dialogar con nuestros colegas del Oeste. Proponemos sin cesar la cooperación en todas las cuestiones clave [...] Pero nunca vimos reciprocidad. Al contrario, nos mintieron en varias ocasiones, tomaron decisiones a nuestras espaldas, nos pusieron frente a los hechos: la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) hacia el Este, el desplazamiento de estructuras militares a nuestras fronteras [...] En breve, tenemos todas las razones para suponer que la infame política de *containment* llevada a cabo en los siglos XVIII, XIX y XX, prosigue hoy. Intentan sin cesar acorralarnos en nuestra esquina porque tenemos una postura independiente [...] Pero todo tiene un límite. Y con Ucrania nuestros socios occidentales se brincaron la barda al hacerse los rudos y actuar de manera irresponsable y no profesional [Aplausos].

”Después de todo eran plenamente conscientes de que millones de rusos viven en Ucrania y Crimea. Rusia se encontró en la imposibilidad de retirarse. Si ustedes comprimen al máximo el resorte, se suelta con vigor.”

Cuarto tema:

“Lo que pasa en Ucrania nos llega al alma [...] porque no somos solamente pueblos vecinos, sino, como lo he dicho varias veces, somos un mismo pueblo. Kiev es la madre de las ciudades rusas [Aplausos] La Rus de la antigua Kiev es nuestra fuente común y no podemos vivir el uno sin el otro. Permitan que diga algo más. Millones de rusos y rusófonos viven y seguirán viviendo en Ucrania. Rusia defenderá siempre sus intereses por medios políticos, diplomáticos, jurídicos [Aplausos].”

Terminó su discurso sometiendo a la Asamblea Federal la petición para la creación de dos nuevas entidades de la Federación de Rusia: la república de Crimea y la municipalidad de Sebastopol, y su admisión en el seno de la Federación. El 4 de diciembre del mismo año, en su discurso sobre el estado de la Federación, habló del regreso de la “santa Crimea” al seno de Rusia, “puesto que precisamente aquí, en Crimea, fue bautizado Vladimir el Grande, antes de que toda Rusia fuera bautizada [...] Resultó evidente que cuantas más concesiones estábamos haciendo a nuestros adversarios, más arrogantes, cínicos y agresivos se volvían. A pesar de nuestra voluntad de colaboración sobre asuntos espinosos, a pesar de que consideramos a

nuestros antiguos enemigos como amigos próximos, ellos apoyaban las tendencias separatistas [...] Les hubiera gustado un guión yugoslavo, con derrumbe y desmembramiento de Rusia. No lo permitimos, y no les funcionó, como no funcionó cuando Hitler quiso destruir a Rusia. Nadie debería olvidar cómo todo esto puede acabar.”<sup>6</sup>

Un año después, el 21 de marzo, para celebrar el primer aniversario del regreso de Crimea a la Madre Rusia, Putin reveló que la “Operación Crimea” había empezado semanas antes del referéndum en la península (16 de marzo 2014); dijo que tomó su decisión a las siete de la mañana, el 23 de febrero, después de la reunión con los jefes de seguridad, motivada por la deposición del presidente Viktor Yanukovich por el Congreso de Ucrania. En el documental *Crimea, regreso a la patria*, que reconstituye de manera impresionante el despliegue de los soldados rusos no identificados, Vladimir Putin declara: “¿Saben cuál fue nuestra ventaja? El hecho de que me encargué personalmente de todo. No se trata de una lucidez extraordinaria mía. Si los jefes de Estado se implican, el trabajo de los ejecutantes es mucho más fácil”.

#### “EL OCCIDENTE NO ENTIENDE A PUTIN”

Es el título del artículo publicado por la historiadora británica Fiona Hill en el *Spiegel* el 7 de febrero de 2015. Insiste en el trauma que causó a Putin la debacle de los años 1989-1999. “Putin es partidario de un Estado fuerte, como pudo serlo el general De Gaulle cuando llegó a la presidencia de la República Francesa. En su discurso fundador, de diciembre de 1999, se comprometió a restaurar y proteger al Estado.” Eso tocó la sensibilidad de gran parte de los rusos y respondía a una esperanza existencial. Mensaje al pueblo ruso, el “discurso del milenio” estaba también destinado a las élites. Putin exponía “la idea rusa” en la cual “la Madre Rusia” cuenta más que cualquier individuo. En Rusia, la gente entendió lo que quería decir. “Por desgracia, los países occidentales, no del todo [...] Toda la estrategia de Putin apunta a hacerse respetar, así es como lo entiende. Desde su pun-

<sup>6</sup> “Los siete mejores momentos del discurso del presidente Putin sobre el estado de la Federación”, *Moskovski Komsomolets*, 5 de diciembre 2014.

to de vista, significa no meterse en los asuntos de los demás, precisamente contra lo que hizo Occidente en Ucrania [...] En la cumbre de la OTAN, en Bucarest en 2008, Putin había explicado a George W. Bush que no consideraba a Ucrania como un Estado soberano y autónomo. Obviamente para él no podía haber negociaciones con Ucrania sin Rusia. Eso, en parte no lo aceptamos, en parte no lo entendimos.”

Alain Besançon, brillante historiador francés, buen conocedor de Rusia y de la URSS, fue primero militante comunista, antes de ser un “renegado”, y su pasión antisoviética lo conduce a exagerar cuando califica a Putin de “apasionado soviético”. En realidad sabe muy bien que “Putin no es comunista y posiblemente no lo fue nunca” y quiere decir que es un apasionado defensor del Estado fuerte. Estaría de acuerdo con Strobe Talbott, ex embajador americano en Moscú, cuando dice: “Putin, en su búsqueda de la idea nacional, no es solamente postcomunista, es también precomunista y, en un sentido, hasta anticomunista”. Un “gran chovinista ruso”, como dijo Lenin a propósito de Stalin.<sup>7</sup>

En lo que Besançon tiene toda la razón es cuando explica que el Occidente no evaluó correctamente el paso de la idea comunista a la “idea rusa”, algo que empezó con Boris Yeltsin y que Vladimir Putin finalizó. En ese sentido es un error, demasiado común, afirmar que Putin es “imprevisible”; todo buen político debe mantener cierta ambigüedad para no quedar preso en sus declaraciones, pero si no se pueden prever siempre sus acciones, se pueden interpretar correctamente. Un Estado fuerte, unas referencias al eslavofilismo del siglo XIX que se completan con el eurasismo de los exiliados rusos de la primera mitad del siglo XX, y por último la ortodoxia, tales son los tres o cuatro elementos del “pensamiento Putin”. Y una vez más, los occidentales no entienden, porque no conocen ni a los grandes eslavófilos, ni a Konstantin Leontiev, renovador de la idea de la Tercera Roma y de la “sinfonía bizantina”, ni a Nicolás Danilevski, tampoco al príncipe Trubetskoi, a Lev Gumiliev, a Ivan Illin, el filósofo expulsado de Rusia por Lenin en 1922, que Putin cita con predilección. Illin (1883-1954), autor en 1923 de “Rusia y la latinidad”, violento ataque contra la

<sup>7</sup> Alain Besançon, “La pensée Poutine”, *Commentaire*, 149, primavera 2015, p. 15. S. Talbott en Fiona Hill y Clifford G. Gaddy, *Mr. Putin. Operative in the Kremlin*, Washington, D.C., Brookings Institution Press, 2013, p. VII.

Iglesia Católica y apología de la Santa Rusia y del “Cristo ruso” (Dostoyevski), estaba enterrado en Suiza. Putin mandó traer los restos y enterrarlos en el monasterio Donskoi en Moscú, de la misma manera que mandó enterrar respetuosamente al famoso almirante Kolchak. De Illin es la frase: “espero un guía que le pegue al enemigo en lugar de pronunciar palabras vacías; que dirija en lugar de venderse al extranjero”.

En su oficina de San Petersburgo tenía un gran retrato de Pedro el Grande, el autócrata que guerreó contra los turcos por Crimea, el fundador de la Rusia moderna, el que quiso hacer de los rusos unos alemanes —chiste ruso—, mientras que la alemana Catalina la Grande quiso hacer de ellos unos rusos... En una de sus oficinas presidenciales tiene un retrato de Nicolás I, el zar de la guerra contra los chechenos y de la Guerra de Crimea. Sin embargo, su verdadero héroe es el gran ministro reformador de Nicolás II, Piotr Stolypin, en quien Lenin veía un peligroso Bonaparte capaz de cerrar el paso a toda revolución.

Entre los contemporáneos, Putin ha distinguido a Alexander Dugin,<sup>8</sup> portavoz del neo eurasismo —Rusia no es europea ni asiática, sino una síntesis única de ambas culturas—. Sin llegar a ser el consejero del Kremlin, ha contribuido al clima intelectual y a la moda actual de los autores neo eslavófilos y neo euroasiáticos. Putin encuentra en ellos inspiración e ideas. Esa “idea rusa” se completa poderosamente con la ortodoxia. Putin dijo que “Crimea es tan santa para nosotros los rusos como el templo de Jerusalén”. Ha logrado reunificar la Iglesia Ortodoxa de todas las Rusias, y la Iglesia Ortodoxa allende las fronteras (la monarquista de la emigración y del exilio), algo que parecía imposible. No hay ninguna razón para dudar de la sinceridad de su fe ortodoxa que remite a los tiempos presoviéticos, con el famoso lema “autocracia, ortodoxia, principio nacional” (*narodnost*, palabra intraducible). Los valores liberales de un Occidente “decadente”, en particular en el campo del sexo, chocan con la “idea rusa”. En su discurso de Valdai, el 20 de septiembre de 2013, Putin dijo: “Necesitamos nuevas estrategias para preservar nuestra identidad en un mundo que cambia rápidamente, más abierto, transparente, interdependiente [...] Es obvio

<sup>8</sup> Françoise Thom, “Eurasisme et néo-eurasisme”, *Commentaire*, 66, 1994, p. 305; y [www.eurasia.org](http://www.eurasia.org)

que es imposible caminar hacia delante sin una autodeterminación espiritual, cultural, nacional [...] Vemos cómo muchos países euroatlánticos rechazan sus raíces, incluso los valores cristianos que son la base de la civilización occidental. Reniegan de los principios morales y de todas las identidades tradicionales: nacionales, culturales, religiosas, hasta sexuales.” Por eso habla de la “soberanía espiritual” de una Rusia que es “salvación de los valores cristianos”.

Por eso la Iglesia Ortodoxa apoya a fondo al presidente Putin. El 8 de abril de 2012, domingo de Ramos, el patriarca Kiril denunció “las fuerzas anticlericales que propugnan los valores mentirosos de un agresivo liberalismo [...] ataques que tienen un fondo político, no sólo contra el gobierno legítimo, sino contra Rusia”. En otra ocasión, definió la era Putin como “un milagro de Dios” y, en marzo de 2014, celebró la anexión de Crimea.

Tampoco hay que ser demasiado racional y académico en la lectura del “pensamiento Putin”. El escritor nacional-bolchevique Zajar Prilepin dice que “oponerse al poder actual en el plano de las ideologías es perfectamente absurdo. Por su amorfismo ideológico completo, el poder en Rusia puede en cualquier instante tomar una coloración de “izquierda”, hasta “parda y roja”<sup>9</sup> o también “naranja”, acompañando su decisión de un comunicado de prensa explicativo”.<sup>10</sup>

## EL HOMBRE QUE NOS GUSTA DETESTAR

“En lo personal, él me parecía detestable, hasta que empecé a ver el contraste entre Occidente y sus descalabros con los de la nueva Rusia. En realidad, Putin es un tanto mejor, ya que al menos se ha puesto encima de su papel de líder de la mafia de su país, líder y no lacayo, como ocurre con la mayoría de los gobernantes, y ha pasado a convertirse en un hombre con un lugar en la historia. Alguien que reivindica el lugar de Rusia. Aprendió rápido luego de que lo humillaran.” Eso dijo un corresponsal en Internet, el 7 de septiembre de 2014, al criticar un artículo mío contra la intervención militar rusa en los territorios ucranianos que Putin llama “Nueva Rusia”,

<sup>9</sup> Nacional-bolchevique.

<sup>10</sup> Zajar Prilepin, *Ya prishiol iz Rossii*, Moscú, 2014, p. 200.

“Novaya Rossia”, como se hacía a fines del siglo XVIII y hasta la revolución bolchevique.

Preguntaba: “¿Es Putin una obsesión?”; de cierta manera, sí, porque es importante. Hay que reconocerle serios atenuantes. A todas las naciones imperiales, las que durante siglos rigieron un imperio multiétnico, multi-religioso, multicultural, les cuesta trabajo meterse en la camisa de fuerza de la nación-Estado. Más allá del individuo Vladimir Vladimirovich, nieto del cocinero de Lenin y Stalin, está el pueblo ruso con una evidente ansia psicológica de recobrar la *grandeur* de Rusia.

Algo que ha frustrado y enojado a los rusos desde 1992-1993 y las guerras de la ex Yugoslavia hasta la destrucción de la Libia de Kadafi y el apoyo occidental a los enemigos de Bashar el Asad en Siria, es la sensación de estar rodeados, para no decir sitiados militarmente por la OTAN y sus aliados. Se les había dicho que la reunificación de Alemania no estaba en el orden del día, luego que esa Alemania unificada no entraría a la OTAN. La OTAN y la Unión Europea integraron casi todas las antiguas “democracias populares” comunistas del pacto de Varsovia; bases militares estadounidenses se instalaron en Asia Central, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguistán, y se creó un “escudo protector” de misiles, teóricamente contra Irán, cerca de Kaliningrado; cuando George W. Bush destruyó el Irak de Sadam Husein, y luego cuando Georgia se apuntó en la lista de los candidatos a la integración en el bloque euro-estadounidense, Putin estimó que era demasiado. Cuando Ucrania se acercó demasiado a la Unión Europea, fue el acabose. Lo sorprendente no es que Putin haya reaccionado, sino que no lo haya hecho antes, algo que Boris Yeltsin hubiera querido hacer para defender a Serbia, pero tuvo que tragarse la humillación. En las condiciones geopolíticas de hoy, ninguna potencia debería meterse demasiado cerca de la zona de influencia de las otras. El viejo Kissinger lo sabe y lo ha dicho, sin éxito, recientemente. George Kennan, más viejo todavía, recomendaba, hace más de veinte años, no hostigar a Rusia al final de la Guerra Fría.

#### LA POLÍTICA EXTERIOR DE PUTIN

Es el resultado objetivo de la suma de los factores mencionados, individuales y colectivos, rusos y occidentales. ¿Por qué Rusia se indignó cuando la

OTAN destruyó a Kadafi, por qué sostiene hasta la fecha a Bashar el Asad, por qué actuó y sigue actuando como lo hace en Ucrania? La política exterior de la URSS no era un tema de discusión porque la definía y ejercía el gobierno, es decir el Partido. Con Mijaíl Gorbachov todo cambió y los debates se volvieron todavía más apasionados en tiempos de Boris Yeltsin, en los primeros años de la segunda república de Rusia.

¿Alinearse con Occidente o buscar una vía rusa? Los “eurasistas” defendían y defienden la segunda línea, lo que implica que Rusia debe crear un espacio suyo —lo cual no significa forzosamente conquista ni anexión— desde Ucrania y Bielorrusia hasta Asia Central, y establecer estrechos contactos con el mundo musulmán, India y China. Los “atlantistas” defendían la orientación hacia Occidente y sus valores; tanto Gorbachov como Yeltsin fueron atlantistas de buena fe, con una conmovedora ingenuidad. Pensaban que Europa y Estados Unidos los ayudarían con un nuevo Plan Marshall a llevar el país a la prosperidad y la democracia. Para Yeltsin, la intervención occidental en la guerra de los Balcanes, con los bombardeos de la OTAN sobre Serbia, fueron inaceptables y lo llevaron a cambiar el rumbo: nombró a Evgueni Primakov secretario de Relaciones, un especialista del mundo musulmán, nacido en Teherán. En aquellos años 1995-1999 se diseñó la política exterior que Vladimir Putin aplicó y aplica con energía: lazos económicos con Bielorrusia, Ucrania, Asia Central, relaciones estrechas con Medio Oriente e Irán, Asia del Sur y China. Antes de que Putin tomara el poder, Rusia no dudó en enfrentarse a Estados Unidos al acercarse a los “Estados bandidos” (dice Washington) de Corea del Norte, Irak, Irán, Libia, Siria. La nueva guerra de Chechenia, en el otoño de 1999, acabó de distanciar a Moscú de Occidente y llevó Putin a la presidencia.

Así que la estrategia de Putin no la inventó él; la heredó de Yeltsin y Primakov, si bien la aplicó con eficacia y contundencia, beneficiado hasta hace poco por circunstancias favorables, como el alza de los precios de los hidrocarburos, la crisis económica occidental a partir de 2007 y el alejamiento de Estados Unidos de los asuntos europeos. En la crisis de Libia, Putin quiso dar una prueba de su buena voluntad al aceptar la creación de una “zona de exclusión aérea” sobre este país. El ataque ulterior contra Kadafi fue resentido como una traición y ha pesado mucho en las decisiones tomadas por Vladimir Putin desde aquel momento.

¿Por qué los dirigentes occidentales se quejan de la “opacidad” de las intenciones rusas y se sorprenden cuando Moscú emprende la Guerra de los Cinco Días contra Georgia o se anexa Crimea y apoya a los separatistas de las provincias de Donetsk y Luhansk? Basta con leer los textos que abundan y son accesibles en la prensa rusa y en Internet. Mijaíl Leontiev, cercano a Putin, escribía el 23 de septiembre de 2008: “El liberalismo es la política del fuerte que priva al débil de toda posibilidad de volverse fuerte. La respuesta rusa al desafío americano no puede ser el liberalismo. Nuestra élite liberal no es sólo pro occidental, está vendida. Nuestro país será una fortaleza invencible si no lo entrega sin combate el enemigo interno [...] El verdadero criterio de la soberanía de un Estado es su capacidad de ser el núcleo y centro de reunión de otros Estados a corto y largo plazo”.<sup>11</sup> El 20 de agosto de 2008, en *Zavtra*, Dimitri Rogozin, muchas veces presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la Duma, advirtió: “No le toca a la OTAN expandirse hacia el este, sino a Rusia expandirse hacia el oeste. La guerra de Georgia es un guante abiertamente lanzado a la cara del líder global del mundo. El paraguas americano sobre Europa se derrumbó”.

A buen entendedor, pocas palabras. Parece que faltó el buen entendedor.

#### ¿UNA APUESTA PELIGROSA?

Observadores competentes dicen que Putin “quiso rediseñar el papel de Rusia en el mundo y ha terminado convertido en rehén de su estrategia. Putin se juega en Ucrania su supervivencia política y Europa, su estabilidad”.<sup>12</sup> Para el polaco Adam Mishnik, figura histórica de la disidencia antisoviética, “Ucrania se ha vuelto una trampa para Putin. La ola de emoción provocada por la muerte del opositor ruso Boris Nemtsov podría ser un primer paso hacia un cambio”.<sup>13</sup> Mientras que el corresponsal de *The New York Times*, David Herszenhorn, estimaba, el 15 de mayo de 2015, que la visita a Rusia del secretario de Estado estadounidense, John Kerry, es “una victoria diplomática, una afirmación, para Putin”. Cita a Viktor A.

<sup>11</sup> Véase grani.ru

<sup>12</sup> Pilar Bonet, “Una apuesta peligrosa”, *El País*, 10 de agosto 2014.

<sup>13</sup> Adam Mishnik entrevistado en *Le Monde*, 7 de marzo 2015.



Kremenyuk, director del Instituto de Estados Unidos y Canadá de la Academia Rusa de Ciencias: “En ciertas cuestiones los americanos no pueden progresar sin Rusia. Por ejemplo, Irán y su programa nuclear. O Siria, en donde no se puede hacer nada sin nosotros. Claro, no van a gritar ‘¡ayuda!’, pero en los últimos años encontraron regiones del Medio Oriente donde no pueden hacer gran cosa, mientras que Rusa sí puede”.

Alexander Baunov, del Centro Carnegie de Moscú, dice en el mismo artículo: “La principal motivación de la conducta rusa es que sean tratados como iguales”. Y Matthew Rojansky, director del Kennan Institute en Washington, concluye que “Ucrania es realmente una historia de supervivencia para Putin en casa. Sigue vivo, sigue en control, sigue en el poder. Ha sobrevivido”.


De hecho, la anexión de Crimea y el apoyo a los secesionistas en Ucrania le otorgaron una extraordinaria popularidad que subió de 50 por ciento a más de 80 por ciento. Quizá se vale citar el dicho ruso: “Cien bastonazos en la espalda del prójimo son un verdadero placer”, pero se vale también citar al propio Putin: “Por más triste y amenazador que pueda sonar, pienso que un regreso del pasado totalitario es posible en nuestro país. El peligro no viene de nuestros órganos del poder estatal, como la KGB, el Instituto Militar de Lenguas Extranjeras (MVS), tampoco del Ejército. El peligro está en la mentalidad de nuestro pueblo. Todos pensamos así, y yo también, a veces pienso así, que con una mano firme para proporcionar orden, todos viviríamos mejor y con seguridad”.<sup>14</sup>

Popular, Putin lo es sin duda entre la gran mayoría, pero la cantidad de profesionales calificados, científicos, empresarios, artistas, periodistas, opositores políticos que dejan Rusia por presiones políticas se ha duplicado en unos años.<sup>15</sup>

El novelista nacional-bolchevique Zajar Prilepin escribe que “en ruso, la palabra *putin* designaba el lumbago, ese agudo dolor que se extiende al cuerpo entero y que se curaba mediante calor. El apellido Putin evoca también una telaraña, *pautin*”. Dice más adelante: “La Rusia contemporánea,

<sup>14</sup> Putin entrevistado en 1996 por Lenta TV, citado por Karen Dawisha, *Putin's Kleptocracy. Who Owns Russia?*, Nueva York, Simon and Schuster, 2014, p. 348.

<sup>15</sup> Pilar Bonet, “Exiliados de élite ante la intolerancia de Putin”, *El País*, 26 de julio de 2015.

¿qué es? Ya tenemos estancamiento, ya tenemos dictadura, pero tenemos todavía libertad. Tenemos paz. Tenemos guerra. Tenemos un presidente fuerte. Tenemos un presidente débil [...] Los sentidos contrarios se solapan, interpenetran y dejan de ser distantes para unirse”.<sup>16</sup> 

#### BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- La prensa rusa, especialmente *Moskovskie Novosti*, *Moskovski Komsomolets*, *Russkaya Mysl*, los sitios rusos, gazeta.ru, rian.ru, russia.today. La prensa internacional con énfasis en el *Financial Times*, *Le Monde*, *The New York Times*, *El País*.
- Baker, Peter, *Kremlin Rising: Vladimir Putin's Russia and the End of Revolution*, Nueva York, Scribner, 2005.
- Besançon, Alain, “La pensée Poutine”, *Commentaire*, 149, 2015.
- Dawisha, Karen, *Putin's Kleptocracy: Who Owns Russia?*, Nueva York, Simon and Schuster, 2014.
- Eltchaninov, Michel, *Dans la tete de Vladimir Poutine*, París, Sorlin et Actes Sud, 2015.
- Gessen, Masha, *The Man Without a Face: The Unlikely Rise of Vladimir Putin*, San Francisco, Riverhead Books, 2012.
- Hill, Fiona y Clifford G. Gaddy, *Mr. Putin: Operative in the Kremlin*, Washington, D.C., Brookings Institution Press, 2013.
- Hutchins, Chris y Alexander Korobko, *Putin*, Leicester, Troubador Publishing, 2012.
- Laqueur, Walter, *Putinism: Russia and its Future with the West*, Nueva York, Thomas Dunne Books, 2015.
- Laruelle, Marlène, *La quête d'une identité impériale. Le néo eurasisme dans la Russie contemporaine*, París, Pétra, 2007.
- \_\_\_\_\_, “Russian Nationalism and Ukraine”, *Current History*, octubre 2014.
- Lynch, Allen, *Vladimir Putin and Russian Statecraft*, Lincoln, Potomac Books, 2011.

<sup>16</sup> Zajar Prilepin, *Ya pashiol iz Rossii*, San Petersburgo, Delo, 2014, pp. 39 y 102.

- Mendras, Marie, *Poutine, l'envers du pouvoir*, París, Odile Jacob, 2008.
- Miller, Alexei, entrevistado en "What the Russian Really Think", *Financial Times*, 11 de abril 2015.
- Politkovskaya, Anna, *Putin's Russia: Life in a Failing Democracy*, Nueva York, Holt Paperbacks, 2007.
- Putin, Vladimir *et al.*, *First Person: An Astonishing Frank Self-Portrait*, Washington, D.C., Public Affairs, 2000.
- Ray, Allison, *Putin's Russia and the Enlarged Europe*, New Jersey, Blackwell, 2006.
- Roxburgh, Angus, *The Strongman: Vladimir Putin and the Struggle for Russia*, Londres, I.B. Tauris, 2013.
- Shevtsova, Lilia, *Russia Lost in Transition: The Yeltsin and Putin Legacies*, Washington, D.C., Carnegie, 2007.
- Soldatov, Andrei e Irina Borogan, *Les héritiers du KGB*, París, François Bourin Éditeurs, 2011.
- Sutela, Pekka, *The Political Economy of Putin's Russia*, Londres, Routledge, 2012.
- Taylor, Bryan, *State Building in Putin's Russia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- Travin, D.V., *Putinskaya Rossiia: ot rassveteta do otkata*, San Petersburgo, Delo, 2008.
- Trenin, Dmitri, *Post Imperium*, Washington, D.C., Carnegie, 2011.
- Zimmerman, William, *Ruling Russia: Authoritarianism from the Revolution to Putin*, Princeton, Princeton University Press, 2014.



# Rusia: El misterio, el atraso y el estorbo

Rainer Matos Franco

Una de las primeras imágenes que viene a la mente cuando se piensa en Rusia son las famosas muñequitas de madera, las *matrioshki*, metidas una dentro de otra, dentro de otra más, hasta completar todo un juego. Por fuera la muñeca más grande es, naturalmente, la más decorada, la que se impone desde el principio al observador por ser la primera impresión del objeto. Habrá quien no quiera destaparla para quedarse con esa imagen que seduce de entrada. La esencia de la *matrioshka* es, sin embargo, lo que hay dentro: ir descubriendo una por una hasta llegar a la última. La fascinación por una *matrioshka* radica en avanzar hacia lo desconocido, pues al principio no siempre se sabe cuántas muñecas la componen. La pregunta es, por tanto, cuántos destapes son necesarios para llegar a su núcleo, a su pieza más diminuta que, de algún modo, es la más importante.

El primero de octubre de 1939 Winston Churchill, entonces primer lord del Almirantazgo británico, mencionó una idea interesante sobre Rusia en un discurso, transmitido por la estación de radio de la BBC, que ha llegado hasta nuestros días en una frase empleada con frecuencia: “Rusia es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma”. No queda claro si Churchill se refería a *la idea de Rusia*, en general, o a los secretos del estalinismo soviético, pero la frase tiene su interés y no resulta del todo ajena: Rusia es una *matrioshka* ella misma, un país arcano. Y, como a veces ocurre con la *matrioshka*, la primera imagen —la más llamativa— es con la que muchos se quedan, sin destapar todas las muñecas para descubrir en el fondo una lógica simple.

No deja de ser curiosa la frecuencia con que se puede encontrar la idea de Rusia como país enigmático. Resulta extraño puesto que, en general, se

sabe más sobre la vida y la historia rusas que acerca de la vida diaria en Suazilandia o Laos. En realidad, no se trata de algo nuevo; es una percepción tan vieja como Rusia misma. En el siglo X el primer Estado ruso, el Rus de Kiev, era ya el más grande de Europa, un verdadero acertijo para sus vecinos al oeste, que desde entonces ponía en jaque al Imperio Bizantino e inquietaba al Carolingio. Aquella masa de tierra era prácticamente desconocida para el resto del mundo, sobre todo por su peculiar sincretismo: una élite escandinava, instituciones políticas tártaras —se llamaba “jaganato” o kanato en un principio—, una lengua y una población en su mayoría eslavas y una religión cristiana (a partir de 988) que ya había pasado por el filtro griego. Para rematar, fue dominada por mongoles y tártaros durante casi tres siglos. Más o menos hacia mediados del siglo XVI la Europa occidental comenzó a saber qué era aquello gracias a la apertura de embajadas, especialmente mediante el establecimiento de relaciones con Inglaterra en los tiempos de Iván IV *El Terrible* (1547-1584). De alguna manera, la espléndida pintura *Iván el Terrible mostrando sus tesoros a Jerome Horsey* (1875), de Alexánder Litóvchenko, retrata ese encuentro de dos mundos: el zar avejentado, de apariencia tosca, casi de sabio de aldea, vestido con harapos “extraños”, frente al *gentleman* isabelino que se inclina con propiedad.

A través de los siglos, y hasta bien entrado el XX, lo poco que podía saberse sobre Rusia provenía de quienes tenían el “atrevimiento” de viajar hacia allá. No es que fuera difícil cruzar Europa en carreta, a caballo o en tren, pero fuera de los embajadores no era muy común que los europeos occidentales, ni mucho menos individuos de otros continentes, se aventuraran a aquel país —porque era extraño—. La esencia de aquella tierra remota, a pesar de ocupar un octavo de la superficie terrestre, debía ser transmitida por personajes (occidentales, por supuesto) como el marqués Astolphe de Custine, viajero francés que en 1839 acudió al Imperio Ruso y publicó sus impresiones en un volumen amplio e incisivo: *La Russie en 1839*. Todavía en el siglo pasado, si se quería saber a ciencia cierta qué ocurría dentro de la misteriosa Unión Soviética, uno tenía que ser “kremlinólogo” —o sea: ni siquiera estudiar a Rusia, sino conformarse con el último bulo que surgiera del Kremlin de Moscú.

Sin embargo, a la hora de *interpretar* lo que ocurría en Rusia las distorsiones, incluso entre estos “expertos”, se dejaron sentir más de una vez.

Durante la Guerra Fría llegaron al grado de moldear políticas públicas y externas, en Estados Unidos y otras naciones, con base en criterios que bien podrían tildarse de paranoicos. A pesar de su gran prestigio intelectual, los “kremlinólogos” fallaban, pero la politización durante la Guerra Fría era tan grande que nadie los desmentía. La voz cantante de la “kremlinología” fue sin duda George F. Kennan, diplomático estadounidense, autor del “telegrama largo” enviado desde la embajada de Estados Unidos en Moscú a Washington en febrero de 1946, un “reporte” que buscaba responder a la pregunta del presidente Truman sobre por qué los soviéticos no apoyaban a instituciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial —¿en serio había que preguntarse por qué?—. El problema del telegrama de Kennan, base de su artículo anónimo (firmado “X”) en *Foreign Affairs* en 1947,<sup>1</sup> es que venía cargado previamente de una politización considerable, de un prejuicio. Argumentaba que la URSS tenía una “visión neurótica de los asuntos internacionales” y, más grave aún, que “los soviéticos” se guiaban en todo momento por el “dogma marxista”. Esta perorata sólo podría entenderse a la luz del momento histórico, del truculento camino que estaba conduciendo a la primera crisis de Berlín en 1948.

La realidad era más simple, mucho más asequible. Los ejemplos sobran. La raíz del problema era ver en Rusia ese “misterio”, descifrable únicamente para el kremlinólogo. Si en la primera mitad del siglo XX hubo algún país abrumadoramente pragmático en su política exterior fue la Unión Soviética bajo Stalin, como demuestra el apoyo inicial al Guomindang en China o el magro apoyo a la República española, que servía a los propósitos de cazar trotskistas en Europa y probar la fuerza de Hitler. El epítome del pragmatismo soviético fue la serie de pactos de no agresión establecidos con distintos países para evitar una guerra en dos frentes —como haría cualquier Estado—, especialmente los firmados con la Alemania nazi en 1939 y con Japón en 1941, tratados que de “dogma marxista” sólo tenían el bolígrafo rojo con el que fueron rubricados. Si a estos ejemplos se añade la Paz de Brest Litovsk en 1918, o la manera en que Moscú dejó morir el comunismo en el este europeo en 1989-1990 con el fin de enfrascarse en reformas internas (¡y para obtener créditos de Occidente!), al final queda

<sup>1</sup> X, “The Sources of Soviet Conduct”, *Foreign Affairs*, vol. 25, núm. 4, 1947, pp. 566-582.

una potencia pragmática, como todas. La Rusia soviética fue la quintaesencia del pragmatismo en asuntos internacionales en el siglo xx.

El “dogma” se tomó por un axioma porque así se quería ver, produciendo una visión muy imprecisa que resultó en iniciativas definidoras de la política mundial durante cuarenta años. Una de ellas fue la Doctrina Truman, basada en “contener” a la URSS —la cual, dicho sea de paso, no movió un ápice sus fronteras luego de negociarlas con los aliados en Berlín—. La Guerra Fría se prestaba para volver a ver en la Rusia soviética un “misterio”, desde donde en algún momento “los rusos” esparcirían la revolución a todo el planeta. A la muerte de Stalin en 1953 el líder interino de la URSS, Gueorgui Málenkov, buscó negociar con Washington mediante la iniciativa GRIT, declarando que no había controversia entre ambos poderes que no pudiese “resolverse pacíficamente, mediante la negociación”. Sin embargo, en plena Guerra de Corea y con el macartismo —otro producto de la obsesión con “los comunistas” y “los rusos”— en su apogeo en Estados Unidos, el Departamento de Estado siguió viendo en la URSS a comunistas dogmáticos. Incluso tras la Revolución Cubana, antes de que Castro declarase su adhesión a los principios marxistas-leninistas a finales de 1961, La Habana había buscado negociar con EEUU una continuidad en sus relaciones diplomáticas, pero Washington se negó. Se trató de otro déficit de atención, y uno muy grave: la máxima de la Guerra Fría era que si a uno lo rechazaba un polo (le pasó al Congo, a Egipto, a Indonesia), había que venderse al otro.

Lo anterior viene a cuento como antecedente de lo que se entiende hoy por el “comportamiento” de Rusia hacia fuera. Los orígenes de estas aseveraciones están en los prejuicios sobre la sociedad rusa contemporánea, a medio camino entre el “misterio” y la ignorancia. Se dice de “los rusos” (como se dicen tantas cosas sobre “los mexicanos” o “los franceses”) que son de tal o cual manera, que tienen una proclividad casi natural hacia los gobernantes autoritarios y una nostalgia imperialista y socialista. Para algunos son el “enemigo número uno” mientras que, para otros, son un pueblo en franco declive. Por supuesto, la realidad es distinta, mucho más compleja, pero Rusia no deja de ser vista, incluso entre quienes la estudian, como un signo de interrogación en el mapamundi.

La idea de Rusia como acertijo indescifrable, alcanzable sólo para “aventureros”, tiene su complemento en la de Rusia como un país atrasa-



do, arcano. Ambas formulaciones se refuerzan mutuamente: Rusia difícilmente tendría un aura misteriosa si presumiera una “modernidad” al estilo Dubái, con edificios altos, altísimos, o una tecnología propia de película de acción. Por el contrario, las imágenes que llegan de Rusia, las que reproduce el sentido común, son las iglesias con cúpulas en forma de nabo, las ancianas (esa joya de la cultura popular rusa llamada *bábushka*) con paliacates en la cabeza, osos, vodka, coros varoniles y una balalaika melancólica. Por otro lado, el atraso propaga ese misterio: la pregunta de por qué los rusos *son así*, por qué votan por un ex oficial de la KGB para presidente, por qué la principal oposición desde hace dos décadas es el Partido Comunista. “¿Por qué?”, como diciendo “*no es posible que así sea*”.

La idea del atraso ha sido una constante de la historia rusa. Pocos pueblos han tenido una obsesión tan definida con el tema. Se trata de una cuestión recurrente en los últimos mil años de la vida de Rusia en sus diferentes formas: el país *debe* “modernizarse” de algún modo para estar a la par con un mundo al que parece no pertenecer. Está presente, si se quiere, en la conversión al cristianismo ordenada por Vladímir I de Kiev en 988 como forma de organizar a una sociedad variopinta e integrar a pueblos muy diversos bajo una sola cultura eclesiástica. Está, también, en las tensiones políticas y religiosas del siglo XVII, que culminaron en las reformas de Pedro I (1689-1725), la construcción de San Petersburgo (1703) y la incorporación de vestimenta y estilos arquitectónicos “occidentales”. Está en la revuelta decembrista de 1825 organizada por una élite liberal, marcada por la experiencia europea en las Guerras Napoleónicas, en contra de la autocracia zarista. En las reformas de Alejandro II (1855-1881) al abolir la esclavitud del campesinado; en la corriente intelectual de los “occidentalistas” (*západniki*) del siglo XIX, quienes seguían la máxima de Piotr Chaadáiev de que Rusia no había contribuido en nada al progreso humano; en las reformas de Serguéi Witte y Piotr Stolypin, quienes no pudieron salvar al Imperio Ruso de su aparatosa caída. Se encuentra, desde luego, en el socialismo estalinista que favoreció la industrialización masiva a cambio de un costo brutal en el campo, como también en el programa del partido Rusia Democrática (economía de mercado, democracia liberal) que apoyó a Boris Yeltsin en 1991. Y está, sin ir más lejos, en la Rusia de hoy, donde los jóvenes saben que si no estudian algo como *ménedzhment* o *ekonomika* será difícil

viajar cada verano a *Yevropa*, a las playas egipcias o tailandesas, en vez de ir a sus pueblitos natales —feos, sucios, grises— perdidos en la taiga.

La idea del atraso, pues, reposa sobre la construcción del Estado ruso desde tiempos inmemoriales, como crítica y como política oficial. En años recientes, quizá no haya habido desde 1991 un líder ruso más consciente de ello, casi podría decirse “pro-occidental”, que Vladímir Putin en sus primeros tres años como presidente (2000-2003). Actualmente se ha olvidado, pero Putin parecía ser el mejor amigo de George W. Bush en aquel entonces. Los intereses comunes en Afganistán —Rusia tiene un creciente problema de salud pública por el tránsito de opiáceos desde el país asiático— llevaron a Putin a conceder el paso de aviones militares norteamericanos sobre territorio ruso, a clausurar las bases rusas en Vietnam y Cuba —legado del pasado, un *atraso*—, tolerar las bases estadounidenses en Kirguistán y Uzbekistán y apoyar con operaciones de inteligencia a tropas de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Difícilmente hubo un actor más interesado en la creación del Consejo Rusia-OTAN en 2002 que Putin. En una entrevista dos años antes, el presidente ruso respondió a la pregunta de si Rusia se veía en la OTAN en un futuro diciendo “¿Por qué no?... Rusia es parte de la cultura europea y no puedo imaginar a mi país apartado de Europa o de eso a lo que nos referimos como mundo civilizado... ver en la OTAN a un enemigo es destructivo para Rusia”.<sup>2</sup> La idea del atraso, adaptada (irónicamente) al siglo XXI, estaba detrás de aquella política exterior inicial: Rusia tenía que ser parte de ese “mundo civilizado”, ser un miembro del club tras “aprender la lección” con la caída de la URSS. Lo más curioso es que esa misma declaración pertenece a otro tiempo, pues difícilmente se repetiría en 2015.

El camino que lleva de esa entrevista a la Rusia de hoy es, sin duda, tortuoso, y pasa por la vereda del supuesto atraso. La invasión de Irak, en 2003, prendió focos rojos ante la demostración del unilateralismo estadounidense, orillando a Rusia a tratar de balancear la ecuación al acercarse a Francia y Alemania: de algún modo fue el impulso para sentirse más próxima al club de notables. No obstante, al año siguiente se vio cómo el Consejo Rusia-OTAN no servía de nada. La obsesión expansionista de la

<sup>2</sup> “Interviu V. Putina Devidu Frostu”, *Kommersant*, 7 de marzo de 2000, p. 2.

Organización valía más que otra cosa, precisamente cuando Moscú pretendía frenarla mediante la diplomacia. La alianza atlántica llegó hasta los países bálticos —y a la frontera rusa—, vulnerando los intereses de Moscú en su tradicional zona de influencia. No hace falta recordar que la OTAN se creó para contener a Rusia y que ésta naturalmente desconfía de aquella de entrada. A fin de cuentas, ¿no es la OTAN una institución arcana en sí misma, perteneciente al mundo de 1949 y cuya *raison d'être* expiró en 1991? Como sea, la existencia de la OTAN es muy útil para la industria de armas en Estados Unidos, que para Kenneth Waltz y Robert Rauchhaus es una de las explicaciones más tangibles de sus ampliaciones.<sup>3</sup>

Otro problema para Rusia, que contribuyó a reconfigurar la imagen de su “atraso”, fue la Revolución Naranja en Ucrania, en 2004. Este conflicto sentó el precedente de Rusia como un poder maligno que buscaba intervenir a toda costa en la política interna de Ucrania —a pesar de que los propios ucranianos demostraron que eso no ocurrió—. Faltaba alguien que se atreviera a explotar esa imagen, la de la Rusia malvada (y, por supuesto, atrasada, “agresiva”), para hacer del divorcio algo inminente; quien mejor que Mijaíl Saakashvili, presidente de Georgia —que es hoy, precisamente por ser anti-ruso y no por sus credenciales, gobernador de Odesa en Ucrania—. Tras la vaga declaración (percibida como promesa) de que Georgia y la propia Ucrania podrían llegar a ser miembros de la OTAN en la Cumbre de Bucarest, en abril de 2008, a Moscú no le quedó alternativa más que firmar el divorcio: el club la estaba haciendo a un lado al vulnerar abiertamente su principal interés. Poco importaba que la Constitución ucraniana dijera que el país tenía un estatus neutral; poco importaba que los internacionalistas más reconocidos del orbe —Henry Kissinger, John Mearsheimer o el propio Kennan— se opusieran al ensanchamiento de la OTAN. La obsesión de la alianza atlántica por expandirse, exacerbada con la virulencia de declaraciones como las de Saakashvili o líderes estonios, lituanos (como la presidenta Dalia Grybauskaitė, para quien Rusia es “una nación terrorista que debe ser detenida”) o polacos (como el tristemente célebre

<sup>3</sup> K.N. Waltz, “NATO Expansion: A Realist’s View”, y Robert W. Rauchhaus, “Explaining NATO Enlargement”, en R.W. Rauchhaus (ed.), *Explaining NATO Enlargement*, Nueva York, Frank Cass, 2001, pp. 23-38 y pp. 173-194, respectivamente.

Bronisław Komorowski),<sup>4</sup> recién invitados al club, transformó a la OTAN en una receptora de quejas que le inyectaron vida cuando su existencia parecía menguar.<sup>5</sup>

La respuesta rusa a la ocurrencia de Saakashvili de tomar la capital de Osetia del Sur en agosto de 2008, minando la presencia de una fuerza internacional para mantener la paz en dicho territorio, fue la esperada: parafraseando a Richard Sakwa, se trató de una guerra para detener la ampliación de la OTAN. Las críticas a Rusia por su intervención en Georgia pasaban, naturalmente, por el atraso: el presidente Bush declaró que “la intimidación no es una forma de conducir la política exterior en el siglo XXI”. La frase no puede ser más demoledora viniendo de quien saqueó un país en busca de bombas que no existían (y sabiéndolo), pero lo que importa es la idea del atraso, de que Rusia se comporta como si aún fuese un imperio. Citando a Sakwa en su avezado libro sobre la crisis ucraniana de 2014:

El tema [más] chocante es que Rusia no era [antes de 2014] de ningún modo un contrincante. Era sin duda un vecino incómodo, un amigo complicado, irritable e inseguro, asaltado por innumerables dificultades internas y tremendamente vacilante sobre su lugar en el mundo. Pero no era de ninguna manera un retador como el Reich guillermiano lo había sido en 1914, ni mucho menos como el Tercer Reich de Hitler en 1939. Era una potencia conservadora y defensiva, cautivada por una ideología interna crecientemente tradicionalista y ciertamente no desafiante de las bases del derecho internacional. De hecho, la esencia misma de su neo-revisionismo era la pregonada defensa del derecho internacional, el cual las potencias occidentales, según [Rusia] creía, habían desdeñado regularmente.<sup>6</sup>

Para Sakwa, pues, Rusia ha buscado ser parte de esa familia internacional sin éxito. Desde la revisión de su política exterior en 2000, y podría decirse que desde la década anterior, es una potencia que se considera a sí misma como tal, pero que ha buscado mantenerse, al menos hasta antes de 2014, dentro

<sup>4</sup> R. Matos Franco, “Banderas y patriotas”, *Paradigmas*, 13 de mayo de 2015, disponible en: <http://www.paradigmas.mx/banderas-y-patriotas/>

<sup>5</sup> S. Walt, “NATO Owes Putin a Big Thank-you”, *Foreign Policy*, 4 de septiembre de 2014, disponible en: <http://foreignpolicy.com/2014/09/04/nato-owes-putin-a-big-thank-you/>

<sup>6</sup> R. Sakwa, *Frontline Ukraine. Crisis in the Borderlands*, Londres, Tauris, 2015, p. 207.

de los límites establecidos por el derecho internacional. Lo que es más: la Rusia de Putin ha intentado quitarse ese velo de país atrasado mediante la diplomacia, llamando a formar coaliciones que balanceen una asimetría que para Moscú es lo verdaderamente arcano: el unilateralismo de Estados Unidos. Rusia exige su lugar en el mundo, con el trato de un socio estratégico y no de un poder menor, con todo lo que eso conlleva: una zona de influencia natural —como si las potencias occidentales no tuviesen una—, detener el avance de una alianza militar en sus fronteras. Como dijo un vendedor de mapas a quien escuché hace poco en el metro de San Petersburgo: “De este lado tiene usted a Rusia sola, sin el resto del mundo, y de este otro lado tiene usted al mundo... pero no sin Rusia. Eso no pasa (*eto ne byvaet*)”.

Es importante decirlo: en los dos conflictos más controvertidos en los que Rusia se ha visto envuelta en los últimos años, la guerra contra Georgia en agosto de 2008 —junto con la resultante decisión de reconocer la independencia de Abjasia y Osetia del Sur— y la anexión de Crimea en marzo de 2014, Rusia ha *respondido* a lo que considera una agresión, de manera pragmática, diligente y sorprendentemente breve, y no ha *comenzado* una agresión propia, mucho menos un plan urdido maquiavélicamente desde años atrás. En el primer caso, respondió a la ya citada ocurrencia del presidente georgiano; en el segundo a la retórica virulenta del nuevo gobierno ultranacionalista ucraniano, encabezado por Arseni Yatseniuk, quien llamaba abiertamente desde febrero de 2014 a que Ucrania se incorporase a la OTAN. La anexión de Crimea fue una movida preventiva para evitarlo, pues si de por sí era difícil vislumbrar una Ucrania en la alianza atlántica, ahora había un conflicto territorial con Rusia que causaría demasiada tensión en caso de que eso llegase a ocurrir.

Se puede estar o no de acuerdo con la escala de la respuesta, con su forma y contenido, pero es necesario entender este punto. Occidente ya habrá aprendido que Rusia responde, de manera breve y firme, cuando ve amenazados sus intereses, mientras éstos no puedan ser garantizados mediante un diálogo, es decir una negociación de dos o más partes y no la iniciativa de una sola. Nikita Jrushchov actuó de una manera similar en 1961, cuando ordenó a Alemania del Este construir el Muro de Berlín ante la intransigencia de Konrad Adenauer en el tema de los refugiados orientales y en vista del rearme estadounidense bajo Kennedy. La acción fue rígida, controver-

tida sin duda, pero de hecho logró de manera sorprendente minar la tensión internacional en ese año —al menos hasta la Crisis de los Misiles— y obligó a Kennedy a sentarse a la mesa de negociación.

En resumidas cuentas, mientras Rusia no se vea amenazada, mientras se le reconozca como esa potencia que es un aliado fundamental a la hora de resolver conflictos —como lo ha demostrado en Siria, en Afganistán, en Irán, en Corea—, mientras se deje el prejuicio del misterio o el atraso para dar paso a una diplomacia capaz de dirimir controversias —y Rusia tiene una de las mejores escuelas diplomáticas del mundo—, Moscú no tiene por qué comportarse como lo que John Kerry llama “la usanza del siglo XIX”.

Aprovecho la frase para volver sobre el atraso, para dar paso a una tercera idea en mucho vinculada con ésta. Es evidente que la idea del atraso ruso ha vuelto con renovados bríos. Sin embargo, a diferencia de otras épocas, el supuesto rezago ya no recae, para los críticos de Rusia, en temas como la economía, sino en su política interna y, como ya se vio, también en la exterior. Este razonamiento, que Rusia es irreformable por algún misterio de su esencia (porque los rusos son “así”, y votan por Putin en masa) y que está condenada al atraso, conlleva una idea más: la del *estorbo*. En realidad tampoco es muy nueva: lleva presente casi un siglo, pues el comunismo soviético era eso y más para las aspiraciones universalistas del llamado “mundo libre”, era un “imperio del mal” que debía ser aniquilado, sin que se supiera muy bien por qué. Ahora el concepto del estorbo ha revivido, no porque Rusia nos robe el oxígeno con su tamaño, sino por lo que representa para Occidente.

Desde la caída de la URSS suele verse en Rusia a un estorbo decadente que ni siquiera vale la pena estudiar. En los noventa los estudios sobre Rusia y su financiamiento decayeron de una forma estrepitosa, como si no fuese importante estudiar el nuevo orden internacional de la posguerra fría; como si estudiar a la Rusia postsoviética no dijera algo útil sobre el pasado y el presente, de Rusia y del mundo. Ni siquiera como manual para no repetir aquella forma de capitalismo atroz que hizo perder a la gente todos sus ahorros. Quienes estudiamos a Rusia nos hemos topado con esa cantaleta más de una vez. Cabe preguntarse si se puede ser un internacionalista serio sin estudiar a la URSS, cuya existencia definió el siglo XX por entero y cuya caída ha definido lo que va del XXI.

La idea de la decadencia y el estorbo rusos son una de las principales pautas de orientación cuando se lee o se escucha sobre Rusia hoy en día. En México no es fácil formarse un juicio coherente, ni siquiera completo, de aquel país. La información que llega es deficiente: el rebote de una noticia sobre un meteorito, las notas sensacionalistas de agencias pagadas por el gobierno ruso como RT —que, en efecto, no ayudan a propagar una buena imagen sino lo contrario—, o incluso una impresionante cantidad de notas sobre ovnis y fantasmas que se aparecen para saludar a cámaras nocturnas, con una predilección inexplicable por Rusia. De repente se ve a Putin en el periódico, rara vez en televisión, junto a algún reportaje que explica, generalmente mal, alguna declaración. No es indispensable que en México exista un conocimiento generalizado sobre lo que ocurre en Rusia; tampoco tendría por qué ser así. Nuestras prioridades están en otro lado. Lo interesante es la idea que se va formando, con lo poco que llega, en los pocos que la reciben; por lo general, una idea tergiversada o hiperbolizada, en cualquier caso ajena a la realidad.<sup>7</sup>

Valga un ejemplo pintoresco. En su edición de febrero de 2014, la revista *PueblaDos22* publicó un reportaje sobre los líderes mundiales más influyentes. Retrataba, o pretendía retratar, la “personalidad” de Barack Obama, Xi Jinping, Angela Merkel y Vladímir Putin. El ejercicio de entrada es irrisorio. Sin embargo, revela y sintetiza muy bien la idea de la Rusia atrasada y estorbosa, casi maligna. El contraste entre los presidentes chino y ruso no podía ser explicado de manera más abismal. Mientras que el señor Xi era un “visionario” y “modernizador”, su par ruso se presentaba como una figura negativa “de tendencias dictatoriales”. En sí misma la frase no dice nada. Lo que llama la atención es que se adule a quien sí es un *dictador* en toda la extensión del término y su usanza en la ciencia política: sin oposición, sin elección popular, con un poder prácticamente absoluto amén de su periodo fijo de gobierno. El problema no es que Xi Jinping sea “visionario” y “modernizador”, que seguramente lo es, o que Putin no sea un gobernante autoritario, que también lo es (si hacemos caso a Juan Linz), sino que a uno se le critique por sus “tendencias dictatoriales” mientras

<sup>7</sup> R. Matos Franco, “Crimea en la plumería mexicana”, *Distintas Latitudes*, 9 de abril de 2014, disponible en: <http://www.distintaslatitudes.net/crimea-en-la-plumeria-mexicana>

que al *dictador* se le perdona todo —y ni siquiera se le llama así—. La anécdota importa porque es la imagen que hay de Rusia hoy, en contraste con la imagen de China. Una es decadente, “atrasada”, casi dictatorial —aunque la mayoría del electorado ruso haya votado en contra del partido oficial en 2011—, anclada en el pasado. La otra, que sí es una dictadura, cosa que la publicación no menciona para no empañar la idea que quiere dar, es “moderna”, “visionaria”, ve hacia el futuro. Son los edificios enormes e iluminados de Shanghái o Beijing frente a los complejos departamentales grises, sucios y feos de Rusia. Si se le busca, desde luego que la respuesta estriba en la economía: *PueblaDos22* se lee entre la élite económica poblana; incluso tiene secciones en alemán para los directivos de la Volkswagen. Si fuese Rusia la de las tasas de crecimiento impresionantes en los últimos veinte años, Putin sería el “moderno” y “visionario”, el “emprendedor” que todos dizque queremos ser, y Xi un dictador que reprime a los monjes del Tibet y censura la prensa —entre otras cosas.

Es exactamente la misma idea que yacía, y yace aún, en el centro del conflicto ucraniano: esa fantasía grosera —hacia los ucranianos, por supuesto— de que Ucrania tiene la posibilidad de ser un país “europeo”, “moderno” y alejarse de la “corrupción”, o estará destinada por siempre a ser como su vecino ruso: “autoritario”, “corrupto”, con “prácticas soviéticas”. La situación en Ucrania es el mejor ejemplo de todos los “males” de Rusia. Hay que ser como unos para no ser como otros. El único resultado que ha traído esta monserga es que el gobierno ucraniano puede, y lo ha logrado con creces, lavarse las manos de los mayores problemas en el país y seguir ubicando a oligarcas que saquean el presupuesto nacional en posiciones clave —en las gubernaturas del este, por ejemplo, o en la presidencia—, puesto que al final siempre se podrá culpar a Rusia de la crisis económica, de la terrible guerra en el este, de tener que quitar calefacción y salarios a los ciudadanos de Donetsk y Luhansk: todo para no ser “atrasados” como ella. No es de extrañar que el gobierno de Yatseniuk tenga poco más de 2 por ciento de aprobación entre la sociedad ucraniana (julio de 2015),<sup>8</sup> ciertamente número muy moderno en Europa.

<sup>8</sup> International Republican Institute, “Dynamika suspilno-politychnyj pogliadiv v Ukraini”, *Rating Group*, 26 de agosto de 2015, disponible en: [http://www.ratinggroup.com.ua/upload/files/IRI\\_082015.2.pdf](http://www.ratinggroup.com.ua/upload/files/IRI_082015.2.pdf).




En suma, la idea del misterio ruso ha dado paso a la del atraso, y ambas se refuerzan mutuamente. La idea del atraso, a su vez, ha producido la de Rusia como estorbo: un país ya prácticamente indeseable, un óbice para el desarrollo “natural” del mundo y, quizá con especial énfasis, de Europa —y de la idea de Europa—. Cuando se puso de moda el referéndum griego organizado por el gobierno de Alexis Tsipras, se llegó a mencionar que la alternativa a una Grecia fuera de la Unión Europea era, casi por naturalidad, Rusia: crédito ruso, inversión rusa, “influencia” rusa, generalmente sugerido en términos negativos.<sup>9</sup> Moscú, por su parte —como era de esperarse—, negaba esa fantasía, pues ni siquiera le interesaba, o al menos no a ese grado. Sin embargo, la idea persiste: hay que “ayudar” a la periferia de Europa a no ser absorbida por Rusia.

Es cierto que ni los reportajes de RT ni las anexiones de territorio ayudan a crear ese ambiente de entendimiento mutuo entre Rusia y Occidente —ni tampoco los polos extremos, como el *Moscow Times*—. De algún modo, Rusia se ha buscado la imagen que ha adquirido en los últimos años, pero por otra parte le conviene políticamente —dentro y fuera del país—. Sin embargo, el subterfugio occidental para señalar todo lo que está “mal” en Rusia llega a niveles lamentables. La demonización de Putin para explicar la política exterior rusa es bastante mediocre. Aquella sí es un estorbo para entender los verdaderos problemas de Rusia: redistribución del ingreso, pensiones insuficientes, una economía que depende de los precios internacionales de energéticos, una demografía en declive, altas tasas de alcoholismo, racismo y homofobia crecientes. No: el problema es Putin, sólo Putin, con la lógica tan tergiversada y sumamente errónea de que, una vez sin Putin, los problemas se acaban.

Quizá cuando se deje de anteponer una idea ya resuelta previamente en la cabeza a lo que se escribe, a lo que se lee sobre Rusia; cuando se comience a ver que el misterio no lo es tanto, que el atraso es una cortina de problemas enormemente contemporáneos y que no hay ningún estorbo sino una necesidad de contar con Moscú para resolver problemas; quizá entonces se entenderá que la esencia de una *matrioshka* es lo que hay dentro. Es

<sup>9</sup> H. Ellyatt, “Greece’s Tsipras Heads to Russia for Some Love”, CNBC, 18 de junio de 2015, disponible en: <http://www.cnbc.com/2015/06/18/greeces-tsipras-heads-to-russia-for-some-love.html>.

inútil quedarse con la muñeca más grande, la más impresionante, si no se destapan las demás.

La frase de Churchill sobre Rusia citada al inicio del escrito, cabe confesarlo, se reprodujo incompleta. Inmediatamente después de pronunciarla, luego de una breve pausa, Churchill prosiguió: “but perhaps there is a key”. *Quizá hay una llave*. Para él esa llave era el “interés nacional” ruso, algo cuya esencia tampoco queda muy clara. Sin embargo, la llave para el supuesto misterio ruso podría ser, simple y llanamente, poner atención a los hechos empíricos, a la historia. Y, desde luego, desempolvar a Gógol de vez en cuando. 

# *Poder vertical.* Una mirada al renacer autocrático en la Rusia del siglo XXI

Armando Chaguaceda\*

*La democracia rusa es el poder del pueblo ruso,  
con las tradiciones propias de autogobierno popular,  
y no la realización de estándares impuestos desde fuera.*  
Vladimir Putin<sup>1</sup>

Este artículo analiza las principales características que identifican el proceso de resurrección, estructuración y consolidación de un régimen autocrático en la Rusia postsoviética. Para eso se retoma lo acontecido en la etapa previa al arribo de Vladimir Putin a la presidencia del país, como antesala de las principales transformaciones y rasgos formales —institucionales y legales— e informales —de ejercicio del poder— que definen el régimen actual, y se adelanta un conjunto de interrogantes sobre los posibles escenarios futuros del mismo.

## INTRODUCCIÓN: MIRADAS SOBRE LA POLÍTICA RUSA

El análisis de la evolución política de la Rusia postsoviética (de 1991 a la fecha) es un campo de estudios con importantes enseñanzas, tanto de índole teórica como práctica, para aquellos interesados en los procesos de cambio político. El paso, en apenas un cuarto de siglo, de un régimen posttotalitario de partido único a una imperfecta democracia electoral, segui-

\* Agradezco el apoyo de mi asistente Ramsés Torres en la labor editorial que sustenta este trabajo.

<sup>1</sup> Discurso ante la Asamblea Federal de la Federación, 12 de diciembre de 2012. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=f2SR0oNBUqo>

do por la ulterior regresión a diversas modalidades de autoritarismo, ofrecen un panorama sui géneris para el análisis de la relación democratización-desdemocratización en el mundo actual. Algunos autores<sup>2</sup> han estudiado esta etapa en relación con el septuagenario régimen soviético que la antecedió y enfatizan los nexos y mutaciones de sus respectivas élites y procesos políticos. Otros estudian la transición en Rusia desde la comparación con lo acaecido en Europa del Este.<sup>3</sup> Más específicamente, ciertos trabajos se han enfocado en los cambios internos de la etapa que va del fin de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) al gobierno de Putin.<sup>4</sup> Por último, otros autores intentan encontrar, en determinadas instituciones<sup>5</sup> y comportamientos<sup>6</sup> pautas perdurables del desarrollo político de la nación eslava.<sup>7</sup>

Además, las diversas posturas analíticas han oscilado entre quienes consideran la autocracia como un elemento y un legado insuperables de la historia y la cultura rusas —llamados *pesimistas*—; los que lo comprenden como un fardo, que el desarrollo socioeconómico y la integración a la globalización permitirán superar —*optimistas*—, y aquellos *realistas* que, sin obviar los factores contextuales que facilitan o acotan su permanencia, lo abordan como producto de las acciones de ciertos sujetos políticos que establecen una pauta de desarrollo y funcionamiento institucional afín a la lógica antidemocrática.<sup>8</sup>

<sup>2</sup> Por ejemplo, W. Zimmerman, *Ruling Russia: Authoritarianism from the Revolution to Putin*, New Jersey, Princeton University Press, 2014, y M.E. Urban, V. Igrunov y S. Mitrokhin, *The Rebirth of Politics in Russia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

<sup>3</sup> M. McFaul, *Postcommunist Politics. Democratic Prospects in Russia and Eastern Europe*. Washington, D.C.; Center for Strategic and International Studies, 1993.

<sup>4</sup> M. McFaul, N. Petrov y A. Ryabov, *Between Dictatorship and Democracy. Russian Postcommunist Political Reform*, Washington, D.C.; Carnegie Endowment for International Peace, 2004.

<sup>5</sup> A. Tsygankov, *The Strong State in Russia*, Nueva York, Oxford University Press, 2014.

<sup>6</sup> A. Ledeneva, *Can Russia Modernize? System, Power Networks and Informal Governance*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013.

<sup>7</sup> También se ha estudiado la evolución del sistema político en la nación euroasiática mediante la identificación de aquellos actores que asimilan *normalidad política* con estabilidad y tradición, y quienes la asocian con el tránsito a una democracia liberal y valores occidentales; véase Zimmerman, *op. cit.*

<sup>8</sup> En una interesante metáfora sanitaria, Gelman señala que la postura pesimista considera el autoritarismo ruso como una enfermedad hereditaria —por lo tanto de difícil curación—, los optimistas como dolores típicos del crecimiento, y los realistas —entre los que se adscribe— como una suerte de envenenamiento intencional del cuerpo social, realizado por sus agentes políticos; véase V. Gelman, *Authoritarian Russia. Analyzing Post-soviet Regime Changes*, Pensilvania, Pittsburg University Press, 2015, pp. 19-26.

Mi mirada, aunque deudora de los distintos estudios contemporáneos de la política rusa, se basa fundamentalmente en lo aportado por autores que analizan el fenómeno autocrático a partir de los conflictos y problemas centrales que esta forma de concebir y ejercer la política suponen,<sup>9</sup> los cuales se relacionan con los desafíos de compartir el poder —en ausencia de árbitros imparciales y con la violencia como recurso siempre presente— y de controlar a la población —mediante la coerción y el consenso— en regímenes no democráticos. Pero también desde una interpretación que, cercana a la escuela del neoinstitucionalismo,<sup>10</sup> concibe el fenómeno autocrático como un producto de decisiones intencionadas de ciertos actores políticos, tomadas en coyunturas críticas.

Estos actores, dentro de marcos institucionales y culturales específicos, buscan maximizar su poder frente a sus oponentes —y frente a toda la sociedad—, y conciben la disputa política como un juego “suma cero” que obliga a minimizar los frenos y contrapesos existentes y a manipular las normas e instituciones con ese propósito.<sup>11</sup> Elecciones estratégicas que, dado su efecto acumulativo y su impacto político, van reduciendo las posibilidades de reversión ulterior de las decisiones tomadas en etapas tempranas del proceso. Desde estos presupuestos procuro comprender la génesis del régimen actual, relacionándolo con los antecedentes de la etapa soviética pero, sobre todo, al analizar lo acontecido en la década anterior a su emergencia.

## LA DEMOCRATIZACIÓN FRUSTRADA

Diferentes autores coinciden en que el periodo de gobierno de Boris Yeltsin (1991-1999) estableció las bases de un régimen que, si bien cumplió con estándares mínimos de democracia electoral, no alcanzó los niveles de una democracia liberal y consolidada. Pero que, en la práctica —y sobre todo después de 1993— evidenció rasgos del modelo de democracia delegativa, popularizado por los estudios de Guillermo O’Donnell. Para

<sup>9</sup> M.W. Svolik, *The Politics of Authoritarian Rule*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012.

<sup>10</sup> P. Pierson, *Politics in Time: History, Institutions and Social Analysis*, New Jersey, Princeton University Press, 2004.

<sup>11</sup> V. Gelman, *op. cit.*

Shevtsova,<sup>12</sup> la imitación de las instituciones y normas occidentales, la emergencia de una clase rentista y compradora, y la incorporación limitada de elementos del pluralismo político permitieron que un ejercicio de poder personalizado, tradicional en la política rusa, sobreviviera tras el colapso soviético sin mostrar mayores credenciales democráticas.

Este punto de partida, sin duda, explica parte del decurso. Habiendo sido el centro de un imperio, la URSS fue la fortaleza del sistema político comunista y tanto su duración como su penetración en distintos estratos de la sociedad y la cultura rusas hicieron de la transición un proceso arduo y complejo.<sup>13</sup> La complejidad de una triple transición simultánea: de superpotencia a Estado-nación, de una economía de comando a una de mercado, y de una autocracia monopartidista a una democracia precaria ha sido destacada por diversos autores<sup>14</sup> como el factor que influyó en el nacimiento del nuevo orden postsoviético, en un contexto de conflictos separatistas y tensiones interétnicas. Si se establecen ciertos ejes —relacionados con la actitud frente a las reformas de mercado y la reorganización del poder estatal, así como con los métodos para implementar ambas— se pueden identificar las posturas de los actores políticos y, en general, de la ciudadanía rusa.<sup>15</sup>

La rusa fue una transición polarizada, en la que emergieron partidos sin base social, cuyos dirigentes provenían, en gran parte, del antiguo régimen y se enzarzaron en unas elecciones caracterizadas por su conflictividad. Una política anclada en el Estado y en la lealtad a sus burocracias, la frágil representación política encarnada en individuos —ante la debilidad de los partidos— y los niveles de apatía y desafiliación ciudadanos fueron, desde etapas tempranas del cambio, rasgos del régimen político poscomunista. Apenas a dos años del cambio, varios expertos hacían notar la inexistencia de un consenso sólido en torno a la preferencia de la democracia como régimen político, alertando que los potenciales enemigos de ésta —provenientes de la vieja nomenklatura— permanecían activos dentro del Estado y la sociedad rusos, con recursos suficientes para movilizarse en su contra.<sup>16</sup>

<sup>12</sup> L. Shevtsova, “Russia: Imperialism and Decay”, *Journal of Democracy*, núm. 26, enero de 2015, p. 177.

<sup>13</sup> M. McFaul, *op. cit.*

<sup>14</sup> Véanse A. Tsygankov, *op. cit.* y V. Gelman, *op. cit.*

<sup>15</sup> M. McFaul, *op. cit.*, p. 66.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 92.

En el último trimestre de 1993, con la supresión violenta de la Duma y la aprobación de la nueva Constitución, hoy aún vigente, que consagra amplios poderes de veto y legislativos al presidente, en la joven democracia rusa se fortalecía el curso desdemocratizador en la forma de una democracia delegativa.<sup>17</sup> Si bien se estabilizó la vida política y se redujeron los riesgos de una contienda civil, se mantuvieron la elección de altos cargos públicos y la posibilidad de ejercer las libertades y derechos ciudadanos —de expresión, manifestación, organización—, la debilidad del sistema de partidos, los escasos contrapesos al Ejecutivo y el apoyo de los grandes medios, lo que configuraba un escenario que algunos autores calificaron como “ni democracia ni dictadura”.<sup>18</sup> La expansión de un aparato ad hoc para la toma de decisiones, la emisión de decretos presidenciales, el nombramiento de leales en la Corte Suprema y en el Consejo Superior de la Federación (cámara alta del Legislativo) fortaleció un estilo de hacer política relacionado con la inserción en las instituciones y el usufructo de los recursos de poder estatales.

Las elecciones presidenciales de 1996 —desarrolladas en un ambiente de crisis económica, creciente desigualdad, inseguridad y escándalos de corrupción— tuvieron como ganador, en segunda vuelta, a un Yeltsin que recibió la adhesión de las grandes televisoras, empleó profusamente en campaña los recursos estatales y contó, a la postre, con el apoyo financiero y político de Occidente. Pese a estos desbalances, que impiden valorar los comicios como *libres* y *justos*, el proceso evidenció la concurrencia de diferentes plataformas políticas —con una oposición comunista empoderada en el Legislativo y en gobiernos locales—; al tiempo que la incertidumbre sobre sus resultados hicieron que éstas fueran, hasta la fecha, las últimas elecciones competitivas de la Rusia postsoviética.

<sup>17</sup> Véase Urban, Igronov y Mitrokhin, *op. cit.* Respecto al mandato de Yeltsin, varios autores han reconocido que, si bien respetó la realización periódica de elecciones y abandonó voluntariamente el poder —tras designar a su sucesor y en medio de una doble crisis de salud y legitimidad personales—, fue un gobernante decisionista y populista; véanse A. Tsygankov, *op. cit.*, y M. McFaul, N. Petrov y A. Ryabov, *op. cit.* Para Zimmerman ya las elecciones de 1996 presajiaron un curso desdemocratizador (W. Zimmerman, *op. cit.*, p. 11).

<sup>18</sup> M. McFaul, N. Petrov, A. Ryabov, *op. cit.*

De tal suerte, los años noventa evidenciaron cómo, en ausencia de un pacto fundador —del tipo mesa redonda nacional o de una constitución democrática y no presidencialista— la coalición ganadora, encabezada por Yeltsin, tuvo pocos incentivos para acometer una democratización de fondo de la política rusa. La agenda democratizadora fue identificada, por la sociedad, como una herramienta para alcanzar la prosperidad asociada a la economía de mercado de tipo occidental; prosperidad que no sólo no llegó sino que retrocedió —como lo demuestran varios indicadores socioeconómicos de entonces— respecto de años precedentes, lo que provocó el desinterés ciudadano por la política y el rechazo de las masas por las bondades de la democracia.<sup>19</sup> Y si bien la fragmentación de las élites, la debilidad del Estado y la prioridad dada a las reformas neoliberales<sup>20</sup> impidió un avance claramente autoritario; la pasividad de la ciudadanía ante la cosa pública, que llegó incluso a la manipulación de la protesta social por poderes regionales en contra del centro, consagró la “aceptación resignada” de ese orden precario<sup>21</sup> y abrió la puerta a la irrupción, dentro de la élite y el sistema, de un liderazgo interesado en reconstruir el modelo autocrático de gobierno.

#### INSTITUCIONES Y REDES: FORMAS Y FONDOS DEL PODER AUTORITARIO

El debate sobre la autocracia como tipo de régimen político vigente en Rusia,<sup>22</sup> y sus formatos específicos, reúne diferentes perspectivas. Para al-

<sup>19</sup> V. Gelman, *op. cit.*

<sup>20</sup> El desafío de la simultaneidad del cambio económico y político en la Rusia postsoviética, así como del carácter abrupto y conflictivo con que éstos se produjeron, la influencia retenida por la nomenklatura —que bloqueó, junto a la crisis, la emergencia de una clase media prodemocrática— y la negativa a asociar los procesos y ritmos de las reformas de mercado y la democratización, unidos a la desatención triunfalista de Occidente frente a los tempranos síntomas desdemocratizadores en Rusia, han sido factores favorables de la regresión autocrática; véanse M. McFaul, N. Petrov y A. Ryabov, *op. cit.*, y V. Gelman, *op. cit.*

<sup>21</sup> V. Gelman, *op. cit.*

<sup>22</sup> Hablo de régimen —en tanto conjunto de instituciones y reglas que definen los modos de acceso, ejercicio, ratificación y salida del poder político— de un modo más específico, que se diferencia de la noción ampliada de “sistema”, con el que autoras como Shevtsova o Lednova dan cuenta de las redes de intereses, tradiciones, valores y comportamientos que, anclados en la sociedad rusa, sustentan y enmarcan los fenómenos de poder. En ese sentido, coincido con Shevtsova en definir el régimen putinista como el *motor político* del actual sistema ruso, caracterizado por una estructura de *poder vertical* y un *control manual* —personalista— de la agenda; L. Shevtsova, *op. cit.*, p. 177. Para una mirada fundamentada sobre la emergencia y



gunos autores, la autocracia se presenta como un factor central de la historia política rusa, que adopta la modalidad de un gobierno personalista, fuerte y concentrado, capaz de responder —mediante el control de los recursos humanos y materiales de la nación, la promoción de una religión ligada al Estado y una ideología nacionalista— a las amenazas exteriores, a los desafíos de las élites domésticas y a las demandas de seguridad, redistribución y modernización.<sup>23</sup> Shevtsova identifica en la historia política rusa la persistencia —y adaptación, a diferentes formatos— de un sistema de poder personalizado, militarista, imperial y concentrador de recursos humanos y materiales.<sup>24</sup>

Según otros autores, el poder concentrado que caracteriza la autocracia no se deriva de supuestas proclividades históricas o culturales, sino que emergió del proceso de transición como una suerte de Termidor centrado en el rescate del orden social y el control estatal;<sup>25</sup> a partir de las decisiones de los actores políticos relevantes y en medio de la pasividad de la mayoría de la ciudadanía.<sup>26</sup>

Sin dejar de lado la riqueza y pertinencia de este debate, estimo que la autocracia rusa corresponde, a rasgos generales y al menos hasta fechas recientes (¿2014?), a la familia de los *autoritarismos competitivos*; un tipo de régimen de factura eminentemente civil,<sup>27</sup> donde si bien las instituciones democráticas, es decir las elecciones, operan formalmente como ruta primaria de acceso al poder, el oficialismo posee, y emplea, un conjunto de recursos —manipulación electoral, acceso desigual a los medios, abuso de recursos públicos, formas de violencia, mecanismos informales para el relevo de líderes y movilización de partidarios— en contra de la oposición, para desequilibrar el juego en su beneficio.<sup>28</sup> También el régi-

---

consolidación de ese modelo véase “The Putin System”, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=pi0Jjp16eVk>

<sup>23</sup> A. Tsygankov, *op. cit.*

<sup>24</sup> L. Shevtsova, *op. cit.*

<sup>25</sup> M. McFaul, N. Petrov y A. Ryabov, *op. cit.*

<sup>26</sup> V. Gelman, *op. cit.*

<sup>27</sup> Pues, aunque los militares pueden jugar en ciertos casos un rol clave, éste no se equipara al que desempeñan, de forma constitutiva, en las dictaduras militares tradicionales.

<sup>28</sup> S. Levitsky y L. Way, *Competitive Authoritarianism. Hybrid Regimes after the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp. 3-36.

men político postyeltsiniano se ha denominado *semiautoritarismo* y *presidencialismo patronal*,<sup>29</sup> *autoritarismo híbrido*<sup>30</sup> y *autoritarismo competitivo* en tránsito a su modalidad *hegemónica*.<sup>31</sup>

Cualquiera que sea la perspectiva que se adopte, resulta útil ubicar la emergencia y los rasgos de la autocracia putinista dentro de la secuencia de regímenes políticos que ha tenido la Rusia postsoviética. Para ello se presenta el cuadro 1, con los tipos ideales de los regímenes políticos, que no deben confundirse con los performances específicos que adoptan ni sus fronteras temporales en las condiciones concretas del país euroasiático, experiencias siempre sujetas a una diversidad de interpretaciones.<sup>32</sup>

El régimen combina la supervivencia de elementos democráticos —celebración de elecciones, ejercicio de ciertos derechos individuales— en declive con el fortalecimiento de un poder centralista —que domina la vida política en los niveles regionales y locales—, personalista —alrededor de la figura de Putin, quien monopoliza las decisiones clave—, securitizado —por la preeminencia que adquieren los servicios de seguridad y defensa dentro del aparato estatal— y capaz de controlar decisivamente la mayoría de los medios masivos, buena parte de la economía —en particular la producción de hidrocarburos y la industria de defensa— y un amplio sector de empleomanía de las

<sup>29</sup> S.A. Greene, *Moscow in Movement. Power and Opposition in Putin's Russia*, Stanford, Stanford University Press, 2014.

<sup>30</sup> V. Gelman, *op. cit.*

<sup>31</sup> Para W. Zimmerman, *op. cit.*, el modelo —que identifica como una versión modernizada del soviético— combina la subsistencia de elementos modernos, como fuentes de información no controladas, un espacio respetado de privacidad ciudadana, etc., con elementos autocráticos tradicionales: un electorado unipersonal soportado por una pequeña élite que controla la fuerza armada, el cuasi monopolio de los medios y una población cliente. Según Gelman, *op. cit.*, el régimen mantiene un monopolio de poder de estirpe soviética —política no competitiva, economía estatizada— sin sufrir las limitaciones de éste —gracias a su inserción en la globalización, la existencia de una economía de mercado, la sobrevivencia de la legitimidad electoral— y se basa en una racionalidad distinta: interés por la acumulación y el consumo, característica de una Rusia postcomunista; véase A. Ledeneva, *op. cit.*

<sup>32</sup> Según Zimmerman, *op. cit.*, p. 8, Rusia tuvo, hasta mediados de los noventa, elecciones competitivas, una legislatura empoderada y medios privados capaces de criticar al gobierno. Pero de 1996 a 2008, las elecciones presidenciales se tornaron decrecientemente competitivas y carentes de significación, hasta desembocar en 2008 en un autoritarismo completo, con un electorado reducido a una persona. Para Diamond desde 2000 Rusia no clasifica ni siquiera en el ámbito de las democracias electorales, y es 2012 el parteaguas para el ascenso de un autoritarismo más represivo; véase L. Diamond, “Facing Up to the Democratic Recession”, *Journal of Democracy*, núm. 26, enero de 2015, pp. 141-155, esp. pp. 145-150.

Cuadro 1. Tipos ideales de regímenes políticos

	<i>Democracia electoral/liberal</i>	<i>Autoritarismo competitivo/electoral</i>	<i>Autoritarismo hegemónico/completo</i>
Institucionalidad y proceso electoral	Respetados aunque con desbalances	Existen pero son sistemáticamente violados o utilizados en favor del oficialismo	Severamente controlados o reducidos a fachada legitimante del régimen
Estatus de la oposición	Compite en estatus de relativa igualdad con el oficialismo	Oposición existente legalmente, pero afectada por abusos oficialistas	Oposición severamente restringida, acosada o exiliada
Nivel de incertidumbre electoral	Alto	Menor que en democracia, mayor que en autoritarismo hegemónico	Bajo
Tamaño del electorado	Grande, basado en sufragio universal	Grande, basado en sufragio universal	Grande, subsiste (formalmente) el sufragio universal
Presencia del selectorado <sup>a</sup>	Electorado coincide con selectorado	Selectorado tiene rol activo en proceso político	Selectorado tiene rol decisivo en proceso político
Etapas	1991-2000, con deterioro a partir de 1996	2000-2014, aunque con síntomas de deterioro claros en 2011-2012	Desde 2014, aunque sujeto a debates e interpretaciones

Fuente: Elaboración propia con datos de M. McFaul, N. Petrov y A. Ryabov, *op. cit.*, W. Zimmerman, *op. cit.* y V. Gelman, *op. cit.* <sup>a</sup> Siguiendo a Zimmerman definimos al selectorado como aquellos actores, individuales o colectivos, que, con independencia de la voluntad popular expresada en elecciones libres y justas, tiene la capacidad y disposición para seleccionar o remover el liderazgo estatal, a través de ciertos procedimientos, a menudo informales, previamente establecidos.

empresas públicas, políticamente dependiente y movilizable. El modelo tiene fallas, que abarcan la ineficacia y alta corrupción de la burocracia, la competencia soterrada entre los grupos de interés integrados en el aparato estatal por mayores cuotas de acceso a la renta,<sup>33</sup> así como la incapacidad para implementar reformas modernizadoras, aun dentro del esquema autoritario.

Este régimen autocrático combina sus elementos institucionales, como el fortalecimiento de las capacidades estatales de coacción y cooptación, con formas no institucionales de gobernanza. En la primera dimensión, se recuperan rasgos de la era soviética: sistema de cuadros, métodos administrativos y policíacos —para lidiar con el disenso— y personalistas, corporativos y

<sup>33</sup> Según Greene, el régimen, y en general el sistema, se estructuran en beneficio de una élite cuyos grupos siguen una lógica de club, donde la membresía define el goce o la exclusión de las riquezas y el poder. S. Greene, *op. cit.*, p. 221.

conspirativos —para la formación y ejecución de políticas—; todo bajo el llamado “control manual” del presidente y dentro de la concepción de “poder vertical”. En cuanto a las redes de gobernanza, tejidas concéntricamente alrededor del presidente, su eje gravitacional, y conformadas por sus allegados, sectores de la burocracia y caudillos regionales —con base en criterios de parentesco, procedencia territorial o laboral—, amplifican los déficits institucionales del Estado ruso, sirven para distribuir recursos, movilizar adherentes y cuadros, y garantizan lealtad al poder y reproducción del régimen.<sup>34</sup>

El proceso de establecimiento del régimen arriba descrito se completó, en lo fundamental, para finales del primer mandato de Putin (2004), acotando severamente las posibilidades de los actores capaces de desafiar su poder. Entre 1999 y 2002, el partido oficial —entonces llamado Unidad, luego Rusia Unida— controla la mayoría de los escaños de la Duma, tras una serie de alianzas puntuales con comunistas y liberales, que marginaron a ambas fuerzas del control de las comisiones y el plenario, para garantizar, con su control del Legislativo, un apoyo decisivo a las iniciativas del presidente. Esto permitió avanzar en la producción legislativa en diversas áreas, a costa de la calidad de la representación —en 2001, por ejemplo, una ley prohibiría los partidos de anclaje regional— y de la autonomía del poder parlamentario.

El sistema de partidos resultante anuló cualquier opción de oposición real. Rusia Unida, en tanto partido del poder, no ideologizado y dependiente del presidente, coexistiría con otros de oposición leal —Una Rusia Justa, autodefinido socialdemócrata— con el fin de cumplir funciones que abarcan tanto la administración de la competencia política, el monitoreo de los comportamientos y demandas de las élites y los ciudadanos, la captación y promoción de cuadros, la absorción de presiones sociales susceptibles de afectar al presidente, como la reducción del uso de la violencia.<sup>35</sup>

La centralización del poder territorial fue acometida en el primer mandato de Putin (2000-2004) mediante la creación de siete distritos federales

<sup>34</sup> A. Ledeneva, *op. cit.*

<sup>35</sup> Sin embargo, se ha destacado la incapacidad del partido oficial para convertirse en la piedra de toque de la estabilidad del sistema. A diferencia del viejo Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano o del actual Partido Comunista de China, Rusia Unida no ha sido útil para el efectivo reclutamiento, la cohesión ideológica y el relevo de la élite dirigente. Al punto de que Putin ha mantenido un distanciamiento aparente con la estructura del partido, para no contaminarse con las críticas de corrupción, etc., que pesan sobre el partido oficial.

a cargo de enviados personales del presidente, la recuperación del control del presupuesto y los órganos de seguridad, a lo que se sumó la reestructuración del Consejo de la Federación con miembros afines al Ejecutivo. Los nuevos gobernadores ya no serían electos sino designados por el presidente y confirmados por los parlamentos locales, copados por el oficialismo. Por su parte, para el mundo empresarial se instrumentó —a partir de una reunión sostenida en junio de 2000 en la dacha presidencial— un pacto que establecía el monopolio estatal de la agenda política, con la promesa de protección a la iniciativa privada y de acceso al reorganizado mercado nacional así como a los recursos y contratos estatales.<sup>36</sup>

Se establecía un nuevo consenso desde arriba, que sustituía al de la época yeltsiniana, con varios temas implícitos: la crítica al poder presidencial devenía tabú para la élite política y empresarial, esta última recibiría protección y privilegios a cambio de dejar en manos estatales el virtual monopolio del poder. Bajo ese orden, las reglas informales adquirirían tanta o mayor importancia que las formales,<sup>37</sup> al difundirse el uso de términos como *dictadura de la ley* —léase injerencia reforzada de los órganos de justicia y policiales en la vida pública— en sustitución de la noción de Estado de Derecho, y el de *democracia manejada*, como alternativa al pluralismo político.

La noción de democracia manejada —introducida en 2005 por propagandistas e ideólogos putinistas, encabezados por V. Surkov— tiene varias interpretaciones. Según el discurso oficial, se trata de desarrollar la idea de democracia adaptada a las condiciones rusas. Diversos autores lo identifican como el nombre que adopta un régimen semiautoritario con pluralismo limitado, que mantiene, con restricciones, la competencia política, pero maximiza el control estatal<sup>38</sup> o lo definen como una modalidad de trans-

<sup>36</sup> Acuerdo que puede ser revisado, en tanto los incrementos en la capacidad e ingresos estatales —por la vía de la exportación de hidrocarburos y armamentos, por sólo citar dos ejemplos—, así como la mayor estatización de la economía, pueden relegar al empresariado privado a un rol menor dentro de la economía rusa; véase V. Gelman, *op. cit.*

<sup>37</sup> Según Gelman el miedo al cambio en las élites políticas, que vivieron la experiencia de la perestroika, y económicas, ante el riesgo de redefinición de las propiedades y beneficios adquiridos, así como en las masas, interesadas en mantener el orden, los empleos y los servicios provistos por el Estado, e incluso en la oposición leal, que disfruta de un rol subordinado dentro del régimen, hace que se mantenga este pacto, que privilegia la estabilidad cortoplacista antes que la innovación y el desarrollo democráticos; V. Gelman, *op. cit.*

<sup>38</sup> A. Tsygankov, *op. cit.*

formación, autoritaria, de las prácticas democráticas que preserva cierto respeto por las reglas formales.<sup>39</sup> Pero incluso desde una perspectiva simpaticizante del modelo, se reconoce que sus mecanismos tienen un costo importante para el desarrollo político nacional, expresado en la descalificación de candidatos y la cooptación e intimidación de oponentes. De todos modos, como se muestra a continuación, el apoyo de la población a esta idea de excepcionalidad del régimen político ruso parece gozar, al menos hasta fecha reciente, de buena salud.<sup>40</sup>

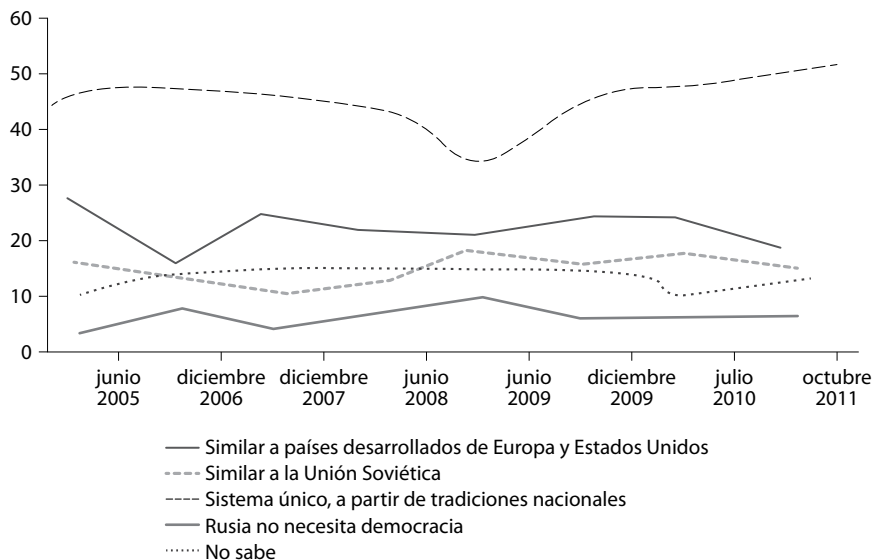
Tras los dos periodos consecutivos de Putin (2000-2008), que sentaron las bases de la nueva autocracia, sobrevino la presidencia de Medvedev (2008-2012), cuyo desempeño ha sido motivo de diversas interpretaciones. Para algunos autores, como Tsygankov, el mandatario intentó restaurar, dentro de la élite del régimen, un mejor balance entre los tecnócratas —más aperturistas, identificados con él— y los miembros del aparato de seguridad —afines a Putin, devenido poderoso primer ministro— a partir de un reformismo moderado (economía menos dependiente de los hidrocarburos y enfocada a la innovación y la alta tecnología, sistema político más abierto, mejores relaciones con Occidente) capaz de atraer a las clases medias. Para otros, como Gelman, el gobierno de Medvedev simplemente mostró los límites de una modernización autoritaria —acotada a la esfera económica y, en menor grado, a la administración pública, pero sin liberalización política— cuya retórica aperturista confundió a la burocracia y generó expectativas incumplidas en la ciudadanía. Como resultado práctico, bajo esta presidencia se acometió una reforma constitucional que extendió el periodo presidencial y parlamentario, lo que fortaleció al grupo en el poder.

Para septiembre de 2011, con la anuencia de un Medvedev dócil, Putin anunció su regreso a las lides presidenciales, contando a su favor con la es-

<sup>39</sup> M. McFaul, N. Petrov y A. Ryabov, *op. cit.*

<sup>40</sup> Esto no significa una filiación antidemocrática de la ciudadanía rusa. Según Tsygankov, de 2000 a 2010 la mayoría de los rusos creían que su régimen no era democrático pero priorizaban (en más de 70 por ciento) la estabilidad frente a la democracia (apoyada por apenas 15 por ciento), mientras esperaban una democratización futura. En 2012, sólo 31 por ciento de los entrevistados declaraba estar satisfecho con el funcionamiento democrático del país. Por su parte, A. Kolesnikov identifica en la población rusa la coexistencia de una sensación de rechazo y desamparo ante los abusos de los jefes y funcionarios y, al tiempo, de identificación con la causa nacional y el liderazgo de Putin. A. Kolesnikov, *The Russian Regime in 2015: All Tactics, No Strategy*, Moscú, Carnegie Moscow Center.

Gráfica 1. ¿Qué régimen político para Rusia?



Fuente: Tsygankov, *op. cit.*

tabilidad y la estructura políticas construidas durante casi doce años. Sin embargo, la respuesta de un importante segmento de la ciudadanía sacudió entonces, al menos momentáneamente, la hegemonía putinista y abrió paso a una nueva etapa, más autoritaria, del régimen.

#### EL DECLIVE<sup>41</sup>

La estabilidad de los autoritarismos electorales o híbridos depende de varios factores: por un lado, requiere un delicado balance entre las diferentes herramientas políticas orientadas a garantizar el control, la manipulación, la repre-

<sup>41</sup> Utilizo aquí declive no como sinónimo de pérdida de control político o crisis económica, sino en la interpretación de Fukuyama, que identifica el declive de la capacidad estatal, afectada por la presencia del neopatrimonialismo, el subdesarrollo de la burocracia y la mala calidad de las políticas, unido a la vulneración del Estado de Derecho y el déficit de la rendición de cuentas democrático como síntomas de un curso regresivo en el desarrollo político de una nación moderna; véase F. Fukuyama, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 2014.

sión y la satisfacción de la población;<sup>42</sup> por otro, supone resolver los problemas de la sucesión del liderazgo de modo que el jefe del Estado no degrade el régimen hasta la forma de una *autocracia establecida* —al monopolizar el poder de forma personalista— sino que se mantenga un equilibrio —*autocracia contestada*— entre el líder y sus aliados de la coalición de poder. Lo que supone, a la postre, más estabilidad del régimen y mejor calidad de sus políticas.<sup>43</sup>

En relación con lo anterior, la sucesión del liderazgo ruso evidenció, en 2011-2012, este talón de Aquiles de los regímenes autoritarios, siempre oscilantes entre las tendencias a eliminar los límites a la reelección y los poderes del autócrata o establecer mecanismos para una sucesión ordenada y leal.<sup>44</sup> Para la fecha, la frustración de un sector de la población, notoriamente procedente de clases medias y populares urbanas, ante los problemas de corrupción y la noticia del regreso de Putin a la presidencia, trajo de regreso la protesta social al espacio público de Rusia.<sup>45</sup>

El ciclo de protestas de diciembre de 2011 a mayo de 2012, desarrollado en grandes ciudades, como Moscú, San Petersburgo y Yekaterinburgo, alcanzó niveles inéditos de apoyo, de hasta 30 por ciento de la población, y reunió en las movilizaciones a disímiles filiaciones políticas: liberales, de

<sup>42</sup> V. Gelman, *op. cit.*

<sup>43</sup> M. Svolik, *op. cit.*

<sup>44</sup> V. Gelman, *op. cit.*, pp. 104-105. En este punto, Tsygankov considera a Putin como un autócrata normalizador, sin afanes totalitarios de restaurar la capacidad estatal de extraer por la fuerza recursos de la sociedad ni de movilizarla a gran escala para restaurar un imperio; véase A. Tsygankov, *op. cit.*, pp. 105-106. En sintonía, Dugin lo considera un posliberal y un pragmático, que defiende la tradición y el conservadurismo frente al liberalismo occidental; véase A. Dugin, “El resurgimiento de la Guerra Fría. La guerra contra Rusia en su dimensión ideológica”, *Literal Latin American Voices*, núm. 37, verano de 2014, pp. 5-9 y 43-44. En contraste, Shevtsova considera que, con su reacción ante la Revolución Naranja (2004) y el conflicto con Ucrania (2014) Putin se revela como un restaurador del poder autocrático, militarista e imperial ruso, adverso a la colaboración con Occidente, al respeto al estatus europeo (post-Helsinki) y a los valores e instituciones democráticos; véase L. Shevtsova, *op. cit.*

<sup>45</sup> Durante los dos primeros mandatos de Putin las protestas fueron cuidadosamente manejadas, tanto por la ciudadanía como por el Estado. Sobre el trasfondo de una sociedad civil poco movilizadora, su primer gobierno navegó en un ambiente de mejora general de las condiciones socioeconómicas y de estabilización política. Si bien después de 2004 emergieron las huelgas, los bloqueos de calles y las demostraciones públicas, muchas de éstas no desafiaban al régimen sino planteaban demandas específicas sobre los alcances y ausencias de sus políticas. En consecuencia, la respuesta estatal fue flexible, combinando el reconocimiento a las demandas con prácticas de cooptación, represión y fomento de organizaciones y movilizaciones sociales oficialistas; véanse M. McFaul, N. Petrov y A. Ryabov, *op. cit.*, y S. Greene, *op. cit.*



izquierda, nacionalistas, distintas identidades sociales: blogueros, activistas pro-derechos humanos y diversas categorías ocupacionales: funcionarios, profesionales, estudiantes; todas coincidentes en su llamado a elecciones justas y de rechazo al partido oficial.<sup>46</sup>

Se trató de una coyuntura de amplia renovación generacional de los activistas y de mayor creatividad de las tácticas opositoras, tanto en el espacio virtual, Internet, como en el real, la calle. Lo que se tradujo en el plano electoral en una derrota para Rusia Unida, que vio decrecer sus escaños de 450 a 238, tras obtener 49 por ciento de los votos. Esto afectó la capacidad del oficialismo para reformar la Constitución y las posibilidades de Putin para repetir su arrollador triunfo de 2008.<sup>47</sup>

Frente al ciclo de protestas, la respuesta estatal se mantuvo inicialmente dentro de los parámetros de la *democracia dirigida*: al combinar las promesas de reformas, la desacreditación, el aislamiento y encarcelamiento de líderes opositores, la cooptación de moderados, la movilización de los empleados públicos y de otras bases sociales del gobierno en manifestaciones y campañas comunicacionales. Tras recuperar popularidad, Putin fue electo en marzo de 2012 con más de 60 por ciento de los votos, e inició una serie de movidas de aparente aperturismo, como la simplificación de los requisitos para el registro de nuevos partidos, el regreso a la elección de gobernadores y la reunión con líderes de la oposición extraparlamentaria.

Sin embargo, ya desde el primer año del “nuevo” gobierno, la política del Kremlin se endureció en varios frentes sensibles. Se envió a la Duma una propuesta —a la postre aprobada— para restringir la labor de las organizaciones de la sociedad civil (OSC), especialmente aquellas que reciben fondos del extranjero y trabajan sobre temas políticamente sensibles, como derechos humanos, transparencia y observación electoral. Con el apoyo de una mayoría social conservadora, convencida de los valores tradicionales y de un mayor rol del Estado, dentro y fuera del país,<sup>48</sup> se persiguieron las manifestaciones

<sup>46</sup> A. Tsygankov, *op. cit.*

<sup>47</sup> W. Zimmerman, *op. cit.*

<sup>48</sup> Señala Shevtsova que si en 1989 apenas 13 por ciento de los soviéticos consideraba a Rusia amenazada por enemigos, en 2014 esa cifra se elevó a 84 por ciento; véase L. Shevtsova, *op. cit.*, p. 178. Este nacionalismo beligerante y antioccidental se expresa, allende las fronteras, a través de una mayor coordinación del gobierno ruso con otros aliados postcomunistas en la promoción del autoritarismo, tanto en el espacio postsoviético y asiático, la Organización de Cooperación de Shanghái;

públicas de homosexualidad, definidas como propaganda que ofende valores religiosos. Desde 2014, con el trasfondo del conflicto ucraniano y la anexión de Crimea, el régimen parece transitar de un autoritarismo híbrido a otro hegemónico, con el incremento de los ataques a opositores, la reducción de los medios críticos y autónomos, así como la aparente sustitución del modelo de modernización capitalista de Estado, atisbado en los primeros periodos de Putin y Medvedev, por una creciente militarización de la economía, la sociedad y la agenda política.<sup>49</sup>

Todo esto permite vislumbrar escenarios complejos para la sociedad y la política rusas. Incluso analistas cercanos al Kremlin reconocen los problemas de capacidad institucional del actual modelo para acomodar las demandas sociales y políticas de una sociedad compleja como la rusa. El partido dominante, los liderazgos y la oposición autorizados por el Kremlin se muestran incapaces de desempeñar su papel, lo que unido al eventual incremento de la represión y el acoso a la oposición radical pueden favorecer la emergencia de futuras protestas y derivas autoritarias. Para algunos autores se refuerza incluso la posibilidad de regresión a un sistema de partido único y poder personal, sustentado en normas informales, incapaz de resolver los problemas institucionales de Rusia ni atender o incorporar las demandas de su población.<sup>50</sup>

Desde una perspectiva reformista, un desafío para el presidente Putin sería establecer, en el marco de su actual ejercicio, el conjunto de reglas que permitan la transferencia de su poder personal,<sup>51</sup> mismas que se podrían acompañar del establecimiento de un sistema bipartidista que refleje

---

véase L. Diamond, *op. cit.*, pp. 151-152, como en escenarios latinoamericanos y mesorientales; véase R. Vanderhill, *Promoting Authoritarianism Abroad*, Boulder, Lynne Rienner, 2013.

<sup>49</sup> V. Gelman, *op. cit.*, p. 103.

<sup>50</sup> Según Tsygankov en la actualidad sólo 30 por ciento de los decretos presidenciales son implementados, al tiempo que el Estado ha sido incapaz de combatir la corrupción al convertirse los entes encargados de hacerlo —órganos de seguridad, fiscalías— en nuevos estamentos y mecanismos de acceso para los privilegios, véase A. Tsygankov, *op. cit.*, pp. 164, 207, 182-185. Lo que indicaría que incluso el *poder vertical* y el *control manual* presentan desempeños limitados, en cuanto a eficacia administrativa se refiere, para cumplir su cometido en el actual estado de la institucionalidad y la legalidad rusas.

<sup>51</sup> Hay que considerar que desde 1946 hasta 2008 dos tercios de los autócratas han salido del poder por la acción de aliados, revelando tanto la inestabilidad de la autocracia personalista como la permanente presencia de la violencia como medio para zanjar, en última instancia, las disputas intra élite en entornos autoritarios; véase Svoblik, *op. cit.*, p. 5.

posturas conservadoras y liberales de la clase política,<sup>52</sup> abra la participación a las clases medias y los opositores excluidos, y sustituya el personalismo político por un esquema más institucionalizado y estable.<sup>53</sup> Para ello, se ha propuesto el establecimiento de periodos presidenciales largos (diez años) y nominación (en primarias) de representantes de la élite antes de que contiendan en alguna elección nacional; para abrir simultáneamente la competencia en las legislaturas regionales y el Consejo de la Federación. Todo ello bajo el entendido de que una *democracia manejada* pero pluralista y un Estado fuerte pueden complementarse: la primera proveyendo legitimidad y el segundo estabilidad, mientras interaccionan para manejar las tensiones sociales y fomentar el desarrollo político.<sup>54</sup>

Sin embargo, hay pocas señales de que este sugerente rumbo será el que adopte, en años venideros, la política rusa. Si bien Shevtsova reconoce las dificultades de retroceder —en una sociedad poscomunista, carente de una ideología aglutinadora y coherente— a unos niveles estalinistas de militarización, aislamiento y dictadura para los que la sociedad ni las élites rusas están preparadas, Gelman indica las opciones de una *estabilización* en los marcos del autoritarismo electoral —que combina represión puntual a opositores, aperturas modestas en partidos y elecciones, sostenimiento del reparto patrimonial de la renta pública y la precariedad de las políticas públicas— o del *fortalecimiento del autoritarismo hegemónico* —con securitización y personalización reforzadas, una nueva constitución que elimine los frenos al presidente y reduzca aún más las libertades— como los escenarios más probables de Rusia en un futuro inmediato. Kolesnikov advierte sobre el contraste entre la demostrada capacidad táctica del gobierno para imponer su agenda a la oposición y la incapacidad de la élite dirigente —servil al líder y hostil al cambio— para pensar estratégicamente y adelantar las reformas de gestión y gobernanza que el país necesita.<sup>55</sup>

<sup>52</sup> A. Tsygankov, *op. cit.*, pp. 163-165.

<sup>53</sup> Svolik ha indicado la efectividad de los regímenes con partidos autoritarios, siempre que estos últimos logren establecer un sistema de asignación jerárquica de bienes y servicios, el control político sobre sus miembros, y mecanismos de reclutamiento y represión selectivos. Performances que, a la fecha, no cumple Rusia Unida; véase M.W. Svolik, *op. cit.*

<sup>54</sup> A. Tsygankov, *op. cit.*

<sup>55</sup> V. Gelman, *op. cit.* y A. Kolesnikov, *op. cit.*

Escenarios alternativos, como el brusco *colapso del régimen*, poco probable dada la cohesión de élite y la desmovilización ciudadana,<sup>56</sup> o la *democratización gradual*, necesitada de un consenso democratizador en las élites y la sociedad, poco visible hoy, no aparecen en el horizonte. La recuperación oficial del legado soviético —instituciones, prácticas, símbolos— para afrontar los problemas de control social y jerarquización política de una sociedad poscomunista auguran nuevos conflictos y avances desdemocratizadores. Ciertamente, éstos podrían verse afectados por variables hoy ignotas, como la posible existencia de desafecciones ocultas en segmentos de la población, la disposición de las élites para reprimir eventuales protestas masivas y la propia incapacidad del Estado para generar efectivas políticas anticrisis y reformas modernizadoras correctivas. En cualquier caso, el resurgimiento de la autocracia rusa evidencia que el estancamiento y (modesto) declive global de la democracia, alertado por algunos investigadores,<sup>57</sup> depara a la democracia no pocos retos en este siglo que apenas comienza. ❧

<sup>56</sup> Las llamadas Revoluciones de Colores han sido exitosas allí donde se combinan un régimen semiautocrático —en el que subsiste una clase media independiente—, una élite desunida, una presidencia impopular y una oposición lo suficientemente amplia y organizada para movilizar a las masas; véase S. Greene, *op. cit.*, p. 14. Ninguno de esos factores se revela como presente en la Rusia actual, donde el discurso nacionalista ha nucleado a una mayoría de la población alrededor del gobierno, en lo que ha sido denominado como un nuevo contrato social bajo el lema “Crimea a cambio de nuestras libertades”. Véase Kolesnikov, *op. cit.*

<sup>57</sup> Se han identificado, en la década pasada (2000-2010), al menos 25 casos y decursos desde democratizadores, que incluyen desde golpes de Estado hasta degradaciones incrementales de los derechos democráticos en naciones de varios continentes; véase L. Diamond, *op. cit.*, pp. 142-144.

# Los intelectuales y el fantasma de Putin \*

Boris Kagarlitski

Al hojear las publicaciones rusas de hoy que pretenden llamarse intelectuales, al leer los *blogs* de los intelectuales en las redes sociales, al escuchar las conversaciones en los círculos académicos de la capital, fácilmente llegas a la conclusión de que todos los problemas de Rusia se centran en Vladimir Putin, en su papel de tirano funesto o, por el contrario, en el de salvador y defensor único. La distribución de opiniones es muy sencilla: por un lado vemos al intelectual liberal, que se limita a los modelos y opiniones occidentales; a propósito, a este grupo pertenece la mayor parte de aquellos que se suscriben como de izquierda. Por otro lado encontramos un pequeño (y a menudo bastante corrompido) grupo de la “*intelligentsia* patriota”, que sigue insistiendo en que todos los males del país proviene de la influencia de Occidente.

Sin embargo, un estudio más detallado revela dos particularidades: en primer lugar, ninguno de los dos grupos está interesado en lo que realmente sucede en el país y, en segundo lugar, tal distribución de opiniones y debates está explícitamente limitada no tanto por el espacio capitalino como por el discurso capitalino *sui generis*. Esto no significa que la *intelligentsia* provinciana esté absolutamente ajena a estas discusiones y opiniones. Sin embargo, aquellos que participan en las discusiones se interesan muy poco por los procesos y acontecimientos a su alrededor, o por las situaciones políticas y de vida, o por los problemas particulares de sus regiones.

No cabe duda de que para los ideólogos es muy fácil interpretar cualquier situación partiendo de conclusiones previamente adoptadas y no tan-

\* Traducción del ruso de Tatiana Sorókina, UAM-X.

to llegar a conclusiones con base en un análisis específico de los sucesos también específicos. Pero esto ilustra una vez más la tesis del joven Marx sobre la ideología como una manifestación de la “falsa conciencia”.

#### LAS REGLAS DEL JUEGO

En su tiempo, el sociólogo Aleksandr Bikbov hizo notar que la lógica cultural del neoliberalismo no se reduce a una intención de mercantilizar todo por doquier. Por el contrario, el mismo sistema permite establecer zonas y esferas culturales que existen fuera del mercado y están subsidiadas, apoyadas y aun mantenidas con plena conciencia. No obstante, lo más importante es que por lo que se lucha no es el dinero en sí mismo, sino por una especie de “recurso de atención”. Y no se trata de atraer a la sociedad, sino a un grupo influyente que controla los recursos materiales. En nuestro caso no surge una discusión pública como un espacio intelectual donde se forma el orden del día, se proponen decisiones alternativas y se formulan respuestas a las preguntas fundamentales de la existencia del país. Peor aún, si este espacio cultural-ideológico había existido antes, ahora está destruyéndose.

*There is no such thing as society*, dijo miss Margaret Thatcher. Las sociedades no existen. Este principio general no lo reconoce abiertamente ninguno de los intelectuales, sin embargo, en la práctica se convierte en la posición inicial de todas sus construcciones ideológicas, las tácticas y las estrategias de su comportamiento. Y el espacio intelectual ruso de hoy resulta ser no simplemente un ejemplo de la estructuración neoliberal, sino una especie de ejemplo idealizado, donde los enfoques y principios de este tipo se realizan plenamente.

Es suficiente escuchar la estación de radio *Eco de Moscú* o ver el canal de televisión *Lluvia*, que expresan la opinión de los intelectuales liberales, y compararlos con los canales oficiales o con los medios “patrióticos” de Internet para descubrir que los espectadores no sólo viven en dos mundos absolutamente diferentes y separados, sino que estos dos mundos son totalmente imaginarios y no tienen nada en común con la realidad cotidiana, aquella que vive la gran mayoría de la población de Rusia, incluidos tanto los espectadores como los creadores de este contenido ideológico.

La política pragmática (*realpolitik*) en Rusia, por el contrario, carece totalmente de ideología y se define a corto plazo por los intereses prácticos de unos grupos oligárquicos que se reparten entre sí los recursos disponibles. El papel del presidente en este esquema es insignificante y a grandes rasgos reducido sólo a las formulaciones de los compromisos económicos entre diferentes grupúsculos. En efecto, Vladimir Putin actúa como un análogo de la reina británica, pero no la de hoy, privada de todas sus funciones a excepción de la función ceremonial, más bien como un análogo de la reina Victoria, que no decidía nada, pero definitivamente participaba en la toma de decisiones y autorizaba resoluciones que afectaban la lucha entre las fracciones de la clase en el poder.

La particularidad de los años de jauja, los años 2000, consistió en que había recursos en abundancia y bastaban para todos y para todo, incluso para los gastos sociales con la finalidad de aplacar a las masas populares, bastante radicales, de finales de los años noventa.

La crisis económica mundial cambió la situación y el conflicto con Occidente la empeoró. Este conflicto por sí mismo fue, en rigor, una consecuencia de la iniciada descomposición del modelo neoliberal del capitalismo global. Inesperadamente para la élite, Rusia se convirtió en presa potencial de los depredadores hambrientos en lugar de ser partícipe del club global de los señores y dueños. El hecho de que la naturaleza misma de las élites de Rusia no sea menos depredadora, no tiene ninguna importancia. No se trata de la repartición de los mercados entre potencias imperialistas, sino de convertir a Rusia —junto con Ucrania, Kazajistán y Moldavia— en un coto franco de caza del capital occidental, muy necesitado de los recursos naturales en el marco del colapso de su propio modelo de reproducción. A la élite rusa no le queda otra posibilidad que ser devorada. El futuro de Rusia se ve perfectamente bien a través del ejemplo de Ucrania que, a su vez, puede mirar a los países del Cercano Oriente y a Grecia como los modelos de su propio futuro (y es obvio que la aniquilación económica del país según el escenario griego estará acompañada de la destrucción política del escenario “medio-orientalista”).

Los cambios empezarán muy pronto debido a que se adelgaza velozmente la base sobre la cual se construye no sólo el modelo de gestión, sino todo el sistema del capitalismo postsoviético que explotaba con más o me-

nos eficiencia los recursos recibidos de los sóviets (y no únicamente los edificios, las empresas, el petróleo, el gas y los minerales hallados por la exploración geológica soviética, sino, además, las personas educadas, el potencial cultural de la sociedad, sus tradiciones y preferencias, formadas en la práctica soviética). Todo esto llegó a su fin. El rector de la Academia del Servicio Estatal de la ciudad de Ufá, Serguéy Lavréntiev, definió muy atinadamente la situación política de los años 2000 como *consenso cero*. Los mismos recursos naturales volvían a ser repartidos de nuevo, pero ninguno de los actores principales tenía pérdida alguna, puesto que el precio de los recursos naturales subía constantemente en el mercado global. El *consenso cero* se acaba con la llegada de los precios bajos del petróleo, a lo que sigue la caída del mercado hipotecario, la crisis financiera, etc. Y el problema más serio es el desplome de la industria y la reducción del mercado interno, aunque los liberales (de oposición o cercanos al poder) no lo toman en consideración. La crisis de agotamiento de los recursos significa la insalvable crisis de los de arriba, además, a nivel global. El conflicto entre Rusia y Occidente no es sino una manifestación de la crisis de los de arriba a escala global.

En estas condiciones, cuando los de arriba definitivamente no pueden gobernar a la antigua, en realidad, no tiene importancia si los de abajo quieren cambios. Estos cambios se presentarán de cualquier manera. El bote será zarandeado y volteado. Así que los de abajo tendrán que vivir de una manera nueva y, por consiguiente, luchar por sus intereses, pues no habrá otra salida. La crisis del neoliberalismo, a diferencia de la de los años noventa, cuando el modelo neoliberal estaba en auge, excluye la posibilidad de “incorporarse” al mercado y encontrar soluciones individuales, debido a que en aquel entonces el mercado estructuralmente se expandía, mientras que hoy el mercado se colapsa de manera estrepitosa.

A partir de este hecho se puede construir un pronóstico de acción colectiva muy diferente de la matriz de los años noventa. En primer lugar, el individuo soviético no tenía ninguna experiencia política capitalista. Fue fácil engañarlo. Tampoco tenía práctica de discusiones políticas abiertas y no lograba orientarse bien entre la pluralidad de opiniones. Yo denomino a este efecto *el papúa con pistola*. Nosotros sabemos que no hay que apretar el gatillo con el cañón apuntando a la sien. El papúa no lo sabe. Se puede convencerlo de que lo haga por pura curiosidad, pero se trataría de una situación



momentánea. Porque pronto los papúa adquieren la experiencia y será más difícil engañarlos. Sin embargo, en los años noventa, además del engaño, se vio el efecto positivo del mercado que abrió muchas posibilidades nuevas para la parte activa de la sociedad. Toda esta gente se había encaminado no hacia la resistencia, sino hacia la adaptación. Ahora ya no va a tener esta salida. En segundo lugar, ya tenemos la experiencia de los años pasados y como sociedad comprendemos mejor cómo trabaja el capitalismo y cuáles son nuestros intereses. A pesar de ello hay demasiadas ilusiones y confusión, pero seguramente se superarán con la acción colectiva. El problema principal se encuentra en la primera etapa de cambios, cuando sea necesario crear al sujeto colectivo resistente al orden actual, que vertiginosamente está convirtiéndose en desorden. A propósito, es aquí donde la ideología patriótica de izquierda puede convertirse en un *momentum* para la formación del *nuevo consenso*. Sólo que este consenso debe excluir a la oligarquía y a la élite neoliberal de orientación occidental junto con su oposición.

#### LA CLASE FUERA DE SÍ

En el fondo de estos sucesos dramáticos, el problema teórico mayor no consiste en criticar los errores en las posturas ideológicas abstractas de los liberales y los intelectuales patriotas (como mencionamos, ambos grupos forman su propia izquierda), sino en comprender la naturaleza social de tal autismo intelectual. No se trata sólo de las posturas que tiene la gente, los puntos de vista que defiende ni de los argumentos a los que recurre. El problema está en el método, el problema está en cómo y de qué estamos hablando, y lo más importante es quién y en nombre de quién se pronuncia.

La disputa sobre qué opinar acerca de la guerra civil en Ucrania, sobre la creación de las repúblicas de Nueva Rusia (*Novoróssia*) se convirtió en una especie de indicador de la orientación política en la Rusia actual. Aquí es difícil opinar de manera unívoca, puesto que las repúblicas de Nueva Rusia, que proclamaron el renacimiento del estado social y, más aún, de la revolución social como consignas clave de su insurrección, en la práctica tuvieron que negar estas consignas a cambio de la ayuda militar de Rusia, cuya élite le teme a las transformaciones sociales tanto como a la peste.

Sin embargo, en esta situación tan ambigua y difícil sorprende la aspiración de todas las partes en discusión de dar respuestas simples y unilaterales, que en realidad no están basadas en una experiencia concreta de lucha ni en la práctica social; tampoco se orientan hacia construcción de una estrategia mínimamente precisa respecto a los cambios sociales.

El conocido filósofo Víctor Arslánov se propuso desentrañar la situación y publicó un artículo: “Preguntas a los de la izquierda de hoy”,<sup>1</sup> en el que trató de sistematizar las trayectorias de la discusión. De forma sorprendente, esta intención puso de manifiesto el alto grado de abstracción en la manera de discutir de los izquierdistas (mencionamos, sin embargo, que el asunto no se ve mejor entre los nacionalistas ni entre los liberales). El autor, un respetado investigador de la historia del marxismo y conocedor de György Lukács, de Mijaíl Lífshits y de los trabajos de la Escuela de Fráncfort, analiza detalladamente los argumentos de los partidarios de Nueva Rusia y sus contrincantes; sin encontrar ningún movimiento progresivo, tampoco democrático, en ninguna de las partes, llega a la conclusión de que todo se desarrolla muy mal, pero seguramente es necesario proyectarse hacia “la unión de los trabajadores rusos y los ucranianos contra sus opresores y, en la misma medida, contra el poder del capital monopolista del Estado de Estados Unidos y contra el poder del capital criminal en Rusia”. Cómo hacerlo en la práctica; además, con qué medidas políticas formar esta “unión de trabajadores”, es evidente que el autor no lo sabe, tampoco le preocupa. Después de haber emitido el juicio ideológico sobre la situación, que los demás piensen sobre los pasos prácticos. Sólo que la desgracia es que desde las alturas de esta posición filosófica generalizada, cualquiera de las medidas prácticas va a parecer incorrecta, pues para lograr este ideal sublime e inmaculado primero se debe atravesar el sucio pantano de la realidad.

El artículo de Arslánov en la revista *Escéptico* muestra muy bien las enfermedades incurables de los intelectuales rusos de la izquierda; probablemente de toda la izquierda y no sólo la nacional.

Al reflexionar sobre cómo apreciar los sucesos en Nueva Rusia, el autor escribe como si se tratara de una discusión historiográfica sobre un asunto complicado en la Antigüedad temprana o en el Medievo tardío. La trayec-

<sup>1</sup> Disponible en: [http://scepsis.net/library/id\\_3612.html](http://scepsis.net/library/id_3612.html)

toría de sus ideas no cambia de ninguna manera, a pesar de que estos acontecimientos surgen exactamente ahora y en nuestra sociedad, entre nuestros compatriotas y contemporáneos y no en algún lugar lejano.

Lo que le importa a Arslánov es su *relación* con los acontecimientos y no su *participación* en ellos; es cómo valorar un proceso u otro que se lleva a cabo con independencia de su voluntad y no cómo puede influir en este proceso, qué papel tiene y debe tener él en este proceso.

Es muy significativo que nuestros intelectuales, que opinan a veces desde su cúspide y a veces de manera condescendiente sobre los prejuicios, errores, contradicciones y comportamientos de la gente común y corriente —aquellos trabajadores que necesitan ser unidos, como bien se sabe, y probablemente dirigidos—, no piensan en cómo ellos mismos deben ser vistos por esos trabajadores, tampoco qué han hecho o qué pretenden hacer para obtener su respeto, confianza o simplemente su interés. No, no son los intelectuales quienes deben buscar el respeto de las masas sino que son las masas las que deberían de ganarse —nadie sabe de qué manera— la aprobación de los intelectuales. Si no lo logran, será peor para las masas.

Es comprensible que no haya necesidad de exigir una postura política a un filósofo o un historiador de la filosofía, pero la triste situación es que este tipo de convencimientos definen lo que sinceramente se percibe como una posición política. Mientras para el político, a diferencia del historiador, el tema de lo progresivo o reaccionario puede formularse como una pregunta sobre qué podemos hacer para utilizar esta situación en función de los intereses del progreso o, por el contrario, cómo oponerse a la inminente reacción. Estas preguntas son de índole práctica por completo y las valoraciones adquieren sentido precisamente en el contexto de esta práctica, partiendo de sus metas y posibilidades. Es obvio que nuestras valoraciones pueden ser totalmente erróneas. Pero serán los historiadores quienes juzgarán estas fallas. De la misma manera hay que estar conscientes de los límites de nuestras posibilidades y de nuestras fuerzas. Sin embargo, una vez más, debemos revelar estos límites no para negarnos a la acción, sino para actuar con eficiencia conforme a nuestros recursos asequibles y, con esto, alcanzar el máximo de los resultados posibles.

El proceso político no se desarrolla por sí mismo, fuera y sin nosotros; este proceso nos atañe de manera directa, y nosotros somos sus copartíci-

pes, aun cuando no hagamos nada. Al tomar la posición de un observador pasivo, al quedarnos por completo como observadores intelectuales o, al contrario, al ponernos en la posición de un juez no autorizado, nosotros no sólo no nos quitamos la responsabilidad por los hechos, sino por el contrario, cometemos un delito frente a la historia.

La degradación ideológica de la izquierda y, en general, de la conciencia social está ocurriendo dentro de un proceso bastante objetivo de involución social. Claro está que la reacción neoliberal se acompañó de la destrucción de las organizaciones del Estado social y con frecuencia de las células democráticas en las clases bajas, lo que paralizó la capacidad de la gente de auto-organizarse. En lo sucedido, la base económica fue la aniquilación y la reestructuración de la industria, la *perestroika* (la remodelación) de la comunidad científico-educativa, la disgregación y el desmantelamiento de las redes de solidaridad y de cooperación incluso en el ámbito profesional y corporativo. En el área social, esto se convirtió en el *desclasamiento* (*deklassirovanie*) de las masas, que suman millones y millones de personas, pero este *desclasamiento* no tomó la forma del empobrecimiento o la pérdida de la vivienda o el trabajo, como en épocas anteriores sino que, por el contrario, a menudo se manifestó en el contexto del consumismo individual creciente. El *desclasamiento* se produjo con la pérdida de la claridad y la conciencia de su estatuto social, la desaparición de las relaciones y de las normas que, propiamente, formaban los grupos sociales como entidades solidarias y funcionales. En otras palabras, las relaciones sociales se degradaron. Parafraseando a Marx se puede decir que la clase para sí no se convirtió en la clase en sí, sino en la *clase fuera de sí*: surgió una masa de gente capaz de identificarse a sí misma con los intereses e ideologías ajenas y, más aún, dañinas para sus necesidades cotidianas. A diferencia de la clase en sí, que no está consciente de sus intereses reales, la *clase fuera de sí* reconoce los intereses ajenos y contrarios como si fueran propios. Esto sucede no por falta de cultura, como antes, sino porque las personas se ahogan en el diluvio de la basura cultural, cuya producción no es sino una de las funciones esenciales de la “sociedad informática”.

Es muy fácil apreciarlo con el ejemplo de los “proletariados de la nueva ola”, que no sólo venden su fuerza laboral en el mercado de trabajo, sino también su cerebro y aun su personalidad. A pesar de (en parte, gracias a)

que la explotación y la enajenación pasaron al nivel existencial más profundo, estos personajes se apresuran no sólo a no reconocerse a sí mismos como el proletariado, sino que están dispuestos a imaginarse como los “estratos urbanos nuevos”, la “clase creativa”, la “*intelligentsia* avanzada”, los hípsters, etc., en aras de no verse a sí mismos en el espejo de la realidad.

De la misma manera, la ideología de la izquierda experimenta cambios sobre la marcha con los que está bajando hasta el nivel de un socialismo viejo y utópico que refleja a menudo formas obsoletas y destructivas de una conciencia inestable. Sin embargo, la degradación nunca es absoluta ni universal, tampoco la reacción es total. Desde el punto de vista del funcionamiento de la ideología social, esto es más un problema que una fuente de optimismo. Debido a que los procesos de degradación se enredan con los procesos de desarrollo, que aún siguen manteniendo su inercia, una cosa puede considerarse fácilmente como si fuera la otra, creando en las cabezas y en la práctica una confusión tremenda. También la acumulación de experiencia y de ideas y teorías se asimila durante la reacción, convirtiéndose en su material de la misma manera que cualquier concepción del pasado, sea estilística, teórica o filosófica; todas mezcladas en la sopa del posmodernismo se convierten en partes de una construcción ecléctica.

Como resultado tenemos, por un lado, que las más primitivas formas del socialismo utópico o del radicalismo burgués, en la lucha contra el cual se formó el marxismo, se mezclan exitosamente con el léxico marxista o posmarxista, lo que con frecuencia se presenta como una “ideología de izquierda” más nueva. Por otro lado, la ideología en general, cualquier ideología y cualquier forma de los así denominados pensamiento y discurso “políticos”, se encuentra tan lejos de la práctica y, lo que es más importante, de las necesidades sociales, que su propia existencia se vuelve claramente nociva y sus portadores se convierten en los parásitos que se reproducen a expensas de la destrucción del medio ambiente.

Las referencias generales a la fidelidad al socialismo o a la crítica del capitalismo, repetida tantas veces en unos textos y en otros, no nos proporcionan absolutamente nada en el plano de la transformación práctica de la sociedad.

El socialismo no es la manifestación de un principio abstracto sino el resultado del desarrollo del capitalismo y la solución de las contradicciones

que este último produjo. Así, la política socialista (y la transformación social) no es un intento de introducir una “justicia” temporal en la vida, sino la realización de las necesidades sociales existentes, que no pueden ser atendidas dentro de la lógica económica del capitalismo (aun si esta política actúa a veces en el marco de la sociedad capitalista). Junto con esto, los intereses y las necesidades sociales son mucho más amplios que los intereses de clase y las demandas del “proletariado” —en cualquiera de sus significados—; sin embargo, el estatuto social de esta clase hace objetivamente que sus intereses coincidan en mayor grado con las perspectivas de desarrollo y liberación de toda la sociedad humana que con las de las demás clases sociales.

La vida social de los trabajadores contemporáneos lamentablemente no corresponde a las fórmulas de nuestro abecedario teórico. Y no porque éste no sea correcto, sino porque con su ayuda hay que aprender a leer el “texto” complejo y contradictorio de la realidad social del siglo XXI. Después de haberlo leído hay que empezar a actuar por cuenta propia: hacer algo para la organización práctica del movimiento. Porque únicamente la participación en la lucha da a la clase social una conciencia, sin la cual una teoría resulta ser un juguete inútil de los intelectuales ineficaces.

#### RACIONALIDAD SIN SENTIDO

Si los intelectuales muestran su evidente incapacidad para liberarse de la “falsa conciencia”, inevitablemente surge una pregunta: ¿lo puede superar la sociedad sin ayuda de los intelectuales?

Los politólogos occidentales y los intelectuales liberales nacionales, parece, creyeron sinceramente en su propio mito sobre la total esclavitud “orgánica” en Rusia. Víctor Shenderóvich expresó esta idea con brillo literario. En Rusia hay unos cuantos “que aprecian la dignidad humana y superan —en la medida de sus posibilidades— la melancolía y el miedo”, los demás son “protoplasma” y “entorno”.<sup>2</sup> El *blog* de Shenderóvich en Facebook se difundió vertiginosamente en las redes sociales. Asombrosamente tuvo

<sup>2</sup> Véase: [https://www.facebook.com/permalink.php?story\\_fbid=825020010900077&id=100001762579664&pnref=story](https://www.facebook.com/permalink.php?story_fbid=825020010900077&id=100001762579664&pnref=story)

1600 compartidos y casi seis mil *me gusta*, entonces quedó claro que no todos somos protoplasma, también hay público digno.

Sin embargo, no se trata de Shenderóvich. Quién sabe qué cosas puede escribir un publicista en un arrebato. Tampoco importa que la mayor parte de los intelectuales liberales compartan su opinión (según los comentarios en las redes, su postura se considera no suficientemente radical). El problema no está en el comentario, sino en la política, en el propio mecanismo de la toma de decisiones, porque la imagen de la masa, del pueblo como “algodón” pasivo representa toda la estrategia del liberalismo ruso, del que está en la oposición y del que apoya al gobierno. Además, en este tema, un grupo significativo de la izquierda no difiere mucho de los liberales. Las ideas vanguardistas de este grupo de la izquierda lo convierten en una élite de la *intelligentsia* liberal.

De cualquier manera, precisamente en esta presunción de la pasividad de las masas reside la concepción de la transformación política: es suficiente cambiar el poder en la capital, los demás se apaciguarán y cumplirán con lo que los “señores ilustrados” les dicten. El asunto es que todo resulte “como debe ser” en Moscú. De lo demás no hay que preocuparse.

Escuchamos constantemente: “las revoluciones se realizan en las capitales”. Es falso. En la capital se producen los golpes de Estado. En efecto, durante las revoluciones son frecuentes los golpes de Estado políticos. Pero la revolución se diferencia del golpe de Estado, porque en la lucha política participan millones y millones de personas por todo el país, y son ellas quienes definen el destino de los políticos que tratan de tomar o mantener el poder en la capital.

Hace un tiempo, nuestros liberales empezaron a amar las “revoluciones”. Por supuesto no sociales, sino políticas. Y sería mejor si tuvieran un color de moda, atractivo. Claro está que no sea el rojo, sino según la temporada. Que combine con los accesorios finos, al estilo del diseño contemporáneo. Y si en realidad todo terminara arriba con un golpe de Estado, o como se llame éste, entonces la estética funcionará de la misma forma que una estrategia correspondiente. Pero, ¿en verdad terminará así?

Por lo visto la situación es la siguiente: la clase creativa capitalina cada momento protesta en Moscú y Petersburgo aprovechando cualquier pretexto, excepto naturalmente la política social del gobierno; ni el desman-

telamiento del sistema de salud, ni la crisis en la educación han hecho salir a la calle ni a la décima parte de las masas que se reúnen para cualquier consigna abstracta como las elecciones limpias o la eliminación de la corrupción. Sin embargo, la gente en la capital, que sufre directamente las decisiones tomadas, no protesta. Aun cuando en Moscú fueron despedidos de una sola vez ocho mil doctores, a la calle salieron no más de cinco mil incluyendo los pacientes. Los demás tuvieron miedo o lo consideraron sin sentido. Y esto lo tenemos en la capital. No hablamos de la provincia.

Entonces, un ruso ordinario no-capitalino en verdad no sabe protestar o no puede. No es del todo así. Él sí sabe y puede, pero no quiere. Y se guía por motivos bastante racionales. Es otro asunto que a pesar de la absoluta racionalidad, su conducta no es inteligente. Pero primero, sobre la racionalidad.

En nuestro sentido común tenemos bien definido que la oposición es mucho peor que el poder de Putin, que su victoria llevaría a serios desastres, que estas personas no sólo son incompetentes e irresponsables, sino que odian a su propio país y a su propia gente. Tal vez alguien piensa que tales imágenes son extraídas de la propaganda oficial o de la televisión de gobierno. Pues, no. Se basan en la experiencia todavía viva de los noventa, cuando estos señores tuvieron el poder. Y si alguien cree que las posturas de los políticos liberales han cambiado durante los últimos años y que ellos se hicieron más tolerantes frente a la mayor parte de la población, entonces es suficiente leer las declaraciones del mismo Shenderóvich para convenirse de lo contrario. Es un tanto extraño pedir amor a la gente a la que se califica como medio-humana, ganado y protoplasma.

Sin embargo, no se trata de cómo lo llaman a uno. El programa liberal es muy concreto e inequívoco. Propone la privatización consistente, la reducción del sector social, la sustitución de los derechos sociales por el servicio de pago. En fin, los liberales exigen realizar de manera dura y sin compromisos todo lo que el poder actual hace de manera inconsistente y con mucha precaución. Al tener que escoger entre la esquizofrenia centrista de la administración de Putin y la paranoia neoliberal de la oposición, la mayoría de los ciudadanos vota prudentemente por la primera. El poder se percibe como un mal menor.



Desafortunadamente, esta elección, con toda su prudencia, es irracional. Este mal menor se distingue del mal grande en que nos llega en dosis relativamente pequeñas, por decirlo así, en pequeñas porciones. Pero a largo plazo, la cantidad total del mal será exactamente la misma. Con la diferencia de que el mal grande genera resistencia, mientras que el mal pequeño está favorecido por la costumbre. En otras palabras, desde el punto de vista del resultado final, el mal menor puede ser el más peligroso.

La elección racional de las masas es objetivamente irracional, porque a fin de cuentas en el régimen actual —y gracias a la pasividad de las masas— se realiza aquella política neoliberal de la cual, en opinión de la mayoría, el poder puede defendernos. Se realiza, sí, de manera inconsistente, sí, con cuidado, pero el proceso continúa: destruyen el sector de la salud pública, privatizan la industria ferrocarrilera, liquidan la educación. Pero lo más importante es que se conserva y se reproduce la estructura económica y social que la estrategia neoliberal propaga. Sobre qué tan rápido y cuán radicalmente se realizarán estas estrategias son las riñas entre los caníbales del gobierno y de la oposición, son ellos quienes discuten cómo, en qué orden nos van a comer y cuánta carne le va a tocar a cada uno.

Está claro que participar en esta discusión no tiene sentido. Tampoco ayudar a unos contra otros. Más aún, mientras ellos están ocupados de sí mismos, nosotros tenemos una leve esperanza en el aplazamiento. Pero no más de esto. No hay que alimentar las ilusiones, pues las dos partes nos consideran protoplasma y biomasa. Simplemente unos sí lo reconocen tontamente y otros no.

La salida está en una acción independiente y en la auto-organización, sin embargo, este tipo de consignas son más fáciles de proclamar que de realizar en la práctica. La experiencia de la vecina Ucrania demostró que la protesta masiva de los trabajadores provincianos de la clase baja sólo empieza después de que el golpe de Estado en la capital derriba todas las esperanzas de seguir viviendo bajo el mal menor. En otras palabras, las élites liberales deben vencer primero para después ser eliminadas. Con su posible victoria ellos mismo crean una situación que posteriormente hará imposibles la paciencia y la pasividad de las masas.

Las élites rusas desprecian a los *vátniki* de la misma manera que hace dos y medio siglos la aristocracia francesa despreciaba a los *sans-culottes*.

Cómo terminó todo para los círculos dirigentes, hoy lo debe saber cualquier alumno. Pero no cualquiera aprende de la historia.

Los círculos dirigentes rusos están buscando compromisos con Occidente sin pensar si con ello podrán conservar la confianza de su propio pueblo. Muy pronto descubrirán que el costo de estos compromisos puede ser su propia muerte política.

No hay ninguna duda de que los acontecimientos en Ucrania y la Primavera de Crimea despertaron la acción social y la conciencia civil. Además, de modo contrario a las esperanzas de los liberales. Sin embargo, el ánimo patriótico de la población también crea problemas para el gobierno, que ni idea tiene de qué hacer con este entusiasmo. El poder ruso sólo puede trabajar con los simulacros que genera él mismo. Pero esto es parte de la desgracia. El problema real es que el propio poder puede simular una u otra ideología. Su patriotismo son las mismas simulaciones e imitaciones que regían la democracia de hace unos quince años. Por eso es lógico, y aun ineludible, que el ánimo patriótico de la sociedad se vuelva tarde o temprano en contra del gobierno. Sobre todo, porque en las condiciones de la crisis social, el patriotismo ruso empieza firmemente a derivar hacia la izquierda, mientras que para la élite estatal, el neoliberalismo queda como un dogma inamovible. Es lo que, en realidad, une al poder y a la oposición.

Sin embargo, a corto plazo, los acontecimientos en Ucrania tuvieron un efecto contrario: asustaron a la sociedad al mostrarle en qué puede convertirse una protesta. Y fortalecieron el ambiente conservador, reforzaron la esperanza en los “cambios de arriba”, que definitivamente nunca llegarán, puesto que la élite rusa desde hace ya mucho tiempo se desintegró por completo (tanto en los círculos liberales como estatales). El estado de la sociedad se parece al estado de una persona que ya se despertó, pero categóricamente se resiste levantarse. Aunque deberá levantarse, tarde o temprano. Será mejor temprano que tarde. ❧

# Brisa de albahaca: Elogio de Marina en Selma\*

Adolfo Castañón

FLAGELANTE: “Hereje de una secta que apareció en Italia en el siglo XIII, y que consideraba más eficaz para el perdón de los pecados la penitencia de los azotes que la confesión sacramental.”<sup>1</sup>

I

El nombre de Marina Tsvetáieva es conocido entre nosotros gracias a Selma Ancira: en esta cadena Marina tiene la cara de Selma.

Hay algo misterioso en el acto de presentación de un libro traducido de un idioma remoto. ¿Qué significa este ritual? ¿Qué trae en su ronda este fuego del saludo? ¿A qué obedecen los participantes en esta suerte de aula efímera? El misterio que informa un acto de esta índole es desde luego el de la voz —la de los que hablan, y comentan, la que traduce a su lengua desde otra, la voz irreductible de la que es traducida— la nunca demasiado humana Marina Tsvetáieva que era poeta precisamente porque obedecía a sus voces, como Juana de Arco a las suyas. Marina Ivavnova Tsvetáieva (Moscú, 1892-Elabuga, 1941) fue la hija del fundador del museo de Bellas Artes de Moscú, Iván T., y de María Mein la concertista de piano muerta prematuramente. Su primer libro *Álbum del atardecer* (1910) fue saludado con entusiasmo por la crítica más exigente. A él siguieron *Farol hechicero* (1912) y *De dos libros*. Más tarde en el destierro escribió *Tzardoncella*, *Versos para Blok*, *Separación* (todos de 1922), *Psique*, *Romanticismo*

\*Texto leído el martes 30 de julio de 2013 en la Casa del Poeta en presencia de la traductora, el editor José María Espinasa y el poeta Hugo Gutiérrez Vega.

<sup>1</sup> *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001, p. 721.

(1923), *Un valiente* (1924) y *Poema del fin* (1926), póstumamente se publicaron *Versos y poemas* (1961), *Obras escogidas* (1965). Esas voces en que se hace presente la palabra, acto al decir. Dentro de *El paisaje caprichoso de la literatura rusa*, bautizado así por Selma Ancira, *Las flagelantes* de Marina Tsvetáieva reúne cuatro textos: tres de la gran poeta rusa vertida al español por Selma Ancira y un ensayo de ésta titulado pudorosamente “A manera de prólogo”. El lector quisiera leer más cosas escritas por Selma.

No es una voz cualquiera la de Marina traducida por Selma, es la de un relámpago singular y beligerante que atravesó como arcoíris el firmamento de las letras europeas con su inimitable combinación de vivacidad, audacia, apetito de belleza y luz y un sufrimiento pudorosa y a veces altivamente padecido. La poética y la prosodia de ese colibrí llamado Marina busca el fuego y el entusiasmo pero se alimenta del sufrimiento y del dolor. Marina es una princesa de la imaginación en diálogo constante con la realidad por-diosera y mezquina con la que tuvo que medirse y gracias a la cual pudo, y por así decir, *santificarse*. Esta presencia del dolor hace todavía más fresca su alegría y le imprime a sus textos, poemas y narraciones, una *velocidad* que colinda con lo providencial, con el misterio. Las voces que oye o sigue el poeta. El poeta es un portavoz de la luz, de la otra luz, de la luz del otro. El o la que lo traslada debe ser fiel a esa velocidad que va descubriendo en lo terrenal lo trascendente, lo prodigioso. Ése sería quizá uno de los comunes denominadores de estos textos en los que está en juego —gozosa y dolorosamente en juego— la intermitencia entre lo sagrado y lo profano: ¿es posible que ese pordiosero sea Cristo?, ¿es posible que esa casa sea en realidad una torre de hiedra?, “La Torre envuelta en hiedra”, que Marina escribe al leer una de las elegías de Duino, de Rainer Maria Rilke, que están dedicadas a la princesa Marie von Thurn und Taxis (1855-1934), con quien ella sostuvo una intensa correspondencia entre los años 1909 y 1922 y que fue traducida, por cierto, al francés por Pierre Klossowski (1960), el admirado por Juan García Ponce; Rilke —leído por Rulfo y Lizalde—, el admirado Rilke como dice la princesa M. von T., era capaz de hacerse amigo de los poetas independientemente de su edad, su fama, su clase social o su apariencia. Rilke supo reconocer a M.T. gracias a Boris Pasternak, como queda claramente evidenciado en ese libro excepcional que Selma Ancira tradujo de las cartas cruzadas por los tres y que fue publicado en Siglo XXI

por la simpatía que despertó en Arnaldo Orfila la más joven eslavista de México. El poeta sigue la voz; la traducción aspira a seguir la luz de esa voz —a la velocidad de la luz—. La ley de la correspondencia quiere que por un momento la traducción sea el poema, el traductor, el poeta, el actor que representa al loco del diario sea a la vez Nikolai Vasilievich Gógol, el diario y el loco. Las voces en efecto vienen de muy lejos; no somos más que sus taquígrafos, sus amanuenses, sus estenógrafos, sus testigos y poco importa que se escriba en prosa o en verso, el poema es siempre una carta, la carta es un poema, el documento un momento o si se quiere mejor una urna, un ánfora votiva, un cántaro en el que zumban como abejas las voces cautivas en él. La traducción es aproximación, acercamiento: la traducción es un oficio como la carpintería. La prueba es que ahora Selma Ancira nos propone nuevas y más leves traducciones de textos que antes ya había traducido. Nuevas interpretaciones como Glenn Gould con las *variaciones* Golberg —esas máquinas de guerra contra el insomnio— que interpreta magistralmente treinta años después. La traducción no pasa, el traductor quiere estar siempre ahí pasando y repasándolo como la plancha sobre la camisa, una y otra vez hasta dejar la tela lisa, el texto sin una arruga, como aquella ejemplar traductora del ruso al alemán que llamaba a los tomos trasladados de Dostoievski sus “elefantes” y que fue objeto de una película reciente.

Las voces están determinadas por los lugares. Selma Ancira lo sabe: conocer a un autor es conocer sus lugares, y el libro que aquí se saluda concluye con una fotografía tomada por Selma Ancira de una roca en Tarusa, a orillas del río Oka, en la cual está escrito un epitafio salido de la narración *Las flagelantes*: “Aquí habría querido reposar Marina Tsvetáieva”. La narración *Las flagelantes* está firmada en París, en mayo de 1934. Marina vivía entonces en el suburbio de Meudan, a las afueras de la ciudad, quizá en un lugar no muy distante del que habitó otro escritor que tenía el oído interior abierto como ella: Louis-Ferdinand Céline, aunque estaba en las antípodas de sus creencias.

## II

Una mañana de fines de 1985, en las oficinas del Fondo de Cultura Económica, conocí a Selma Ancira Berny (por cierto, el nombre de Selma es aféresis de Anselma, que a su vez proviene del germánico y tiene que ver con

aquel o aquella a quien un dios sirve de protección, *helm*, Selma en efecto trae la protección divina que le sirve como yelmo). Me la presentó y encargó don Jaime García Terrés. Antes de cruzar siquiera una palabra con ella, oí que una voz decía nítidamente dentro de mí: “Es griega”; yo, como un autómatas, al saludarla, le dije: “Eres griega”. Ella disparó una carcajada homérica que me hizo sentir un niño o un enano ante la figura menuda y pulcra de esa muchacha con cara de niña que llevaba el nombre de la escritora sueca —Lagerlöff cuyas leyendas y narraciones perfumaron los jardines enterrados de mi infancia—. La joven helenista, Selma, traduciría años después para el Fondo de Cultura Económica a Yannis Ritsos y los ensayos de Giorgos Seferis.

Como abejas de panales vecinos, nos hicimos amigos, los autores y libros que zumbaban en nuestras mentes y corazones encontraron en nosotros un punto de reunión, un claro del bosque al que llegaban, llegábamos para conversar y compartir el pan y la sal de la experiencia leída, vivida, entrevista en sueños. Tuve la buena estrella de acompañar a Selma Ancira a la agonizante URSS en septiembre de 1986 a una fantasmal Feria del Libro que se celebraba allá donde parecían salir de las catacumbas de la exclusión muchos escritores que luego serían conocidos fuera. Si yo creía conocerla un poco, allí me quedó claro que la había ignorado casi completamente, como aquel que cree haber puesto pie en una isla sin darse cuenta de que en la realidad había alcanzado a poner el pie sobre el lomo de una ballena; en Moscú, Selma se transformó como una crisálida que repentinamente despliega en el aire sus alas como una mariposa. Daba la impresión de que Selma conocía a todo el mundo o que no sólo hablaba su idioma sino que, por así decir, era capaz de adivinar sus pensamientos más secretos. Desde que llegamos al aeropuerto hasta que salimos diez días después de Moscú, me acompañó esa impresión de que Selma era capaz de hacer cantar a las piedras, hablar a los árboles, hacer bailar los muros y torres, conversar con los pájaros y las estrellas, hacer brotar el aguamiel de una sonrisa de un rostro de roca, cuando no reír y cantar como una hija pródiga que regresa y es reconocida y bendecida con júbilos y aleluyas. ¿De dónde podía venir esta órfica familiaridad estremecedora? ¿De los años en que la niña adolescente Selma estuvo en la URSS estudiando hasta obtener —con su carita de inocencia— un doctorado en Filología Eslava, venciendo con gra-

cia y despreocupación olímpicas arduas pruebas que habrían intimidado al oso de la Sorbona y a la hiena del currículo y de los expedientes? ¿O bien en algo que Selma traía en la sangre heredada de los Ancira del norte de México, como si estuviera emparentada con los fundadores del hotel? Al que no conocía, Selma lo reconocía o lo convertía en un pariente desconocido al que volvía a encontrar. Conocimos y visitamos a muchos escritores en aquellos días: Anatoli Ribakov, Viktoria Tólkareva, Liudmila Petrushevskaya, Vladímir Dudínstev, Chinguiz Aitmatov, Yuri Kariakin. Íbamos y veníamos por un Moscú helado y lluvioso, Selma se orientaba lo mismo en los laberintos interminables del titánico Hotel Rusia que en la enorme casona donde se alojaba la Asociación de Escritores. Tenía muchos, muchos amigos, pero entre todos y tantos recuerdo en particular a uno: Yuri Greidin, un obelisco con grandes ojos que sabía hablar español y con el cual Selma me encargó y me mandó de viaje en su compañía a la antigua ciudad rusa de Nóvgorod, una ciudad de juguete, hecha toda de madera, capital de la antigua Rusia y cuna de Rachmaninoff.

En Nóvgorod descubrí algo que tenía que ver con Selma: en una de las iglesias más antiguas descubrí una imagen de la Theothokós —o sea de la Virgen— una figura que no se contentaba con parecerse a Selma sino que tenía la misma mirada deslumbrante que chispeaba en los ojos de la hija de Carlos Ancira, “el jardinero de fantasmas”, mexicano que le había prestado cuerpo y presencia al loco del *Diario de un loco* de Nikolai Vasilievich Gólgol, como quien realiza y actualiza un acto ritual durante muchos años en el escenario. Es natural que al volver a Moscú, tuviera miedo de mirar de frente a Selma, temeroso, cauteloso (y deseoso) de no encontrarme con la mirada de aquella Inmaculada entrevista en Nóvgorod que era capaz de tragarse al peregrino ruso o mexicano en el beso abismal de su mirada y lengua de fuego. Esas lenguas de fuego las volví a ver pintadas en el museo del pintor Anatoly Rubliov que Selma hizo abrir para nuestra visita como una cerrajera experta que conoce los secretos de las amas de llaves eslavas. Ahí la nueva Rusia, inventada por la educación soviética, me dejó una huella inolvidable cuando nuestro guía me hizo saber su completa extrañeza ante el mundo imaginario cristiano: ajeno a conceptos, palabras como “apocalipsis” o transfiguración, le eran desconocidas. Esa especie de nuevos lectores “laicos” e incultos era precisamente lo que suscitaba el temor y la

angustia de una poeta tradicional como Marina Tsvetáieva. La experiencia de ese viaje a Moscú en compañía de Selma Ancira quedó resonando en mí durante muchos años. Compartí con ella experiencias como la de ver escenificada la obra *Corazón de perro* de Mijaíl Bulgákov en un escenario empedrado de carbón o ir a visitar al día siguiente el departamento en que había vivido el escritor tan sospechoso como venerado al que nos permitieron asomarnos, entre recelosos y respetuosos, gracias a la verba persuasiva de la misteriosa Ancira.

En esos días tuve la sensación de haber estado compartiendo cada minuto con una hija de Hermes y de Babel, en quien se hacía cuerpo y letra el fuego de Pentecostés, el ascua de la traducción. Pero todo esto sólo profundizaba el enigma: ¿quién era en verdad esta mustia vestal políglota?, ¿de qué fuego estaba hecha su ascua?, ¿por qué me había brindado un poco del vino espumoso de su amistad? Leyendo sus traducciones del ruso a lo largo de los años, sus versiones de Tolstoi y de Chejov, de Pushkin y de Bulgákov, de Marina Tsvetáieva y de Gógol y Dostoievski, tengo a veces la impresión de que en ella y en sus traducciones cobra cuerpo y presencia —*whatever that means*— el alma rusa, el alma esteparia y errante del eslavo peregrino, hermana de esa otra alma no menos alerta que es la de la llanura y el llano en llamas americano. Y es que Selma Ancira es —así lo tienen que reconocer en España— profundamente mexicana y americana en sus acentos y tonos criollos y señorialmente mexicanos, acentos y prosodia patricios que visten su idioma de una naturalidad que —no hay otra palabra— sólo se puede decir casta. No sé si sea por esa razón que la traductora Selma Ancira pueda ser llamada una escritora o traductora; una inteligencia que sabe nadar muchos kilómetros a contracorriente para ir a depositar sus huevos en el nido más prístino y recóndito para que ahí puedan volver a dar vida. Esta condición del que sabe ir a contracorriente durante mucho tiempo sin perder el rumbo en la aparente agitación es, creo, uno de los secretos de esta celosa constructora de puentes entre un archipiélago y otro.

Dije que Selma Ancira vivió durante muchos años —los años de su juventud y adolescencia— en la Unión Soviética y que ha sabido traer la comunión con las letras rusas hasta las playas de esa otra periferia de Europa que es la cultura y la lengua española en América. No dije que al mismo tiempo —y como quien no quiere la cosa— Selma Ancira descansa de Ru-



sia, España y México, en Grecia, y que es ahí, en ese archipiélago en ese otro continente Caribe donde ha encontrado la tercera mitad de su corazón: traduciendo a Yannis Ritsos y Giorgos Seferis, acariciando las aristas del alfabeto cirílico ya no desde la perspectiva eslava sino desde el ángulo helénico, sin mayores aspavientos, y siempre cumpliendo su tarea iluminada por un oficio de piedad —de piedad ortodoxa y eslava, helénica y pagana, Caribe y mediterránea.

¿Selma Ancira es entonces ese ser capaz de armar y desarmar historias entre el español y el ruso, el griego moderno y la lengua leal y jubilosa del que ha sabido ir más allá de las adaptaciones y ha sabido dar con el tañido de su propia campana? Sí, y algo más: Es la mediadora que trae en sus manos de letras la ofrenda traducida de la poderosa voz de Marina Tsvetáieva, al mundo de habla hispana, a México que habla español gracias a otra Marina, la lengua Malinche, que algo tiene que ver con la traducción. Esa mediación no es accidental: hay en el fondo algo de necesario, entre esos extremos acaso complementarios que son Rusia y México. Esa complementariedad tiene que ver con la alegría opuesta al terror que hace sobrevivir a la humanidad a través de las figuras de Marina Tsvetáieva y de Boris Pasternak, de Rainer Maria Rilke y de León Tolstoi, de Nikolái Vasilievich Gógol y de Alexander Sergei Pushkin, de Johan Wolfgang Goethe y de Miguel de Unamuno. ❧

#### BIBLIOGRAFÍA

Traducciones de libros de Marina Tsvetáieva por Selma Ancira:

Boris Pasternak/Marina Tsvetáieva/Rainer Maria Rilke, *Cartas del verano de 1926*, introducción, recopilación y notas de K.M. Azadovski, Elena Pasternak y Evgueni Pasternak, versión de los poemas en ruso de Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI Editores, 1984.

Tsvetáieva, Marina, *El poeta y el tiempo* (edición y traducción), Barcelona, Anagrama, 1990.

———, *La historia de Sóniechka*, Conaculta [1ª edición en ruso “Obras”, Moscú, Judozhestvenaia, 1988], México Torre Abolida, 1999.

———, *Natalia Goncharova. Retrato de una pintora rusa* (traducción y notas), México, Ediciones Era, 2000.

- , *Viva voz de vida*, Barcelona, Editorial Minúscula, 2008.
- , *Confesiones. Vivir en el fuego*. Presentado por Tzvetan Todorov, Barcelona, Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg, 2008.
- , *Mi madre y la música*, México, Ediciones Sin Nombre, 2011.

Otras traducciones de Selma Ancira:

Tolstói, Lev, *Diarios 1847-1894* (edición y traducción), México, Ediciones Era/Conaculta, 2001.

*Paisaje caprichoso de la literatura rusa. Antología* (selección, traducción y notas), prólogo de Juan Villoro, México, Fondo de Cultura Económica/H. Cámara de Diputados/Conaculta, 2012.

# Los historiadores y la diversidad social\*

Juan Pedro Viqueira

## SÓCRATES Y LAS ABEJAS

En el diálogo que lleva su nombre, Menón le pregunta a Sócrates si la virtud se aprende, si se puede ejercitar o si, por el contrario, es un don natural. Como es común en los diálogos platónicos, Sócrates no ofrece respuesta alguna a las inquietudes de su interlocutor: a través de un diálogo en el que le lanza preguntas y reflexiones críticas, se propone, en cambio, encaminarlo, sino hacia la respuesta correcta, por lo menos hacia la manera adecuada de plantear el problema. Así, para empezar, Sócrates asegura de manera contundente que ignora qué es la virtud y que, por lo tanto, le es imposible saber cómo se adquiere. Menón, sorprendido por tal afirmación, responde describiendo con cierto detalle las virtudes propias de los hombres y las, muy distintas, de las mujeres, y añade que no le sería difícil decir cuáles son las que corresponden a cada actividad y a cada edad. Es ahí adonde Sócrates pretendía llevarlo: con una fina ironía, se alegra de que, tras haber buscado lo que es la virtud, hayan tenido la suerte de encontrarse con todo un enjambre de virtudes, y añade maliciosamente:

Pero sirviéndome de esta imagen, tomada de los enjambres, si habiéndote preguntado cuál es la naturaleza de la abeja, y respondídomé tú que hay muchas abejas y de muchas especies, qué me hubieras contestado si entonces te hubiera yo dicho: ¿Es a causa de su calidad de abejas por lo que dices que existen

\* Este texto se escribió originalmente como parte del proyecto dirigido por el Dr. Guillermo Zermeño "Historia: fin de siglo" y, como tal, aparecerá publicado en el libro del mismo nombre que coordina. Agradecemos su gentil autorización para darlo a conocer previamente en esta revista.

en gran número, que son de muchas especies y diferentes entre sí? ¿O no difieren en nada como abejas y sí en razón de otros conceptos, por ejemplo, de la belleza, de la magnitud o de otras cualidades semejantes? Dime, ¿cuál hubiera sido tu respuesta a esta pregunta?

MENÓN. —Diría que las abejas, como abejas, no difieren unas de otras.

SÓCRATES. —Y si yo hubiera replicado: Menón, dime, te lo suplico, en qué consiste que las abejas no se diferencien entre sí y son todas una misma cosa, ¿podrías satisfacerme?

MENÓN. —Sin duda.

SÓCRATES. —Pues lo mismo sucede con las virtudes. Aunque haya muchas y de muchas especies, todas tienen una esencia común, mediante la que son virtudes; y el que ha de responder a la persona que sobre esto te pregunte, debe fijar sus miradas en esta esencia, para poder explicar lo que es la virtud [...].<sup>1</sup>

Este razonamiento, conocido entre los filósofos como el “argumento de Menón”, es a primera vista contundente en su sencillez y claridad: todas las abejas —sean del tipo que sean, tengan las características que tengan— tienen en común el hecho de ser abejas. Sin embargo, escudriñando el diálogo con algo más de detenimiento, se descubre un hiato: la categoría de “abeja” se da por supuesta. Ninguno de los dos interlocutores se plantea pregunta alguna del tenor siguiente: ¿por qué tantos y tan diversos insectos han sido clasificados como abejas?; ¿qué caracteres comunes poseen para que se les haya incluido en dicha clase?; ¿esta clasificación es correcta?; ¿o habría, por el contrario, que separar a los diversos insectos llamados comúnmente “abejas” en varias categorías o incluso clasificar a algunos de éstos junto con otros insectos denominados “avispas” o “abejorros”, por dar un ejemplo?; ¿habrá una única forma correcta de agrupar a esos insectos de características tan variadas?; ¿o, por el contrario, pueden ser muchas las formas de clasificarlos según los intereses intelectuales o los objetivos prácticos que cada persona persiga?

Más que suponer que Platón no percibió esta laguna en la argumentación, pienso que no buscó colmarla porque las preguntas que hemos esbozado tenían para él una respuesta clara que habría de exponer en

<sup>1</sup> Platón, “Menón o De la virtud”, en *Diálogos*, México, Porrúa (Sepan Cuántos, 13), 1973, pp. 205-218, p. 206.

otros diálogos. En efecto, para el filósofo griego, todo aquello que vemos en la naturaleza no es sino una pálida sombra que proyecta una fogata no de la realidad misma, sino de unas copias burdas de ésta, como explicó en la alegoría de la caverna, que aparece en el diálogo de “La república”.<sup>2</sup> Para Platón, las ideas —las categorías, diríamos nosotros— son mucho más reales, más verdaderas, que la infinidad de objetos o seres vivos que pululan en este mundo. La idea de abeja es anterior en el tiempo y tiene un grado de realidad infinitamente más grande que todas y cada una de las abejas existentes.

Lógicamente, para Platón, la forma adecuada de conocerlas no consiste en estudiar sus múltiples y diversos rasgos para luego describirlos en detalle —como Menón pretendía hacer con las virtudes—, sino en despertar, a través del razonamiento, el recuerdo que subsiste en nosotros de esas esencias primordiales. Eso es, justamente, lo que, en el mismo diálogo de Menón, Sócrates busca hacer con aparente éxito con el esclavo de su interlocutor al llevarlo paso a paso a dibujar un cuadrado cuya superficie sea el doble de uno anterior. El conocimiento, nos dice Platón, es innato: aprender no consiste en introducir conocimientos en un alma que carece de ellos, sino en ejercitar una facultad que ya existe en ésta con la finalidad de despertar el recuerdo de aquellos saberes que los dioses han puesto en nosotros. El conocimiento es posible porque el alma humana participa en algún grado en lo divino, en el logos que lo regula todo.<sup>3</sup>

#### PORFIRIO Y LOS UNIVERSALES

No todos los filósofos de la Antigüedad estaban tan seguros como Platón de la anterioridad de las categorías con respecto a la diversidad y multiplicidad de los objetos, seres vivos y sentimientos que se agrupan en éstas. Pero el debate sobre la realidad de las ideas sólo se volvería el eje central de la filosofía occidental muchos siglos después. Además, paradójicamente, esta polémica tomó como punto de partida el planteamiento que hizo Porfirio en su introducción a las *Categorías de Aristóteles* con el fin explícito de no

<sup>2</sup> Platón, “La república o de lo justo”, *op. cit.*, pp. 551-554.

<sup>3</sup> Platón, “Menón o de la virtud”, *op. cit.*, pp. 214-217.

abordarlo pues era consciente de que se trataba de un problema sumamente arduo: “profundo” lo calificó él.<sup>4</sup>

Porfirio, quien nació en el territorio de la actual Siria hacia el año de 233, tras estudiar en Atenas, se mudó a Roma en el año de 263 para seguir las enseñanzas de Plotino, el filósofo neoplatónico que buscó conciliar el racionalismo con el misticismo. Sin embargo, cinco años después, se retiró a Sicilia para curarse —dijo— de su atracción por el suicidio, aunque todo indica que las diferencias que habían surgido con su maestro también pesaron en su decisión. Plotino, en efecto, había lanzado un ataque feroz en contra de Aristóteles, especialmente en contra de su teoría de las categorías. Porfirio, en cambio, la juzgaba de enorme valor y, de hecho, durante su retiro, se dedicó a escribir varias exégesis de las obras de Aristóteles, entre ellas *Isagoge*, que es una introducción al libro de las *Categorías*. El proyecto filosófico de Porfirio consistía en unificar los pensamientos de Platón y Aristóteles con el fin de forjar las herramientas intelectuales necesarias para combatir al cristianismo en plena expansión. Así, lógicamente, el planteamiento de Porfirio abría las puertas a una conciliación entre la teoría de las ideas de Platón y la de las categorías de Aristóteles.

En *Isagoge*, Porfirio se proponía explicar lo que eran para Aristóteles el género, la diferencia, la especie, lo propio y el accidente. Pero antes de abordar su tema central, precisó que no desarrollaría el problema de la existencia de las categorías.<sup>5</sup> Sin embargo, el simple hecho de plantearlo suponía, inevitablemente, insinuar por qué caminos debería buscarse su solución, dado que como es bien sabido toda pregunta condiciona las posibles respuestas que se le puedan dar. Tan es así que muchas revoluciones intelectuales han surgido no tanto de respuestas novedosas, sino del abandono de viejas preguntas y de su reformulación radical. Porfirio planteó las preguntas que no pensaba desarrollar en forma de tres alternativas. El hecho de que la segunda y la tercera alternativa sólo resulten pertinentes si se responde de una forma determinada a la pregunta anterior permite intuir las respuestas de Porfirio a las dos primeras preguntas. Estas tres preguntas fueron: ¿Existen realmente las categorías o son meros conceptos? Y

<sup>4</sup> Porphyre, *Isagoge*, A. de Libera y A.P. Segonds (trads.), París, Vrin, 1998, p. 1.

<sup>5</sup> Véase al respecto la excelente introducción de A. de Libera, “Introduction”, en Porphyre, *op. cit.*, pp. I-XXXVIII.

si existen, ¿son corpóreas o incorpóreas? Y en este último caso, ¿existen independientemente de los objetos que percibimos o guardan alguna relación con éstos?<sup>6</sup>

El debate que Porfirio aplazó estallará, revelando su enorme potencial intelectual, a finales del siglo XI a raíz de la traducción al latín de su libro y del comentario que Boecio había hecho de éste a principios del siglo VI. No es imposible que el embrollo teológico de la Santísima Trinidad —¿son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, una única sustancia?— le haya aportado una nueva actualidad a la cuestión aristotélica de la sustancia y de la forma, o si se prefiere al de la causa material y la causa formal, como se acostumbraba escribir en el Medievo.

El hecho es que, paradójicamente, las preguntas formuladas por Porfirio en su lucha por unificar el pensamiento helénico en contra de los seguidores de Jesús fueron reapropiadas por los teólogos y filósofos del occidente cristiano para dar lugar a la multiseccular disputa sobre los universales, ante la cual los pensadores se dividieron *grosso modo* en dos bandos: unos, los realistas, pensaban que las categorías —los universales— eran anteriores a las cosas (*ante rem*); mientras que los otros —los nominalistas— aseguraban que eran posteriores a éstas (*post rem*). Retomando la primera pregunta de Porfirio, los primeros afirmaban la realidad de las categorías, que eran las que daban forma a los objetos del mundo; mientras que los segundos aseguraban que sólo eran meros conceptos nacidos del trabajo de abstracción de los hombres sobre los objetos de la realidad sensible.

Este debate movilizó gran parte de los esfuerzos intelectuales de los filósofos y teólogos europeos hasta principios del siglo XV, dando lugar a profundas reflexiones sobre el lenguaje, que en el siglo XX inspirarían a los filósofos de la escuela analítica.<sup>7</sup>

La disputa medieval partía, sin embargo, de un malentendido, al hacer de Aristóteles un defensor del nominalismo. Ciertamente, éste había rechazado rotundamente la existencia del mundo platónico de las ideas, mostrando su futilidad y sus contradicciones. Por una parte, había afirmado que la idea de la maldad —misma que tenía que existir dado que había muchos

<sup>6</sup> Porphyre, *op. cit.*, p. 1.

<sup>7</sup> Este es el tema del fascinante libro de A. de Libera, *La querelle des universaux. De Platon à la fin du Moyen Age*, París, Le Seuil (Des travaux), 1996, en el que nos hemos basado aquí.

actos malintencionados— resultaba incompatible con la armonía que supuestamente debía reinar en el mundo de las ideas. Por otra parte, en un razonamiento algo tortuoso, se propuso demostrar que postular la existencia independiente de las ideas lejos de reducir la diversidad de lo existente —objetivo con el que parecía, pues, simpatizar—, no hacía sino multiplicarla en forma exponencial. En efecto, Aristóteles argumentó que, si la idea de hombre es una realidad que comparten todos los hombres singulares, debe existir una idea de aquello que comparten los hombres singulares con la idea de hombre. Luego debe de existir otra idea que corresponda a lo que tienen en común esas dos ideas y los hombres singulares, y así hasta el infinito. Es la tesis que se conoce como del “tercer hombre”.<sup>8</sup>

Pero, a pesar de su crítica al mundo de las ideas, Aristóteles no dudaba en concederle a las categorías una forma de existencia más allá del lenguaje y del pensamiento:

Puesto que las cosas reales unas son universales y otras particulares —llamo universales a lo que es por su naturaleza predicable de varios y particular a lo que no; hombre, por ejemplo, es un universal y Calías, un particular—, necesariamente se enuncia que algo se atribuye o no, unas veces a un universal y otras, a un particular.<sup>9</sup>

Pero incluso más allá de esta inequívoca afirmación, el principio mismo de su teoría de las categorías mantiene intacta la dualidad platónica entre la apariencia y la esencia. Los distintos rasgos que es posible distinguir en las realidades sensibles guardan para este filósofo griego una clara jerarquía entre ellos: los hay que son meros “accidentes”, que no afectan el ser profundo de las cosas y de los seres vivos (ser bajo o alto, delgado o grueso, rubio o moreno, en el caso de los seres humanos); otros que, a pesar de ser exclusivos —“propios”, en la terminología de Aristóteles— de los que con-

<sup>8</sup> Aristóteles, *Obras*, “Metafísica”, Libro I, Cap. 9, “Refutación de la teoría de las ideas”, pp. 926-930.

<sup>9</sup> Aristóteles, “De Interpretatione”, 7, 17 a 39-40, citado en francés en A. de Libera, *La querelle...*, *op. cit.*, p. 29. La traducción del francés es nuestra. Hemos preferido basarnos en una versión francesa ante la pobreza de la traducción al español que consultamos en Aristóteles, *Obras*, “Lógica. De la expresión o interpretación”, Cap. 7, pp. 260-261. Sobre la ambigüedad de Aristóteles con respecto al problema de la existencia de los universales, véase el mismo libro de A. de Libera, *La querelle...*, *op. cit.*, pp. 29-34 y 67-82.



forman una categoría (el hecho de reír, por ejemplo, que Aristóteles consideraba erróneamente como exclusivo de los hombres), no podían definir adecuadamente a ésta; y finalmente existe un rasgo —la diferencia específica— que permite separar correctamente en dos categorías distintas un grupo mayor. Así, por ejemplo, la razón era lo que distinguía a los hombres de los demás animales. Es obvio entonces que este rasgo distintivo corresponde a la esencia de la categoría que define.

De igual forma que Aristóteles, quien, a pesar de su oposición a la teoría de las ideas de Platón, no pudo escapar a la dualidad apariencia-esencia, muchos en nuestros días siguen pensando que la labor de la ciencia consiste en develar aquello que permanece invariable detrás de la engañosa diversidad que captan nuestros sentidos. Si bien pocos afirmarían la existencia independiente de las ideas con respecto a los objetos de la realidad sensible, muchos sí se reconocerían en la postura realista moderada, tal como la define Mauricio Beuchot: “La postura realista moderada consiste en postular universales como entidades mentales que corresponden a propiedades inherentes de las cosas”.<sup>10</sup>

Sin embargo un ejemplo tomado de la vida cotidiana nos permitirá poner en duda la supuesta correspondencia entre las propiedades de las cosas y las categorías a través de las cuales las aprehendemos: me refiero a los colores.

## LOS ANTROPÓLOGOS Y LOS COLORES

*Sobre gustos y colores no discuten los doctores.*<sup>11</sup>

Proverbio español

Hoy sabemos que los colores que percibimos en los objetos provienen de las longitudes de las ondas electromagnéticas que éstos reflejan. Así, un objeto rojo es un objeto que no absorbe las longitudes de onda de la luz visible que percibimos y calificamos como rojas. A pesar de que la longitud de las ondas electromagnéticas puede adquirir cualquier valor en una escala continua, nuestros ojos sólo perciben un intervalo muy pequeño (que es

<sup>10</sup>M. Beuchot, *El problema de los universales*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1997, p. 8.

<sup>11</sup> El proverbio español proviene del proverbio latino escolástico, “Gustibus et coloribus non est disputandum”.

el que denominamos luz), y al interior de éste, sólo distinguimos un número limitado de “colores”. Ciertamente esos colores los percibimos en matices distintos y, en algunos casos, nos cuesta trabajo señalar el límite exacto en el que termina un color y principia otro. Pero sea como sea, la ciencia ha dejado claro que nuestra percepción discontinua de un número limitado de colores no tiene su origen en el fenómeno mismo.

Se puede pensar que esta forma de percibir ese reducido intervalo de las ondas electromagnéticas radica, entonces, en la constitución de nuestro órgano de la vista (la asociación ojos-cerebro). De hecho, en las retinas de nuestros ojos se encuentran bastones, que son los que nos permiten captar la intensidad de la luz, y tres tipos de conos, que son especialmente sensibles a una determinada longitud de onda (distinta para cada tipo de cono). Cuando la longitud de onda se aleja de ese valor máximo, su sensibilidad disminuye rápidamente. A estos tres tipos de conos se les denomina respectivamente azules, verdes y rojos, aunque vale la pena precisar que su mayor sensibilidad no coincide totalmente con la parte central del color cuyo nombre llevan. Los conos azules alcanzan su máxima sensibilidad en la franja entre el azul y el violeta. La máxima sensibilidad de los conos verdes sí corresponde bastante bien a la parte mediana de la franja que corresponde a ese color (tendiendo ligeramente hacia el amarillo). En cambio, los conos rojos son especialmente sensibles al amarillo que tira un poco hacia el verde. Malformaciones o daños en esos conos le impiden a las personas que las padecen distinguir “correctamente” los colores (es el caso, por ejemplo, de los daltónicos). Puede suceder incluso que una misma persona perciba los colores de manera distinta según si los ve con un ojo o con el otro. Con la edad, además, se pierde a menudo la capacidad de distinguir los matices de los colores. Finalmente, cada especie animal posee un número distinto de conos, y algunas carecen de ellos, por lo que decimos que ven en “blanco y negro”.

El asunto se complica todavía más porque las señales que captan los bastones y los conos son luego interpretadas por el cerebro (de hecho, las células fotorreceptoras son células neuronales) y, como es bien sabido, el cerebro es extremadamente plástico y sensible a las experiencias y al aprendizaje, es decir a nuestra interacción con el mundo y con nuestros semejantes. No es ilógico, pues, que existan diferencias importantes en la

manera en que interpretamos las variaciones en el espectro luminoso y en las categorías con las que las agrupamos. Así, Newton afirmó que en el arcoíris se podían reconocer siete colores diferentes: rojo, naranja, verde, azul, amarillo, violeta e índigo. A muchos les ha parecido artificial la distinción entre el violeta y el índigo, y se ha pensado incluso que la inclusión del índigo obedeció a que Newton estaba convencido de que el número de colores debía coincidir con el número de notas que componen una tonalidad mayor en el sistema temperado de la música europea (do, re, mi, fa, sol, la, si). Así, la propuesta canónica de Newton resulta ser un buen ejemplo de lo discutible que puede resultar contabilizar el número de colores en ciertos fenómenos físicos.

Por otra parte, en el listado de los siete colores de Newton, el lector occidental habrá echado de menos algunos como el café y el rosa, por no mencionar tres muy obvios: el blanco, el gris y el negro. Ello se debe a que el arcoíris se forma de la descomposición (la difracción diferenciada) de la luz de acuerdo con su longitud de onda, y los otros colores que hemos mencionado resultan de la combinación de distintas longitudes de onda (así, el blanco es una combinación de todas las visibles) con la única excepción del negro, que es el producto de la absorción de casi todo el espectro visible de las ondas electromagnéticas (por eso los objetos “negros” expuestos al sol se calientan más que los de otros colores).<sup>12</sup>

Desde mediados del siglo XIX, se viene discutiendo si pueblos distintos podrían tener percepciones diferentes de los colores o, para ser más precisos —porque parece imposible saber qué es lo que percibe una persona que no sea uno mismo—, si otros pueblos agrupan de forma distinta las variaciones de la longitud de onda del espectro de la luz visible. El debate surgió cuando los helenistas hicieron notar que en los poemas homéricos los nombres de los colores utilizados hacían referencia principalmente a su luminosidad (o brillo) y que no existía un término específico para el azul. Este debate, que se mantiene vigente hasta nuestros días, ha dado lugar desde entonces a la publicación de más de tres mil textos. Además, rápidamente, esta polémica abandonó los estrechos límites de la historia europea,

<sup>12</sup> Estos últimos párrafos están basados en los artículos “Color” y “Arcoíris”, consultados en Wikipedia en las versiones en español, francés e inglés.

y los interesados en el tema empezaron a recopilar una información etnográfica de lo más abundante (aunque muy dispar) sobre el manejo de las categorías de color entre los distintos pueblos del mundo para saber si existían reglas universales al respecto o si dichas categorías eran particulares a cada grupo o, más precisamente, a cada lengua. Así, en este debate, los estudiosos de la Antigüedad clásica fueron cediendo su lugar a los antropólogos.<sup>13</sup> De hecho, la discusión sobre la diversidad etnográfica en las formas de denominar los colores jugó un papel central en la formulación de lo que se conoce como la hipótesis Sapir-Whorf, es decir en la idea de que la lengua que hablamos determina nuestra visión del mundo.<sup>14</sup>

La dificultad, por no decir la imposibilidad, de comparar datos recopilados de acuerdo con criterios y en circunstancias muy disímiles por viajeros, misioneros y antropólogos en todo el orbe llevó a algunos a proponer que se siguieran siempre los mismos protocolos, usando una única prueba visual y recopilando exclusivamente los nombres de los colores “primarios”. La prueba más utilizada hoy en día se basa en el sistema tridimensional de color de Munsell, creado en 1915, y en el cual se distinguen los colores de acuerdo con tres variables: su longitud de onda, su luminosidad y su grado de saturación. En realidad, la prueba usada por los antropólogos, el llamado cuadro de colores de Munsell, se limita a dos variables: la longitud de onda y el grado de saturación. La tabla se compone de varios pequeños recuadros de colores ordenados horizontalmente según su longitud de onda y verticalmente según su grado de saturación. Esta tabla permite plantear tres preguntas diferentes al sujeto estudiado, cuyas respuestas pueden ser fácilmente codificadas en forma de cuadros para facilitar su comparación: 1) ¿Cuántos colores “primarios” distingue en la tabla? ¿Cuáles son los recuadros que corresponden a cada uno de los colores “primarios” que ha reconocido? ¿Cuáles son los recuadros que mejor representan cada uno de los colores reconocidos?

A pesar de la enorme diversidad de respuestas que las personas del mundo entero dan a esta prueba, el relativismo lingüístico no es la única

<sup>13</sup> Para la historia del debate sobre los colores, véase la muy detallada y provechosa revisión que hace R.E. MacLaury, *Color and Cognition in Mesoamerica. Constructing Categories as Vantages*, Austin, University of Texas Press, 1997, pp. 15-49.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 18-19. El autor señala que esa hipótesis debería ser conocida más bien como “el protocolo de Boas, dado que éste fue el primero en formularla”.

posición que se defiende en el campo de la antropología de los colores. De hecho, el libro más famoso y citado, el de Brent Berlin y Paul Kay, *Basic Color Terms*, defiende desde el subtítulo —*Their Universality and Evolution*— una postura universalista, ciertamente algo sui géneris. Los autores, tras estudiar un enorme número de casos, llegan a la conclusión de que gran parte de la diversidad existente en la denominación de los colores puede reducirse a una simple escala evolutiva: los pueblos más primitivos reconocen solamente el negro y el blanco. A medida que los hablantes requieren, por razones prácticas, hacer distinciones más finas, aparecen nuevas categorías básicas de color: primero el rojo, después el verde (que al principio incluye nuestro azul) o el amarillo. Más adelante, se empieza a separar el verde del azul, y así sucesivamente hasta alcanzar nuestros once colores básicos.<sup>15</sup> Huelga decir que esta propuesta desató innumerables críticas, entre otras razones por la pretensión de ubicar a las lenguas en una escala evolutiva, aunque estuviese limitada al manejo de los colores.

Sin embargo, la polémica ha dejado en claro ciertos aspectos de gran interés. Las formas de dividir el espectro luminoso (y su grado de saturación) no parecen ser tan diversas y arbitrarias como se podría pensar. Es común que muchas lenguas tengan un único término para designar el verde y el azul, y que otras consideren como un único color el amarillo y el naranja. A la hora de tener que elegir el cuadro más representativo de cada uno de los colores básicos, las respuestas tienden a converger en ciertas zonas del cuadro de Munsell. Además las divergencias —cuando el número de colores básicos es el mismo— no son más grandes entre personas de pueblos o lenguas distintas, que entre individuos de un mismo pueblo o de una misma lengua.<sup>16</sup> A pesar de la existencia de estas regularidades, se han reportado algunos casos extremos muy notables. Así, unos indios del Brasil —los karajá— clasifican como amarillo una amplísima área del cuadro de Munsell que nosotros —aunque a estas alturas del debate en el que las diferencias al interior de los hablantes de una misma lengua han salido a re-

<sup>15</sup> B. Berlin y P. Kay, *Basic Color Terms. Their Universality and Evolution*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1969, pp. 14-45.

<sup>16</sup> M.A. Webster y P. Kay, “Individual and Population Differences in Focal Colors”, en R.E. MacLaury, G.V. Paramei y D. Dedrick (eds.), *The Anthropology of Color: Interdisciplinary Multilevel Modeling*, Ámsterdam y Filadelfia, John Benjamins, 2007, pp. 29-53.

lucir, debería de abandonar el uso de la primera persona del plural y hablar en términos puramente personales— calificaríamos como naranja, verde, azul y violeta.<sup>17</sup> Finalmente, aunque se debate si se trata realmente de términos de colores “básicos”, algunas lenguas tienen dos palabras simples que les permiten diferenciar lo que para nosotros son matices del azul.<sup>18</sup>

Después de este breve repaso sobre los estudios en antropología de los colores, queda claro que si bien la denominación de los colores en las diferentes lenguas no parece ser totalmente arbitraria (hay coincidencias relativas importantes y configuraciones que se repiten muy a menudo), sí las podríamos calificar de convencionales. Es probable, pues, que las categorías de color sean el resultado de una dialéctica entre nuestra constitución física y la sociedad —o más precisamente la lengua— en la que nos hemos criado, sin dejar a un lado las diferencias meramente personales a la hora de elegir el recuadro más representativo de cada color y de trazar sus límites exactos. Lo que sí es seguro es que las categorías de colores no le deben nada al fenómeno físico en sí mismo —que no admite soluciones de continuidad—, aunque les pese a los defensores del realismo, incluso en su vertiente moderada. Será por eso que los doctores nunca discuten de colores.

Aunque la antropología de los colores nos ha llevado, pues, a posiciones muy alejadas de los grandes filósofos de la Grecia antigua, esta disciplina no escapa por completo a la búsqueda de invariantes, a la reducción de la diversidad existente a un número limitado de principios. La propuesta de recurrir a una prueba visual única y de limitarse a los colores básicos la arrojó inevitablemente a los brazos de Platón. En efecto, no olvidemos que en la vida diaria las personas se refieren a los colores de los objetos, de los seres vivos, de la vegetación, del mar y del cielo, y no sólo a los que se ven en recuadros entintados en papel. Y además lo hacen sin limitarse —sea cual sea la lengua que hablen— a los términos básicos (de hecho, valdría la pena preguntarse porque se excluyó de nuestros términos básicos de color al índigo, tan querido por Newton, a pesar de que se compone de una única palabra) y recurren a la amplísima gama de vocablos que denotan matices (rosa mexicano, azul rey, etcétera). El artículo de George Collier —un *out-*

<sup>17</sup> T. Regier, P. Kay y N. Khetarpal, “Color Naming and the Shape of Color Space”, *Language*, vol. 85, núm. 4, diciembre de 2009, pp. 884-892, esp. p. 890.

<sup>18</sup> R.E. MacLaurry, *op. cit.*, pp. 419-429.

*sider* de esta especialidad antropológica— sobre las categorías de color en el pueblo de lengua tzotzil de Zinacantán es un buen ejemplo de que otra manera de abordar el problema de los colores es posible. Aunque el autor recurre a ciertas pruebas estándares de la disciplina, también muestra a sus conocidos zinacantecos los cuadros de colores de uno en uno (no en la tabla de Munsell), eligiendo colores similares, para así forzarlos a recurrir al rico vocabulario del tzotzil para denominar los matices de un mismo color.<sup>19</sup>

#### LOS SOCIÓLOGOS Y LAS ENCUESTAS

Si las categorías no corresponden a propiedades inherentes de los fenómenos que se busca estudiar, la elección —o más precisamente la construcción— de aquellas a las que se recurre se transforma en un aspecto crucial de toda investigación que pretenda tener un mínimo de rigor. El uso de ciertas categorías, con exclusión de otras, puede alterar radicalmente las conclusiones a las que se llega. Unos pocos ejemplos nos ayudarán a entender esto.

Empezaré por un caso, especialmente significativo, del que tuve noticias hace muchos años por el célebre diario francés *Le Monde*. Se había levantado una encuesta para comparar la criminalidad entre franceses e inmigrantes. El resultado de ésta mostraba, de manera supuestamente “científica”, que los inmigrantes cometían proporcionalmente muchos más delitos y crímenes que los franceses, una conclusión que tenía todo lo necesario para proporcionar argumentos contundentes a la extrema derecha, partidaria de cerrar las fronteras del país y de propiciar, de una manera u otra, el regreso a sus países del mayor número de extranjeros radicados en Francia. Sin embargo, como hicieron notar varios demógrafos y sociólogos, la encuesta adolecía de un grave problema de diseño. Desde hacía mucho tiempo se sabía que los índices de criminalidad varían fuertemente en función del sexo, la edad y la condición socioeconómica de la población estudiada. En promedio, las mujeres cometen muchísimos menos delitos que los hombres. De igual forma, es mucho más probable encontrar delin-

<sup>19</sup> G.A. Collier, “Categorías del color en Zinacantán”, en E.Z. Vogt (ed.), *Los zinacantecos*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1980, pp. 414-432, en esp. pp. 424-431.

cuentas entre los jóvenes que entre los niños, adultos y ancianos. Finalmente, los pobres tienen también más probabilidades de ser arrestados y condenados. Los inmigrantes, justamente, eran en su gran mayoría varones, jóvenes y pobres. Si se volvían a calcular las tasas de criminalidad, agrupando los datos por sexo, edad y condición socioeconómica, las diferencias entre inmigrantes y franceses dejaban de ser significativas. Sencillamente, las categorías “inmigrante” y “francés” no tenían ninguna relevancia en un estudio sobre criminalidad. Por el contrario, su uso llevaba a proponer conclusiones totalmente erróneas.

A un problema similar nos enfrentamos en el año 1998 cuando el Instituto Federal Electoral (IFE) nos solicitó llevar a cabo una investigación sobre las elecciones en Los Altos de Chiapas —más específicamente en el quinto distrito federal electoral de Chiapas, que cubre una parte muy importante de esa región—. <sup>20</sup> Se trata de un distrito en el que, con la única excepción de San Cristóbal de Las Casas, todos los demás municipios están habitados casi exclusivamente por indígenas. Fuera de la ciudad alteña, el municipio que cuenta con el porcentaje más bajo de hablantes de alguna lengua mesoamericana es Pantelhó en el que “sólo” 93.6 por ciento de sus pobladores hablan ya sea el tzotzil, ya sea el tzeltal.

En aquellos años —a raíz del levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)—, en los medios de comunicación y en los espacios académicos, se debatía acaloradamente sobre si las elecciones podían arraigar entre los indígenas o si éstos contaban con otras formas de democracia más acordes con su cultura y que, por ello, se debían respetar. Parecía lógico, por lo tanto, contrastar el comportamiento electoral de los municipios de mayoría indígena con el de aquellos en los que predominaba la población mestiza. La profunda polarización territorial entre el Chiapas indígena y el Chiapas mestizo —son muy pocos los municipios en los que ambos grupos se encuentran relativamente equilibrados en términos demográficos— facilitaba la comparación y parecía otorgarle una mayor

<sup>20</sup> Los principales resultados de esta investigación se publicaron en el libro J.P. Viqueira y W. Sonnleitner (coords.), *Democracia en tierras indígenas: Las elecciones en Los Altos de Chiapas (1991-1998)*, México, El Colegio de México/Instituto Federal Electoral/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2000. Salvo que se indique lo contrario, todos los ejemplos están tomados de este libro.



solidez metodológica. Un primer indicador a tomar en cuenta en esa comparación era, obviamente, la participación electoral.

Tras las elecciones de ese año realizamos dicho cálculo. En los municipios mestizos, la participación electoral había sido en promedio de 47 por ciento, mientras que en los municipios indígenas había sido ligeramente inferior: 44.1 por ciento de los electores inscritos en el padrón nominal habían acudido a votar. La reducida diferencia ponía en duda la tesis de la diferencia específica radical de los indígenas ante las elecciones. Sin embargo, una duda nos asaltó: ¿tenían realmente algún sentido esos promedios? Entre los municipios indígenas, había algunos con unas tasas de participación altísimas, como Ocoatepec (80.4%), Tapalapa (79.7%), Panteppec (76.3%) y Sitalá (73.5%). Otros, en cambio, se caracterizaban por su escaso interés en esas elecciones: Ocosingo (26.4% de participación), Chalhuitán (27.1%) y El Bosque (34.2%). En los municipios predominantemente mestizos, encontrábamos la misma disparidad. Al recurrir a las categorías de indígenas y de mestizos —que sin duda alguna desempeñan en Chiapas un papel de primera importancia en las relaciones sociales de cada día— en un estudio de carácter electoral —aunque fuera con la intención de relativizar su oposición—, ¿no estábamos internándonos en un callejón sin salida? ¿No estábamos condenados a quedarnos en un nivel extremadamente superficial? ¿No sería preferible olvidarnos de esas categorías y construir, sin *a priori* alguno, una geografía electoral lo más detallada posible, tomando como hilo conductor las tasas de participación y los porcentajes obtenidos por los distintos partidos políticos a lo largo de las últimas elecciones, y sólo después intentar agrupar los municipios (o incluso todavía mejor las secciones electorales) que tenían comportamientos parecidos, para luego interrogarnos sobre el origen de esas similitudes?

Esta segunda vía resultó ser mucho más fructífera. Por una parte, aparecieron dos regiones, bastante distantes la una de la otra, en las que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) venía perdiendo rápidamente el apoyo de los electores en provecho del Partido de la Revolución Democrática (PRD), o más excepcionalmente del Partido del Trabajo (PT): la primera se encontraba en el norte del estado, en la zona fronteriza entre hablantes de tzotzil y de zoque, y la otra en el sureste y abarcaba los municipios de Las Margaritas, La Independencia y La Trinitaria. A pesar de su lejanía, las

dos regiones tenían en común una fuerte presencia de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), que había jugado en ambas un papel relevante en las luchas agrarias. A diferencia de otras organizaciones campesinas independientes, la CIOAC se había caracterizado por su cercanía con los partidos de izquierda y por su interés en participar en los comicios, tanto para apoyar a sus aliados como para intentar obtener para sus dirigentes cargos de elección popular, especialmente los de los ayuntamientos. Un aspecto muy interesante era que las dos regiones con fuerte presencia de la CIOAC abarcaban tanto municipios de mayoría indígena —a veces de lenguas distintas—, como municipios de mayoría mestiza.<sup>21</sup>

Por otra parte, al analizar con detenimiento los resultados electorales, aparecían algunos municipios —y el fenómeno era todavía más notable si el análisis descendía hasta el nivel de las secciones electorales— en los que el PRD había recibido una votación muy elevada en 1994, pero en los que después había prácticamente desaparecido. En cambio, en éstos, el abstencionismo había crecido de manera muy notable y en una magnitud muy similar a la de la votación que habían obtenido los candidatos del PRD en 1994. Este fenómeno no era difícil de interpretar: se trataba de municipios —y de secciones electorales— con fuerte presencia del EZLN. En efecto, en 1994, el subcomandante Marcos había expresado su apoyo a los candidatos del PRD a presidente de la república —Cuauhtémoc Cárdenas— y a gobernador —Amado Avendaño—, y las bases del EZLN habían votado masivamente por ese partido. En cambio, a partir de los comicios siguientes —los de 1995—, el subcomandante había recomendado abstenerse. En 1997 los zapatistas quemaron, incluso, un gran número de casillas en su zona de influencia. Era posible, entonces, hacerse una idea de la permanencia o del declive del EZLN analizando la evolución de las tasas de participación electoral en dichos municipios y secciones. Aunque todas estas secciones se encontraban en los municipios de mayoría indígena, no conformaban una región homogénea. Por el contrario, constituían un archipiélago, rodeado de otras secciones en las que el PRI tenía una gran presencia o, en más raras ocasiones, en las que el PRD (en realidad la CIOAC) contaba

<sup>21</sup> Un análisis más detallado de este caso se encuentra en W. Sonnleitner, *Elecciones chiapanecas: Del régimen posrevolucionario al desorden democrático*, México, El Colegio de México, 2012, pp. 146-150.

con una base importante de simpatizantes. Las rivalidades entre comunidades vecinas explicaban en parte las apuestas políticas tan disímiles. Además, el hecho de que en muchas comunidades los grupos políticos mayoritarios hostigaran a las minorías hasta expulsarlas acentuó todavía más los contrastes.<sup>22</sup>

Sin embargo, había un caso —el del municipio de Zinacantán— que resultaba problemático. Su comportamiento electoral era similar al de las zonas zapatistas, pero era bien sabido que, en aquel entonces, la presencia del EZLN no era especialmente importante. Lo que explicaba esos resultados electorales era una historia radicalmente distinta. Desde hacía un buen número de años, en el municipio existía una confrontación entre dos grupos distintos: uno encabezado por propietarios de camiones que controlaban el transporte de personas y mercancías en el municipio y otro que se definía como campesino. Originalmente, ambos grupos militaban en el PRI, pero en organizaciones distintas: los primeros en la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM); los otros en la Confederación Nacional Campesina (CNC). Con la consolidación de los partidos de oposición, esta segunda facción abandonó el PRI y se afilió al PRD. Gracias a ello, los candidatos del PRD en las elecciones de 1994 llegaron en primer lugar en el municipio de Zinacantán. Temiendo que ese resultado se repitiera en las elecciones municipales que se realizarían al año siguiente, el PRI decidió expulsar de su seno a los transportistas más odiados para así mejorar su imagen ante los electores. Los transportistas solicitaron, entonces, su ingreso al PRD, y este partido cometió el grave de error de aceptarlos entre sus filas. El resultado fue que, en 1995, muchos de los zinacantecos que habían votado por el PRD optaron por abstenerse como forma de protesta ante la decisión tomada por los dirigentes de este partido.

El caso de Zinacantán, que afortunadamente había sido estudiado en detalle en un artículo de George Collier, nos hizo comprender claramente los límites de nuestros análisis electorales.<sup>23</sup> No bastaba, pues, con abandonar las categorías *a priori* —como las de indígena o mestizo— para reem-

<sup>22</sup> Además del nuestro libro, J.P. Viqueira y W. Sonnleitner *Democracia...*, *op. cit.*, véase también, W. Sonnleitner, *Elecciones...*, *op. cit.*, pp. 155-196.

<sup>23</sup> G.A. Collier, "Reaction and Retrenchment in the Highland of Chiapas in the Wake of the Zapatista Rebellion", *Journal of Latin American Anthropology*, vol. 3, núm. 1, pp. 14-31.

plazarlas por otras surgidas de la comparación de los comportamientos electorales —las que nos habían llevado a agrupar los municipios con poca votación en favor del PRI y alta participación, por una parte y, por la otra, las secciones en las cuales la alta votación en favor del PRD en 1994 había sido desplazada por un elevado abstencionismo—, sino que era necesario enfrentarnos a los datos cuantitativos —los resultados electorales— de una manera radicalmente distinta a como lo hacen aquellos sociólogos y politólogos que los quieren utilizar para alcanzar la misma “cientificidad” y “objetividad” que supuestamente caracterizan el estudio de los fenómenos naturales. Había, en cambio, que concluir que el análisis riguroso de los datos cuantitativos no podía proporcionarnos certezas contundentes. Sólo nos permitía desechar afirmaciones poco fundamentadas y, sobre todo, plantear de manera más precisa problemas de investigación, que luego había que resolver recurriendo a otras fuentes propias de la antropología y de la historia (trabajo de campo, entrevistas, consulta de documentos de archivo), que además era necesario confrontar sistemáticamente entre sí. El análisis de los datos cuantitativos no era el camino seguro que nos llevaría a conclusiones más rigurosas, sino tan sólo el primer paso en un largo e incierto trayecto.

#### LOS HISTORIADORES Y LOS CONCEPTOS GENERALES

Habrá quien piense que todos estos debates en torno a las categorías no atañen a los historiadores, argumentando que éstos —a diferencia de otros científicos— no se interesan en fenómenos generales, sino tan sólo en hechos particulares. Pero incluso si eso fuera cierto —que no lo pensamos—, el historiador no puede prescindir de miles de conceptos generales, tales como mercado, Estado, religión, guerra, centralismo, etcétera. De hecho, gran parte de los avances de la historiografía de las últimas décadas ha tenido su origen en la crítica de conceptos que proyectan de manera ingenua realidades presentes a tiempos pasados, enmascarando su originalidad y desdibujando las diferencias existentes entre las instituciones, las prácticas y las creencias pretéritas y las contemporáneas; en resumen, por llevar al historiador a cometer el pecado más grande que puede darse en su disciplina: el anacronismo.

Por otra parte, la definición de la historia como una ciencia de lo particular, de lo individual —como la que defendió Rickert con tanta pasión—<sup>24</sup> deja fuera de la disciplina la mayoría de los campos que se practican hoy en día: la historia económica, la historia social, la historia de las ideas, la historia cultural y muchos otros que se interesan por fenómenos colectivos. Parece mucho más acertada la propuesta de Paul Veyne, quien afirma que la historia se ocupa, no de lo particular, sino de lo específico (aunque si quisiéramos mantenernos fieles a la terminología de Aristóteles, habría que decir que se ocupa de lo “propio”), de aquello que distingue a una sociedad de otra, una época de otra.<sup>25</sup> Así, por ejemplo, el historiador interesado en la familia no se propone —como sí lo han hecho algunos antropólogos— encontrar una definición de ésta que sea capaz de abarcar todas las familias posibles, sino estudiar aquello que, en el lugar y el momento elegidos, es original y distintivo.

Finalmente el historiador, cuando busca dar cuenta de fenómenos colectivos, tiene necesariamente que delimitar su campo de estudio, definir y nombrar aquel conjunto de personas sobre las que va a centrar sus pesquisas; en resumen, se ve obligado a construir el sujeto colectivo cuya historia se propone narrar. Ello entraña muchos riesgos.

El amante de Clío puede fácilmente terminar por hipostasiar la categoría elegida y dotarla de atributos que sólo las personas poseen (conciencia, memoria, capacidad de decisión, etcétera). Puede también olvidar, o dejar de lado, todas las diferencias que existen entre los integrantes de cualquier grupo humano, se defina éste como se defina. Si la historia —como afirma Veyne— es el estudio de lo “específico”, no puede quedarse a mitad de camino, conformándose con mostrar lo que distingue a un grupo de otro, sino que tiene que encontrar la forma de dar cuenta de las diferencias internas que existen al interior de éste.

Me parece que este propósito es el que puede explicar el fracaso de la historia de las mentalidades, después de haber suscitado tanto entusiasmo, y su rápida e indolora sustitución por la historia cultural. La historia de las mentalidades se proponía estudiar las representaciones mentales inconscientes que eran comunes a todas las personas de una sociedad en un mo-

<sup>24</sup> H. Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965.

<sup>25</sup> P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971, pp. 70-99.

mento dado y que orientaban sus comportamientos y sus acciones. Cualquier testimonio del pasado, sin que importara demasiado quién lo había elaborado y en qué circunstancias había sido producido, se volvía una fuente aprovechable para estudiar la mentalidad de la época. Sin embargo, esta visión tan uniformadora —después de haber producido grandes obras historiográficas— tuvo que enfrentar la crítica de los que, con razón, alegaron que toda sociedad estaba atravesada por divisiones y desacuerdos muy diversos, de tal forma que resultaba muy cuestionable postular la existencia de estas representaciones colectivas omnipresentes.<sup>26</sup> La historia cultural, sin abandonar los ámbitos de interés de la historia de las mentalidades —las actitudes ante el matrimonio, la sexualidad, el poder y la muerte; la vida cotidiana; las creencias religiosas— volvió a introducir las divisiones de clase —una curiosa revancha de la historia marxista sobre aquella que la había desplazado del mundo universitario—, de etnia y de sexo, aportando una visión más heterogénea y más rica de las realidades pasadas. Sin embargo, a menudo la búsqueda de las diferencias internas de toda sociedad se agotó ahí, y pocos han sido los que se han interrogado por la diversidad existente al interior de esas grandes divisiones sociales y menos aun los que se han ocupado de los casos en que personas pertenecientes a grupos sociales distintos comparten las mismas creencias y actitudes ante la vida. Así, hoy, el historiador tiene que seguir buscando el camino para poder dar cuenta de las diferencias que atraviesan cualquier grupo humano.

Por otra parte, la historia de las mentalidades legitimó la mala costumbre de forjar generalizaciones apresuradas —lugares comunes— que se dan por evidentes y que rara vez son cuestionados. Es de hecho curioso ver cómo algunos estudiosos del pasado recurren a innumerables documentos para dejar bien establecido un hecho particular y luego lanzan afirmaciones generales sobre una sociedad y una época sin sentir que deban ser fundamentadas en forma alguna. El problema de la generalización en la historia y en las ciencias sociales dista mucho de haber sido resuelto de manera satisfactoria.

Así, por dar un ejemplo muy simplista: nadie se sentiría escandalizado si se escribiera que en el siglo XIX en Europa el mito del progreso se impuso a toda la sociedad. Pero, ¿no es hacerle un flaco favor a aquel periodo histó-

<sup>26</sup> G.E.R. Lloyd, *Pour en finir avec les mentalités*, París, La Découverte, 1993.

rico olvidar, o considerar como algo sin mayor relevancia, la reacción romántica contra la Ilustración y la idealización de la vida rural en contra de los horrores de la industrialización? ¿No es injusto olvidar que en ese siglo se formuló el segundo principio de la termodinámica, que prevé la inevitable degradación de la energía, misma que ha de conducir al universo a una lejana paz de los sepulcros? ¿No es traicionar la probidad del historiador pasar por alto la repercusión que tuvieron dicho principio y la certeza de que nuestro sistema solar tenía fecha de caducidad sobre cientos de pensadores de aquel entonces? Estas inquietudes no sólo fueron compartidas por los literatos como Jules Laforgue, quien, conmovido por la certeza del fin de nuestro planeta, escribió aquel magnífico poema, “Marcha fúnebre para la muerte de la Tierra”,<sup>27</sup> sino también por un defensor a ultranza del progreso dialéctico, como fue Engels, quien se vio obligado recurrir a la teoría del eterno retorno como la única forma de asegurar la permanencia del “espíritu pensante” en el universo ante el inexorable fin del Sol —y con éste, el de los planetas— por agotamiento de su energía.<sup>28</sup>

¿No sería, pues, una vía más fructífera para caracterizar una época hacerlo, no por las supuestas ideas, creencias o mentalidades dominantes, sino por los debates que la sacuden, por el inventario de sus desacuerdos? Éste sería incluso un método más seguro, más riguroso, para descubrir aquello que no es objeto de polémica, aquello sobre lo que existe un consenso tácito y sirve para legitimar ideas totalmente contrapuestas, o incluso aquello que ni siquiera se menciona porque se da por cierto y evidente. ¿No sería ésta una mejor forma de dar cuenta de las creencias comunes, sin borrar la diversidad interna propia de cada sociedad?

#### RABELAIS Y EL ATEÍSMO

Un problema crucial a la hora de dar cuenta de la diversidad existente en una sociedad y en un tiempo dados es el de poder fijar los límites de aquella. Es obvio que no todo es posible en cualquier momento y lugar. Así, la Antigüedad griega se enfrentó a las paradojas del movimiento —la de

<sup>27</sup> “Marche funèbre pour la mort de la Terre”, en J. Laforgue, *Poésies complètes*, París, Gallimard/Librairie Générale Française (Le Livre de Poche 2109), 1970, pp. 338-342.

<sup>28</sup> F. Engels, *Dialéctica de la naturaleza*, México, Grijalbo, 1961, p. 20.

Aquiles y la tortuga, por ejemplo—, pero no fue capaz de inventar el cálculo infinitesimal. Más allá de obviedades como ésta, los problemas historiográficos se plantean cuando la respuesta sobre lo que es posible no resulta tan evidente. De ahí que el libro de Lucien Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais* siga teniendo un carácter ejemplar.<sup>29</sup>

En esta obra, el cofundador de la Escuela de los *Annales* se propone rebatir la tesis de un prestigiado colega, Abel Lefranc, quien había asegurado que François Rabelais era en realidad un pensador racionalista y ateo, que por prudencia no se había declarado como tal, pero que había dejado en sus libros, de manera algo críptica, múltiples indicios de ello. Para refutar a Lefranc, Febvre estructura su libro en tres partes. En la primera, desbarata uno a uno, con una erudición prodigiosa, los argumentos de Lefranc. En la segunda, reconstruye, a través de la vida y de la obra de Rabelais, sus creencias religiosas, que resultan ser muy cercanas al reformismo de Erasmo. Pero la gran originalidad del libro de Febvre radica en su tercera parte. Como hemos señalado, Febvre ha intentado responder a la pregunta: ¿era Rabelais ateo? Todas las pruebas aportadas por él apuntan a que no lo era; pero al historiador que actúa con probidad siempre le atormenta la posibilidad de que puedan aparecer más adelante nuevos testimonios del pasado que echen por tierra sus más elaboradas afirmaciones. La pregunta “¿era cierto que...?” le parece, por lo tanto, a Febvre conducir al historiador a un callejón sin salida. Por ello, piensa que un método más seguro, más prometedor, consiste en sustituir esa pregunta por aquella de “¿era posible que...?” Esta nueva forma de interrogar el pasado pone de manifiesto, entonces, la ambición del proyecto de Febvre: su objetivo no es tan sólo desentrañar el pensamiento religioso del creador de la novela moderna, sino, sobre todo, comprender a la sociedad europea de la primera mitad del siglo XVI, a través de la pregunta crucial: ¿era posible ser ateo en aquel entonces? O para retomar los términos que nosotros hemos usado, ¿el ateísmo formaba parte de la diversidad religiosa de aquel entonces?

La pregunta puede parecer ociosa. En 1514, se publicó en Francia el libro del poeta latino, Lucrecio, *De rerum natura*, en el que el autor había de-

<sup>29</sup> Para este trabajo, recurrimos a la versión original en francés: L. Febvre, *Le problème de l'incroyance au 16<sup>e</sup> siècle. La religion de Rabelais*, París, Albin Michel (L'évolution de l'humanité, vol. LIII), 1968.



fendido la teoría de que toda la materia se compone de átomos y de que todos los fenómenos tienen una explicación natural, y en el que había atacado ferozmente a la religión. Además, la palabra “ateo” apareció en el francés en esa época (Rabelais la utilizó en una carta a Erasmo). Unas décadas después, tras las sangrientas guerras de religión entre católicos y protestantes, surgieron las primeras voces de incrédulos, que defendían la libertad de creencia, dado que en asuntos de fe nadie podía pretender certeza alguna.

Sin embargo, para Febvre, la pregunta conserva toda su importancia, dado que, con justa razón, no separa a las personas del medio en que se han formado. Lo que se trata de saber no es, pues, si alguien en su fuero interno podía ser ateo —¿cómo lo podríamos saber?—, sino si en aquellos tiempos era posible argumentar de manera mínimamente coherente una posición atea, de tal forma que fuera inteligible para el interlocutor (lo que obviamente no quiere decir que éste tuviera que darla por válida). Febvre va a intentar mostrar que ni la sociedad —regida totalmente por la religión— ni la filosofía ni las ciencias ni siquiera el ocultismo podían proporcionar algún apoyo a la defensa del ateísmo.

Pero, ¿Febvre no habría pasado por alto alguna otra fuente posible? En su conocido libro, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Bajtin le reprocha no haber aquilatado las raíces populares que nutrieron toda la obra de Rabelais y que le dan ese tono grotesco, carnalesco, tan particular. Para Bajtin, la originalidad de Rabelais radica justamente en ser el exponente de una concepción popular de la vida que mediante la risa puede invertir los valores de las clases dominantes.<sup>30</sup>

La crítica de Bajtin encontró eco en Carlo Ginzburg cuando éste se topó con los expedientes inquisitoriales contra Menocchio, un molinero friulano, quien fue denunciado en dos ocasiones, en 1583 y 1599, por argumentar, repetidamente y desde hacía muchos años, en contra de los dogmas de la religión católica ante sus conocidos y vecinos, incluso frente al párroco del lugar.<sup>31</sup> Menocchio defendía una teoría que no podía sino escandalizar a sus

<sup>30</sup> M. Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, México, Alianza Editorial, 1990, pp. 119-124.

<sup>31</sup> C. Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981.

jueces. Según él, en el origen de los tiempos, los cuatro elementos —tierra, aire, agua y fuego— estaban inextricablemente confundidos en un caos primordial. Dios y los ángeles se habían formado a partir de ese caos, al igual que los gusanos nacen del queso putrefacto. Luego Dios, con la ayuda de los ángeles, había separado todos los elementos y creado el mundo.

Menocchio había leído muchos libros para ser un simple molinero. Pero gracias al magistral análisis de Ginzburg, quien confronta sus declaraciones ante los inquisidores con los textos de sus lecturas, descubrimos que solía malinterpretarlas, o más precisamente interpretarlas de manera sesgada, de tal forma que pensaba encontrar en éstas argumentos que respaldaran su creencia principal: “Yo creo que no se puede hacer ninguna cosa sin materia, y tampoco Dios habría podido hacer cosa alguna sin materia”.<sup>32</sup> Ginzburg piensa, entonces, que los fundamentos de la cosmogonía de Menocchio no provenían de la cultura letrada, sino de la cultura popular. Siendo dueño de un molino al que todos los campesinos acudían a llevar su grano, Menocchio estaba al tanto de las historias y de los recuerdos de miles de personas —que contaban tanto lo que les había sucedido a ellos, como lo que habían escuchado de otros— y por lo tanto se encontraba en una posición ideal para reconstruir viejos mitos, que subsistían sólo en forma de jirones dispersos. El historiador italiano se lanza, entonces, de manera temeraria a establecer una relación entre la cosmogonía del molinero y los relatos que recogen los Vedas, que se remontan en su forma oral al segundo milenio antes de nuestra era.<sup>33</sup> Se trata de una hipótesis, sin duda, muy atractiva, pero en extremo problemática.

Sea como sea, el caso de Menocchio, en realidad, no contradice la tesis de Febvre sobre la imposibilidad de defender una posición atea en la primera mitad del siglo XVI. No tanto porque el molinero exprese sus teorías cosmogónicas después de las guerras de religión —se trataría de un detalle menor si realmente sus fuentes de inspiración fueran unas tradiciones populares milenarias—, sino principalmente porque Menocchio no era ateo —creía en la existencia de Dios y de los ángeles, incluso en la inmortalidad del alma, aunque no en la resurrección de los cuerpos—, sino simplemente materialista: para él, la materia era anterior a la existencia de Dios.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 101-102.

Sin embargo, el libro, *El queso y los gusanos*, sí conduce a poner en duda el método seguido por Febvre. El razonamiento de un historiador, por informado y sistemático que sea, no puede dar cuenta de todas las potencialidades de una época dada. Así, el cofundador de la Escuela de los *Annales* no se detuvo siquiera a reflexionar si los mitos y tradiciones populares podían servir de apoyo o no a una argumentación atea. Más aun, parece imposible por la simple fuerza de la erudición —que nunca puede abarcar todas las realidades existentes, incluso si han dejado un testimonio escrito— imaginar un caso como el del molinero del Friuli. La realidad documental logrará siempre rebasar la imaginación histórica. La pregunta “¿era posible que...?” no nos conduce, pues, a una mayor certeza que aquella de “¿era cierto que...?” El historiador está condenado —como todo científico— a depender de la información, de las observaciones y de la documentación a su alcance. Sus afirmaciones serán siempre hipótesis —y eso lo sabía y lo dijo muy bien el propio Febvre— que nuevos datos o razonamientos podrán echar por tierra en cualquier momento.

#### LA MICROHISTORIA Y LOS CASOS EXTREMOS

La obra de Ginzburg nos aporta otra enseñanza de gran valor. Un único caso, incluso tan marginal como el del molinero, puede obligarnos a repensar toda una sociedad y una época, al mostrarnos posibilidades que no habían sido contempladas con anterioridad, al develarnos que la extensión de lo posible era mayor de lo que se había sospechado hasta entonces. La riqueza y la fuerza de la microhistoria no provendrían entonces del estudio en profundidad de casos representativos sino, por el contrario, de su capacidad para descubrir casos extremos que amplían los límites de la diversidad social que los estudiosos habían dado por supuesta.

Así, una de las grandes aportaciones del libro de Luis González, *Pueblo en vilo*,<sup>34</sup> no radica en que San José de Gracia fuera representativo de alguna realidad más amplia —el autor lo eligió tan sólo porque era su pueblo natal—, sino porque llamó la atención sobre las ahora llamadas “sociedades

<sup>34</sup> L. González y González, *Pueblo en vilo*, México, El Colegio de México, 1968.

rancheras”, es decir sobre aquellas regiones mestizas, de población dispersa, dedicadas en gran parte a la ganadería, en las que predomina la pequeña propiedad privada, y que hasta la aparición de esa obra habían sido ignoradas por historiadores y antropólogos.

Un ejemplo más evidente de la importancia de estudiar los casos extremos es el libro de William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power*.<sup>35</sup> En efecto, este microhistoriador, para comprender mejor cómo fue posible que los nazis se adueñaran del Estado y de la sociedad alemanes sin encontrar demasiada resistencia, optó por estudiar en profundidad la pequeña ciudad en la que, en los últimos comicios libres antes de la toma del poder por Hitler —los de 1932—, el Partido Nacional Socialista obtuvo el porcentaje de votos más alto del país (62%). Allen justifica la elección de dicho pueblo recurriendo a la metáfora del microscopio: no es que el pueblo sea representativo de lo sucedido en el conjunto de Alemania, sino que, por el contrario, al haber sido el más favorable al Partido Nacional Socialista, los mecanismos utilizados por los nazis para infiltrarse en todos los ámbitos de la sociedad debían de aparecer magnificados y, por ende, podían ser estudiados más fácilmente. Su apuesta —en un tiempo en el que la microhistoria parecía un campo reservado a los aficionados y eruditos locales, y no contaba con la dignidad académica que ostenta hoy en día— rindió excelentes frutos. Entre otras cosas, su libro muestra claramente los límites de las explicaciones históricas abstractas que no se detienen a indagar las percepciones y las actitudes de los actores sociales, como aquella de que la crisis económica de 1929 arrojó a las clases medias alemanas a los brazos de Hitler. Allen, tras revisar los estados de cuenta de las clases medias del pueblo, demuestra que éstas no resintieron especialmente la crisis y que incluso en los años del ascenso del nazismo lograron incrementar su capacidad de ahorro. En cambio, los obreros de la región sí sufrieron enormemente del desempleo que se desató en esos años, pero casi ninguno militó en las filas del Partido Nacional Socialista. En realidad, el temor de las clases medias era “subjetivo” en el sentido de que si bien su economía no se vio mermada por la crisis, sí existía entre éstas una gran preocupación de que

<sup>35</sup> W.S. Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945*, Nueva York, F. Watts, 1984.

en un futuro pudieran acabar como los miles de obreros que cada mes veían con temor cuando iban a cobrar al pueblo su seguro de desempleo.

El libro de Allen muestra también el afán de los nazis de no dejar ningún ámbito de sociabilidad fuera de su control, ni siquiera la coral de la iglesia luterana del pueblo. Sólo así pudieron atomizar a la sociedad e impedir que se formaran redes de solidaridad: en cualquier lugar, los vecinos temían ser denunciados si no daban suficientes muestras de su entusiasmo en favor del Führer. Finalmente, el autor pondera la importancia de las elecciones individuales, como la del librero, hombre culto y muy apreciado, quien jugó un papel de gran importancia para aportarles a los nazis respetabilidad a los ojos de la burguesía local. Así, Allen logra recordarnos que la historia la hacen los hombres, no los fenómenos sociales.

A pesar de sus enormes méritos, *The Nazi Seizure of Power* nos muestra sólo un límite de la diversidad social de la Alemania de aquellos trágicos años. Una microhistoria del caso extremo opuesto, el de la ciudad en la que el Partido Nacional Socialista recibió el porcentaje de votos más bajo en las elecciones de 1932, sería sin duda igual de ilustrativo y nos ayudaría, tal vez, a comprender por qué fracasaron la oposición abierta y los intentos de resistencia al nazismo de algunos sectores de la sociedad alemana.

En el año 2000, cuando el IFE volvió a apoyarnos para realizar una nueva investigación en Los Altos de Chiapas sobre las elecciones —elecciones que resultaron históricas por las derrotas de los candidatos del PRI a la presidencia de la república y a la gubernatura de Chiapas—, decidimos ir más allá de lo que habíamos logrado dos años antes, es decir optamos por indagar con más detalle sobre las dinámicas políticas locales, que luego aparecían pálidamente reflejadas y a menudo distorsionadas en los resultados electorales que analizábamos.<sup>36</sup> Era imposible, obviamente, estudiar en profundidad toda la región, pero sí era factible elegir algunos pocos lugares y concentrar nuestra investigación en éstos. Dada la enorme diversidad de situaciones que se producían en los municipios y en los parajes de Los Altos, el problema de la representatividad de las secciones electorales que

<sup>36</sup> Los resultados de esa investigación dieron lugar, en un primer momento, a la publicación del libro de W. Sonnleitner, *Los indígenas y la democratización electoral. Una década de cambio político entre los tsotziles y tseltales de Los Altos de Chiapas (1988-2000)*, México, El Colegio de México/Instituto Federal Electoral, 2001.

elegiríamos se planteó inmediatamente. Inspirados por el libro de William Sheridan Allen, decidimos desechar la idea de buscar secciones promedio o típicas, ya que de hacerlo hubiéramos proporcionado una idea totalmente chata y reduccionista de la diversidad política de los indios de Chiapas. En cambio, optamos por localizar los casos extremos, definidos por sus comportamientos electorales desde 1991. El propósito era documentarlos a fondo para permitir que el lector pudiera imaginarse, aunque fuera de manera muy somera, todas las situaciones intermedias que podrían darse en la región. Esto era posible porque Los Altos de Chiapas son al mismo tiempo muy homogéneos y muy diversos. Las instituciones y los actores colectivos presentes en los municipios abrumadoramente indígenas son muy similares, pero la manera en que se expresan y se articulan y la fuerza relativa de cada uno de éstos son, en cambio, de lo más variado. En suma, Los Altos de Chiapas son un buen ejemplo de lo que la creatividad humana puede construir a partir de elementos comunes.

Nos dimos, pues, a la búsqueda de cuatro secciones electorales con comportamientos electorales extremos. En Los Altos de Chiapas, el partido predominante era el PRI —aunque para esas fechas se encontraba en franco declive—, así que parecía indispensable estudiar alguna de las secciones en las que este partido obtenía los más altos porcentajes de votos de toda la región. También parecía ser de gran interés estudiar algunas de las pocas secciones electorales en las que el PRI habría logrado incrementar sus votos después de las elecciones de 1994, que habían marcado el inicio de un crecimiento importante de la oposición. Un tercer caso, que nos parecía sumamente relevante dado el debate sobre la supuesta oposición de las comunidades indígenas a la aparición de las divisiones partidistas, era aquel en donde algún partido de oposición se encontrara implantado con fuerza desde muchos años atrás, conviviendo y compitiendo con el PRI. Finalmente, estaban las secciones urbanas —aunque de mayoría indígena— en las que no se perfilaban tendencias claras. Por el contrario, un número muy alto de electores cambiaba el sentido de su voto en cada elección. Lo que parecía indicar un comportamiento menos corporativo y más acorde a formas de vida individualistas, supuestamente propias de las ciudades.

La investigación en campo de las cuatro secciones electorales elegidas nos permitió tener un panorama mucho más claro de la vida política de los

indígenas de Los Altos de Chiapas y nos mostró, una vez más, los límites de los estudios que se contentan con analizar los resultados electorales. En efecto, la realidad política de las cuatro secciones nos deparó grandes sorpresas con respecto a la primera idea que nos habíamos hecho de éstas a partir del análisis de los resultados de los comicios. La sección elegida como caso extremo del predominio del PRI se encontraba en el municipio de Chamula; se trataba de la sección 0354, que incluía los parajes de Monte Bonito y Macvilhó. Sin embargo, su estudio no habría de revelarnos los sofisticados mecanismos clientelistas de cooptación que tenía ese partido en la región, sino tan sólo su faz más brutal. En efecto, la elevadísima votación a favor del PRI se debía a que todos los disidentes políticos de la sección habían sido expulsados violentamente de sus comunidades, lo que explicaba la ausencia de votos a favor de los partidos de oposición.<sup>37</sup>

A su vez, las secciones en donde el PRI había logrado aumentar en términos absolutos su caudal de votos se ubicaban en el municipio de Larráinzar, y su estudio a profundidad nos reveló grandes sorpresas.<sup>38</sup> El fenómeno más importante en esa sección —y de hecho en todo el municipio— era, en realidad, la notable pérdida de militantes y simpatizantes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. En 1994, los zapatistas del lugar habían acordado instaurar entre ellos el llamado “colectivo completo”, es decir que habían puesto en común en cada comunidad sus tierras y su ganado. La experiencia había resultado desastrosa y había suscitado un gran descontento entre los que habían participado en ésta. Muchos decidieron, en-

<sup>37</sup> Sobre la historia política de Chamula que llevó a las expulsiones, véase J. Rus, “La lucha contra los caciques indígenas en Los Altos de Chiapas: disidencia, religión y exilio en Chamula, 1965-1977”, *Anuario de Estudios Indígenas*, vol. XIII, 2009, pp. 181-230. Sobre las expulsiones, se puede leer con provecho; P. Iribarren, *Misión Chamula*, San Cristóbal de Las Casas, Diócesis de San Cristóbal de Las Casas, 1980; G. Morquecho Escamilla, *Los indios en un proceso de organización. La organización indígena de Los Altos de Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, ORIACH/Ediciones Piratas, 2003, y R.I. Estrada Martínez, *El problema de las expulsiones en las comunidades indígenas de Los Altos de Chiapas y los derechos humanos. Segundo informe*, México, Comisión Nacional de Derechos Humanos, 1995.

<sup>38</sup> Finalmente el estudio, que había empezado por ceñirse a una única sección electoral (la 0683, que incluía los parajes de Bashantic, Buena Vista, Chuchiltón y Potobtic), terminó por abarcar todo el municipio: E. Aguilar Hernández, M. Díaz Teratol y J.P. Viqueira, “Los otros acuerdos de San Andrés Larráinzar (1959-2005)”, en M. Estrada Saavedra y J.P. Viqueira (coords.), *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista. Microhistorias políticas*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 331-417

tonces, abandonar las filas del EZLN con el fin de recobrar la posesión individual de sus tierras. Hasta 1998, quienes rompían con el zapatismo, a la hora de las elecciones, votaban por el PRI como forma de marcar sus distancias con los que habían permanecido en la organización armada, quienes, por su parte, boicoteaban los comicios.

La sección en donde la oposición —el PRD— era especialmente fuerte y llevaba varios años arraigada ahí nos deparó también una gran sorpresa. En vez de encontrar un ejemplo de convivencia política, lo que apareció en la investigación era que dicha sección, ubicada en Huixtán (la 0570), se componía de tres comunidades que tenían rasgos muy distintos entre sí: en dos de ellas, el PRI era hegemónico —un dato curioso es que una de ellas era casi totalmente católica, mientras que en la otra los evangélicos eran mayoría—; en la tercera, el PRD captaba prácticamente todos los votos, como se puso en evidencia en el año 2000, cuando se instaló una casilla extraordinaria en dicha comunidad. Curiosamente si esa sección resultó no ser un buen ejemplo de pluralismo comunal desde el punto de vista político, sí lo fue desde el punto de vista religioso e incluso lingüístico, dado que algunos de los habitantes tienen como lengua materna el tzotzil y otros el tzeltal, sin que esto se traduzca en algún tipo de conflicto. Es más, es muy común que los habitantes de la sección hablen tres lenguas: tzotzil, tzeltal y español.<sup>39</sup>

La cuarta sección, ubicada en el barrio indígena de La Hormiga en San Cristóbal de Las Casas (la 1115), tampoco fue una prueba del creciente individualismo que se podría suponer caracteriza a los habitantes de una ciudad, sea cual sea su origen. Su historia política nos mostró una realidad mucho más compleja.<sup>40</sup> El barrio de La Hormiga fue fundado originalmente por chamulas expulsados de sus municipios por motivos supuestamente

<sup>39</sup> W. Sonnleitner, *Elecciones...*, *op. cit.*, pp. 361-399.

<sup>40</sup> S. Hvostoff, “La communauté abandonnée. L’invention d’une nouvelle indianité urbaine dans les périphéries tzotziles et tzeltales de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Mexique (1974-2001)”, tesis en sociología, Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine, París, 2002. Una versión resumida de este excelente trabajo se puede encontrar en S. Hvostoff, “La comunidad abandonada. La invención de una nueva indianidad urbana en las zonas periféricas tzotziles y tzeltales de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México (1974-2001)”, en M. Estrada Saavedra (ed.), *Chiapas después de la tormenta. Estudios sobre economía, sociedad y política*, México, El Colegio de México/Gobierno del Estado de Chiapas/Cámara de Diputados LX Legislatura, 2009, pp. 221-277. Una vez más la investigación no se ciñó exclusivamente a una sección electoral, sino que abarcó todos los barrios indígenas de San Cristóbal de Las Casas.



religiosos, pero en los que en realidad se expresaba la lucha por el poder local entre facciones rivales. Estos expulsados crearon la Organización Regional Indígena de los Altos de Chiapas (ORIACH), primero con el fin de presionar al gobierno para poder regresar a sus comunidades, y luego, a medida que perdían la esperanza de lograrlo y descubrían las ventajas de vivir en la ciudad, para conseguir que se les dotara de servicios (electricidad, agua, drenaje, calles pavimentadas, etcétera) y se les abrieran fuentes de trabajo (se negociaron especialmente licencias para conducir taxis).

Las enormes diferencias en los resultados electorales —en 1991, el PRI obtuvo en la sección 1115 más de dos terceras partes de la votación; en cambio, en 1994, el PRD arrasó con 72 por ciento de los votos, y en 1995, con un alto porcentaje de abstencionismo, el PRD mantuvo el primer lugar con 57.6 por ciento—<sup>41</sup> se debían en gran medida a las coyunturales y efímeras alianzas que el principal líder de los chamulas expulsados —Domingo López Ángel— entabló primero con el PRI, luego con el EZLN y después con el PRD. Finalmente, en 1998, poco antes de las elecciones locales, el gobierno hizo encarcelar a Domingo López Ángel, quien después de haberse acercado a Dante Delgado —representante del gobierno federal en Chiapas— sorprendentemente había renegado de su fe evangélica y se había convertido al islam. Al mismo tiempo, el PRI ofreció a los vecinos de la colonia regalarles láminas para techar sus casas o incluso construirles nuevas viviendas. Con ambas maniobras, el partido en el poder logró rehacer su vieja alianza con los habitantes de La Hormiga y volvió a alcanzar casi las tres cuartas partes de los sufragios (74.1%), duplicando el número de votos a su favor.<sup>42</sup>

En 2000, la esperanza de una alternancia política tanto en el gobierno federal como en el estatal animó a muchos abstencionistas a acudir a las urnas para votar por los candidatos opositores, aumentado así el porcentaje de votos de éstos en la sección, aunque el PRI logró mantener casi intacto su

<sup>41</sup> El análisis de los resultados electorales de la sección 1115 se encuentran en W. Sonnleitner, “Démocratisation électorale, indianité et violence révolutionnaire: Eléments pour une sociologie régionale de la transition politique dans les Hautes Terres du Chiapas, Mexique (1998-2001)”, tesis de doctorado en sociología, 2003, pp. 495-507.

<sup>42</sup> M. Pérez Tzu, “Conversaciones ininterrumpidas: Las voces indígenas del mercado de San Cristóbal”, en J.P. Viqueira y W. Sonnleitner (coords.), *Democracia en tierras indígenas. Las elecciones en Los Altos de Chiapas (1991-1998)*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/El Colegio de México/Instituto Federal Electoral, 2000, pp. 259-267.

caudal de votos y, gracias a ello, alcanzar el primer lugar en la sección. Quedó claro entonces que los tiempos de unanimidad política en La Hormiga (a favor de un partido u otro, o a favor del EZLN) habían llegado a su fin: las organizaciones sociales se habían fragmentado y algunos electores votaban al margen de las consignas de éstas.

La historia de la sección 1115 no resultó ser la de la victoria del individualismo, la de la aparición del elector racional e informado que toma su decisión libremente que las teorías de los politólogos predecían, sino que revelaba, en cambio, la complejidad de la vida política urbana y la habilidad de los indígenas para abrirse un espacio en una ciudad que había empezado por rechazarlos y marginarlos a sus orillas.

En resumen, la decisión de profundizar en el estudio de las secciones con comportamientos extremos nos había abierto las puertas para comprender las complejas dinámicas locales de una región indígena y había resultado ser una excelente manera de dar cuenta de la diversidad política de una región que, a primera vista, podía parecer muy homogénea. Al mismo tiempo, nos había mostrado, una vez más, lo engañoso que podía resultar analizar los resultados electorales sin ver las dinámicas locales que los generaban.

Un mismo espíritu microhistórico fue el que nos alentó a un grupo de colegas y amigos a dar cuenta de la diversidad de las reacciones de los indígenas de Chiapas ante el levantamiento armado del EZLN a través del estudio detallado de siete comunidades y un municipio de Chiapas.<sup>43</sup> En esta ocasión, la selección de los casos no siguió ningún método en particular. Se trataba de comunidades sobre las que alguno de nosotros había investigado con anterioridad. Sin embargo, nuestra muestra, más bien azarosa y poco representativa —las comunidades que fueron o seguían siendo zapatistas parecen estar sobre representadas— cubría una amplia gama de reacciones muy diferenciadas.

En La Garrucha (municipio de Ocosingo), casi todos los pobladores habían ingresado al EZLN y, en el momento de escribir el libro, se mantenían fieles a ese movimiento armado. En cambio, en Buena Vista Pachán (Las Margaritas), los indígenas tojolabales, después de haber militado con entu-

<sup>43</sup>M. Estrada Saavedra y J.P. Viqueira (coords.), *Los indígenas de Chiapas y la rebelión zapatista. Microhistorias políticas*, México, El Colegio de México, 2010.

siasmo en las filas del zapatismo, se habían ido desilusionando, y poco a poco, en medio de rupturas y conflictos, se habían alejado de éste.

Un caso muy distinto era el de los zoques damnificados por la erupción del Chichonal que habían sido reubicados por el gobierno en Nuevo Francisco León (Ocosingo), quienes, sin adherirse nunca al EZLN, coque-tearon con éste y se dejaron asesorar por personas cercanas al zapatismo en su disputa con el gobierno para regularizar las tierras que éste les había entregado, pero que formaban parte de los bienes comunales de los lacandones. Las comunidades tojolabales de Veracruz y Saltillo (Las Margaritas) siempre se mantuvieron distantes del EZLN —aunque algunos de sus miembros militaban clandestinamente en dicha organización—, pero supieron aprovechar la debilidad del gobierno federal para, con el apoyo de la CIOAC, hacerse de las tierras por las que venían luchando desde hacía tiempo.

En El Limar (Tila), el levantamiento zapatista vino a reavivar una enco-nada disputa entre ejidatarios y avecindados, que en poco tiempo llevó a ambos grupos a cambiar en forma pragmática sus alianzas políticas con fuerzas regionales y nacionales, con el fin de contrarrestar las maniobras de sus adversarios. En Santa Catarina Huitiupán (Huitiupán), en donde la co-munidad se había sumado en forma masiva al EZLN, las diferencias internas desembocaron en ajustes de cuenta sangrientos, al extremo que los habi-tantes del lugar acordaron dejar las filas del EZLN con el fin de terminar con la ola de violencia desatada.

En cambio, en el municipio de San Andrés Larráinzar, a pesar de que en 1994 sus habitantes se habían dividido en dos partes iguales entre sim-patizantes del PRI y seguidores del EZLN, no se produjo ningún enfrenta-miento entre ambos bandos. La clave de esta exitosa convivencia parece haber radicado en una afortunada combinación de factores: priístas y zapa-tistas no controlaban distintas áreas del municipio, sino que convivían en todas las comunidades con una fuerza similar; el sistema de cargos (ayunta-miento constitucional, ayuntamiento tradicional, mayordomías religiosas, agencias municipales) se había desdoblado, de tal forma que cada facción tenía sus propias autoridades políticas y religiosas. En cambio, en el Comi-té de Bienes Comunales, priístas y zapatistas se habían repartido los cargos. Finalmente, los dirigentes políticos —respaldados por sus seguidores— ha-

bían actuado con suma prudencia para evitar que las diferencias políticas derivaran en acciones violentas y habían hecho oídos sordos a los intentos externos —muy especialmente del gobierno del estado de Chiapas— por atizar el conflicto.

Sin duda, nuestra serie de microhistorias políticas no cubría todo el rango de reacciones suscitadas por la rebelión zapatista —no incluía, por ejemplo, el caso extremo de Chenalhó (en donde el conflicto por el control de una mina de arena dio pie a que el gobierno armara a los oponentes del EZLN, lo que suscitó múltiples ejecuciones de dirigentes de distintas facciones y finalmente la masacre de Acteal) ni el de Nicolás Ruiz, el único municipio con fuerte presencia zapatista en el que los hablantes de alguna lengua mesoamericana no son mayoritarios (eran tan sólo 3% en 1990)—, pero era suficiente para dar una idea de las complejidades de la vida política local y echar por tierra el mito de la unanimidad comunal o la idea de que los indígenas habían sido manipulados, ya sea por el gobierno, ya sea por el EZLN. Por el contrario, esta colección de microhistorias ponía en evidencia el papel protagónico que éstos jugaron en aquellos años de incertidumbre y esperanza.

#### LOS HISTORIADORES Y LA DIVERSIDAD SOCIAL

Rickert, oponiéndose a Platón, tenía toda la razón en insistir en que la realidad —ya fuera natural o espiritual— se encontraba en lo particular y en lo individual, que era heterogénea y que no admitía soluciones de continuidad.<sup>44</sup> Pero limitaba seriamente el desarrollo de la historia al hacer de ésta una ciencia exclusivamente ideográfica al pretender que se ciñera al estudio de hechos particulares. Afortunadamente, la disciplina histórica emprendió otros caminos y se fue interesando cada vez más por los fenómenos colectivos. Por ello, la definición de Paul Veyne de la historia como el esfuerzo sistemático por describir y analizar lo “específico”, —o insistiendo una vez más con la terminología aristotélica, lo “propio”—, lo que es original de un lugar, de una época o de un grupo social, da mucho mejor cuenta de la práctica actual de los historiadores.

<sup>44</sup> H. Rickert, *op. cit.*, pp. 57-69.

Esto supone que todo historiador debe proceder en forma comparativa para poder determinar en qué radica la originalidad de los fenómenos que estudia. ¡Cuántos trabajos historiográficos han caído en la irrelevancia por presentar descripciones de creencias, actitudes y comportamientos como propios de un lugar o de un tiempo, cuando esas mismas descripciones podrían utilizarse para muchas otras sociedades! ¡Cuántas obras no han fracasado por centrarse en lo genérico en vez de escudriñar lo original de cada momento y lugar!

Para poder “inventariar las diferencias”, el historiador —al igual que todos los científicos sociales— necesita forjar conceptos precisos y unívocos que le permitan describirlas, en vez de reducirlas a categorías genéricas que dan cabida a fenómenos en extremo diversos, con el pretexto de que dichas abstracciones son capaces de explicar los más variados comportamientos humanos.<sup>45</sup> Así, pues, el historiador no puede, bajo el riesgo de tropezar una vez tras otra con los anacronismos, ahorrarse una detenida reflexión sobre los conceptos a los que recurre. Pero eso implica, también, hacer un esfuerzo para comprender la naturaleza misma de los conceptos, y en esta tarea, sólo la filosofía le puede proporcionar las herramientas para hacerlo. Las preguntas de Plotino, sin duda formuladas de otra manera y enriquecidas por los densos debates que se han desatado desde entonces, deberían seguir siendo de interés para los amantes de Clío.

Cierto, la realidad está conformada por hechos particulares e individuales, pero restringir la historia a la detallada descripción de cada uno de ellos la haría caer en la irrelevancia. Entre las burdas generalizaciones que homogeneizan los fenómenos del pasado, desnaturalizándolos, y la fastidiosa descripción de miles de detalles irrelevantes, el historiador tiene que construirse su propio camino. No puede dar cuenta de todas las diferencias existentes en su campo de investigación en pos de una imposible exhaustividad, que además lo dejaría sin lectores. Pero sí puede, en cambio, buscar las formas de sugerir dicha diversidad y esbozar sus límites.

El estudio de los debates que se generan en toda sociedad —ya sea en forma de argumentos elaborados y expuestos en la plaza pública, ya sea

<sup>45</sup> P. Veyne, *Inventaire des différences*, París, Le Seuil, 1976. Véase también, C. Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1989, pp. 35-38.

en forma de chismes de lavadero—, el uso de datos cuantitativos para plantear preguntas —no para responderlas— y la descripción de casos extremos pueden ser formas de intentarlo, junto a muchas otras que no hemos mencionado y que ni siquiera han pasado por nuestra mente. Pero más que proponer métodos o recetas de cocina para abordar el estudio de las diferencias sociales, lo que hemos pretendido en estas páginas es recordar que la obligación primera de todo historiador es la de enfrentarse, sin rodeos ni subterfugios, a la diversidad social y dar cuenta de ésta. ❧

# Poéticas del presente: Narrar a Cuba, 1959-2015

Rafael Rojas

En las dos últimas décadas, como consecuencia de la desaparición del bloque soviético y la crisis económica y social que se vivió en Cuba, se ha producido un cambio cultural en la isla que se percibe, claramente, en la literatura. Dos generaciones de escritores, la de los noventa y la de la primera década del siglo XXI, se han enfrentado a la nueva realidad de la isla desde diversas estrategias estéticas y políticas de representación. Una peculiaridad de esa literatura es que, a la vez de representar el presente, se ve obligada a lidiar con relatos bien fijados sobre el pasado y el futuro. En la narrativa, la poesía y el ensayo cubanos contemporáneos son tan frecuentes la novela histórica como el relato futurista, el trabajo con la realidad de la isla como la búsqueda de una expresión cosmopolita y transnacional.

Este conjunto de textos que ofrece *Istor* a sus lectores reúne a un grupo de escritores y críticos cubanos de esas dos últimas generaciones, que trazan un mapa de las principales poéticas que circulan en la isla y en la diáspora, y que se reunieron en el Seminario de Historia y Literatura de la División de Historia del CIDE, entre el 16 y el 18 de junio de 2015. Nos interesan tanto la diversidad de esos modos de representación estética como las implicaciones que tienen para pensar el nexo entre ficción, realidad e historia en una sociedad en cambio. Esta selección de textos hace evidente la búsqueda de conexiones de la experiencia literaria cubana con otras en América Latina o, específicamente, en México, que ayuden a esbozar los dilemas de las escrituras emergentes en la nueva cultura global.

El caso cubano describe un contexto en el que literatura e historia establecen una relación de conflicto e interpelación. La subsistencia de un

sistema político de tipo socialista, heredado del bloque soviético de la Guerra Fría, y un proceso cada vez más explícito de reinserción en la comunidad de naciones americanas, colocan a la isla en el centro de los cambios geopolíticos hemisféricos del siglo XXI. La literatura producida por las nuevas generaciones de escritores cubanos, en la isla y en la diáspora, está inmersa en ese proceso de cambio por medio de poéticas de la historia que hacen del escritor, también, un sujeto político, involucrado en la imaginación de su comunidad y de sus vínculos con el mundo.

El dossier está integrado por cuatro textos, muy distintos entre sí, que a la vez que reconstruyen el pasado reciente de las poéticas literarias cubanas, enmarcan cada generación y cada estrategia de escritura en un diálogo inteligible con la historia. El crítico Walfrido Dorta caracteriza los principales elementos estéticos y políticos del grupo Diáspora(s) en los noventa y de otras dos promociones conocidas como los Novísimos y Generación 0, que en las últimas décadas han acaparado los sentidos más renovadores de la literatura cubana. El ensayo de Dorta es una introducción pertinente a la heterogeneidad estética y política de una literatura territorialmente desplazada que, sin embargo, carece de visibilidad fuera de la isla.

Los otros tres escritores que intervienen en el dossier, Carlos Alberto Aguilera, Ahmel Echevarría Peré y Jorge Enrique Lage, nacidos en 1970, 1974 y 1979, respectivamente, proponen tres maneras discordantes y, a la vez, dialógicas, de entender sus propias escrituras y el rol del escritor en una cultura cada vez más transnacional como la cubana. Cada uno, a su manera, da cuenta de los emplazamientos estéticos y políticos que el cambio cultural de los últimos años impone a los escritores cubanos, vivan en la isla o en la diáspora. Sus intervenciones se leen como un tríptico que resume los modos de encarar la relación entre literatura e historia en la Cuba del siglo XXI.

La experiencia cubana que leemos en estos textos se presenta como menos aislada o excepcional que lo que informa el discurso tradicional, pero todavía atada a un contexto único en el hemisferio. Estos escritores cubanos, de entre 35 y 45 años, son de los pocos en América Latina que han vivido dentro del bloque soviético del socialismo real y, en las dos últimas décadas, han debido integrarse a la era tecnológica global, en



condiciones únicas e irrepetibles, marcadas por importantes subsistencias de la Guerra Fría. Sus ideas sobre literatura y política en Cuba son también testimonios de la tensión entre lo excepcional y lo regional en el proceso de globalización cultural que se vive en América Latina y el Caribe. Ø



# Políticas de la distancia y del agrupamiento

## Narrativa cubana de las últimas dos décadas

Walfrido Dorta

En octubre de 2013 se publicó en *The New Yorker* un extenso reportaje de Jon Lee Anderson, “Letter from Havana. Private Eyes”,<sup>1</sup> centrado principalmente en el exitoso escritor Leonardo Padura, que pretendía ofrecer una intensa caracterización de éste como figura reconocida internacionalmente y al mismo tiempo “problemática” dentro de la isla —o al menos colocada en el centro de una serie de tensiones no siempre resueltas entre su literatura crítica y su nivel de “compromiso” o diálogo con lo institucional o lo estatal—. Además, “Letter from Havana...” quiso ofrecer a los lectores un cierto estado de la cuestión de la producción literaria nacional, a través de Padura y de otros escritores, que aparecieron en el texto de manera no tan central como éste. Traigo a colación el texto de Anderson por el “abuso metonímico” que supone, y porque me interesa subrayar los posicionamientos de Padura como parte de la operación discursiva de la crónica toda; el conjunto de ellos remite a cierto “retrato fijo de la literatura y el escritor cubanos” cuya centralidad y operatividad es menester cuestionar, a través de algunas escrituras que comentaré en este ensayo.

Padura se presenta ante Anderson (y éste lo legitima así) como “the foremost chronicler of the island”. Una “special relationship with Cuban reality”, dice el escritor, y el haber vivido “in a neighborhood in which I know all the codes of existence which I have mastered over many years”, entre otras cosas, lo autorizan en esa posición. Sugiere además que su literatura puede funcionar como un baremo para calibrar los niveles de permisividad

<sup>1</sup>J.L. Anderson, “Letter from Havana. Private eyes”, *The New Yorker*, 21 de octubre de 2013, Web, 24 de julio de 2015.

de lo que se puede o no decir en Cuba, aunque, reconoce que “there is no current policy of what should or should not be published”.<sup>2</sup> Padura sintetiza así su destino “trágico” como escritor, el cual une indefectiblemente un territorio a la posibilidad de un habla: “I bury myself —¿habrá reparado Anderson, quien traduce al inglés aquí al escritor, en las calidades mortuorias de este verbo?— in Cuba deeply so that I can express what Cuba is, and I have not left Cuba because I am a *Cuban* writer and I can’t be anything else”.<sup>3</sup>

Más adelante, Anderson se refiere a la novela de Padura *Adiós Hemingway* (2001), y celebra que los detalles que pueblan sus descripciones de La Habana sean “immediately recognizable to anyone who lives there”.<sup>4</sup> El pie de una foto del escritor en las calles de su barrio remarca que todavía vive en la casa en la que nació y creció.<sup>5</sup> Padura le confiesa al periodista que no se imagina viviendo en otro lugar. Entre confidencias y certezas, reaparece la conocida veneración de Padura por escritores norteamericanos como F. Scott Fitzgerald, William Faulkner, Philip Roth, John Updike.<sup>6</sup> Y hacia el final del texto, el novelista enfatiza que está consciente de cierta responsabilidad que tiene para comunicar la realidad de la vida en Cuba.<sup>7</sup>

Como decía antes, todo este *performance* identitario interesa por los patrones que hegemoniza y reproduce, y que son expuestos en la pieza de Anderson para consumidores potenciales de la literatura cubana. Esos patrones conforman la regularidad de las demandas que tradicionalmente se le han hecho a la literatura cubana contemporánea en cuanto a representación. La satisfacción de estas demandas ha construido un mercado y unos receptores que proyectan hacia el escritor cubano una determinada naturalización de su conducta en cuanto a su relación con lo real, y que esperan la reconfortante iteración de algunos paradigmas representacionales. El texto de Anderson, desde su particularidad enunciativa, se coloca como dispositivo reproductor en este *habitus*, a través del habla performativa de Padura (y también de Wendy Guerra o Pedro Juan Gutiérrez), de la conversión

<sup>2</sup> *Ibid.*, todas las citas, p. 61.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 68.

documental de la literatura cubana como conjunto y de la preponderancia del valor *crónico* y supletorio de ésta.

En este ensayo voy a concentrarme en un grupo de autores que permiten aventurar cierto estado actual de la literatura cubana, más específicamente de la narrativa, el cual vendría, por lo menos, a colocar en interrogación el “retrato” que ofrece en su conjunto la crónica de Anderson. Más que hacer alusión a un catálogo exhaustivo, me detendré en algunas escrituras y problemas a partir de los cuales éstas pudieran ser leídas, para tratar de proponer un mapa justamente problemático. Me refiero principalmente a los escritores de la llamada Generación Cero. Antes de enfocarme en ellos, me interesa delinear brevemente algunos vectores que han marcado la literatura cubana de las últimas dos décadas, en especial a partir de la narrativa de los llamados Novísimos y de la obra del conjunto de escritores conocido como Diáspora(s), que es también el nombre de la revista que los agrupó.

Creo que estos dos corpus de escrituras serían los referentes inmediatos a partir de los cuales se definen algunas características fundamentales de los narradores de la Generación Cero, además del canon nacional de la literatura insular y otros referentes no cubanos, cuestiones que también serán comentadas aquí. Interesa fundamentalmente tener en cuenta las diferentes maneras en que estos grupos de escritores se inscriben como tales en el campo literario cubano; sus distintas políticas de agrupamiento o aquellas mediante las cuales toman distancia entre sí, como parte de sus marcas proyectivas. Toda sistematización en lo que sigue será necesariamente incompleta; se operará a partir de algunas generalizaciones que pueden matizarse en próximas lecturas más detenidas.

\*

Existe un consenso alrededor del hecho de que la antología de cuentos *Los últimos serán los primeros* (1993), compilada por Salvador Redonet, supuso la primera construcción a nivel crítico del corpus narrativo de los Novísimos (autores nacidos entre 1959 y 1972 o 1975). Para ese entonces, el gobierno cubano había declarado el inicio del llamado Periodo Especial en Tiempos de Paz, que supuso el recrudecimiento máximo de las privaciones materiales para la mayoría de la sociedad cubana, el reajuste brusco de determina-

das expectativas a nivel político y social, la dolarización de la economía, un éxodo masivo, etc. Conviene tener en cuenta que, como señala Ariana Hernández-Reguant,<sup>8</sup> el Periodo Especial no sería sólo una convención histórica, un constructo analítico, sino que es además una categoría de experiencia, ligada a la carencia, la desesperanza y, sobre todo, a la supervivencia y a un sentido de ruptura radical con el pasado (cosas que no deben olvidarse con respecto a la literatura de la que se está hablando).

En medio de estos desajustes se le da constitución crítica a un grupo de autores que, a pesar de las innegables diferencias de fondo que guardan sus escrituras, pudieran englobarse a partir de algunos rasgos que atraviesan la mayoría de éstas. De ellos, uno de los más importantes sería la voluntad testimoniante de sus textos (de corte realista), resguardada en la creencia en la calidad supletoria del discurso narrativo, como completamiento de un déficit representacional de lo real-social en los discursos oficiales: una especie de entusiasmo regenerativo, ensalzado por el propio Redonet cuando dice que estos narradores “se lanzan [...] a la conquista de todas las aristas de nuestras realidades”.<sup>9</sup> (Si hay que señalar una creencia hegemónica de los escritores cubanos es esta devoción al suplemento testimonial.) Lo anterior está directamente vinculado con lo que en su momento la crítica llamó “la recuperación del conflicto” en la narrativa cubana por medio de los Novísimos, como núcleo compositivo del relato.<sup>10</sup>

Otro rasgo sería la posibilidad de ver los textos de los Novísimos como el catálogo de un conjunto de subjetividades que emergieron o se subrayaron en los años noventa: balseros, drogadictos, prostitutas (jineteras), rockeros, gays, lesbianas. Hay una insistente preocupación por registrar estas subjetividades, las cuales, si bien es cierto que en un principio vienen a dinamitar la monolítica subjetividad revolucionaria, se convierten, entrada la década, en fetiches temáticos que van perdiendo sus aristas más espinosas. En este sentido, se hace palpable la recurrencia a narradores textuales

<sup>8</sup> A. Hernández-Reguant, “Writing the Special Period: An Introduction”, *Cuba in the Special Period: Culture and Ideology in the 1990s*, A. Hernández-Reguant (ed.), Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009, pp. 1-18.

<sup>9</sup> S. Redonet, “Para ser lo más breve posible”, en S. Redonet (ed.), *Los últimos serán los primeros*, La Habana, Letras Cubanas, 1993, pp. 5-31, en esp. p. 6.

<sup>10</sup> F. Zaragoza, “La narrativa cubana de los noventa”, *Proceedings of the II Congresso Brasileiro de Hispanistas*, 2002, Web, 12 de agosto de 2015.

que se erigen como representantes de determinada subjetividad y que quieren hacer valer ciertos modos de vida, con lo cual se refuerzan también los rasgos autobiográficos de estos textos.<sup>11</sup>

Se han señalado algunos núcleos temáticos que configuran zonas importantes en esta literatura, que por lo demás ha sido calificada como “pos-revolucionaria” por Jorge Fornet:<sup>12</sup> temas como la creación literaria (de ahí que se acentúe lo metatextual, o la presencia de personajes escritores, de escenas de escritura o de historias que transcurren en la ciudad letrada); la sexualidad heterodoxa o la liberación sexual femenina; el éxodo; la participación cubana en Angola, tratada no desde el lado épico-heróico, sino desde el drama individual, los problemas de adaptación del retornado de la guerra; la crisis económica (con especial énfasis en el hambre), y la marginalidad, referida sobre todo a la exposición de esas subjetividades que antes mencionaba. Se ha subrayado también la centralidad de procedimientos intertextuales;<sup>13</sup> de escrituras autoconscientes de sus mecanismos de producción;<sup>14</sup> del fragmentarismo y el minimalismo; del uso en algunas zonas de la parábola y la alegoría.<sup>15</sup>

<sup>11</sup> A.B. Martín Sevillano, *Sociedad civil y arte en Cuba: Cuentos y artes plásticas en el cambio de siglo (1980-2000)*, Madrid, Editorial Verbum, 2008, p. 95.

<sup>12</sup> J. Fornet, *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo XXI*, La Habana, Letras Cubanas, 2006, pp. 90 y 96.

<sup>13</sup> Véanse C. Uxó, “Los novísimos cubanos: primera generación de escritores nacidos en la Revolución”, *Letras Hispánicas: Revista de Literatura y de Cultura*, vol. 7, núm. 1, 2010, pp. 186-198, esp. pp. 189-190; S. Redonet, *op. cit.*, pp. 25-29 A.B. Martín Sevillano, *op. cit.*, pp. 78-79.

<sup>14</sup> A.B. Martín Sevillano, *op. cit.*, p. 96.

<sup>15</sup> Para un mayor detenimiento en análisis e inventarios temáticos de esta narrativa, véase S. Redonet *op. cit.*, pp. 26-29; M. Mateo, *Ella escribía poscrítica*, La Habana, Editorial Abril, 1995, pp. 136-137; J. Fornet, *op. cit.*, pp. 97-98; A.B. Martín Sevillano, *op. cit.*, pp. 137-203. El libro de Martín Sevillano es un estudio detenido de las derivas estéticas de los Novísimos, no sólo en la literatura, sino también en las artes plásticas. Es pertinente tener en cuenta otros estudios que focalizan algunos autores enmarcados regularmente como pertenecientes a los Novísimos, pero que construyen sus lecturas críticas desde presupuestos no necesariamente generacionales. Me refiero, por poner dos ejemplos, a los libros de Odette Casamayor-Cisneros —quien realiza una lectura, calificada por ella como “ética”, de autores como Ena Lucía Portela o Pedro de Jesús, a partir de sus personajes como “sujetos ingravidos”— en *Utopía, distopía e ingravidez: reconfiguraciones cosmológicas en la narrativa postsoviética cubana*, Madrid, Iberoamericana; Fráncfort, Vervuert, 2013, p. 29, y a Mabel Cuesta —que privilegia una lectura de género para leer a autoras como la propia Portela, Karla Suárez o Mylene Fernández, quienes realizarían “una labor de reescritura del imaginario nacional” y proveerían “otras iconografías del mundo femenino”, en *Cuba post-soviética: un cuerpo narrado en clave de mujer*, Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 2012, pp. 27-28.

Es pertinente subrayar algunas cosas. Primero, la mayoría de estos autores pasaron por una experiencia de sociabilidad que ha sido fundamental para un grupo mayoritario de escritores cubanos: los talleres literarios, de carácter institucional; un espacio que ha incidido en cierta manera “colectivista” e inclusivista de imaginar la sociabilidad intelectual en la isla, y que ha producido no sólo “capillas” literarias, sino la hegemonía de algunos patrones estéticos y la proliferación de árboles genealógicos de maestros y discípulos.<sup>16</sup> En segundo lugar, los escritores Novísimos, como conjunto de regularidades compartidas, fue principalmente una construcción crítica “exterior” al grupo de escritores, que produjo relativamente poco discurso crítico desde ella misma, aunque narradores como Ronaldo Menéndez, Waldo Pérez Cino, Pedro de Jesús o Raúl Aguiar hayan intervenido decisivamente en debates críticos. (En el caso de Diáspora(s) y de Generación Cero, asistimos a una esencial autoproducción de imagen a nivel crítico.) En tercer lugar, creo que el archivo con el cual los Novísimos establecen primordialmente diálogo es aquel que remite a algunos autores del canon cubano que fueron arrinconados por años de política cultural revolucionaria, como Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Virgilio Piñera o Gastón Baquero; a otros autores del canon latinoamericano (Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Juan Carlos Onetti) y de la narrativa norteamericana del xx, principalmente de corte realista, como Raymond Chandler, Charles Bukowski, Ernest Hemingway...<sup>17</sup>

Con la crisis económica del Periodo Especial, la industria editorial cubana se afectó seriamente, aunque ya para mediados de los años noventa se había recuperado relativamente. En esta década tiene lugar el *boom* de las

<sup>16</sup> Véase Meesha Nehru para una historización y análisis de los talleres literarios en Cuba, desde los años sesenta hasta los 2000, “A Literary Culture in Common: The Movement of Talleres Literarios in Cuba 1960’s-2000’s”, tesis de doctorado, University of Nottingham, 2010; *Nottingham eTheses*, Web, 24 de julio de 2015.

<sup>17</sup> Relaciono aquí algunos libros y autores que podrían considerarse representativos de los Novísimos, a falta de un mayor detenimiento en las peculiaridades de cada poética individual: *La hora fantasma de cada cual*, Raúl Aguiar (1995); *Lapsus Calami* (1995), Jorge Á. Pérez; *Alguien se va lamiendo todo*, Ricardo Arrieta y Ronaldo Menéndez (1997); *El derecho al pataleo de los ahorcados* (1997), Ronaldo Menéndez; *La demora* (1997), Waldo Pérez Cino; *W* (1997), José Miguel Sánchez (Yoss); *Las palmeras domésticas* (1997), Daniel Díaz Mantilla; *Cuentos fríos* (1998), Pedro de Jesús; *Bad painting* (1998), Anna Lidia Vega Serova; *El pájaro: pincel y tinta china* (1998), Ena Lucía Portela; *Últimas fotos de mamá desnuda* (2000), Ernesto Pérez Chang.



antologías en coediciones con entidades extranjeras, y el comienzo de la diáspora de los lugares de enunciación de la narrativa cubana, no sólo por el hecho de la emigración de muchos autores, sino porque algunos que viven en la isla comienzan a publicar de manera sostenida en editoriales extranjeras, principalmente españolas. Es el inicio de la inscripción de la marca literaria “Cuba” en el mercado internacional, que trae consigo, además de cierto empoderamiento económico de algunos autores (ya no tan dependientes del patronazgo institucional), la consolidación del exotismo identitario y el incremento de las demandas de testificación relacionadas directamente con esta exotización.<sup>18</sup>

Rafael Rojas ha mapeado tres zonas fundamentales de la narrativa cubana desde mediados de los años noventa hasta la primera mitad de los 2000, a partir de lo que él llama “políticas intelectuales de la escritura”.<sup>19</sup> Aquí veremos nombres de algunos Novísimos que siguen publicando en estos años (más otros autores que van marcando este inventario), porque en efecto creo que algunas de estas políticas ya estaban anunciadas en la poética de aquellos. La “política del cuerpo [...] propone sexualidades [...] morbos y escatologías como prácticas liberadoras del sujeto”.<sup>20</sup> La política “de la cifra practica una interlocución [...] letrada con los discursos nacionales” y traduce “la identidad cubana en códigos estéticos de la alta literatura occidental”.<sup>21</sup> (Interesa retener aquí esa “certeza del lugar de enunciación” de la que habla Rojas con respecto a *Tuyo es el reino* (1997) de Abilio Estévez, para remitirla a las problemáticas deixis y señalizaciones de algunos textos de Generación Cero.) Por último, la política del sujeto clasifica e in-

<sup>18</sup> Esther Whitfield se refiere a lo anterior como lo “post-Soviet exotic” or “special period exotic”. Véase el libro de Whitfield para un análisis sobre el amplio rango de implicaciones que trae la incipiente, y luego creciente, mercantilización de la literatura cubana, en especial sobre lo que la estudiosa ha llamado la ficción del Periodo Especial; *Cuban Currency: The Dollar and “Special Period” Fiction*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008.

<sup>19</sup> R. Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 363.

<sup>20</sup> Algunas obras incluidas por Rojas como muestras de esta política son *Te di la vida entera* (Zoé Valdés, 1996); *El hombre, la hembra y el hambre* (Daína Chaviano, 1998); *Trilogía sucia de La Habana* (Pedro J. Gutiérrez, 1998); *Siberiana* (Jesús Díaz, 2000); R. Rojas, *op. cit.*, p. 363.

<sup>21</sup> *Tuyo es el reino* (Abilio Estévez, 1997); *La noche del aguafiestas* (Antón Arrufat, 2000); *Contrabando de sombras* (Antonio J. Ponte, 2002); *La novela de mi vida* (Leonardo Padura, 2002); R. Rojas, *op. cit.*, p. 365.

terpreta las nuevas identidades en “un ejercicio taxonómico”.<sup>22</sup> Si como dice Rojas, a propósito de lo anterior, “de un modo u otro toda la literatura cubana actual participa de ese inventario de nuevos actores sociales”, cabría preguntarse cuál es el lugar de algunas narrativas producidas por escritores de Diáspora(s) durante estos años mencionados arriba. La respuesta pudiera remitirnos a cierta exterioridad o carácter diferencial.

El proyecto Diáspora(s) tiene una de sus concreciones más visibles en la revista homónima, un *samizdat* que circuló precaria e ilegalmente en La Habana entre 1997 y 2002, mediante fotocopias. En el número primero aparecen como miembros del proyecto Rolando Sánchez Mejías, Carlos A. Aguilera, Ricardo Alberto Pérez, Pedro Marqués, Rogelio Saunders, José Manuel Prieto, Ismael González Castañer (en el segundo número se añade la mención de Radamés Molina).<sup>23</sup> Las experiencias de sociabilidad de estos autores (reuniones, *performances*, intervenciones públicas) datan de principios de los años noventa, pero es la revista lo que viene a visibilizar con más fuerza la política intelectual del proyecto. Conviene tener a mano dos distinciones operativas con respecto a Diáspora(s), sobre las cuales no puedo abundar mucho en el presente ensayo: la que distingue entre “proyecto” y “grupo” —lo primero más afín con la política de Diáspora(s)—, y la que distingue entre la política intelectual de la revista y las escrituras de los autores por separado: entre estas dos instancias se pueden producir solapamientos e identidades, pero no una completa sobreimposición.

Resumiría mediante estos puntos la política de Diáspora(s) como proyecto intelectual, a riesgo de sintetizarla mucho: se produce una traslación

<sup>22</sup> *Máscaras* (L. Padura, 1997); *El vuelo del gato* (Abel Prieto, 1999); *El libro de la realidad* (Arturo Arango, 2001); R. Rojas, *op. cit.*, p. 370.

<sup>23</sup> Comienzan a estar disponibles con mayor facilidad los textos de este grupo de autores, gracias a la labor editorial de Jorge Cabezas, quien ha publicado una edición facsímil de la revista homónima, *Revista Diáspora(s)*, y una antología con textos de los miembros del proyecto (*ratas, líquenes*). Para distintos acercamientos a Diáspora(s), véanse los ensayos de Cabezas, “Presentación, agradecimientos y retazos situacionales” (pp. 13-23); Morejón, “Diáspora(s): memorias de la (post)vanguardia” (pp. 21-23); Saíenz, “Poesía cubana de los noventa: algunas consideraciones acerca del grupo Diáspora(s)” (pp. 25-29); Mora, “La poética del grupo Diáspora(s). Apuntes exploratorios” (pp. 31-41), y Dorta, “Discursos postnacionales, políticas de (des)autorización y terror-ismo literario: la poesía no-lírica de los escritores del grupo Diáspora(s)” (pp. 43-51), en la edición facsímil preparada por el primero. J. Cabezas (ed.), *ratas, líquenes, insectos, polímeros, espiroquetas: grupo Diáspora(s). Antología (1993-2013)*, Puebla, Profética, Casa de la Lectura, 2014, y *Revista Diáspora(s). Edición Facsímil (1997-2002). Literatura cubana*, Barcelona, Red Ediciones, 2013.

de una narrativa del compromiso a una ética de la forma; el concepto se asume como desestabilizador de las narrativas maestras sobre la relación nación-literatura-canon; tiene lugar una oposición al realismo como régimen privilegiado de representación; se cuestionan las ideologías conviviales o de la comunidad como fusión. Además, y de manera muy relacionada, se juega con esta idea anterior para retar la interdicción política de la no asociación al margen del Estado. Las escrituras de Diáspora(s) apelan al proceso, a su hacerse; introducen extrañamiento en el texto, y autorreflexión sobre la representación; de ahí que se produzca cierta maquinización de los textos, o una expropiación de su sentimentalidad. El totalitarismo es visto como un secuestro del lenguaje por parte del poder, y la figura del escritor se concibe a partir de su “inactualidad”, que es una forma de no asimilación por parte de los dispositivos de lectura del Estado o de ser contemporáneo.<sup>24</sup> Diáspora(s), además, cuestiona la apropiación del grupo Orígenes por parte de la política cultural revolucionaria nacionalista.

La revista *Diáspora(s)* quiso diseminar un archivo que interpelara, no tanto a una ciudadanía general como a la comunidad letrada cubana, a la que se le puso “delante” de múltiples maneras una dolorosa anagnórisis sobre sus límites constitutivos, y que esa comunidad no quiso o no pudo contestar. Ese archivo tuvo varios vectores fundamentales: el pensamiento posestructuralista francés (Jacques Derrida, Gilles Deleuze); la literatura principalmente centroeuropea (Thomas Bernhard, Ror Wolf, Ernst Jandl, Milan Kundera); una especie de contra-archivo origenista (Lorenzo García Vega, Virgilio Piñera); filósofos de la modernidad como Theodor Adorno; autores no canónicos como el vanguardista ruso Daniil Jarms; ensayos sobre literatura, como los de Ricardo Piglia y, por supuesto, la serie de textos de los propios integrantes del proyecto, que abarca poemas, narraciones, ensayos sobre Orígenes, el totalitarismo, la modernidad literaria, más textos de otros autores más o menos coetáneos suyos, como Antonio J. Ponte, Ricardo A. Pérez, Rito Ramón Aroche, Juan Carlos Flores o Gerardo Fernández Fe.

Aunque la obra de los miembros de Diáspora(s) puede vincularse principalmente a un tipo de poesía que en otro texto he calificado de “poesía no

<sup>24</sup> G. Agamben, “¿Qué es lo contemporáneo?” (Verónica Nájera, trad.), *Salonkritik*, 1 de diciembre, 2008; Web, 24 de julio de 2015.

lítica”,<sup>25</sup> autores como José Manuel Prieto (éste de notable éxito editorial fuera de Cuba), Sánchez Mejías, Aguilera o Saunders, tienen varios volúmenes de narrativa. Creo que, en general, éstos introducen cierto carácter diferencial con respecto a la mayoría de las políticas de escritura que se comentaban más arriba, aunque sin dejar de encajar parcialmente, en ocasiones, en algunas de ellas. Rojas comenta las novelas de Prieto, *Enciclopedia de una vida en Rusia* (2004) y *Livadia* (1999), construidas como dice él desde “una exterioridad discursiva”,<sup>26</sup> más *Historias de Olmo* (2001), de Sánchez Mejías. Cabe añadir, del propio Sánchez Mejías, *Cuaderno de Feldafing*,<sup>27</sup> una indagación, a partir de fragmentos, como anotaciones de un cuaderno, sobre la relación entre lo real y la literatura, teniendo a ese “Feldafing” como el lugar que testea esa relación (un libro que actualiza preocupaciones que vienen desde los años noventa, con sus libros *Derivas* [1993] y *Escrituras* [1994]).

Cabe pensar también en los textos de Aguilera, *Teoría del alma china*,<sup>28</sup> un libro de viaje con todos sus lugares comunes, pero que al mismo tiempo nos hace ver que tenemos delante un mundo *naturalmente enrarecido*, cuyas coordenadas pasan por el totalitarismo neokafkiano, los dispositivos de control, el biopoder inscrito en los cuerpos, el fetichismo del archivo y máquinas que *producen* realidades autosuficientes. Y además, se podría pensar en *El imperio Oblómov*,<sup>29</sup> el cual, según Pedro Marqués, “establece un espléndido territorio lúdico-delirante, desplegando [...] un discurso cínico y a la vez payasesco permeado de las alocuciones y el énfasis de la paranoia”.<sup>30</sup> Esta novela actualiza de manera ambiciosa los desvelos de Aguilera: lo farsesco, el simulacro, el despotismo, la institución familia en su disfuncionalidad, lo panóptico.

Antes de pasar a los autores de la Generación Cero, cabe mencionar dos libros esenciales a la hora de trazar las derivas de la narrativa cubana, en este

<sup>25</sup> W. Dorta, “Discursos postnacionales, políticas de (des)autorización y terror-ismo literario: la poesía no-lírica de los escritores del grupo Diáspora(s)”, J. Cabezas, *Revista Diáspora(s)*, *op. cit.*, pp. 43-51.

<sup>26</sup> R. Rojas, *op. cit.*, p. 369.

<sup>27</sup> R. Sánchez Mejías, *Cuaderno de Feldafing*, Madrid, Ediciones Siruela, 2004.

<sup>28</sup> C.A. Aguilera, *Teoría del alma china*, Tlalpan, Libros del Umbral, 2006.

<sup>29</sup> C.A. Aguilera, *El imperio Oblómov*, Sevilla, Espuela de Plata, 2014.

<sup>30</sup> P. Marqués, “Oblómov o la contra-ficción”, *Diario de Cuba*, 4 de abril de 2015, Web, 24 de julio de 2015.

caso, sobre todo, a partir de 2000. En primer lugar, *La fiesta vigilada*, de Antonio J. Ponte,<sup>31</sup> una indagación de la relación intelectual-Estado en Cuba que mezcla ensayo y narrativa hasta hibridarlos agudamente, para hablar además sobre la administración del archivo literario cubano; las políticas de memorialización del Estado; la muerte civil del escritor; el espionaje; la expropiación de la subjetividad por los dispositivos estatales, y la ruinología (siendo esto último lo que más ha leído la crítica, que no ha atendido suficientemente lo demás). En segundo lugar, *El último día del estornino (notas para una novela)*,<sup>32</sup> de Gerardo Fernández Fe: un libro de lo transnacional; del fracaso de las utopías emancipatorias; de la posibilidad de una comunidad de personajes construida desde la lejanía, y de la sobrevivencia de artefactos ficcionales más allá de la escritura desastrosa de lo histórico.

\*

En 2008, un grupo de escritores daba una entrevista a dos periodistas locales, en La Habana. El propósito explícito de éstos al reunirlos era “definir esos rasgos que los caracterizan como grupo generacional”.<sup>33</sup> Dos años antes, el escritor Orlando Luis Pardo Lazo había usado por primera vez en una reseña la etiqueta “Generación Año Cero” para referirse a “los jóvenes *nacionarradores* de nuevo siglo y milenio”.<sup>34</sup> La apelación al “Año Cero” quería significar, en principio, la data de publicación de esos narradores, a partir del año 2000.<sup>35</sup> El recurso a la “generación” ha sido argumentado por el propio Pardo Lazo y por otros como Jorge E. Lage y Ahmel Echevarría

<sup>31</sup> A.J. Ponte, *La fiesta vigilada*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2007.

<sup>32</sup> G. Fernández Fe, *El último día del estornino (notas para una novela)*, Madrid, Viento Sur Editorial, 2011.

<sup>33</sup> La cita pertenece a “Año 0. Los benditos se reúnen”, entrevista realizada por Rafael Grillo y Leopoldo Luis, publicada originalmente en *El Caimán Barbudo* digital (5 de noviembre de 2008), ya no accesible en internet.

<sup>34</sup> O.L. Pardo Lazo, “El evangelio según Arnaldo (decálogo de canonización)”, *La Jiribilla*, 259, 2006, Web. 12 de agosto de 2015.

<sup>35</sup> No es descartable el trasfondo perverso e irónico que puede haber detrás del recurso al año 2000, y a la “generación” misma, como índices de identificación: una de las figuraciones de la ingeniería social revolucionaria fue los “Abanderados del 2000”; encarnación luminosa para el futuro de adolescentes y jóvenes nacidos a mediados de los años setenta y, en su momento, distinción otorgada a estos jóvenes por su comportamiento “ejemplar”, la cual se volvió requisito para la entrada en la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC).

(de alguna manera el trío “ideólogo” del conjunto), asumido por ellos como un lugar común retórico en el que no vale la pena reparar demasiado, porque lo importante, repiten, es la fecha de publicación como “pistoletazo de salida”. Pero lo cierto es que la inscripción de estos narradores recurre a lo generacional como marca y rehúye persistentemente la identificación con un “grupo”: gesto doble, dirigido a una escucha crítica muy acostumbrada en Cuba a lidiar con constructos generacionales, y a un campo cultural donde se penaliza la constitución de espacios de sociabilidad grupales al margen de lo institucional. De hecho, lo que ocurrió después con la etiqueta “Generación Año Cero” fue la reducción por parte de la crítica a “Generación Cero”, para así poder uniformar las escrituras desde otros lugares de enunciación y enfatizar, por ejemplo, el periodo de nacimiento de los autores (que en efecto abarca, en su inmensa mayoría, de la segunda mitad de los años setenta hasta principios de los ochenta).

Varios desplazamientos y algunas semejanzas no tan evidentes son perceptibles cuando se contrasta a los Novísimos, las escrituras de Diáspora(s) y las de los autores más recientes. No cabe esperar de esta última literatura las provisiones de indicadores identitarios, así como tampoco cabe aguardar la recompensa de una satisfacción documental o testimonial. No nos toparemos con esa exposición de subjetividades bien localizables en el espectro social, como en una zona amplia de los Novísimos.

Hay una estudiada “ligereza” en la mayoría de los textos narrativos de la Generación Cero, que contrasta con cierta “gravidad” del “universo” de Diáspora(s) (no tan perceptible en los textos de Carlos A. Aguilera). Esto tiene que ver con un nivel estilístico o formal en donde se privilegian los puntos de acceso más expeditos al lector (aunque habría que matizar tal cuestión con respecto a las novelas de Lage, al estilo de Pardo Lazo o, sobre todo, a la escritura de Legna Rodríguez, por ejemplo). En todo caso, no se encuentran de manera general en Generación Cero los mecanismos de bloqueo empático del receptor que estructuran buena parte de los textos de Diáspora(s). Por otro lado, no se localiza en los autores de Generación Cero una producción de autoimagen como “escritores” o “intelectuales” vinculada a la idea de la “responsabilidad”, ya sea en la forma de un mandato de representación testimonial de subjetividades sociales al margen y, por tanto, de filiación con lo real (como en los Novísimos), o en la forma de ape-

laciones a la idea del “intelectual” o el “escritor” moderno, o como subjetividad agónica dentro del totalitarismo, como sí es central en Diáspora(s).

En una zona importante dentro de las escrituras de Generación Cero se produce un desplazamiento, cuando no una borradura, del “despotismo” del significante “Cuba” y de sus variaciones temáticas (pienso en Abel Fernández-Larrea u Osdany Morales). Esto resulta en deslocalizaciones espaciales; en la figuración de escenarios narrativos completamente alejados de la geografía cubana o, por lo menos, en la complicación de la referencialidad de ese significante (como se observa en las novelas de Lage). (Esto conecta con algunas zonas de autores de Diáspora(s) como Aguilera, Sánchez Mejías o José Manuel Prieto.) Por todo esto, se produce (o se intenta producir) una “lengua sin Estado”, como la ha llamado Gilberto Padilla,<sup>36</sup> en claro contraste con la política intelectual de Diáspora(s), que tiene uno de sus ejes definitorios en el cuestionamiento y la oposición al Estado y a la política cultural institucional. Tiene lugar en ocasiones, en los textos de los autores de la Generación Cero, una arriesgada expropiación de un capital de “lo cubano”, una “desnaturalización” o “desposesión” que tiene la potencialidad de una mayor fluidez y movilidad en los posibles puntos de recepción de estos textos. Unas operaciones que también se encontraban en potencia en algunos textos de Diáspora(s) como los mencionados más arriba, aunque haría la salvedad de que, por diversas razones, ante los textos de los autores de Diáspora(s) se siente con frecuencia la “tentación” de la restitución identitaria o del contraste con un marco de legibilidad que pasa por Cuba, el totalitarismo, Orígenes como agonista, lo cual es posible por la propia planificación ideológica de esos textos y por las características del proyecto mismo.

Algunos autores de la Generación Cero comparten con los Novísimos ciertas experiencias de sociabilidad, como los talleres literarios, aunque de manera más “especializada”, porque han sido estudiantes del Centro de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”.<sup>37</sup> Pero para la Generación

<sup>36</sup> G. Padilla, “El factor Cuba. Apuntes para una semiología clínica”, *Temas* 80 (2014): 114-120, esp. p. 119. Padilla dirige la editorial Cajachina (vinculada al Centro “Onelio Jorge Cardoso”, de La Habana), donde han publicado algunos de los autores de la Generación Cero.

<sup>37</sup> Este centro fue fundado por los escritores Eduardo Heras León, Francisco López Sacha, además de por Ivonne Galeano; tiene una revista dedicada a la narrativa: *El Cuentero* y una editorial: Cajachina. En él se imparte un curso anual de técnicas narrativas. Algunos autores, como

Cero han sido tan o más importantes que los talleres literarios o sus variaciones, otras experiencias de sociabilidad construidas en la virtualidad de Internet (blogs, *ezines*, revistas). Se han visto beneficiados para la diseminación de sus propuestas por la incorpórea ubicuidad de lo digital (a través de listas de correos electrónicos), un poco menos controlable por las instituciones estatales (a pesar de que en Cuba, aún en los años 2000, y en la actualidad, casi toda virtualidad digital tenía que pasar por el consumo *offline*, diferido, a través de las memorias USB). En este sentido, tales prácticas contrastan con la peligrosidad de la reproducción analógica de los ejemplares de la revista *Diáspora(s)*.

De los textos de la Generación Cero, y de las revistas que ellos han promovido, emerge un paradigma mediático, una *semiosfera* distinta a la de los escritores de *Diáspora(s)*. Estas referencias remiten en *Diáspora(s)* a un paradigma básicamente de la letra, conformado por los autores mencionados más arriba. En la Generación Cero se hace central el universo catódico de las series estadounidenses, los filmes de bajo costo, los bucles de la MTV, la imaginaria HBO. Se podría argumentar que tales distancias se hacen evidentes si se las mira desde una inevitable diferencia epocal, marcada por un diferente *Zeitgeist* y por el cambio “natural” en cuanto al acceso a dispositivos de reproducción y de consumo. Algo de eso es dado reconocer. Pero lo que no se hace tan obvio son las distancias en cuanto a paradigmas literarios se refiere.

\*

Exploremos brevemente dos de las revistas que elaboraron algunos miembros de la Generación Cero. *33 y 1/tercio*, ideada por Raúl Flores, Lage y Elena Molina de 2005 a 2010, es un ejercicio de canibalismo cultural, elaborado desde la precariedad del acceso a la información *online*, y desde una lógica del azar (y del “bazar”) que sólo es aparente, pues si se leen bien sus páginas (cosa que prácticamente no se ha hecho a nivel crítico), se puede advertir un proyecto, bastante razonado a mi juicio, de construcción referencial, distinto a otros proyectos de sociabilidad anteriores. Los nodos que se detectan son: la publicación de una serie abundante de ensayos sobre

---

Echevarría o Lage, trabajan en el centro. Para más información, véase el sitio web: <http://www.min.cult.cu/loader.php?sec=instituciones&cont=centrooneliocardoso>



literatura norteamericana, pero sobre una zona de ésta bien alejada de la devoción de algunos narradores de promociones anteriores hacia el realismo. Abundan los ensayos sobre David Foster Wallace, Chuck Palaniuk, Jonathan Franzen, Bret Easton Ellis, y los textos de estos autores, más otros que son importantes para comprender los textos de la Generación Cero: Douglas Coupland o Ronald Sukenick, por ejemplo. En otra zona importante aparecen autores de ciencia ficción y ficción especulativa: Rudy Rucker (con un ensayo sobre el “transrealismo”, noción que habría que poner en diálogo con las novelas de Lage) o James P. Blaylock. La literatura latinoamericana que aparece aquí se aleja de la veneración al *boom* o al canon más reconocido; aparecen autores como Álvaro Bisama (más alineado con una estética pop y *trash*, de serie Z), Heriberto Yépez, Rafa Saavedra. Encontramos una presencia importante de Juan Villoro y Ricardo Piglia (a través no tanto de textos de ficción como de ensayos sobre la escritura), y de otros autores como Roberto Bolaño, Rodrigo Fresán o Alberto Fuguet. Aparece una serie bien visible de ensayos sobre las relaciones entre literatura y televisión, lo punk, la posmodernidad, las series de televisión.

Se publicó muy poca literatura cubana en *33* y *1/tercio*. Es importante tener en cuenta que para la mayoría de los miembros de la Generación Cero, Orígenes, el que fuera “gran agonista” de Diáspora(s), no impulsa ninguna toma de posición. Significativamente, hay unos pocos textos en *33* y *1/tercio* de Aguilera, Ponte, Ronaldo Menéndez, Calvert Casey o Sánchez Mejías. Y se encuentran además algunos autores que eran también de interés para Diáspora(s), como Thomas Bernhard, Deleuze, Ror Wolf o el vanguardista ruso Daniil Jarms.

\*

Esto no quiere decir que no se pueda establecer un repertorio de relaciones entre la Generación Cero y la literatura cubana. Autores como Lage, Pardo Lazo, Echevarría, Jamila Medina, se dirigen a zonas menos canonizadas críticamente, donde se encuentran las escrituras de suicidas como Guillermo Rosales o Ángel Escobar; la olvidada periferia de un Miguel Collazo; autores de la literatura republicana irregularmente leídos en Cuba como Carlos Montenegro o Enrique Labrador Ruiz; un autor que apenas comienza a tener alguna recepción crítica en Cuba como Calvert Casey (Medina ha

publicado el ensayo *Diseminaciones de Calvert Casey* [2013], por ejemplo). Y también hay puentes más o menos visibles entre autores más leídos como Sarduy, Cabrera Infante o Reinaldo Arenas y algunos textos de la Generación Cero, como se puede observar en las novelas de Pardo Lazo o Lage.

En 2007, Lage, Echevarría y Pardo Lazo comenzaron a elaborar *The Revolution Evening Post*,<sup>38</sup> un “ezine de escritura irregular”, cuyo lema, repetido en todos los números, fue: “Hemos sido cordialmente invitados a formar parte de la literatura chilena en Cuba. Por supuesto, hemos aceptado. No hubo ceremonia de iniciación. Mejor así”, como guiño a *Los detectives salvajes* (1998) de Bolaño, y como gesto de deslocalización y extrañamiento. La primera imagen de cada número era una portada de alguna revista norteamericana del *mainstream* mediático, “intervenida” con el nombre *The Revolution Evening Post*. El repertorio de autores acá es muy similar al de *33 y 1/tercio*, pero con una mayor presencia de los propios Lage, Echevarría y Pardo Lazo, en una voluntad de reafirmación de la poética grupal.

\*

En lo que sigue, presentaré un muy breve panorama de libros y autores que pudieran ofrecernos algunas indicaciones de las políticas literarias de la Generación Cero, sin aspirar a exhaustividad alguna. Es de notar que, hasta el momento, han aparecido al menos tres antologías que recogen a estos autores.<sup>39</sup>

Ahmel Echevarría ha publicado libros de cuentos y novelas que se centran en las intersecciones entre el individuo privado y la esfera pública, con un estilo depurado de complejidades técnicas. Destaco *Días de entrenamiento*,<sup>40</sup> ganadora del “Premio Novela de Gaveta Franz Kafka” de 2011. Aquí el protagonista narra sus encuentros con un anciano aspirante a escritor, en silla de ruedas, que sería una especie de avatar de un Fidel Castro convaleciente y ya retirado. Unos pasajes hipnotizantes éstos, de

<sup>38</sup> Los números de *The Revolution Evening Post* se encuentran dispersos por varios sitios web y blogs, como *Fogonero emergente* o *Lunes de post-revolución*.

<sup>39</sup> Me refiero a *Generation Zero. An Anthology of New Cuban Fiction*, O.L. Pardo Lazo (ed.), Pittsburgh, Sampsonia Way Magazine, 2014; bilingüe; *Cuba in Splinters. Eleven Stories from the New Cuba*, O.L. Pardo Lazo (ed.), Nueva York y Londres, O/R Books, 2014; *Malditos bastardos. Antología*, G. Padilla (ed.), Madrid, Ediciones La Palma/Cajachina, 2014.

<sup>40</sup> A. Echevarría, *Días de entrenamiento*, Praga, Fra, 2012.

una ambigüedad entre elegíaca y paródica, en los que se actualiza “Palabras a los intelectuales” de Castro como archivo. En *La Noria*<sup>41</sup> vemos a un escritor censurado en los años setenta en Cuba, que veinte años después decide volver a escribir. La novela es una intervención en los ejercicios de memorialización de la cultura<sup>42</sup> por parte del Estado cubano y, por lo tanto, una relectura arqueológica del archivo de la represión. Echevarría publicó también en 2013 *Búfalos camino al matadero*,<sup>43</sup> novela sobre un veterano de la guerra de Irak que tematiza los conflictos de esta subjetividad “caída”, desajustada, a través de pasajes sin patetismo. Un ejercicio interesante sería colocar la novela en el conjunto de narraciones sobre los retornados de la guerra de Angola que produjeron los Novísimos, para ver qué contrastes se producen.

Jorge E. Lage ha sido bastante prolífico hasta la fecha, tiene varios libros de cuentos y novelas. Publica con frecuencia ensayos de crítica en medios digitales (como Echevarría). La suya es de las escrituras más singulares dentro de este grupo de autores. Ha construido con algunas novelas lo que podría verse como una trilogía hilarante sobre una Cuba extrañamente distópica y presente, al mismo tiempo, a la que Lage aplica una operación de sustracción y de borrado, de manera que satura el vacío de este significante y este lugar con una sobreproducción de relatos desde la lógica del delirio. En *Carbono 14. Una novela de culto*,<sup>44</sup> una adolescente cae en la ciudad LH del planeta V, desde un planeta llamado Cuba, que ha explotado. Lage remezcla el catálogo de géneros *pulp*, e inscribe en la geografía de ese universo unos significantes cargados de referencialidad pero al mismo tiempo sustraídos de esa carga. En *La autopista: the movie*, un personaje llamado el Autista y el narrador, “documentan” la construcción de una autopista que atraviesa el Golfo de México y el Caribe, y que borra La Habana. Lo que leemos sería algo así como el resultado de una posproducción racionalmente enloquecida de ese *documento*, que incluye el extrañamiento de sus propias condiciones de realización. Roberto Goizueta (cubano ex presidente

<sup>41</sup> A. Echevarría, *La noria*, La Habana, Ediciones Unión, 2013.

<sup>42</sup> Véanse J. Quiroga, *Cuban Palimpsests*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2005, y R. Rojas, *op. cit.*

<sup>43</sup> A. Echevarría, *Búfalos camino al matadero*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2013.

<sup>44</sup> J.E. Lage, *Carbono 14. Una novela de culto*, La Habana, Letras Cubanas, 2012.

de la Coca Cola); Ray Ban (el último crítico cultural de la isla, mecánico ciego que quiere “reconstruir y salvar [...] el sustento profundo de la cultura cubana”);<sup>45</sup> Spencer Elden (el niño de la portada de *Nevermind* [1991] de Nirvana, que de adulto se reduce el pene mediante una operación); un millonario venezolano que reconstruye a Simón Bolívar “con partes de distintos cadáveres”,<sup>46</sup> son figuraciones distópicas e irrealizaciones de una plenitud documental. Por su parte, en *Archivo*<sup>47</sup> un narrador, también anónimo, se interesa en escribir sobre la Seguridad del Estado cubana, y lo que leeremos será una serie de “encuentros”, entrevistas, “testimonios”, también ofrecidos desde la lógica del delirio y la fragmentación. La política representacional pasa aquí por diferir la aptitud de la transparencia testimonial, y por cuestionar el verdadero alcance político de la literatura en el sistema de interdicciones aduanales del campo cultural cubano. Lage produce un *remix* de ideogramas e iconos centrales del imaginario político e ideológico de la Revolución, al que superpone la narrativa de la vigilancia, el control, la paranoia, vinculados a la Seguridad del Estado y el Ministerio del Interior cubanos. Cuba, un lugar aquí también de alguna manera sustraído de su positividad, es una inmensa población que se divide en dos: los espías por un lado, y por otro los presos en Villa Marista o los enfermos de unas instalaciones psiquiátricas dependientes del Ministerio del Interior (Minint). Este es un *archivo* sobre la dificultad de establecer un relato suturado acerca de las diferentes temporalidades y subjetividades que atraviesan hoy las tramas cubanas. Habría que poner en relación a la novela de Lage con *La fiesta vigilada* de Ponte, o con las piezas de “La joya de la corona” (2009) del artista cubano Carlos Garaicoa.

Si antes he podido ofrecer alguna síntesis de las tramas de estos textos, se hace difícil con los libros de Legna Rodríguez, una escritora también muy productiva. Una de las distinciones de esta autora en *¿Qué te sucede, belleza?*<sup>48</sup> y en *Mayonesa bien brillante*,<sup>49</sup> sería justamente la dilución de la narratividad en un continuo de *inacciones* o retracciones de sus caracteres, a

<sup>45</sup> J.E. Lage, *La autopista: the movie*, La Habana, Ediciones Cajachina, 2014, p. 163.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>47</sup> J.E. Lage, *Archivo*, Madrid, Hypermedia, 2015.

<sup>48</sup> L. Rodríguez, *¿Qué te sucede, belleza?*, Santa Clara, Sed de Belleza, 2011.

<sup>49</sup> L. Rodríguez, *Mayonesa bien brillante*, Matanzas, Ediciones Matanzas, 2012.

los que se les ha bloqueado la dicción de un *pathos*, de manera que los textos interrumpen las modalidades empáticas de identificación afectiva, con lo que se maquinaizan sobre la base de ejercicios combinatorios y de indagaciones “frías”. Pululan aquí además sujetos con los sentidos *dañados* o *disminuidos*, cuya capacidad de captación de “lo real” no tiene que ver con la suficiencia del *cronista* o del *testigo*.

Orlando Luis Pardo Lazo (1971) es, además de narrador, bloguero, activista, fotógrafo. En *Boring Home*<sup>50</sup> (2009) (censurado en Cuba, y ganador del “Premio Novela de Gaveta Franz Kafka” de 2009), se pueden leer las marcas del estilo de este autor: un permanente juego con el lenguaje (que llega a impedir una lectura expedita del texto), y la movilización de una multitud de referentes que se trenzan con el discurso. *Boring Home* dialoga con la novela *Boarding Home* (1987), del escritor cubano, suicida, Guillermo Rosales. También actualiza, por ejemplo, el conocido relato de Senel Paz “El bosque, el lobo y el hombre nuevo” (1991), con el texto “El hombre, el lobo y el bosque nuevo”, en el que el personaje Diego regresa a La Habana porque quiere donar a alguna institución un inédito de José Lezama Lima que había robado al salir del país; según él, el poema que falta en *Oppiano Licario*, la novela póstuma de Lezama Lima. Algunas de las historias transcurren en una Habana virtual llamada “Ipatría”.

Los cuentos de *Papyrus*, de Osdany Morales,<sup>51</sup> quedan engarzados por otros textos que relatan el recorrido de un personaje por siete bibliotecas a través del mundo, en las cuales él debe dejar como depósito un libro escrito. Estos “libros” serán los cuentos que leeremos a lo largo de todo *Papyrus*. En él, cualquier situación es propicia para que los personajes generen relatos, la mayoría de ellos inacabados. Es difícil instrumentalizarlos para otros propósitos que no sea llenar un vacío con su proliferación, diferir el final del placer de contar. Esto que en *Papyrus* es nombrado como “la ficción automática” atraviesa muchas escrituras recientes. Es una economía discursiva que no sirve para satisfacer ansiedades de *documentación*.

Por su parte, Abel Fernández-Larrea ha repartido sus intereses como narrador en tres libros de cuentos: *Absolut Röntgen*, *Los héroes de la clase obre-*

<sup>50</sup> O.L. Pardo Lazo, *Boring Home*, Caracas, Editorial CEC, 2013.

<sup>51</sup> O. Morales, *Papyrus*, La Habana, Letras Cubanas, 2012.

ra y *Berlineses*.<sup>52</sup> Fernández-Larrea desplaza completamente los escenarios de sus textos hacia Europa o Estados Unidos, para concentrarse en personajes cuyas vidas “ínfimas” han sido marcadas por eventos históricos. Lo que leemos son relatos contados desde la tangencialidad de estas fricciones; desde lo minúsculo de unas existencias sin épica o presuntamente “descoloridas”. En *Absolut...* tenemos seres relacionados de distinta manera con el accidente nuclear de Chernóbil (la tragedia permanece como trasfondo). En *Los héroes...*, personajes “comunes” que contradicen el aura épica del título del libro, enmarcados en situaciones que por momentos parecieran haber sido escritas para un guión de las series de televisión “The Wire” (2002-2008) o “Breaking Bad” (2008-2013). Y en *Berlineses* topamos con otros personajes que sobreviven en las coordenadas del poscomunismo, y en relatos puntuados por abundantes referencias geográficas de Berlín, pero que al cabo pudieran ser incluso insustanciales para sostener los devenires narrativos. Fernández-Larrea va testeando en cada libro las posibilidades de su estilo de escritura, pues lo va metamorfoseando, según qué material narrativo trate.

Conviene atender otros autores de la Generación Cero en los que no me detengo. Ellos diversifican los planteos que se han delineado en el presente ensayo. Me refiero, por ejemplo, a Raúl Flores (*Balada de Jeannette* [2007], *Paperback writer* [2010]) y su escritura de apariencia *light*, de envoltura pop; a Agnieszka Hernández (*San Lunes. Panóptico en dos estaciones* [2009], *Sol negro* [2011]) y sus relatos sobre el mundo carcelario femenino, o a Michel Encinosa (*Niños de neón* [2001], *Vivir y morir sin ángeles* [2008]), cuyas variantes narrativas pendulan entre relatos de fantasía heroica, otros de ciencia ficción *ciberpunk*, más otros de un realismo abyecto.

\*

Los autores Novísimos, los de Diáspora(s) o los de Generación Cero han encontrado diferentes estrategias de agrupamiento y de inscripción en el campo cultural y literario cubano. Los primeros fueron “constituídos” grupalmente desde el discurso crítico, aunque hubo diferentes contestaciones

<sup>52</sup> A. Fernández-Larrea, *Absolut Röntgen*, La Habana, Ediciones Cajachina, 2009; *Berlineses*, Matanzas, Ediciones Matanzas, 2013; *Los héroes de la clase obrera*, La Habana, Ediciones Unión, 2013.

a estas apelaciones desde los propios autores, como se ha señalado antes. Diáspora(s) se reconoce como proyecto en la articulación de una sociabilidad de la diferencia con respecto a la comunidad letrada cubana y al interior del proyecto mismo; en el uso del concepto como desestabilizador de las narrativas maestras sobre la relación nación-literatura-canon; en la introducción y diseminación de autores no asimilables institucionalmente por medio de la revista homónima, y en la renuncia a cualquier entramado institucional para el proyecto. La “ideación” crítica de la Generación Cero ha sido promovida fundamentalmente por autores como Pardo Lazo, Echevarría o Lage, a través de diferentes dispositivos o plataformas de enunciación, y rebatida por otros como Morales<sup>53</sup> o Fernández-Larrea,<sup>54</sup> quienes han declarado “no reconocerse” en ese constructo o no “comulgar” con los presupuestos a partir de los cuales se ha visibilizado. La recurrencia a lo generacional como marca y la no apelación a la idea de “grupo” se dirigen, por un lado, a un discurso crítico al que se le facilita la lectura de los textos desde la instancia de la “generación” y, por otro lado, a evitar la penalización ideológica por la creación de espacios de sociabilidad al margen de lo institucional. ❧

<sup>53</sup> W. Dorta, *op. cit.*

<sup>54</sup> R.E. Medina, “Especulaciones y otras realidades de Abel Fernández-Larrea”, Asociación Hermanos Saíz, 2 de diciembre de 2014, Web, 12 de agosto de 2015.





# El Gran Mentiroso vs. El Gran Paranoico

Carlos A. Aguilera

En uno de sus mejores libros, *La literatura como mentira*, Giorgio Manganelli, autor de *Encomio del tirano* y *Centuria*, una de las reflexiones más atípicas que existen sobre el mundo-novela, escribe: “La literatura se estructura como una pseudoteología en la que se celebra un universo entero, con su fin y su principio, sus rituales y sus jerarquías, sus seres mortales e inmortales. Todo es exacto, y todo es mentira”.<sup>1</sup>

Y si empiezo citando a Manganelli, *big* Manganelli, como le escribí en una carta alguna vez Italo Calvino, es sobre todo por una cosa: no creo que en la literatura exista la mentira.

Existe la falsedad pero no la mentira.

Existen el delirio y la trampa y el caricaturesco archivo nacional, pero no la mentira.

Existe lo irreal, pero no la mentira.

La literatura forma parte de un entramado que, como viera muy bien Saer en *El concepto de ficción*:

no solicita ser creída en tanto que verdad [o mentira] sino en tanto que ficción. Ese deseo no es un capricho de artista, sino la condición primera de su existencia, porque sólo siendo aceptada en tanto que tal, se comprenderá que la ficción no es la exposición novelada de tal o cual ideología, sino un tratamiento específico del mundo, inseparable de lo que trata.<sup>2</sup>

<sup>1</sup>G. Manganelli, *La literatura como mentira*, Madrid, Dioptrías, 2014.

<sup>2</sup>J.J. Saer, *El concepto de ficción*, disponible en: [http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8180/colecciones/bitstream/1/7661/1/Poesia\\_11\\_1992\\_pag\\_3\\_9%20%281%29.pdf](http://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8180/colecciones/bitstream/1/7661/1/Poesia_11_1992_pag_3_9%20%281%29.pdf)

Y ese “tratamiento específico del mundo” del que hablaba el argentino es precisamente el que imposibilita todo acercamiento moral al terreno literatura, el que lo aleja, lo pone en solfa, lo cancela.

Un ejemplo más o menos conocido sería Reinaldo Arenas.

No sólo por algunas de esas páginas tremendas sobre el convento de Santa Clara, desguace que algunos de los implicados aún hoy ponen en duda (no el evento sino el *mythos*). O por aquellas sobre la máquina de “lanzar negros” en *La loma del ángel*, una de las mejores novelas que se han escrito sobre la historia como parodia y la parodia como apunte, nota al margen, exageración.

Sino, por su estilo, su manera de inflar y sobredimensionar y hacer chocar hasta la náusea la memoria con lo que nadie espera de ella, el yo con su propia exterioridad...

Impulso, aunque también pudiéramos decir espacio, que rodea a gran parte de la literatura del propio Arenas y también, por qué no, a la de Lorenzo García Vega, el de las memorias y los diarios, algunos de ellos, como *Rabo de anti-nube*, con sus largos comentarios sobre lo que el Albino llamaba el Viejo Edípico —es decir, ese que a los ochenta años aún no perdona la “traición” de su madre y vive en constante guerra con ella—, todavía inédito.

¿No vendría a resultar la exterioridad, mezcla de ficciones, alucinaciones, contrarrelatos..., que expulsa el Yo hacia ninguna parte (y aquí “ninguna parte” no es un *no* lugar, sino el artefacto donde la representación se hace visible a la vez que se oculta), lo que ha fallado de continuo en la literatura cubana desde 1959 a la fecha; curiosamente, desde el mismo momento en que la cotidianidad en la isla pasó de su estar-individuo a su estar-policía, del sujeto privado a su vigilancia?

Creo que sí.

Incluso, con casos tan negativos como el de Eduardo Heras León, quien no sólo terminó haciéndole su propia “canción de gesta” al látigo-amo, ese que lo condenó durante años a trabajar en una fábrica en la década de los setenta (Vanguardia Socialista, antigua Antillana de Acero, se llamaba),<sup>3</sup> sino que, y desde finales del siglo pasado, lo ha lanzado por toda la isla a “evangelizar” a su propia turba, a su propia camada de “realistas” y “mongólicos”.

<sup>3</sup> Véase *Acero*, de 1977, y *A fuego limpio*, de 1981, ambos editados en Cuba.

Y si pongo el acento en el peyorativo es porque creo que la literatura cubana, con excepciones, está llena de mongólicos. De escritores que confunden literatura con escasez, literatura con mal periodismo, literatura con gavetero-nación, literatura con estereotipos.

¿No era precisamente una salida de todos los estereotipos lo que intentábamos algunos en los noventa y lo que pienso continuamos haciendo hoy, al narrar, más que desde la propia experiencia, desde el hueco (el huequito) que queda allí donde alguna vez ésta estuvo?

Recuerdo todavía la risa que le daba a uno de los mejores críticos cubanos, Salvador Redonet, cuando yo intentaba convencerlo de que el verdadero realismo, ese donde el *self* no se refleja sino que se contradice e incluso saca, exterioriza, confronta sus zonas negativas, no estaba en la prosa que narraba, bien o mal, una historia determinada, tal como era usual en el siglo XIX y aún continúa haciéndose en la isla, sino, por ejemplo, en un relato como *Escrituras* de Rolando Sánchez Mejías.

Relato donde la noción viaje se confunde con su propia neurosis, y con la realidad que envuelve a un determinado escritor, el cual va en el tren de Hershey a una reunión de talleres literarios en Matanzas, y termina, más que liberado de la fuga que representa salir de lo cotidiano, hundido en una esquizo-realidad que lo supera, que lo embute más en su propia glosolalia.

Los ojos del niño hidrocéfalo: como la superficie de dos verdes lagos soñolientos casi inverosímiles ninguna prosa podrá narrarlos así que.

Ojos ad infinitum.

Pero es un tren lechero hacia Matanzas entonces sus ojos me observan de una forma particular que no puedo describir, es el precio que hay que pagar por la falta de absoluto en las palabras.

la señora. Parece que va a llover.

yo. Sí, es posible que llueva.

(El hidrocéfalo señalando con la cabeza un par de nubes pendulares y muy grises.)

la señora. Qué bueno porque hace calor.

(¿Cómo decir lo que a la señora le da lo mismo decir?)

(¿Cómo decir lo que el hidrocéfalo no puede decir?)

(¿Cómo decir lo que el viejo poeta y los viejos filósofos no supieron o no pudieron o no quisieron decir?)

El hidrocéfalo levanta su índice hacia el cristal bamboleando la cabeza con dos lagos absolutos.

la señora (*señalando al niño*.) Él toca de lo más bien el piano y usted escribe ¿verdad?

[...]

Entonces la risa la estupidez la saliva del idiota colgando de un instante del Tiempo el índice aún enlazado al par de nubes grises y pendulares.

la señora. A ver mi'jo enseñale tus manos a este muchacho que escribe.

En un túnel de luz donde estamos vivos en la blancura real de una intensidad tal que.<sup>4</sup>

O en un cuento como *Carne* de Ronaldo Menéndez.

Texto donde la devoración, el descuartizamiento, el hambre, el crimen es sometido a una suerte de vacío (es decir, allí donde lo sagrado no va a funcionar siquiera como ley) y lo que en principio podría ser un acto casi cotidiano en un lugar arrasado por la carencia —el robo de una vaca para colocarla, muerta, en el mercado ilegal después—, se convierte en comen-zón antropofágica, lucha.

Matar y deshuesar es lo más importante. Vigilar lo hace cualquiera. Hay que deshuesar y llevarse la carne limpia y roja, fresca, despellejada, maciza. Según tengo entendido, se empieza por los perniles para asegurar la mejor parte. Luego se despanza, y ahí es donde dicen que el animal se estremece porque están sacando lo suyo. Dicen que los pulmones siguen respirando fuera de la vaca. Pero hay que despanzar, porque si no es muy incómodo limpiar las costillas, uno corre el riesgo de que se resbale el facón y pinche los intestinos, y entonces el animal empieza a defecarse por un costado, a temblar como una gelatina, y cuando la sangre se mezcla con lo otro toda la carne coge peste. De las costillas uno va subiendo hasta el lomo que hay que trabajarlo para que quede como el espinazo de un pescado, sacarle toda la carne que ahí es apretada como el cedro. Luego las paletas si da tiempo. El gazzate si da tiempo. Eso sí, le aclaré a Cirilo que yo no dejo atrás el corazón y el hígado, que bastante proteína le hace falta a uno para desperdiciar el hígado que es pura sangre. Mi mujer lo cocinará el domingo con bastante vino seco y cebolla, en lascas y lascas y lascas. La salsa queda cuajada, las cebollas marchitas y algunas papas con sabor a carne. La carne se filetea, se muele, se deshilacha, se comprime en el refrigerador,

<sup>4</sup> R. Sánchez Mejías, *Escrituras*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1994.

se fríe en manteca de puerco, se contabiliza, se estira, se vende algún pedazo silencioso, se caga, se gasta pero queda adentro.<sup>5</sup>

¿Representa este realismo sardónico, *bovinometafísico*, gourmet, un camino de diferencia dentro del contexto común donde la literatura cubana ha registrado su “realismo”?

A pesar de que hablar en estos términos trae muchos riesgos, sí considero que hay una confusión bastante extendida entre realismo y cotidianidad, entre lo que hacemos a diario (ese polemos que establece el ser humano con todo lo que le constriñe) y la exterioridad que mencionaba antes, la cual no tiene que ver con el afuera sino con la manera en que determinada subjetivación se apropia de lo que circula alrededor de él, cómo lo asume y cómo lo produce.

Un maestro de esta exterioridad, desde el lenguaje, desde el gasto, desde el fármaco de lo insular sería Severo Sarduy, uno de los narradores más lúcidos, creo, a la hora de desnacionalizar la literatura...

Otro, Virgilio Piñera.

Quizá el escritor menos nacional que haya producido Cuba en sus últimos cien años.

Un poema como *La isla en peso*, sospechosamente antillano, plagariamente antillano, procesualmente antillano, aunque por eso mismo poco “nacional”, pone más el acento en su noción de calco (su plagio-Cesaire ha sido leído como algo negativo, cuando debería ser visto como el primer intento de desmetaforizar y narcotizar en el concepto nación toda la gravedad con que ésta ha estancado siempre a la poesía cubana) que en todos los simbologemas, al final caducos, que tanto Gastón Baquero como Cintio Vitier quisieron “forzar” en el texto.

Y lo mismo con “La gran puta”...

Para mí, su mejor poema. No sólo por estar más cerca de un *speed* criminal, una velocidad que se iba llevando todo por delante en un momento en que en Cuba el todo, *lo* todo, desaparecía. Más bien, porque su “criminali-

<sup>5</sup> R. Menéndez, *De modo que esto es la muerte*, Madrid, Lengua de Trapo, 2002. Existe versión en internet del relato *Carne* en el dominio: [http://www.fb10.uni-bremen.de/kalender/pdf/vortraege/Cuento\\_Ronaldo\\_Menendez\\_Carne.pdf](http://www.fb10.uni-bremen.de/kalender/pdf/vortraege/Cuento_Ronaldo_Menendez_Carne.pdf)

dad”, como ha señalado Pedro Marqués de Armas, “asimila ciertas voces que el Estado pone a circular en bruto”,<sup>6</sup> y en vez de constituirse en documento o denuncia se convierte en resto, salida a todo lo que el archivo nación gusta reivindicar para sí.

(Archivo que, no olvidemos, se alimenta de esa confusión entre realismo y realidad, así como de las malas lecturas alrededor del concepto plagio —concepto metaliterario antes que legal—, para exhibir más poder del que posee, castigar...)

Y si he puesto a dar vueltas a Arenas y a Sarduy y a Ronaldo Menéndez por la exterioridad, como si de un paseo tuberculoso se tratase, es sobre todo por una cosa. Ese impulso o fuerza ha sido más que necesario para entender el cambio de paradigma que comienza a darse en la escritura cubana a finales de los ochenta y se solidifica, aunque sería más exacto decir, se radicaliza, en los noventa, con Diáspora(s), y después, aunque de manera diferente, con la Generación Cero.

Radicalidad que en el caso Diáspora(s) nunca supuso una vanguardia, tal como varias veces se ha escrito, o algún intento de manifiesto (las palabras firmadas por Sánchez Mejías en el primer número de la revista fueron entendidas por todos menos por Víctor Fowler como una boutade)<sup>7</sup> y, pienso, que nuestra alergia a reunirnos, nuestras diferencias escriturales y de criterio, nuestra descreencia en casi todo más el sinsentido de fundar una vanguardia en pleno centro del Periodo Especial (estuve tentado de escribir: en pleno centro del trópico) no lo hubieran permitido.

De la misma manera que por razones parecidas tampoco funcionaría, creo, en el grupo de Jorge Enrique Lage, Ahmel Echevarría, Orlando Luis Pardo Lazo, etc., tal como resulta evidente después de leer la “conversa” que sostuvo Walfrido Dorta<sup>8</sup> con algunos de ellos en Rhode Island...

Grupo o generación donde sin dudas vuelve a girar el paradigma, en este caso más hacia una mirada pop, gore, ataúd-manga, heredada por mo-

<sup>6</sup> P. Marqués de Armas, “La gran puta”, en J. Cabezas Miranda (ed.), *Revista Diáspora(s)*, edición facsímil (1997-2002), pp. 625, Barcelona, Linkgua.

<sup>7</sup> V. Fowler, “La tarea del poeta y su lenguaje en la poesía cubana reciente”, *Revista Casa de las Américas*, año XXXIX, núm. 215, 1999.

<sup>8</sup> W. Dorta, “Conversa en Benefit Street (sobre literatura cubana reciente)”, *Revista Diario de Cuba*, disponible en: [http://www.diariodecuba.com/cultura/1426285786\\_13395.html](http://www.diariodecuba.com/cultura/1426285786_13395.html)

mentos de la literatura norteamericana, que por suerte no subestima ciertos niveles de parodia, ciertos niveles de conceptualización y, por supuesto, un nivel “débil” de metafísica, al igual que algunas de las escrituras que atravesaron la promoción de los noventa, hayan pertenecido a Diáspora(s) o no.

Si la izquierda fuera un traje de baño, si fuera yo Bertolt Brecht. Todo el tiempo se rasca. Otra noche sin poderme dormir. Mírenme a los ojos, dice. Todo el tiempo se rasca, otra noche sin poderme dormir. Mírenme a los pechos, dice. Todo el tiempo se rasca, otra noche sin poderme dormir. Mírenme a las piernas, dice. Todo el tiempo se rasca, otra noche sin poderme dormir. Mírenme el trasero, dice. Todo el tiempo se rasca. Cuando la perra envejece, hasta los perros viejos le huyen, dice. Ni la izquierda es un traje de baño, ni soy yo Bertolt Brecht.<sup>9</sup>

¿No representa, por ejemplo, este poema de Juan Carlos Flores, sintomáticamente llamado “La escalera de caracol”, uno de los momentos exactos de ideología, kitsch y trauma en la poesía de la isla en los últimos decenios?

Seguro. Y si traigo a colación este poema es porque enuncia, para mí, de manera rápida, cuatro de las cosas más importantes de eso que, a falta de mejor nombre, apodo transficción:

1. Falsa profundidad o ludo-borradora: tanto de ciertos emblemas (Brecht, la izquierda), como de un escenario ideológico donde lo político ya no va a tener mucho que ver, sino su disolución, su manera de provocar enfermedad.

2. Tiempo indefinido o tiempo kitsch: es decir, donde lo cronológico o las psicologías siempre cómplices de lo cronológico no funcionan, y los lapsus donde avanzan o gesticulan o se tiran a dormir los personajes se rearmen a partir de múltiples pedazos, de un puzzle que no respetará periodos, naciones, lenguas o lugares. (Al final, como bien sabían los personajes de Tadeusz Kantor, nada más importante que el territorio donde uno, más que monologar, inscribe.)

3. Nación periférica o nación hueca: o lo que es lo mismo, un texto que se lea a partir de su exterioridad, sus síntomas, más que a partir de los “tatuajes” nacionales u ontopatrióticos que aseguran (en algunas literaturas

<sup>9</sup>J.C. Flores, “La escalera de caracol”, en “*Memorias de la isla muerta*, epílogo de C.A. Aguilera a la antología de Petr Zavadil, *Zápisky z mrtvého ostrova*, Praga, Fra, 2007.

con más énfasis, en otras, con menos) su zona de recepción, ese excedente que no sólo está hecho para satisfacer cierta demanda, sino un mercado caprichoso, ramplón.

4. Delirio-escritura: ¿en verdad a estas alturas todavía alguien concibe lo literario sin que no sea una apuesta *performance* entre la toma de posición de un estilo (sea cual sea éste) y los delirios que su *self*, consciente o no, proyecta hacia ese espacio donde todos concebimos el *imbroglio* que tiempo después se convertirá en un texto?

Muy pocos, sin dudas.

Aunque cierto comunismo mental, engendrado por años y años de militarización pedagógica en Cuba, ha creado una suerte de lector y/o escritor y/o agente cultural que piensa la literatura como algo que aún se debe al “pueblo”, a una masa general que aprueba el contenido de determinado libro y al final lo sitúa en valor.

Como si la pregunta por el valor, la pregunta en verdad más subjetiva que pudiera existir, tuviera que ver exactamente con la opinión del otro: su gusto literario, su *stimmung*...

O con cierto estado samaritano.

La relación entre un escritor y la masa (inexistente para mí, repito), ¿no es al final muy parecida a la que establece Konstantin Lopushansky en su genial *Posetitel Museia (El visitante del museo)*, película donde alguien llega a un pueblo devastado por la inundación (mental, política, erótica, nuclear) para visitar una famosa pinacoteca “que ha quedado aislada en medio del océano” y termina rebasado por la idiotez, los fantasmas y la “lepra” misma de la gente que allí habita, por la locura?

Lopushansky, quien es experto en crear ambientes devastados, construye en éste y en su primer largometraje, *Cartas de un hombre muerto*, filme que no está de más decirlo, al igual que *El visitante del museo*, fue concebido bajo la *sinrazón* soviética, el escenario simbólico perfecto donde alguien que no haya vivido el Periodo Especial cubano, con el desastre a tope y una sociedad civil reducida a cero, puede reconstruir la cartografía de ciertas escrituras, el *frame* de lo que muchos de nosotros veíamos-pensábamos.

Reflexión que tenía (tiene) que ver con la violencia: la de un Estado déspota contra todo lo que pretendiera diferencia...



Y con el error.

El error de escribir en un lugar ruinoso y a la vez disfrutar de ese punto frío, ese puntico, como repetiría ahora mismo con sorna cualquier “filósofo” de la Habana Vieja...

El error de querer trascender la realidad movilizando un plus de realidad, de discurso donde no sólo se va a poner a funcionar una pulsión sino todo lo que se puede colocar en función de —y contra— ella, tal como hace Rosales en *Boarding Home* o Elizondo en *Farabeuf*, una de las novelas mejor escritas sobre el constructo muerte en español, quien, por cierto, hizo un corto muy interesante sobre la destrucción del mundo utilizando casi en exclusivo grabados de libros científicos de principios del siglo XX; libros que fue encontrando en la calle Donceles o en París.

¿No es precisamente el escritor, este tipo de escritor que he venido subrayando hasta ahora, el primero que se ahoga cuando llega la inundación: el primer cadáver, el primer occiso, el primero que se convierte en personaje de Lopushansky?

Por suerte sí.

Y digo suerte porque a ese Gran Mentiroso soñado por Manganelli habría que oponerle otra figura que, por lo menos para mí, tiene en la literatura, artes en general, más precisión y carta de naturaleza que ese que hemos llamado Gran Mentiroso: el Gran Paranoico.

Personaje que no va a tener garras e incisivos y una espalda peluda como el del italiano, pero como buen paranoico será siempre el primero en olfatear su propia sangre...

El primero en ver su cuerpo fofo, reacio y patizambo bajo el sol.

Y este Gran Paranoico es el que ha tenido que sobrevivir al Periodo Especial cubano y a la invasión soviética en Praga y a la construcción del inmenso palacete de Ceauçescu y a la colección pornográfica de Honecker (colección que al parecer le daba más fuerza para al día siguiente apretar aún más la mano de hierro contra el país), e incluso a Mao Tse Tung, Mobutu, Videla, y a las palizas recibidas por los norteamericanos en diversos lugares del mundo, algunas soberbiamente narradas por Michael Herr y otros.

El Gran Paranoico es el que ha tenido que pensarse a sí mismo como muerto.

De ahí que entienda más la literatura como un corte, un problema, una anti-nación que como una respuesta al hombre-masa, ese que acostumbra a hacer su calistenia al aire libre.

Un buen ejemplo sería el último Lamborghini, el de los collages y las rayaduras pornos, el de las “intervenciones”...

Locazo que enviaba a su mujer todos los domingos al mercado de Sant Antoni, en Barcelona, a comprarle las liquidaciones de las revistas “guarras”, en lo que él, verdadero animal político, no salía de su cuarto y se dedicaba a construir su *Teatro proletario de cámara*, como lo llamaba, su laboratorio inactual y contrametafísico.

Imaginario donde a la misma vez cabían las reflexiones sobre el orto lesbiano que sobre la filosofía alemana que sobre los anarcas catalanes que sobre la sociedad en general.

Lamborghini estaba muerto (sí: muerto, muerto, muerto...)

Y de esa muerte era que se alimentaba. De esa muerte y de su trans-literatura, siempre exploratoria e ininteligible. Siempre puesta en entredicho; por lo menos desde que publicó ese relato llamado *El fiord* en una editorial que casi no existía.

Su lucha, como la de muchos *hic et nunc*, fue precisamente la del choque entre el Gran Mentiroso y el que sabe que no miente, el que sabe que la escritura más que la verdad o su opuesto es una cuestión privada, una pregunta chiquitica, ortopédica y sorda, que se va a alimentar de todo, de todo menos de lo que tus editores, tus hijos, y el electricista de la esquina quieren.

Todo es exacto, decía Manganelli, y tenía razón.

Todo es exacto. Incluso, hasta el concepto mentira. ❧

# Entre la fricción y el tartamudeo

## La voluntad de hacerse intraducible

Ahmel Echevarría

I

“La casa decía por fuera *boarding home*, pero yo sabía que sería mi tumba”. He comenzado con la primera oración de la breve e intensa novela *La casa de los náufragos* o *Boarding Home*, del escritor y suicida Guillermo Rosales (La Habana, 1946-Miami, 1993). Quiero confesar la envidia y seducción que provoca en mí esa primera oración y, por supuesto, todo el libro.

En asuntos de preferencias, o “participaciones profundas” según Julio Cortázar, elijo a este Guillermo, aparente malogrado Caín. Como premio tuvo locura y destrucción. Su modo de adentrarse en los peores y mejores paisajes del alma humana, o del alma de alguien nacido en Cuba, me interesa sobremanera.

El dolor y el tormento, pero también el placer le pertenecen a esa voz que narra desde un asilo. Es el relato de un marginado, y desde esa periferia genera una tensión: los vectores de su discurso se proyectan en sentido opuesto a esa suerte de relato que, según Ricardo Piglia, narra todo Estado. Mientras vive su calvario, William Figueras, lúcido de remate, literalmente entra y sale de su presente y de la historia de Cuba —incluso en su órbita de cólera, locura y odio va un poco más allá: ideologías, ideólogos, ejecutores de esas ideologías... Lo hace como si le importara, como si no le importara. En *Boarding Home*, desde la categoría del trazo o la traza, Cuba deja su peso específico.

He comenzado con una digresión, la cual me permite mirar hacia atrás, hacia ese mapa que describe un territorio: el de la literatura cubana. Entre

las diferentes generaciones, grupos literarios o promociones, la denominada Generación Cero ha sido sumada por la crítica a esa cartografía. Esta es una manada de escritores que casi siempre andan en solitario y comenzaron a reunirse para establecer líneas de fuga y campos de fuerza en los “años ceros”, es decir: iniciándose la primera década del nuevo siglo y milenio. En ese espacio de tiempo aparecerían publicados sus primeros libros.

Generación Cero es el nombre de poco más una decena de jóvenes escritores cubanos; ellos, en un proceso de ensayo y error, pensaban una tradición literaria en la cual insertarse. Esa genealogía desde la cual buscaban ser leídos tal parecía ajustarse a lo definido por el binomio Deleuze-Guattari como literatura menor, porque de la misma manera en que algunos de sus integrantes se interesaban por la fragmentación, la ironía, la fuga del canon, el rizoma como estructura, otros apenas se interesaban por ella. ¿Era aquella la reacción de un grupo de muchachos ante una literatura que, salvo excepciones, *supuraba* Cuba por todas partes?

## II

Para el crítico y ensayista cubano Gilberto Padilla, “la literatura cubana ha girado incesantemente alrededor de un centro, de un significante vanidoso y figurado hasta el vértigo: el factor Cuba”. Sigamos con la cita tomada de su ensayo *El factor Cuba. Apuntes para una semiología clínica*: “Infectada por el virus de ‘lo cubano’ (entiéndase: por la iteración cansina de ‘lo cubano’ en el mercado), la literatura nacional contemporánea padece los efectos de una invasiva patología viral, de una enfermedad sistémica [...] Pero con algunos escritores cubanos ya no se trata de una patología tradicional de la forma, sino de una escritura que se aprovecha indiscriminadamente del capital simbólico de ‘lo cubano’ como tótem”.

De la misma manera en que se instauran modas y modos en la literatura, se producen disensos. Ese gesto de situarse, de marcar distancia, se ha generado también al interior de la Generación Cero. En opinión de Padilla, los libros de los autores de esta nueva promoción se caracterizan por una *descubanización*, es decir, y cito: “la renuncia a desarrollar formas patéticas, formas de la cubanidad viciada, constituye más bien un medio que un fin, y su objeto es marcar el relato con un único mito formal: la universalidad”.

La cita me permite adentrarme de una vez en el tema que hoy nos reúne:  
*Del relato postsoviético a la ficción global.*

Este recuento tiene como punto de partida 1990 y la severa crisis llamada Periodo Especial, aunque bien mirado fue en 1989, con la caída del Muro de Berlín, cuando se produjo el disparo de arrancada que marcaría el inicio de un tipo de literatura profundamente interesada, también centrada e involucrada, en el escudriñamiento del inmediato social, económico y político cubano y en un cuestionamiento ideológico de lo nacional. Estábamos de cara a un nuevo contexto, el mapa geopolítico se reconfiguraría, las alianzas económicas y políticas con la URSS y los países de Europa del Este serían el paisaje de un relato sólo posible en los libros de historia o en la ficción, desembocábamos entonces en un escenario postsoviético.

Es harto conocida la magnitud de la crisis que vivió Cuba en los noventa, al interior de este breve y tórrido archipiélago casi la totalidad de su población quedó entre la espada y la austeridad. La educación, la salud, la economía, el transporte y la agricultura se vieron seriamente afectados, hablamos de una suerte de naufragio no sólo económico, también ideológico, marcado además por el recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos. Para reflotar a Cuba se permitió la libre circulación del dólar, se apostó por el turismo y la inversión extranjera, polarizando todavía más los niveles de ingreso entre la población. En aquel panorama de profundo descontento popular, y donde la pirámide profesional sufriría un vuelco, la prostitución, la venta y consumo de drogas, la corrupción y el racismo dejaban de ser aquellos eventos que el Estado narraba como parte de un paisaje dejado atrás luego de enero de 1959. No podemos pasar por alto “la maldita circunstancia del agua por todas partes” y las balsas y balseros, las tensiones entre policías y jineteras, policías e individuos dispuestos a sobrevivir a como diera lugar —asesinatos, robos, sacrificio de ganado mayor, la droga—, escenarios como la Habana Vieja y Centro Habana —con su arquitectura en estática milagrosa, ruinas, automóviles americanos y la pobreza o miseria de núcleos familiares como parque temático—; en ese contexto social tampoco deberíamos dejar a un lado a las rusas, georgianas y ucranianas que llegaron a Cuba en calidad de esposas, las costumbres traídas consigo, los *polovines* o “agua tibia” —el producto carnal de dichos

matrimonios, descendientes a medio camino entre El Caribe y el continente euroasiático—, la ruptura del puente de comunicación entre ambos territorios, la imposibilidad de regresar al país de origen, la nostalgia por un pasado material (productos de consumo) e incluso inmaterial caracterizaron esta etapa de la narrativa.

Hubo autores que, tanto en la ficción como en la poesía y el ensayo, supieron traducir con originalidad el dolor y la fiesta, los matices de nuestro color local, sabores y olores, el crimen, el arte de edificar ruinas, el disenso, el descontento popular, la pobreza. Citando rápido y mal: el dolor y la amargura de Reina María Rodríguez, el desenfreno de Pedro Juan Gutiérrez en su *Trilogía sucia de La Habana*, el neopolicial de Leonardo Padura —no podemos pasar por alto algunos momentos del devenir de Mario Conde—, Antonio José Ponte en tanto “ruinólogo”, Ángel Santiesteban y aquellos personajes entre la cárcel y la disposición a delinquir... Pongamos los puntos suspensivos para no propiciar una serie cerrada que remita al olvido, al desliz.

El Periodo Especial supuso no sólo crisis, también la obligada apertura del portón que imposibilitaba o reducía las oportunidades de publicación en editoriales extranjeras. Era el mercado o la posibilidad del mercado para los modos y modas en la literatura cubana, la inserción o el fracaso, y la curiosidad de no pocos editores ante el presente y el futuro de Cuba y cómo se estaba cristalizando la misma en la ficción, la poesía y el ensayo.

Ese también fue el contexto social, cultural y político para un grupo de autores nacidos en los sesenta y setenta. Los padres de estos jóvenes se integraron a la vorágine de la Revolución —en buena parte de los años sesenta se experimentó una verdadera efervescencia: creación, fundación de proyectos e instituciones, diálogo y polémica—. Esos hombres y mujeres se entregaron por entero, participaron en grandes movilizaciones tanto agrícolas como militares; en no pocos hombres y mujeres una suerte de compromiso o fe perduró incluso a pesar de los rigores y dogmatismos de los setenta, y durante el devastador Periodo Especial. Pero esta generación, la nacida, crecida y formada con la Revolución, no tuvo la oportunidad de verse enrolada en la fundación o creación de espacios o instituciones de carácter social, cultural, económico o político de verdadera proyección y alcance nacional.

Los vectores de las nuevas narrativas en su mayoría no pasaban por las grandes epopeyas y discursos, éstas se ubicaban en un contexto de crisis social, económica y política donde la prensa hizo sólo unos pocos ajustes: reducir la tirada de ejemplares y el número de páginas. La mirada y el interés de los autores iba desde la nostalgia de la Cuba material del periodo soviético, incluyendo la descolocación de las mujeres venidas de la antigua URSS y los conflictos de sus hijos, a los altos decibeles y las melenas largas y alucinógenos y rockeros y la noche, sin pasar por alto a quienes habían servido en África —sus recuerdos y los desórdenes mentales como parte de un paisaje interior después del final de una batalla (Angola) y el inicio de otra (Cuba)—, los ciudadanos de a pie al interior de arremetidas policiales y policías corruptos, jineteras y la maldita circunstancia del hambre y las ruinas por todas partes, balseos, matarifes y presidiarios. En estas narrativas encontró espacio de acción, reacción y reconocimiento la comunidad LGTBQ.

La lista de autores es larga. Promociones de escritores cohabitando un mismo contexto: Marilyn Bobes, Laidi Fernández, Alberto Guerra Naranjo, Alberto Garrandés, David Mitrani, Ángel Santiesteban, Sergio Cevedo Sosa, también Rogelio Riverón, Raúl Aguiar, Anna Lidia Vega Serova, Karla Suárez, Ena Lucía Portela, Ronaldo Menéndez, Daniel Díaz Mantilla, entre otros.

El realismo puro y duro comenzaría a contaminarse con elementos propios del absurdo, lo fantástico, se echaría mano de la propia literatura —la vida y obra de autores tanto clásicos como contemporáneos, incluso la de jóvenes escritores cubanos—. ¿Una literatura escrita para escritores? En este contexto no debemos obviar la acción y reacción de varios narradores, poetas y ensayistas integrantes del grupo Diáspora(s), una máquina de creación y de guerra cuya hoja de servicios contiene además la revista *Diáspora(s)*. Supongo que la genealogía literaria que se trazaron los autores de este *teamwork* supuso la posibilidad de cavar un túnel en el campo literario cubano, y con ello dinamitar parte de sus cimientos para gestar así una suerte de “inadvertencia de Cuba” —tal como la define Gilberto Padilla—, de situarse y pensar no sólo la literatura, las funciones de la literatura, el compromiso del escritor, sino también la postura del escritor ante la literatura y las instituciones.

## III

En este devenir literario o mapa que les he trazado, a saltos claro está, retomo a la Generación Cero. No es exactamente un fenómeno literario, digamos mejor: maneras de leer, de asociar, de escribir. Diferentes modos de establecer líneas de fugas, alianzas, de agenciarse su propia tradición o su propia noción del campo literario, del mundo. Un paréntesis para una lista: Legna Rodríguez, Anisley Negrín, Osdany Morales, Abel Fernández-Larrea, Agnieszka Hernández, Orlando Luis Pardo Lazo, Jorge Enrique Lage, Raúl Flores Iriarte, Jamila Medina, Michel Encinosa Fú más un breve etcétera.

De los autores de la Generación Cero más atendidos por la crítica, rápido y mal comienzo a nombrar una suerte de genealogía nacional que les interesa: Lorenzo García Vega, Miguel Collazo, Carlos Montenegro, Virgilio Piñera, Guillermo Rosales, Ángel Escobar, Guillermo Cabrera Infante, José Lezama Lima, Calvert Casey, Enrique Labrador Ruiz, Reinaldo Arenas, José Kozer... otra vez los puntos suspensivos para no absolutizar, para no perpetrar una serie cerrada, unos puntos suspensivos que llevan, en tanto ruta crítica, hasta los predios de Diáspora(s). Por cierto, en la genealogía de autores malamente citados no son pocos los marginados y suicidas.

Al interior del retrato de grupo o *selfie* que intento toda vez que soy “juez y parte”, no sólo está la angustia, también aparece el carnaval y el desenfreno, el absurdo. ¿El motivo de la elección? Centrémonos en esa genealogía de escritores cubanos: para marginales o suicidas no está contemplado un destino verdaderamente luminoso.

¿Cómo ve la utopía, o el fracaso de una utopía, alguien que no encuentra cabida en ella? De interesarles, marginales o suicidas le entran de costado, sin pasar por alto los detritos incluso a nivel de lenguaje, a los márgenes o fronteras, a quienes habitan los márgenes o la frontera, a la cristalización del absurdo, el dolor, el desparpajo —que contamina incluso el propio lenguaje del texto—, los fluidos, la fiesta. Pienso además en patetismo e ironía a la hora de modelar conflictos y personajes y el no-lugar como escenario de no pocas historias.

Recordemos el ensayo de Gilberto Padilla a propósito del factor Cuba. Padilla nos advierte que “en los últimos años se gesta también dentro de



esa arquetipología del imaginario cubano una tercera opción, ‘inadvertente’ o ‘neutra’ [...] que corresponde al *thème* de la isla de Cuba como no-lugar”. Los autores que analiza en su ensayo forman parte de la Generación Cero. Esa literatura reproduce una “escritura, deliberadamente libre de toda sujeción con respecto a un orden ya marcado por el lenguaje tropológico del factor Cuba”, una suerte de descubanización. En opinión de Padilla, lo cubano “en esta literatura, está en paro técnico”. Tal como el ensayista y crítico propone: “pensemos en las consecuencias de esta especulación”.

Creo suponer que esta promoción de autores, aunque deseara situarse en la ruta de la seda que es el mercado, no lo haría desde los presupuestos de un tipo de ficción global como la de Leonardo Padura, Pedro Juan Gutiérrez o Wendy Guerra en caso de que estos autores puedan ser clasificados según tal etiqueta. A los de la Generación Cero los creo más cercanos a José Manuel Prieto o a Diáspora(s). Como líneas de fuerza en sus textos veo una suerte de tensión entre lo local y lo global, como mejor ejemplo tenemos al narrador Jorge Enrique Lage y sus novelas *Carbono 14. Una novela de culto* y *La autopista: the movie*, aunque junto con Raúl Flores Iriarte ya daba muestras de esa tensión cuando ambos sólo habían publicado cuadernos de cuentos.

Entre las vísceras de la ficción de corte realista, estos muchachos, con la compañía de Michel Encinosa Fú, inocularon una suerte de virus que propiciaría un tipo de texto caracterizado por cierta mutación en eso llamado color local. Eran grandes consumidores de series para la TV, de autores y libros clasificados en los subgéneros, películas serie B, dibujos animados para adultos, revistas y video clips capaces de sumergirse con seriedad y ninguna solemnidad allí donde rumian y pelean las *celebrities*. Podría atreverme a parafrasear a Juan Pablo II: en esos textos Cuba se abría al mundo, a un mundo hiperconectado, el de las grandes marcas y el fútbol, el de las megaestrellas y las series para la televisión.

¿Cómo narrar una Cuba post —no sé si se denominaría post-Castro, post-Cuba o Cuba 3.0— desde esa suerte de inadvertencia de Cuba, desde un no-lugar? Creo que esa ficción global debería pretenderse como fricción global, una ficción o fricción interesada o dispuesta a gestar un texto que se ubique más allá de todo totalitarismo, es decir, no narrar des-

de una marca, o desde modos o modas atrapadas en “el lenguaje tropológico del factor Cuba”, sino situarse en las tensiones entre literatura y Estado, literatura y política. La extrañeza en estos textos no debe circunscribirse al lenguaje, a emplear una suerte de jerga neutra, algo así como un español internacional. La extrañeza debe manar desde la propia resistencia de los personajes, desde el tartamudeo de aquel que decide no reproducir las construcciones de significados gestadas desde los aparatos de captura y control, desde los centros de poder, y aquí pienso en la extrañeza de un relato que busque revelar los mecanismos ocultos en la ficción que narra todo Estado. Pienso en una terquedad, en la voluntad de hacerse incluso intraducible.

#### IV

Puesto ya en el final, es menester agregar que entre los rasgos comunes de la Generación Cero está el haber asistido a la dilución de un sueño, de una utopía; pienso con no poca duda en la “instauración del desencanto”, ¿hasta qué punto fue, en su totalidad, una generación “encantada” con el *performance* cultural, social, político y económico de la Revolución?

La vida en el no-lugar —las redes sociales, el blog, la casa de tránsito ya sea porque se deja atrás el barrio o la provincia natal o el país— es otro elemento común. En la mayoría de estos escritores, de haber algún tipo de compromiso el adjetivo que le corresponde no debe ser otro que estético. Su tiempo es el de las redes sociales, lo cual los modifica en tanto actores de una sociedad que no es, definitivamente, la de los sesenta, los ochenta, ni siquiera la de los duros noventa. Las urgencias son otras, el contexto es otro. Los dispositivos de vigilancia y control, las herramientas para generar necesidades y carencias, para influir en los patrones de gustos y el consumo forman parte del entorno virtual —ya tan real como la calle, el bar, un parque, el Malecón—. Ese es el contexto que le ha tocado en suerte a la Generación Cero y desde el cual se debe y debo pensar el texto, la obra, la vida.

Vuelvo entonces al inicio de la breve novela *Boarding Home*, una historia narrada en un no-lugar: un asilo para aquellos hombres y mujeres literalmente expulsados de la sociedad. Desde ese sitio al margen de todo se

ejecuta un corte en canal a Cuba, se hurga en sus vísceras como si al autor le importara, como si no le importara. Es el tartamudeo de un loco; el narrador sabía que el *boarding home* era, literalmente, su tumba. Allí, en buena medida, están esos vectores de ese tipo de ficción que me interesa: la fricción global. Ø



## ¿Valdrá la pena escribir?

J.E. Lage

Voy a comenzar señalando algo que a muchos puede parecer anacrónico: los límites *físicos* de la República de Cuba. La frontera, en tanto cuestión puramente mineral. Y no estoy pensando en las playas (donde ahora mismo, mientras leo, hay cualquier cantidad de europeos tomando el sol); estoy pensando más bien en el roquerío costero que llaman diente-de-perro.

Dentro de esos límites hay escritores haciendo su obra y publicando. Publican en diversas revistas culturales que son propiedad del Estado. Cuando terminan un libro, pueden entregarlo a varias casas editoras nacionales; todas bajo el control y la subvención del Estado. Los libros se imprimen en empresas poligráficas del Estado o gestionadas a través del Estado. Después, un organismo central llamado Distribuidora Nacional del Libro se encarga (con camiones de matrícula estatal y gasolina también subvencionada) de mover lo que se imprime por las librerías del país; todas las librerías de “novedades” están administradas por el Estado y ocupan locales que son propiedad del Estado. Y a menudo, los libros pasan mucho tiempo durmiendo en almacenes del Estado.

Cuando me preguntan por el *estado* de la literatura cubana contemporánea, no puedo dejar de tomar la frase en su dimensión más tangible. Me van a disculpar, pero no puedo evitarlo. La literatura que se escribe actualmente en la isla puede ser más o menos diversa, más o menos compleja, más o menos valiosa, pero si hay algo que la singulariza de manera inequívoca es un orden productivo. Un engranaje material.

Ahora me gustaría recordar lo que escribía hace unos años un colega escritor, Osdany Morales. En un texto híbrido (mezcla de ensayo y ficción, algo así como un falso reportaje) publicado en el número de junio de 2011

de la revista española *Quimera*, Morales hacía un ejercicio de prospección y apuntaba lo siguiente:

A Cuba van a llegar los grandes grupos editoriales. Va a existir otro tipo de correctores, surgirá una crítica motivada por la rabia y otra por el pago de sus columnas, aparecerán suplementos culturales, revistas literarias con publicidad no literaria. Se formará un tipo de autor no intelectual [...] Terminará por formarse lo que hoy es sólo un esbozo: el autor celebridad, que será impopular y adorado a partes iguales [...] Abrirán sus puertas nuevas librerías y ofrecerán suplementos y páginas web detestables donde se promocionará el libro del mes y siempre será una basura. Habrá listas de los mejores libros del año cuando llegue diciembre, y estarán relacionadas con las editoriales y a sus estrategias de mercado. Pero también aparecerán las listas de los que no tienen nada que perder y expondrán títulos ambiciosos y difíciles de encontrar, porque también aflorarán editoriales independientes que no tardarán en posicionarse entre las de Hispanoamérica, al lado de Beatriz Viterbo, Estruendomudo y Almadía o Alpha Decay, Candaya y Periférica. Y de la confrontación entre los nuevos autores excluidos y los recién llegados grupos editoriales surgirán pequeños cercos de resistencia [...] O tal vez, amigo mío, no pase nada de esto y todos se crucen de brazos y se pongan a leer los volúmenes que acumulan décadas de retardo, hambruna de lecturas [...] Como si la cinta de esta larga película se hubiera detenido y ahora avanzara en fast-forward en un balbuceo que rechina. Se escuchará una especie de post boom tardío, una corta chispa que sacará autores cubanoamericanos con odiseas ultramarinas y sagas familiares. Desembarcarán los textos de escritores cubanos que nunca han sido publicados por editoriales nacionales, en principio llegarán como provocación, pero luego se leerán sin esa euforia primeriza y ocuparán el sitio que les corresponde y se reeditarán, aparecerán ensayos y tesis sobre estas obras y en más de un caso sus autores volverán a ese peculiar desconocimiento que es el olvido. Descansarán en paz. Los viejos sagrados querrán pasar todos sus libros a las nuevas editoriales pues consideran, erróneamente, que haber publicado en las anteriores es como permanecer inédito. Esa migración será una criba que organice la obra de su vida. Abundarán las Obras Completas, los Cuentos Completos, las colecciones de autores. Y en general serán escritores que a nadie le interesará ya leer, pero que acabarán releendo y descubriendo otras aristas, o las verdaderas que entonces lucirán más verosímiles y arriesgadas y, en definitiva, más literarias. Muchos negarán haber escrito un par de libros. Surgirán editores voraces que, por fin, comenzarán a introducirse en la obra de los autores, y a proponerles estrategias de publi-

cidad. Se adaptarán al cine. Y entonces la literatura cubana se parecerá mucho a la literatura internacional y será en definitiva un basurero contemporáneo.

Aunque no suscriba estas líneas al 100 por ciento —hay partes que me parecen demasiado optimistas, a pesar de todo— he querido compartirlas en esta mesa porque hay en ellas dos cosas que me resultan afines: una, la idea general que anima el fragmento, esto es, que la literatura —al menos la que a mí más me interesa— es una disciplina que habla del futuro, que conjuga y piensa en futuro, trabaja haciendo neurosis con el futuro, con lo que todavía no es, a pierna cambiada con el presente, y dos, la idea más explícita de la literatura como modo o modos de generar, como bien dice Osdany, *pequeños cercos de resistencia*.

Resistencia a una sintaxis, a un conjunto de ficciones transnacionales, a los usos domesticados o estandarizados del lenguaje.

Pero hay otro asunto que también sale de ahí y que en los últimos tiempos yo no he logrado sacarme de la cabeza. Se trata de la relación entre la literatura cubana contemporánea y el dinero. Me pregunto: ¿Cuánto dinero se está ganando hoy con la literatura cubana? ¿Quiénes van a ganar dinero con la literatura cubana, y cuánto? ¿Quiénes van a invertir y seguramente a perder dinero con la literatura cubana? ¿La mayor o menor rentabilidad de las poéticas, la cotización de temas y estilos, no conlleva en el fondo una discusión de carácter ideológico?

Y ahora que digo esto último, antes de terminar, me gustaría citar un breve fragmento de un cuento sobre fútbol que escribí hace un par de años, titulado “Fuera del juego”:

Hay algo que ya no tenemos, algo que se perdió en la literatura cubana, decía Frank Marcos mirando a ninguna parte, al pasado, a un horizonte utópico que se desvanecía. Perdimos el diversionismo ideológico, ¿te das cuenta? Lo fuimos perdiendo por el camino. Hoy en día se hace cada vez más difícil escribir con problemas ideológicos; dentro de poco ya ni siquiera será posible. Y si nos quedamos sin problemas ideológicos, si un día no podemos molestar a nadie con desvíos ideológicos, ¿valdrá la pena escribir?

En fin. Dejo estas cosas colgando; no sé hacer más nada con ellas.

Muchas gracias. ☺





---

## Reseñas

¿Qué tiene que ver la novela, *La infancia de Jesús*, de J.M. Coetzee con la infancia de Jesús?\*

Robert B. Pippin

Al comienzo de la novela,<sup>1</sup> después de un viaje por mar y una estancia en una especie de campo de refugiados temporal llamado Belstar, un hombre de cuarenta y cinco años y un niño de cinco están en un sitio llamado Novilla. Esas son las edades que se les asignaron al llegar, en cualquier caso, a partir de la edad que les calcula el designador. En Belstar tuvieron que aprender español, el idioma de Novilla (y el de Cervantes, un dato que será relevante más tarde),<sup>2</sup> y recibieron nombres nuevos. La novela nos dice en varias ocasiones que el viaje implicaba “limpiarse” las memorias pasadas, y aunque el hombre sí recuerda que tuvo una vida previa, y aunque sabe que fue muy distinta de la vida que lleva en Novilla, no parece ser capaz de recordar detalles, así que no sabemos nada acerca de esa vida, ni de la razón para ese viaje marítimo, ni por qué la necesidad de reasentar a poblaciones enteras. (En una ocasión dice que tiene “el recuerdo de haber tenido recuerdos” [p. 100].) El hombre ahora se llama Simón, y el nombre del niño es David.<sup>3</sup> La novela comienza cuando aparecen en su nuevo hogar, Novilla. Durante el viaje el niño se separó de su madre y Simón se ha hecho responsable de él. Una carta que el niño llevaba en

\* Traducción del inglés de Pablo Duarte.

<sup>1</sup> Todas las referencias, señaladas entre paréntesis, son a J.M. Coetzee, *La infancia de Jesús*, M. Temprano García (trad.), México, Mondadori, 2013.

<sup>2</sup> Alonso Quijano en la novela de Cervantes también adquiere un nombre nuevo, Don Quijote, y tiene más o menos la misma edad que Simón.

<sup>3</sup> Nunca se mencionan sus nombres originales. Cuando se habla de Simón es en tercera persona o como “el hombre”, y se le menciona con poca frecuencia.

un bolso colgado alrededor del cuello y que explicaba algunos detalles de su situación se perdió en el barco. (Así que, por lo menos en el caso de David, su carencia de pasado se debe a un texto extraviado, algo que será importante más adelante.) Sólo hay una mención al padre del niño (“Su padre es otro asunto” [p. 80]), pero en el contexto de la novela, no es algo inusual. Se sugiere con frecuencia y algunas veces incluso nos dicen que los padres son partes dispensables de la familia. Las madres en cambio son de suma importancia (p. 105).

Propongo que nuestra aproximación a esta novela sea a través del enfoque en tres aspectos sobresalientes que nos permitirán entenderla: los elementos principales de la trama, el contenido de las numerosas conversaciones y la intertextualidad constante de la estructura formal.

Hay tres elementos principales en la narrativa. Simón debe intentar entender las convenciones y la cultura de su nuevo hogar. Halla trabajo como estibador, pero aunque hay tecnologías modernas en Novilla —autos, grúas, electricidad y demás—, éstas no se utilizan en los muelles, y por ello a Simón el trabajo le parece más adecuado para una cuadrilla de animales que para seres humanos.<sup>4</sup> Simón, desconcertado, debe intentar entender cómo hacen sus colegas para hallarle sentido a su labor, por qué la aceptan. Su labor consiste simplemente en cargar pesados costales de grano de la bodega de un barco a los muelles. (En algún momento convence a sus colegas de utilizar una grúa con resultados desastrosos. Termina en el hospital.) Se asienta, conoce a sus vecinos, intenta ajustarse a una dieta extremadamente sencilla (casi exclusivamente pan y una pasta de judías), y se enfrasca en varias conversaciones filosóficas con distintos interlocutores.

Luego, en segundo lugar, está el elemento principal de la narrativa, una misión y sus consecuencias. Simón está abocado a encontrar a la madre de David en Novilla. Cuando lo cuestionan sobre cómo lo logrará, dado que nunca la ha visto, no tiene información acerca de la mujer y no hay razones siquiera de que está en Novilla, confiado dice que la reconocerá cuando la vea aquí.<sup>5</sup> Un día mientras camina con David, se encuentra con un sitio, La Residencia, aparentemente habitada por personas mucho más acaudaladas que los demás. (Novilla parece ser una especie de amable país socialista, y no se explica la súbita aparición de esta distinción de clase

<sup>4</sup>De hecho, el contraste es explícito; hay grandes caballos de tiro que realizan en esencia el mismo trabajo en los muelles. Los caballos, y el afecto que siente David por ellos, recuerdan de nuevo al Quijote y a su caballo Rocinante.

<sup>5</sup>Si uno quisiera hallar ecos de la religiosidad convencional del título, este “acto de fe” (siendo estrictos, un acto totalmente irracional) acerca de la posibilidad de hallar a la madre de David quizá sea uno de ellos.

y de una comunidad cercada con canchas de tenis, en la que nadie parece trabajar. Es uno de los muchos lugares potenciales de trastorno e insatisfacción que los ciudadanos satisfechos, algo bovinos, parecen aceptar sin más.) Observa a una joven de unos treinta años con sus dos hermanos en las canchas de tenis y de inmediato decide que ella es la madre de David, la madre real, la verdadera madre. Se las arregla para conocerla y le propone que acepte a David como su hijo. Ella parece ser una mujer consentida, autoindulgente, más bien quejumbrosa y desagradable, pero de inmediato acepta y se muda al departamento de Simón; y él tiene que mudarse a un almacén en el muelle. Varias veces se sugiere que la joven, llamada Inés, es virgen, y por esta y otras razones obvias, no podría ser la madre biológica de David (pp. 95, 104). (La insinuación de una madre virgen, así como el papel de cuasi José que tiene Simón, suenan como notas tenues que aluden al misterioso título de la novela. Así sucede también con la idea de la “nueva vida” y la ausencia de pasado, ya que éstas acompañan al cristianismo. Una nueva vida, nacer de nuevo, representan un escape de y un perdón por el pasado; una redención.) No obstante, Simón insiste en que ella es la madre “real”, a pesar de no cuestionar los hechos biológicos. (En algún momento, Simón explica el apego que siente ella por el niño al decir que “la sangre tira mucho” [p. 98] aun cuando no pueden ser parientes consanguíneos y es claro que Simón lo sabe.)

Y así comienza el tercer giro importante de la trama. David es un niño muy inusual, como veremos más adelante, y después de vivir un año en Novilla y verse obligado a entrar a la escuela, comienza a tener problemas. Es desobediente, subversivo, irrespetuoso o nada más raro. Cuando las autoridades intentan meter a David en una especie de reformatorio, se escapa e Inés decide escapar de la ciudad donde están y comenzar una “nueva vida” en algún otro sitio. Al final, Simón accede a ir con ellos. Viajan en el auto de la familia de Inés. David sufre un accidente y queda temporalmente ciego. Recogen a un hippie que pide aventón llamado Juan, y se dirigen en pos de un nuevo futuro. La novela termina de tal manera que parece sugerir la posibilidad de una secuela.

Hay dos características llamativas más en la novela que permiten crear un contexto, podríamos decir un contexto de ideas, dentro del cual estos detalles comienzan a tener sentido. El primer tipo de contexto surge de las muchas discusiones filosóficas. En general se enfocan en el deseo humano en distintos contextos (un tema que no es inusual en las novelas de Coetzee, especialmente en las últimas tres, si uno cuenta *Summertime* como novela), y en metafísica, especialmente en la metafísica de los números y en la relación entre el cuerpo y el alma; en breve regresaremos a ellas.

Pero antes de considerar estas discusiones, debemos apuntar algunos detalles acerca de la forma literaria. La novela está escrita en el presente histórico, y parece ser una especie de fábula, al estilo de Kleist o Kafka. Las leyes de la naturaleza no están suspendidas como en el llamado realismo mágico, así que tenemos una especie de novela realista, pero sólo después de la supuesta rectoría de una premisa irreal: que existe un país llamado Novilla habitado por completo por refugiados, y con las particularidades inusuales y apenas creíbles descritas brevemente. Una vez que esa premisa queda establecida, el resto de la narración es realista y depende mucho del estilo indirecto libre. En ese sentido, podemos decir que “el paisaje de la novela” es, en gran medida, la mente de Simón, así como Novilla.

Sin embargo, la característica literaria o formal más sobresaliente es su compleja estructura de referencias intertextuales. Hay muchas referencias a Platón (más a Platón que a nadie más, y a un tema importante y recurrente: la relación entre el ideal y lo real), a Wittgenstein, a Nietzsche, a Goethe, a Kafka, a Cervantes, entre otros. Pero la primera frase que leemos resulta ser la más obvia y la más desconcertante: el título, “La infancia de Jesús”. Al centro de esta narrativa hay un niño pequeño, y el título dirige nuestra atención hacia él. Obviamente no es el Jesús histórico, pero el título parece pedirnos que busquemos otro tipo de significado, ya que estamos cerca de la infancia de David, y el libro afirma tratar sobre una infancia. Coetzee ha dicho en una conferencia que quería publicar el libro sin título, sólo con una portada en blanco, con el título revelado al final.<sup>6</sup> Y uno puede imaginarse la sorpresa, y quizá el regocijo, del lector ante tal final —por lo menos del lector paciente y diligente que no se salta páginas—, cuando descubre que lo que parece ser una especie de alegoría o fábula en realidad es “la infancia de Jesús”. ¿Qué tiene que ver la novela resumida hace un momento con Jesús de niño?

Claro que esto es algo irónico, y podría serlo en su totalidad. Imagine que un amigo tiene un hijo cuya madre lo trata como un pequeño príncipe, que es llevado y traído a pesar de tener cinco años, a quien viste como si fuera un pequeño Lord, que ostenta tener un lenguaje privado, que cuestiona hechos obvios, que asegura ser capaz de leer la mente, que está muy preocupado por ciertas posibilidades metafísicas inusuales (como los espacios entre los números), que insiste en hacer las cosas siempre a su modo, que se describe a sí mismo como un escapista y como un

<sup>6</sup> Fue en una lectura en Ciudad del Cabo en diciembre de 2013. Este hecho se menciona en varias reseñas. Por ejemplo en la de Jason Farago en *The New Republic*, disponible en: <http://www.newrepublic.com/article/114658/jm-coetzee-childhood-jesus-reviewed-jason-farago>

gran mago, que dice que es invisible cuando no lo es, que es dado a decir cosas como, “¡Quédate, te lo ordeno!” (p. 266), y demás. E imagine que éste es sólo el inicio de ese tipo de particularidades. Usted dirá, “Dios mío, lo que has pasado”. Y su amigo responderá, “Sí, la infancia de Jesús”. Lo que su amigo quiere decir es que está cargando con un hijo que se cree el equivalente o mejor que el mismo Jesús, y lo que es peor, su madre está convencida de esta condición de cuasi Jesús. Siempre existe la posibilidad de que se nos esté queriendo hacer ver que la relación de un título, cualquier título, con la obra de ficción no es, o no tiene por que ser, una relación de “intencionalidad” referencial o histórica. Después de todo, *Pálido fuego* no es una novela acerca de una llama tenue. Quizá más al caso, la película de Bruno Dumont, *La vida de Jesús*, de 1997, tampoco tiene nada que ver con el nazareno.

Hay suficientes referencias deliberadas a los evangelios sinópticos, sin embargo, como para que parezca que hay algo más que sólo una ironía que se niega a sí misma. Simón es otro de los nombres de Pedro, la piedra sobre la que Jesús construyó su iglesia. (También quiere decir “El que ha escuchado”, una augurio de la “fe” excepcionalmente fuerte que tendrá en David.) El nombre de la mujer elegida, como si se tratara de una anunciación, para ser la madre del niño es Inés, que significa casta, sagrada o piadosa; una referencia más a su virginidad. Y lo más directo y sorprendente sucede cuando al niño le piden que pruebe que sabe leer y escribir y escribe sobre el pizarrón, “Yo soy la verdad”. Esta es una referencia muy directa a Jesús como para considerarla sólo un guiño irónico al sentido agrandado de importancia que tiene David de sí mismo. (Juan 14:6 “Soy el camino, la verdad y la vida...”) O por lo menos eso sería demasiado fácil. Quizá la ironía mayor o, en otras palabras, la ironía doble, sea que hay algo de verdad en esta proclamación de “Yo soy la verdad”. Eso es lo que quiero sugerir más adelante.

Primero debemos apuntar que la infancia de Jesús es un tema interesante en sí mismo. Si Jesús de verdad tuvo dos naturalezas, una divina y otra humana, ¿durante su vida fue tanto *completamente* humano como completamente divino? Si lo fue, ¿no quería decir esto que en algún momento fue un niño humano, y no un pequeño adulto que esperaba a que su cuerpo creciera? Y si fue un niño de verdad, ¿no habría estado sujeto a los caprichos, el narcisismo, la petulancia y los arranques de ira a los que están sujetos los niños? Y si esto fue así, y al mismo tiempo era completamente divino, ¿no habrá resultado ser un peligro, por decir lo menos, para sus compañeros de juego y para los adultos a su alrededor?

En los evangelios canónicos del Nuevo Testamento sólo hay una referencia a Jesús como niño, antes de cumplir doce años, en su famosa visita al templo. Aparece

en el evangelio según Lucas (2:49), donde se dice simplemente que Jesús “crecía y se fortalecía”. Pero hubo evangelios de infancia que no pasaron el corte, o que no lograron entrar al canon. (Puede decirse que son como la carta perdida de David.<sup>7</sup>) El evangelio de infancia, el llamado pseudo Mateo, soluciona el problema planteado al hacer que Jesús tranquilice tanto a María como a José: “No teman ni me consideren un niño; siempre he sido un hombre perfecto y lo soy ahora”.<sup>8</sup> Pero la narrativa del evangelio de infancia más temprano, el de Tomás,<sup>9</sup> tiene la relación más clara con la novela de Coetzee. En ese evangelio, Jesús es claramente un niño, o quizá un pequeño adulto vengativo, petulante e infantil. En algún momento, un niño choca con el Jesús niño, y Jesús lo mata en el acto. Otro niño lo hace enfadar y se dice que éste “se marchitó”. Y, de nuevo claramente, espejeando elementos de la historia de David, José lleva al joven Jesús con Zaqueo para que le enseñe a leer y Jesús supera y humilla al hombre hasta el punto que Zaqueo le ruega a José que se lo lleve. (Está claro que Jesús no necesita aprender a leer.) Después lo lleva a que aprenda griego y hebreo (algo que obviamente también ya sabe) y en un ataque de ira mata al maestro, aunque después lo resucita. (En la novela, David guarda el secreto de que aprendió a leer por su cuenta, y atormenta a su maestro, el señor León, hasta que éste insiste en que el niño sea echado.) Además, en el texto de Tomás, Jesús realiza milagros que son mucho más parecidos a trucos de magia que a manifestaciones piadosas, y David dice varias veces que él es y será un gran mago. Estas semejanzas no pueden ser accidentales y van más allá de la ironía, o por lo menos más allá del primer tipo de ironía algo exasperada. Si David no fuera simplemente un “Jesús” irónico, entonces en este sentido —y quizá es una ironía más— es más “realísticamente divino” y humano (“un humano concordante con su edad”) que el Jesús bíblico, “oficial”, y mucho más parecido al Jesús del evangelio de Tomás.

Hay otras referencias al Nuevo Testamento y al cristianismo. Hasta cierto punto la gente de Novilla aceptó que su travesía implica volver a nacer, “limpiarse” como en un bautismo; creen que este es un nuevo inicio. (Esto quizá nos parezca orwelliano, pero tenemos que recordar que también es un ideal cristiano, ya sea por el hecho de ser perdonado o por los pasos más radicales de nacer de nuevo o ser redimidos en la vida eterna, en una vida sin pasado.) Nunca se explica en realidad cómo es que borraron sus recuerdos, pero aparte de Simón, a nadie parece importarle, aunque todos parecen estar conscientes de que tenían memorias que ahora

<sup>7</sup> Las citas siguientes son de W. Barnstone (ed.), *The Other Bible*, Nueva York, Harper Collins, 2005.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 396.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 398-404.

no pueden recuperar. Y este hecho los asemeja a seres humanos reconocibles, como si “perder” los recuerdos pudiera relacionarse con ser indiferente a ellos, como si fuera el resultado de vivir sin preocupaciones, ahistóricamente, sin lo que Simón desea de corazón, “habitar un cuerpo con un pasado, un cuerpo empapado en su pasado” (p. 143).

Un apunte más acerca del título, éste es mucho más especulativo; para mí, “la infancia de Jesús” y el ambiente de la novela me recuerdan, en cambio, la muerte de Dios. Con esta famosa frase, nos dice Nietzsche, se refería a la muerte de los valores más altos, y asegura que viviremos ahora a la sombra de este evento durante siglos. (Pronto habrá más evocaciones de Nietzsche.) En este sentido, las condiciones del exilio que los dos deben soportar pueden tener mayor significado, una referencia no sólo geográfica sino también histórica. Nosotros también vivimos “exiliados” del viejo mundo, el mundo de la larga vida de Dios y del consenso profundo y sustantivo en torno a los valores más elevados, y ahora debemos vivir en un mundo cuyas reglas son incluso difíciles de discernir, mucho menos comprender. No tenemos una memoria viva, vital, de lo que debió de haber sido vivir en aquel mundo; nos hemos limpiado. No entendemos bien cómo o por qué nos sucedió esto, ni siquiera sabemos qué significa que haya dos historias, una anterior y otra posterior a Dios. Quizá haya un texto o una carta ausente que lo explique, o por lo menos que describa el momento de la pérdida (la carta Chandos, quizá). En este sentido, el título y la carencia de una dimensión religiosa en la vida en Novilla sugiere un nuevo acomodo para nuestro destino.

En ocasiones estas referencias están imbricadas en el texto de un modo casi imperceptible; están diseminadas “suavemente”, por decirlo de alguna manera. En algún momento, Simón intenta explicarle a David que a menos que hable la misma lengua que todos los demás (a menos que juegue el mismo juego del lenguaje, podríamos decir dadas las referencias a Wittgenstein y los lenguajes privados y el cumplimiento de las reglas), permanecerá solo y será rechazado. Le explica lo que significa ser “rechazado” al decirle “no tendrás donde reposar la cabeza” (p. 187). Es un modo extraño de describir tal soledad, uno que hace referencia a un pasaje famoso y bello en Mateo 8:20: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”. La frase se repite más adelante (p. 225) cuando Simón intenta explicar qué es ser un gitano, o qué es lo que cree que será su así llamada nueva vida. Dice, “Ser un gitano quiere decir que no tienes una casa de verdad, ni un sitio donde descansar. No es muy divertido”.

Es típico de esta novela que esta formulación sea también muy relevante para otra serie de temas entretejidos en las conversaciones, el tema de la naturaleza hu-

man y el problema de la historia. Ya que la frase de Mateo es una manera de decir que los seres humanos no tienen un nicho natural, no tienen un modo natural de ser, contrario a los demás animales. Su modo de ser depende de ellos, algo que le está vedado a otros animales. (O, en términos cristianos, nuestro verdadero hogar a fin de cuentas no está en este mundo.) Los seres humanos, en otras palabras, son gitanos ontológicos, vagan incansables a través de distintas épocas históricas y distintas formas de vida, añoran siempre más de lo que tienen y no encuentran un sitio de descanso final. O por lo menos eso es lo que son cuando están más al tanto de lo que es ser humano. Pero es una añoranza y una inquietud que pueden tener un final; los seres humanos pueden alcanzar un estado de lasitud colectiva y de indiferencia, y en un sentido paradójico, por ser humanos, pueden dejar de *ser* humanos. Novilla parece ser una especie de advertencia ante esa posibilidad. (Quizá la pregunta sobre cómo Inés puede ser la madre de David, incluso de alguna manera su madre biológica, da pie al problema filosófico más antiguo, la distinción sobre la que descansa la filosofía y tantas otras cosas más: la distinción entre *physis* y *nomos*, entre naturaleza y convención.)

Claro que esta no es una perspectiva definitiva ni final. Hay muchos otros “contextos de ideas” sugeridos por la intertextualidad en los que hay que reparar. Novilla en español se refiere a una vaquilla o una res joven, y la sugerencia de un rebaño dócil de ganado es apropiada para todas las personas que conocemos en Novilla. Esta puede ser una referencia a *Así habló Zaratustra* de Nietzsche, y su ciudad con la “vaca multicolor”, y a la descripción general que hace Nietzsche de la sociedad moderna como una “sociedad rebaño”. Porque la característica más sobresaliente de los novillanos es el tenue, casi indetectable nivel de eros que emana, apenas, de sus vidas cotidianas. Es como si existiera un modulador del deseo erótico y éste estuviera cercano a cero. Esto también recuerda la descripción que hace Nietzsche del hombre moderno por venir como “los últimos hombres, los que han inventado la felicidad, y parpadean”. La imagen de Nietzsche también es apropiada: arcos que han perdido la tensión, con los que es imposible disparar lejos la “flecha del anhelo”. Como apuntamos, en el recuento que hace Nietzsche de la crisis de nihilismo, famosamente resumida con la frase “la muerte de Dios”, la verdadera muerte que le preocupa es la del deseo ambicioso, la de cualquier deseo que aspire a “lo más alto”, más allá de las necesidades y de los placeres del cuerpo. El deseo excesivo e inútil, como la filosofía y la creación del arte y la música, son también fuente de la nobleza humana, la belleza y los genuinos valores, pero no tienen lugar en esta ciudad de los últimos hombres.



Esto sólo inicia las múltiples asociaciones de Novilla. Por ejemplo, el nombre también evoca a Novalis y a los *Frühromantik* alemanes. Esto, y el eco de “novela” en Novilla, apunta hacia las discusiones que tenían estos románticos acerca de la novela como un forma artística moderna, y la distinción que hacían entre el arquetipo y la novela moderna —¿cuál otra?—: el *Don Quijote* de Cervantes.<sup>10</sup> Es más, necesitaríamos un artículo aparte para discutir las referencias en la obra de Coetzee, especialmente al tema del padre-hijo en *Foe*, o el tema de la carencia de hogar, o a la Elizabeth Costello “ante la ley”.

Hay algunos indicios detectables de deseo erótico, pero son muy tenues. Fidel, un niño que se hace amigo de David, toca el violín y David quiere aprender música también. (Así que hay música, y una aspiración hacia lo bello, pero Simón nos dirá más adelante que para él, la música en Novilla “no tiene peso”). Un camarada de Simón en los muelles, Eugenio, por la noche toma clases de educación para adultos en filosofía. Pero nos dice que es una filosofía adecuada para Novilla, preocupada por preguntas sobre mesas y sillas, y no lo que le interesa a Simón, una filosofía que pueda cambiarte la vida. También se nos informa que la clase más popular es la de dibujo al natural con modelos desnudos, aunque todos parecen estar convencidos de que esos estudiantes sólo tienen un interés objetivo en el cuerpo humano. La sospecha posterior que alberga Simón acerca de un autoengaño a gran escala en Novilla quizá tenga algún mérito.<sup>11</sup>

Aparte de la referencia a Cervantes, también hay otra referencia literaria clara, a un poema de Goethe que después Schubert musicalizó, el poema “Erlkönig”, que David aprende a cantar en la escuela. En el poema de Goethe, que trata sobre un niño perseguido, tentado por la muerte o, en otras palabras, sobre un niño que agoniza, para la última estrofa, estará muerto. La primera es:

Wer reitet so spät durch Nacht und Wind?  
 Es ist der Vater mit seinem Kind;  
 Er hat den Knaben wohl in dem Arm,  
 Er faßt ihn sicher, er hält ihn warm.

<sup>10</sup> Está también el hecho de que Novilla es una ciudad que no es real, una no-villa.

<sup>11</sup> El autoengaño es importante porque aunque es posible que los novillanos se hayan conformado con algo de felicidad y satisfacción sin saber a qué están renunciando, es más interesante y más probable que sí lo sepan pero hayan encontrado algún modo de ocultar eso que saben de sí mismos.

O:

¿Quién cabalga tan tarde a través del viento y la noche?

Es un padre con su hijo.

Tiene al pequeño bien en su brazo

Lo lleva seguro en su tibio regazo.

Pero David, o lo aprendió mal o lo recuerda mal. Canta (pensando que es una canción en inglés):

Wer reitet so spät durch Dampf und Wind?

Es ist der Vater mit seinem Kind;

Er hat den Knaben in dem Arm,

Er futtert ihn Zucker, er küsst ihm warm.

Cambia algunas palabras (*hält* o tiene, por *küsst* o besa, en su tibio regazo) y en la última línea de “faßt ihn sicher” a como quizá le sonaba, “futtert ihm Zucker”, así que nos queda “Le da azúcar, lo besa en su tibio regazo”. El poema claro, trata sobre un padre que intenta desesperadamente, y falla, proteger a su hijo de la muerte, los Erlkönig lo distraen, lo convencen de que la muerte en realidad no va tras él, o que está ciego o huyendo de lo que el niño sabe. Así que de nuevo está ahí el tema del padre y el hijo, y ahora nos recuerda el hijo, irónicamente, las limitaciones a las que se enfrenta un padre al querer proteger a su hijo (algo que es claro incluso para Dios padre en relación con su Hijo), o sobre el límite que hay a lo que un padre puede reconocer cuando el hijo está en peligro; todo esto a pesar de que David exagera la imagen que pinta Goethe de la dependencia del hijo (uno “alimenta” o *futtert* en alemán, a un animal, no a una persona), y el nivel de ternura está intensificado (el padre lo besa, no sólo lo tiene en su regazo).

Uno puede ubicar el poema dentro de la novela del siguiente modo. El padre es un racionalista típico. No hay misterio en la muerte ni en la vida, nada demoniaco ni misterioso, nada que esté más allá de la capacidad de la prosa discursiva. Así que no puede o no quiere entender las “fantasías” de su hijo. El hijo, empero, quizá no sepa que la “muerte” es quien lo persigue (aunque en algún momento lo “hiera”), pero sabe que es algo horroroso, misterioso. O, quizá al mismo tiempo, el padre está queriendo convencerse a *sí mismo*. Aunque él es Sancho Panza y el niño Don Quijote (“ese no es un demonio, es un árbol”), queda la sensación de que su ansiedad crece conforme avanza el poema; está ante algo atemorizante que se niega a enca-

rar. Y de nuevo, este racionalismo puede ser un autoengaño, algo que Simón se pregunta en varias ocasiones acerca de la lasitud y la calma de los novillanos.

Es decir, el padre en especial no entenderá que el idioma de la muerte que escucha el niño es erótico, seductor, que la muerte puede tener un atractivo erótico. Un novillano tampoco, obviamente. Esto pone en juego el hecho de que este poema no se entendería en Novilla. Los novillanos pensarán que el literalismo del padre es obviamente verdadero, y no entenderán las imágenes eróticas. Por eso, aunque en Novilla se enseñan algunos clásicos, este poema se empieza a degradar, a corromper. No logran atinar al lenguaje —una de esas lenguas extranjeras guturales, quizá inglés— y no lo pueden citar correctamente.<sup>12</sup>

Como se dijo antes, Platón y otros filósofos tienen un papel muy grande. En un libro en el que los nombres son muy importantes y en el que se nos dice que lo son —“Y en el nombre, la esencia”, (p. 81) piensa Simón— se menciona el nombre de Platón. Pero se menciona de un modo que de nuevo trae al frente el tema de la ironía. David ha estado viendo televisión en casa de alguien y se emociona al ver a Mickey Mouse y a su perro, “Pluto”. El perro de Mickey es Pluto, claro, cualquiera de mi generación lo sabría (p. 183). En Novilla, Platón quizá tenga la misma reputación que Pluto.<sup>13</sup>

Casi todas las referencias aluden claramente a la famosa Ciudad de Cerdos en el segundo libro de *La República* de Platón. Esa ciudad es una “ciudad natural”, una en la que la burda división del trabajo puede satisfacer las necesidades humanas básicas, pero en la que no hay un exceso o un sobrante de deseo más allá de lo que da simple contento. Los ciudadanos de esta ciudad están tan satisfechos que Sócrates y sus interlocutores no alcanzan a “ver” justicia en ella. La justicia se vuelve una virtud relevante cuando hay algo que corregir o frenar o redistribuir, cuando surge la tensión más profunda en ese libro (y en la mayor parte del pensamiento político occidental), la tensión entre eros, especialmente el eros por uno mismo, y la justicia. Así que necesitan “mirar” hacia una “ciudad enfebrecida”. En la obra de Platón, el proyecto entero de construir una Calípolis más reconocible surge de la manera más sencilla, cuando Glaucón pregunta si los ciudadanos de esta ciudad no querrán especias. De esto resulta que o querrán algo que no pueden producir o tendrán algo que sus vecinos quieran. Y esto quiere decir que deben de protegerse, armarse y

<sup>12</sup> Agradezco los intercambios con David Wellbery y Derek Attridge acerca del poema y su lugar en la novela.

<sup>13</sup> En el original en inglés, David dice “It’s Mickey Mouse! He has a dog named Plato”. El personaje equivoca el nombre del personaje animado con el nombre en inglés del filósofo griego. [N. del T.]

esto significa que requerirán guardianes que sean al mismo tiempo los perros guardianes de la patria y los lobos para los enemigos. Esto echa a andar la pregunta sobre la educación adecuada de los guardianes y eso domina el libro. Novilla también es una tierra sin nada en exceso y, más explícitamente, sin especias. (“Todavía tiene que encontrar una tienda donde vendan especias” [p. 66]). Novilla no parece tener ejército, ni siquiera una policía. De hecho, como los romances que Cervantes parodia, no hay nada de política.

Hay otras referencias a Platón, por ejemplo al Fedro. Simón alguna vez soñó con un carro jalado por dos caballos —para Platón una imagen del alma y de la dificultad que tiene la razón para controlar a timos y eros, para lograr que “se muevan en la misma dirección”. (El carro de Fedro también aparece en la novela *Hombre lento* de Coetzee.) En el sueño, sin embargo, David conduce sin dificultad y nos dice que “el gesto en su rostro es uno conocido: satisfacción, quizá incluso triunfo”. Ahí está de nuevo el “Jesús” irónico. También hay un obstinado sobre el dualismo platónico (“Participamos del ideal”, le dice Simón a David, “pero también hacemos caca. Porque tenemos una doble naturaleza”). Y la teoría de las formas. El capítulo incluye una metafísica de la caca, o el modo en el que los filósofos formularían este tema según Simón: lo que él llama “la caquidad de la caca”. Puede ser que se trate de una referencia a la discusión en el Parménides cuando Sócrates se avergüenza al defender su teoría de las ideas ante los cuestionamientos de Parménides sobre la posibilidad de la idea del pedo, o del lodo o de la “mugre”, algo sucio (*rupos*).

Pero para el libro lo más importante es el relato platónico del eros, y esas conversaciones deben discutirse con mayor detalle. Después estaremos en posición para volver a la interrogante sobre el título.

El tema del eros aparece casi siempre cuando Simón intenta explicar las dimensiones del deseo sexual a gente que parece no tenerlo, y que por ello no experimenta ninguna de sus implicaciones ni consecuencias (muchas de las cuales, en Platón, se extienden más allá de la satisfacción sexual). Esto es especialmente cierto en una discusión entre Simón y Ana, la mujer a la que conocen en el centro de inducción. Los invita a un picnic con amigos pero al final sólo ellos tres asisten al picnic. Simón se pregunta si esto es algún tipo de insinuación, pero muy pronto se da cuenta de que no. Ana no sólo es indiferente, sino hostil, a la sexualidad. Le pregunta a Simón a dónde lleva el deseo humano en general. Y él le dice que lleva a “algo más que galletas saladas y un poco de pasta de judías... Me llevan, por ejemplo, al filete de ternera con puré de patatas y salsa... a un filete de ternera bien jugoso” (p. 38). Describe el país como “insulso” y continúa: “Todos los que he co-

nocido son honrados, amables y bienintencionados. Nadie dice palabrotas ni se enfada. Nadie se emborracha. Nadie levanta siquiera la voz. Viven a base de agua, pan y pasta de judías y dicen estar satisfechos. ¿Cómo es posible, desde un punto de vista humano? (p. 39).

Luego Simón intenta explicarle a Ana lo que él llama el misterio de la belleza, pero no sirve de nada. Su respuesta es tajante, cuando él le dice que la atracción sexual inspirada por la belleza es un tributo o una ofrenda para la mujer. Ella responde: “Y como tributo a mí, como ofrenda y no como insulto, quiere abrazarme y empujar parte de su cuerpo dentro de mí. Como tributo, dice usted. Estoy atónita. Todo me parece absurdo... me parece absurdo que quiera usted hacerlo y que yo pueda permitirlo” (p. 41).

Este es el tipo de resultado reduccionista que preocupaba a Nietzsche de entre aquellos que aceptan sin entender las implicaciones de la muerte de Dios y de los más altos valores.

La tensión platónica entre el eros y la justicia surge hacia el final de su conversación cuando Ana señala que si ella fuera una especie de encarnación del bien y no de lo bello, entonces él no querría “hacerme eso”. Y Novilla parece haber pisoteado o eliminado casi por completo cualquier intoxicación o raptó por lo bello, con todas sus implicaciones desestabilizadoras y peligrosas, en favor de una idea del bien algo pedestre y sin ambición —el mundo seguro, pacífico y civilizado que a Simón le parece tan insatisfactorio—. (Cuando llena una forma para ser atendido en un burdel, escribe, “Echo de menos la belleza. La belleza femenina... Me gusta la belleza, que según mi experiencia me inspira temor y gratitud...” [p. 139]).

Simón responde de un modo que parece canalizar el Simposio de Platón, cuando disputa lo que su joven amigo Eugenio le cuenta que aprendió en la clase de filosofía, un malentendido de Platón. Aprendió que ya que el amor a lo bello es a fin de cuentas amor al ideal, debemos ignorarlo o reprimir nuestros deseos por “copias inferiores” y evitar así la desilusión y la tristeza inevitables que acompañan a tal inferioridad. Pero Simón ofrece una visión sintetizada, más platónica y menos tajantemente dualista. “Si la naturaleza del deseo es aspirar a lo que está fuera de nuestro alcance, ¿por qué sorprendernos de que quede insatisfecho? ¿No te ha dicho tu profesora en el Instituto que abrazar copias inferiores puede ser un paso necesario en la ascensión hacia lo bueno, lo verdadero y lo bello?... Pregúntate dónde estaríamos si no tuviésemos escaleras” (p. 141).

Simón sí se acuesta con Elena, la madre de Fidel, el compañero de juego de David, pero carece de pasión y es demasiado formal. (“Si quieres, podemos hacerlo ahora” —dice, mientras cierra la puerta y se quita la ropa” [p. 68]). Cuando Simón

expresa de nuevo su incomodidad ante la ausencia de pasión, Elena, como Ana, expresa lo que parece ser un punto de vista bastante común entre los novillanos. Le dice: “Sin embargo, apostarí a que si mañana te ofreciese toda la pasión que necesitas, pasión a carretadas, no tardarías en echar en falta alguna otra cosa. Esta insatisfacción constante, ese anhelo de algo que echas en falta, es una forma de pensar de la que, en mi opinión, nos hemos librado. No nos falta nada. Lo que tú crees echar en falta es una ilusión. Vives por una ilusión” (p. 70).

Esta idea de la ilusión es una idea importante para la novela y volveremos a ella. Está vinculada con el único libro que Simón halla para leerle a David, la versión infantil de *Don Quijote*, y está vinculada con la cuestión de la relación entre fantasía, o quizá el arte mismo, con lo real, o con la realidad mundana. Ese es el conflicto que surge al decidir si Sancho Panza, que inevitablemente ve molinos, o Don Quijote, que ve gigantes, está en lo cierto. O por lo menos, si la pregunta puede ser planteada de manera tan directa.

Por último hay que decir que Novilla no es totalmente uniforme, y sí hay algunas manifestaciones de afecto. Existe sin duda un intenso amor familiar genuino entre Simón y David (p. 94), una caritas general entre los ciudadanos; se preocupan por y cuidan de los más. Hay gozo, y amabilidad, y camaradería. Y es cierto que también hay una subcultura erótica. No todos comparten los puntos de vista de Inés, Elena, Álvaro y Eugenio. También conocemos a un tal Emilio Daga, una especie de dandy pop que a fin de cuentas tiene una gran influencia sobre Inés y David, para enfado de Simón. Daga no está satisfecho con las mismas cosas que satisfacen a los novillanos. Cuando lo encontramos por primera vez lo vemos instigar una pelea y robar dinero. (El suceso también destaca una carencia más entre los ciudadanos, algo más que hace falta: timos, espíritu. No hay escándalo por el robo, no hay búsqueda de venganza, nadie persigue a Daga.) Pero la naturaleza del “exceso” cometido por Daga parece ser consumista, poco serio, trivial. Cuando vuelve a aparecer en la narración más de cien páginas después, fascina a David con una pluma mágica; David, al estilo de Don Quijote, la describe así: “Con una señora dentro, que parece un dibujo pero no lo es, una señora de verdad, una señora muy, muy pequeña, y cuando le das la vuelta al bolígrafo se le cae la ropa y se queda desnuda” (p. 177).

Simón describe a Daga así: “Lleva un aro en la oreja, tiene una navaja, bebe agua de fuego. Tiene una novia guapa. Tiene a Mickey Mouse dentro de una caja. No sé cómo hacer que el crío entre en razón. También ha cautivado a Inés” (p. 185).

Así que hay otra interrogante que plantear: el significado de esta afinidad natural entre David y Daga. ¿Es algo más que el interés de un niño por un personaje exótico con tan poco respeto por las reglas como David?

Hay muchas más discusiones de filosofía que no nos da tiempo de aislar y considerar a la luz del propósito literario de la novela. Este, por ejemplo, es el resumen que hace Simón del problema que representan las matemáticas para David. La cuestión intelectual o teórica es mucho menos importante para nuestro propósito que el hecho de que Simón, quien ha dado voz a una probidad y un realismo al estilo de Sancho Panza ante David, ahora lo defienda.

Acerca de David, dice:

Es como si los números fuesen islas que flotaran en el vasto y negro mar de la nada, y cada vez le pidiesen que cerrara los ojos y se lanzara al vacío “Y si me caigo? —pregunta siempre—. ¿Y si caigo y no paro de caer jamás?” Tumbado en la cama en plena noche, yo mismo podía jurar que estaba cayendo en el mismo hechizo que tiene encandilado al niño. “Y su pasar de uno a dos es tan difícil —me preguntaba—, ¿cómo podrá pasar del cero al uno?” De ninguna parte a algún sitio: parecía requerir un milagro cada vez (p. 243).

El tema numérico esta conectado con un rumor wittgensteiniano soterrado que recorre la narrativa: el argumento del lenguaje privado (p. 183), el problema de seguir las reglas, la naturaleza del conocimiento matemático. (Es claro que hay un vínculo estético y quizá filosófico entre austeridad, precisión y contención en la prosa de Coetzee y la austeridad conceptual, el minimalismo y la tonalidad “indistinguible” del Wittgenstein del *Tractatus*, entre el modernismo estético y filosófico, podría decirse.) También hay un debate acerca del sentido del trabajo (pp. 114-118), acerca de si la historia es real, acerca de la naturaleza del valor, si es que existe una naturaleza humana; con frecuencia Simón revela sentimientos fatalistas, y aún hay más.

Pero quizá tenemos suficiente para volver a la pregunta sobre el título y la infancia de Jesús. Evidentemente no estamos en Nazaret, ¿dónde estamos entonces? Hoy en día, nuestra inclinación inicial sería pensar que estamos en algún mundo postapocalíptico, y que por alguna razón Novilla y tal vez unos cuantos otros lugares son las únicas regiones habitables. El escenario entonces puede ser nuestro futuro distópico, o tal vez nuestro futuro utópico. También es posible que los personajes estén muertos y en el inframundo o en el paraíso o en un sitio transicional. En Novilla la gente también muere, aunque el viaje que emprenden al morir es descrito en términos que se asemejan al viaje que Simón y el niño han emprendido para llegar allí. Cuando Simón le explica a David la muerte de Marciano, dice, “Marciano no quiere que lo salven, ni que lo devuelvan a esta vida... Probablemente esté cruzando el mar en este mismo momento, deseando

iniciar su otra vida, empezar de nuevo, limpio” (pp. 156-157). Los muertos pueden ir a un sitio transicional para reencarnar y, con todas las referencias a *La República* de Platón, quizá lo que se sugiere es la elección de una nueva vida en el Mito de Er.<sup>14</sup> En algún momento, Simón dice a David, “Después de la muerte siempre hay otra vida. Lo has visto”. (Quizá se refiera a que murieron o a que David ha visto que una nueva vida es posible después de la muerte o a la desaparición de su madre, incluso una nueva vida con una nueva madre.) Y continúa, “Somos como las ideas. Las ideas nunca mueren”.<sup>15</sup>

Todo esto puede sugerir una alusión aún más tenue. Hay algo en el viaje de Simón y David que se asemeja al pasaje de Virgilio y Dante por los reinos de los muertos en la *Divina Comedia*; en el caso de Novilla, los muertos de espíritu. Como dijo Hegel de esos reinos dantescos en sus *Lecciones sobre la estética*, ahí los muertos viven vidas sin ningún cambio porque ya no tienen historia; viven en un permanente *nunc stans*. Pero así como Dante permite que sus personajes introduzcan novedades, que traigan noticias frescas de los vivos para Farinata y Cavalcante de Cavalcanti por ejemplo (ambos se disgustan, y su experiencia cambia), es posible decir que Simón y David introdujeron novedad, la materia de la historia a Novilla. Hay tal estasis en Novilla porque es un lugar sin amor en todos sentidos. Es el amor que sienten Simón e Inés por David lo que propicia su pequeña revolución, su ilusión de tener un nuevo comienzo, una resistencia a la repetición estática que se asemeja a la rebelión erótica de Dago, pero mucho más sustanciosa, más generosa.

Quizá lo más sensato sea decir que están en el que podría ser nuestro mundo, en el que se podría convertir, o en el que se ha convertido. Podría ser todo eso pero también una especie de muerte, en el sentido al que se refiere Nietzsche cuando dice que el alma puede morir mucho antes que el cuerpo. Bien podría ser un ideal que, en nuestro mundo sin duda animado eróticamente, violento y caótico, proyectamos como alternativa. De nuevo, ecos de Platón: éste sería el ideal de Céfalo en el Libro Primero de *La República*, cuando cita a Sófocles y elogia la vejez como un escape de “una multitud de furiosos tiranos”. Pero quizá todo lo que debemos decir es que es un mundo reconocible y humano, aun cuando sea extremo de tal modo que, como dice Simón, echa luz sobre lo que falta, sobre el eros y sus males-tares, sobre sus misteriosos ires y venires en la vida humana y sobre su papel como una “escalera” hacia algo más elevado. Esto quiere decir muchas cosas: el anhelo

<sup>14</sup> Gracias a Nathan Tarcov por sugerir esta posibilidad.

<sup>15</sup> Véanse también pp. 101, 123, 127, 145.



de algo más que satisfacciones corporales, el anhelo de lo bello, de la filosofía, del autoconocimiento, con todo lo impredecible, la insatisfacción y la infelicidad que puede traer consigo. A través de su ausencia podemos ver mejor ese anhelo y lo que entraña, del mismo modo que la ausencia de justicia en la Ciudad de Cerdos de Platón nos muestra dónde debemos buscarla.

Señalé brevemente que en ese mundo, Simón cree cada vez más en David, cada vez tiene más fe en él, admira la vehemente negativa de Inés a permitir que el Estado envíe a David al reformatorio. Para el final de la novela, David invita gente, como Juan —el personaje semejante a Juan el Bautista que conocen en el camino—, y al doctor que le revisa los ojos, a que se unan a su nueva vida, como hizo Jesús al llamar a Mateo y otros, y da otras órdenes, y Simón, a pesar de la leve protesta ocasional, está de acuerdo con todo y defiende a David y sus ideas cuando es necesario.

Así, para decirlo todo de una vez, una de las muchas ironías que incluye el libro es que David sí los “redime”; él *es* su redentor, su salvador, los saca del hoyo. (En un giro irónico más, no los salva del pecado, sino de la ausencia de pecado.) Los tres no se acomodan a comer pan con pasta de judías y alguna fruta, a realizar trabajos embrutecedores, a procrear sin pasión, a escuchar música sin peso, una vida en el rebaño de vacas contentas, y todo gracias a David. Viajan hacia Estrellita, que anuncia un nuevo tipo de natividad, y todos ellos creen que alcanzarán esa nueva vida, incluso una nueva forma de vida. De hecho Simón, quien por lo menos recuerda que tiene recuerdos y por lo mismo es el único insatisfecho, está en perfectas condiciones para esta nueva fe en David. Ya inició el proceso que lleva a esta ruptura al insistir, de hecho, que hay una manera en la que Inés podría ser la “madre real” de David, pero esa manera no es biológica.

Esta nueva vida, juntos en la defensa de David, implica un tipo de fe que requiere la participación de una especie de fantasía, pero también plantea la pregunta de si el comentario más interesante por hacer acerca de una fantasía, por lo menos en ciertos contextos, es que es literalmente falsa. Cuando leen juntos la versión infantil de Don Quijote —una versión infantil que preserva las cualidades autorreferentes y metaficcionales del original— la conversación entre Simón y David se reduce a los intentos de Simón por convencer a David de que en la narrativa Sancho Panza está en lo cierto y Don Quijote se engaña; no hay gigantes, el Quijote no descendió a la tierra. (Novilla está llena de Sancho Panzas —sin el humor— y David es el único Quijote.) En el contexto creado por la novela, sin embargo, esto equivoca el sentido de la empresa del Quijote. Recuerda un poco el literalismo de Ana y su concepción del papel que tiene lo bello en el romance, como si la verdad detrás de

las fantasías del arrebato, las ofrendas y los tributos fuera “quiere abrazarme y empujar parte de su cuerpo dentro de mí. Como tributo, dice usted”. Recuerda las atenciones utilitarias de Elena para con Simón, y la versión de Eugenio sobre la filosofía como una serie de acertijos y como una especie de ascetismo. Quizá tenemos suficiente para decir que en tal contexto, insistir en que el Nuevo Testamento es literalmente falso está al mismo nivel que el mismo equívoco que hay en insistir que es históricamente cierto. Cuando Simón dice que está hambriento de belleza femenina, no sólo es obviamente irrelevante señalar que uno no puede comerse tal belleza, así que uno no podría estar hambriento de ella, pero también uno equivoca el punto si traducimos esa aseveración y pensamos que simplemente se refiere a que le gustaría mirar mujeres bellas. Lo que quiere decir y la razón por la que lo dice de este modo es la pregunta que está siendo planteada constantemente por la novela. Quizá tenemos suficiente para sugerir que las reseñas perplejas de este libro de Coetzee fallaron en percibir este punto, lo mismo los reseñistas que insisten en que lo que se describe no podría suceder, que no es “realista”. (Este punto se une también a la pregunta mayor, el propósito literario de la compleja intertextualidad en la novela. ¿Por qué tantos eventos y diálogos de la novela son ya una reflexión o un eco o una alusión a algún texto literario o filosófico? Obviamente esta pregunta está a la par con: ¿qué puede significar que esta novela pueda, deba ser titulada *La infancia de Jesús*, como si fuera una especie de comentario acerca del inicio o la fuente de eso que “Jesús” ha llegado a significar? Volveré a este asunto al final.)

Esto no quiere decir que se nos orille a “ponernos del lado” de Don Quijote, a regodearnos y a actuar en función de nuestras fantasías, o simplemente a creer las aseveraciones fantásticas de David, creer en sus actos fantásticos. No creemos que haya un país llamado Novilla en el que todos, sin importar cuál sea su lenguaje materno, deban hablar en español, pero tampoco creemos que contar esta historia sea un ejercicio de fantasía sin sentido.

Esto apenas toca la pregunta de si la novela, en la medida en que es un tipo de fantasía, en especial si es una novela fantástica, debe ser considerada no sólo una forma de pensamiento (una manera distinta de entender la naturaleza del deseo humano, digamos) sino una forma de la verdad. Pero estoy convencido de que este libro notable nos regresa a esa pregunta.

He sugerido, al principio, que la referencia a la infancia de Jesús es irónica, una referencia a las pretensiones de grandeza de David e Inés, y sugerí que esa es una doble ironía, porque David es más parecido a un infante que también es divino (en el sentido platónico de inspirado e inspirador, trascendente, así como un animal humano), que el Jesús bíblico, y porque es en un sentido una especie de redentor.

Pero todo esto está sujeto a una tercera ironía o a un tercer nivel irónico. *No habrá un nuevo inicio en Estrellita*. (¿Simón ha “lavado” de algún modo su previa añoranza de un “cuerpo empapado en su pasado”, no un nuevo comienzo? ¿Se ha convertido en novillano?) El final de la novela hace eco de su comienzo, y nuestros tres héroes sin duda volverán a lidiar con los burócratas pasivo-agresivos de Novilla una vez más. Pero, de nuevo, ese no es el punto

Cuando David pregunta qué es lo que harán en Estrellita, lo único que puede decir Simón es que de nuevo buscarán el Centro de Reubicación y dirán “Buenos días, somos recién llegados y estamos buscando un sitio donde quedarnos”. David pregunta con toda razón, “¿Y?” Simón sólo puede responder “Ya está. ‘Estamos buscando donde quedarnos, para empezar nuestra nueva vida’.”

Pero la creencia en una vida nueva, una vida distinta a la de Novilla sin duda no se trata con ironía. Tal creencia es una expresión de lo que importa, y a todos les importa de modos distintos no estar encadenados a su pasado, volviéndolo a vivir, apesadumbrados siempre por él. Pero la importancia en cualquier caso surge y se agota en el dominio de la imaginación, un dominio enredado de belleza, fantasía, deseo, anhelo y, como aquí, esperanza enfrentada a la esperanza; así como un dominio de narcisismo, autoindulgencia, sordidez, impulsividad. A Inés la cautiva *la imagen* de sí misma como madre, no la evidencia biológica. No existe tal evidencia, y su decisión no es producto de la reflexión. Pero Simón, en una última ironía, ha tenido razón. Ella *es*, se ha convertido en, su madre “real”. Quizá sea más preciso decir, por toda la ironía y los elementos fantásticos de la trama, nosotros, los lectores “creemos en” Inés y en David y en Simón. Queremos que David escape del reformatorio, creemos en lo mucho que Simón extraña a David cuando Inés se hace cargo y creemos en el amor de Inés por, y en su defensa feroz y total de David. Creemos, podríamos decir, en la realidad creada por la gran literatura y *La infancia de Jesús* de Coetzee sin duda se cuenta entre la gran literatura.

Este asunto de la literaridad da pie a un último apunte muy especulativo acerca de la intertextualidad. Hemos visto que mucho de lo que sucede y de lo que se dice en la novela es un eco o resuena en algún otro texto literario o filosófico. ¿Cuál es el sentido de atar la novela a estas fuentes? Escuchamos que en la ficción “post-moderna” es un signo de que lo que tomamos por real es siempre, en realidad, textual; no compuesto literalmente de palabras impresas pero inaccesible en sí mismo. No podemos escapar nunca del juego del lenguaje y el texto, nunca tenemos *hors de texte*; el pretendido de la referencialidad genuina siempre puede ser deconstruido. Pero en la novela de Coetzee, el punto de esta característica forma me parece ser el opuesto. Es *en* el mundo interanimado del pensamiento y las letras donde

se halla esa realidad que vale la pena conocer. (Es un *non sequitur* común pensar que porque el mundo sólo es inteligible como una imaginación o una representación, entonces el mundo, con el que nos tenemos que conformar, consiste de imaginaciones y representaciones.) Más bien, lo que es ficticio, incluso ilusorio, es la concepción de la llamada realidad de la que estos esfuerzos de construcción de sentido han sido “sustraídos”.<sup>16</sup> Es también una concepción de lo real mucho más artificial y construida, y no es para nada “genuina”. El mundo hallado sin la inspiración de un eros “divino”, y sin los esfuerzos de la imaginación por entenderlo y vivir en él, *es* el mundo de Novilla, tan irreal como el realismo literalista de Ana. Hay un pasaje en *La gaya ciencia* de Nietzsche que menciona este punto muy bien. Me parece que fue escrito en anticipación de *La infancia de Jesús*: “Sin aquel arte [...] viviríamos por entero bajo el hechizo de aquella óptica que hace aparecer lo más cercano y vulgar como enormemente grande y como la realidad en sí misma”.<sup>17</sup>

Una historia con mancha: *La casa del dolor ajeno*, de Julián Herbert

Carlos Manuel Valdés

Son ya demasiados los casos de motines populares que toman la ley en sus manos y asesinan de manera brutal a personas a las que habían confundido con robachicos, violadores o secuestradores.

El libro que reseño habla de algo todavía más infame: entre los días 13 y 15 de mayo de 1911 un gentío asesinó a 303 chinos en Torreón. Grupos enfurecidos de revolucionarios maderistas y ciudadanos de esa y otras ciudades contiguas liquidaron bestialmente a civiles chinos sin otra justificación que su propia frustración y estupidez. Julián Herbert, con *La casa del dolor ajeno* ingresa al mercado de la lectura en un momento adecuado para hacernos reflexionar acerca de la ética, la ley, la tolerancia, el racismo, los usos del poder y la barbarie.

<sup>16</sup> El *locus classicus* filosófico para este argumento es la introducción a *La fenomenología del espíritu* de Hegel, donde critica la idea del conocimiento como un instrumento, o una pantalla, o un filtro. También es una premisa crucial en la obra temprana de Heidegger. Véase también este pasaje en Nietzsche sobre la idea de “sustraer” nuestra contribución al conocimiento de la verdad: esto sería como exigir “un ojo que de ninguna manera puede ser pensado, un ojo carente en absoluto de toda orientación, en el cual debieran estar entorpecidas y ausentes las fuerzas activas e interpretativas, que son, sin embargo, las que hacen que ver sea ver —algo—, aquí se nos pide siempre, por lo tanto, un contrasentido y un no-concepto de ojo”. *La genealogía de la moral*.

<sup>17</sup> F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, J. Mardomingo (trad.), Madrid, Edaf, 2002, pp. 148-149.

Fue idea de Miguel de Cervantes declarar que la historia es madre de la verdad; idea que incrustó en *El Quijote*. La frase fue utilizada por Borges en forma de burla en uno de sus mejores cuentos. Pero la reflexión viene de muy lejos, justamente de Heródoto, que fue quien bautizó el oficio de compilador de datos del pasado bajo la palabra historiador hace veinticinco siglos. Calificó con el término griego *istoria*, que significa “encuesta”, al afán por recoger hechos idos y con el de *istor* a quien la ejerce, que quiere decir “el que sabe”, así que reunió en el concepto a la faena con la persona que la realiza.

No tardó mucho tiempo para que surgieran historiadores que empezaron a distanciarse del creador de ese novedoso quehacer. Y fue justamente Tucídides, autor de *La guerra del Peloponeso* el que rompió con las ideas que en su tiempo eran moneda corriente. Creían que todo lo que sucedía y lo que pasó antes fue planeado por designio de los dioses y, por lo tanto, un historiador nada más debería coleccionarlo y justificarlo. Se decía a los habitantes de una ciudad o una nación lo que se consideraba positivo, su grandeza, sus mitos fundacionales y se coronaba con laurel a sus grandes hombres. Tucídides destruyó esa tendencia providencialista cuando escribió la historia de un pueblo justo, inocente, víctima de quienes querían imponerle su voluntad y que fue duramente castigado y diezmado por quienes deseaban acrecentar sus dominios. Dijo que esa guerra fue ganada por los poderosos, los que tenían más y mejores armas y los que establecieron la estrategia más inteligente. Dejó ver que a menudo pierden la guerra los que tienen de su lado el derecho, la justicia, la razón o, también, el beneplácito de los dioses. De esto se deduce que hace dos y medio milenios Tucídides echó por tierra un relato con dedicatoria, etnocéntrico, complaciente, agradable a los vencedores.

El historiador debe buscar la verdad, independientemente de que ésta sea o no agradable a quienes deberán conocerla. Y aquí regreso a la lengua griega que concibe la verdad no como algo que se declara como tal sino algo que está encerrado, oculto, cubierto, por lo cual debe quitársele el velo para descubrir lo que está tapado (*aletheia* = *alfa* privativa y *letein*: esconder; o sea, sin ocultar).

Uno de los buenos historiadores de la corriente de los *Annales*, Paul Veyne, propone franca y tranquilamente que se hace historia con tres elementos: documentación, una buena teoría y erudición. Es verdad que esto podría parecer pretencioso pero aunque lo fuese deberá tenerse en mente como un ideal. Y en lo que toca al libro de Herbert considero que tiene una magnífica documentación conformada por libros, datos de archivo, observación de campo, entrevistas y querellas. En cuanto a teoría, hay un trasfondo teórico evidente en el libro aunque no asome por ningún lado una orientación específica, pero es seguro que la hay. Y el tercer ele-

mento que Veyne exige de un historiador es la erudición, cosa que brota en las páginas de *La casa del dolor ajeno*. Quiero definir ese aspecto aplicándole al autor una frase que le robo a Augusto Monterroso: “es inevitable que la literatura no se hace con inteligencia sino con talento”. ¡Y vaya que hay talento!

Desde otro punto de vista no sé si poético, radical o provocativo, Paul Valery, el bardo francés que engendró la calificación “poetas malditos”, lanzó la terrible y conocida expresión que cobró vida independiente transformándose en aforismo: “La historia es el más peligroso producto elaborado por la química del intelecto. Sus propiedades son bien conocidas: hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, exagera sus reacciones durante el reposo, los conduce al delirio de grandeza o de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas”. A su manera, Friedrich Nietzsche escribió que de lo que se trata es de dejar de hacer historietas para hacer historias.

Se preguntarán si acaso todos los historiadores valen lo mismo puesto que todos buscan la verdad. Que busquen o no la verdad es algo difícil de averiguar, pero además de una proposición de orden intencional deberían mostrar pasión y simpatía que hagan vibrar tanto a sí mismos cuanto a sus lectores. Digo esto a propósito, porque simpatía o empatía quieren decir “vibrar con...”. Apenas salió a la luz *La casa del dolor ajeno* y ya hubo quienes calificaron el libro como patético: quizás no lo saben, pero el vocablo *patético* implica que es conmovedor, pero de ninguna manera catastrófico.

Traigo a cuento todo esto porque el libro me condujo a repensar en la utilidad del oficio del que vivo. Escuché otras interpretaciones banales, malévolas y, sin la menor duda, ignorantes que se restringen a buscar una intencionalidad autoral en referencia a una suerte de altercado callejero que tiene por objeto golpear a los actuales habitantes de La Laguna. Yendo en contra de tales reduccionismos, me parece que debe leerse el libro como consejo a mis alumnos que hagan con los manuscritos: la primera lectura ingenua, otra anotada y la tercera analítica para tener una opinión calificada sobre un texto. De ese ejercicio brotaron ideas que expongo enseguida, no sin antes advertir que pueden deslizarse mis consideraciones subjetivas porque, evidentemente, no puedo ocultar que tengo una formación determinada, filias y fobias y, por encima de todo, un enorme aprecio por el autor.

Una primera pregunta que me hice fue ¿por qué escogió un tema álgido, triste, vergonzoso, apabullantemente violento e inhumano como tema de estudio? La respuesta que tengo la tomo prestada a Søren Kierkegaard, que la escribió hace casi dos siglos: dijo que no hay historia del pasado, sino que toda historia es historia del presente y se refiere al presente. De acuerdo con el filósofo danés podemos apun-

tar, sin ningún reparo, que retomamos temas del pasado porque algo nos duele en el panorama actual del país. Si nos interesamos en la historia de género es porque constatamos que las mujeres continúan siendo menospreciadas. Si estudiamos a los indios muertos es porque los vivos subsisten en condiciones miserables. Si nos asomamos al horizonte de la destrucción del medio ambiente en los siglos que anteceden es porque todavía soñamos con recuperar nuestros últimos reductos de bosques.

*La casa del dolor ajeno* es un escrito ejemplar que parte de varias experiencias de escritura de Julián Herbert como es la novela, el ensayo y la poesía a las que ahora mezcla la entrevista, el relato y el reportaje. El vagabundeo entre varios de los géneros, cada uno con sus fronteras, es muy productivo, pero hay que tener talento para no hacer el ridículo al emplearlos.

Exhumar a 303 muertos que nunca se enteraron de las razones de su mala estrella sería algo sospechosamente cercano al masoquismo, sobre todo porque los asesinos han sido protegidos por un velo que cubrió su crimen durante un periodo largo en años. Si añadimos que no murieron en una guerra ni como miembros de una pandilla por sus enemigos jurados sino porque vestían diferente, hablaban otra lengua, hacían trabajos que acá se reservaban a las mujeres, tenían ojos semicerrados y piel amarilla, y usaban trenza. ¿Se les mató por ser diferentes?, sí, en parte. Los chinos venían de fuera, por lo tanto no eran parte de *nosotros*.

Podría pretenderse que hubiese sido mejor recomendar al autor que siguiera el consejo evangélico: “dejad que los muertos entierren a sus muertos”, pero sería tergiversar el mensaje de Cristo. No es justo que los asesinos descansen en paz. Por lo que sabemos, y nos lo dice este libro, la mayoría de los verdugos de los chinos nunca fueron castigados. Ahora sabemos sus nombres.

La gente de Torreón, con la excepción de unos cuantos, ha creado y justificado durante un siglo un imaginario que atribuye a Pancho Villa la masacre gratuita de los chinos. Es tan inocente y tan penoso ese imaginario que, para referirse a los exterminados, los taxistas y no pocos empresarios actuales los nombran en diminutivo “los chinitos”. A la masacre a la que Herbert denomina “pequeño genocidio en La Laguna” se le ha encontrado un asesino para expulsar de la mente la culpa y el suceso: Francisco Villa. Los asesinos fueron los maderistas y el tabú del apellido Madero contagió a todos los oportunistas para privarse de un pasado incómodo porque junto a los maderistas estuvieron habitantes de Torreón, Viesca, Matamoros, Lerdo y Gómez Palacio matando inocentes.

Ese imaginario funcionó para inventar un malhechor. Hay otro imaginario que es positivo. Uno de los culpables del horrible hecho fue Emilio Madero, y lo fue

por su incuria, su falta de carácter y su indolencia. En cambio, su hermano Francisco Ignacio Madero aceptó la exigencia de la República China de pagar una indemnización justa. Se dice que cuando Francisco Madero se enteró de la matanza lloró. Ignoro si esto es cierto (no aparece en el libro pero lo leí hace muchos años).

Es un libro necesario y lo es porque el momento por el que atravesamos lo requiere y porque los muertos piden resucitar, aunque sea junto a sus homicidas.

Quiero añadir que el genocidio no tuvo una gran repercusión en la conducta de los mexicanos porque posteriormente los clubes antichinos se registraron abiertamente y fueron muy activos. Los hubo en el Distrito Federal, Baja California, Sinaloa, Sonora y otros lugares. Pero en el estado de Coahuila todavía en 1924 apareció en los periódicos locales una “Liga antichina” en San Pedro de las Colonias. Así que no hubo arrepentimiento, por lo tanto no debe haber perdón (para los de la época).

No me impactó el libro; me conmocionó. Todos deberíamos leerlo y comentarlo, lo cual no nos eximirá de un enorme malestar, pero al menos no seguiremos creyendo que los coahuilenses somos seres angélicos dotados de una historia sin mancha. ❌

Julián Herbert, *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*, México, Random House, 2015, 304 pp.



## Las “novelas de voces” de Svetlana Alexiévich

Philippe Ollé-Laprune

La entrega del premio Nobel de Literatura de 2005 llamó la atención de los observadores sobre dos temas: la antigua URSS y la escritura narrativa de no ficción. El nombre de Svetlana Alexiévich reaparecía cada año cuando se evocaban los posibles laureados de la prestigiosa recompensa, pero su obra, si bien inspiraba cierto respeto, seguía padeciendo una distribución restringida, sobre todo en español. Es cierto que escribir en ruso, desde el exilio, libros duros y llenos de horror, no ayuda a forjarse un nombre. El anuncio de este premio ha suprimido la marginalidad en la que Alexiévich se encontraba confinada de manera injusta.

Ella ha escrito y publicado tan sólo seis libros: cada uno le toma años de investigación y de entrevistas, más la escritura y el montaje consistente de un trabajo minucioso y preciso. Se estima que para cada uno de ellos ha entrevistado a más de quinientas personas. Ella cede la palabra a los testigos, conservando así el poder de las palabras espontáneas. Ella dice que “los rusos saben hablar del sufrimiento” y toda su obra es prueba de esto. Trabaja sobre temas de ruptura, como la guerra en Afganistán, adonde ella fue para constatar el marasmo del ejército soviético, o la catástrofe de Chernóbil, en donde describe el universo pesadillesco que este evento provocó. Le puso un subtítulo: “Crónica del mundo después del apocalipsis”, y las anécdotas ensambladas con fino orden encuentran un lugar y una coherencia que le dan al conjunto una fuerza que impresiona al lector.


Ha relatado su infancia, en donde las imágenes aterradoras de la realidad provocan una tolerancia, una banalización de la atrocidad, que le per-

\* Traducción del francés de David Miklos.

miten conservar la calma ante un mundo repugnante. Ella crece sacando cuerpos de bebés de sus casas y embalándolos en toneles durante el invierno, para que el frío los congele. Llegada la primavera, uno por fin puede remover la tierra para darles sepultura... Alexiévich puede escuchar los relatos más repulsivos, aquellos que provocan pesadillas y fortalecen el espíritu... “En la literatura el verdugo es igual de interesante que la víctima”. Con estas palabras nos dice dos cosas: por un lado, que se mantiene del lado de la literatura porque sólo una escritura trabajada y reflectiva es capaz de restituir el lado más intenso de la moral y el juicio. Ella constata, ella regresa a las ilusiones y no tiene más que una esperanza: darle su justo peso a esa pequeña parte de humanidad que todos los seres tienen en sí, pese a las circunstancias más oscuras.

Svetlana Alexiévich vio desplomarse un mundo: la URSS. Ella buscó conocerlo, darle vida a aquello que la historia mandaba al olvido. En *La guerra no tiene un rostro de mujer* reunió el testimonio de mujeres que lucharon como soldados del ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial. Con dulzura, cuenta las anécdotas más terribles que hablan del valor de los elementos femeninos del cuerpo armado. Por ejemplo, ofrece los detalles de las mujeres francotiradoras, mucho más pacientes y eficaces que sus pares masculinos... Su obra más reciente muestra el final de una forma de ser en el mundo: el *homo sovieticus*, el habitante de la URSS que vio su cosmos dar un vuelco velozmente y aceptó sin pestañear el capitalismo... ella tiene la obsesión con dicho mundo y ha aprendido a compartirla.

El término de no ficción perdió fuerza después de Capote. Todos aquellos que escriben sin el recurso de la imaginación, ¿pueden acomodarse en cómoda etiqueta? Pongámoslo en duda. Alexiévich no tiene nada que ver con un Magris o un Sebald, quienes están habitados por este deseo: crear un relato sin ficción. No se le puede llamar cronista o reportera porque, si bien ella recurre a las herramientas de dichos géneros, le da a sus textos una disposición y una consistencia alejadas de estas formas de expresión. Ella misma ha resuelto el problema de la definición de su trabajo al nombrar a sus obras como “novelas de voces”. Aprendamos a leer esta literatura que se inclina más del lado del que escucha que del que impone su autoría, si bien Alexiévich nunca renuncia a su rol asumido de organizadora de las palabras de los otros. Construye su propio texto gracias a las palabras de los

testigos hallados, pega los relatos según su propio ritmo y la construcción deseada, y añade sus sentimientos y reflexiones con un tono calmado y personal que se impone al centro de estas imágenes atormentadas. "Novela de voces". ¿Una forma de escritura cargada de futuro? 



---

# Correspondencia\*

México, D.F., 3 de septiembre de 2015

Estimado Director Jean Meyer:

Como lo entiendo, el número de septiembre de la revista *Istor* contiene elementos de propaganda antiturca.

Permítame hacer las siguientes observaciones.

Turquía y Armenia son dos países vecinos. Por lo tanto, deberían intentar resolver sus diferencias y establecer buenas relaciones de vecindad en la región en la que estarán juntos para siempre.

Existen cuatro temas irresueltos entre Turquía y Armenia.

1. Deben encontrar un entendimiento común de los sucesos que ocurrieron durante la Primera Guerra Mundial.
2. Armenia debe reconocer oficialmente la frontera entre Turquía y Armenia.
3. Armenia debería dejar de referirse a Anatolia Oriental como Armenia Occidental. Por lo tanto, Armenia debería abandonar todos sus reclamos territoriales hacia Turquía.
4. Armenia debería ponerle fin a la ocupación de 20 por ciento del territorio de Azerbaiyán.

Me gustaría examinar el término “genocidio”. Este término se introdujo a la ley internacional con la Convención para la Prevención y Sanción del

\* Traducción del inglés de Agnes Mondragón Celis.

Delito de Genocidio en 1948. Esta convención entró en vigor en 1951. De acuerdo con el principio general del derecho, no tiene validez para el pasado. Por lo tanto, el término “genocidio” no puede utilizarse legalmente de forma retroactiva.

Sin embargo, estamos conscientes de que ciertos armenios ultranacionalistas que actúan con sentimientos de venganza y odio en contra de los turcos buscan crear una excepción a esa regla con respecto a los sucesos de 1915.

Aun si fuera posible aplicar esto al pasado, no es posible definir los sucesos de 1915 como un genocidio. Lo que sucedió en 1915 aún debe ser investigado y evaluado a la luz de la ley internacional que existía entonces. Este suceso no constituye un genocidio en ningún término, puesto que no tenía como fin asesinar o exterminar a armenios. Si el objetivo del Imperio Otomano hubiera sido asesinar a armenios, lo habría hecho de inmediato.

De hecho, uno debe recordar que muchos funcionarios otomanos fueron llevados a juicio en tribunales otomanos y británicos, y castigados por su conducta dolosa durante la ejecución de la orden de desplazamiento.

Supongamos que la Convención sobre el genocidio de 1948 puede aplicarse al pasado. La cuestión se convierte, entonces, en que si uno elige utilizar este término para sucesos pasados, también debe determinarse qué tan lejos se debe ir en el tiempo. Por ejemplo, el exterminio de los pueblos herero y nama en Namibia, a manos de los alemanes, y la tragedia charrúa en Uruguay son dos ejemplos que se ajustan bien a la terminología contemporánea de genocidio. ¿Qué hay de la sangrienta historia de conquista en América Latina?

¿Sería posible para ellos utilizar los mismos criterios para los cátaros, exterminados en el sur de Francia siguiendo las órdenes del papa Inocencio III, para las historias de conquista en América Latina o para las Cruzadas contra los musulmanes?

Sin saber lo que realmente sucedió en 1915 y sin responder todas estas preguntas, es muy fácil seguir la distorsionada línea de pensamiento armenia y acusar a los turcos.

Después de haber hecho este argumento legal, que es necesario en un círculo académico, debo enfatizar que los alegatos de los armenios nunca se han probado objetiva o legalmente. No hay decisión alguna de un tribunal

u organismo internacional que califique los sucesos de 1915 como genocidio. Debo reiterar que esos sucesos ni siquiera corresponden con el término contemporáneo de genocidio. Esos sucesos son parte de la Primera Guerra Mundial.

Permítame aclarar el asunto.

Los sucesos de 1915 en Anatolia Oriental, parte del Imperio Otomano, constituyeron uno de los trágicos episodios de la Primera Guerra Mundial. Esos sucesos no pueden entenderse en abstracción de las condiciones de la Primera Guerra Mundial.

El Imperio Otomano, que recibió ataques en el oeste por parte de los temibles ejércitos y armadas de los poderes aliados, debió enfrentar un levantamiento armenio en el este, que ese mismo grupo de países provocó y apoyó. Uno de esos países inició una invasión de Anatolia Oriental con la ayuda de los armenios. Es importante subrayar que los armenios eran ciudadanos, en términos igualitarios, del Imperio. Sin embargo, se dejaron seducir por los poderes extranjeros y se volcaron en contra de su propio Estado.

El gobierno otomano de entonces, en aras de mitigar las amenazas militares en el este, tomó la decisión de reubicar a los armenios otomanos de esta región en otras zonas del Imperio después de la guerra.

Desafortunadamente, la implementación de esta decisión ha causado inmenso sufrimiento y pérdidas humanas. Lo que realmente sucedió aún debe estudiarse. Para ese fin, fue Turquía la que propuso a Armenia el establecimiento de una comisión conjunta, compuesta por historiadores turcos y armenios, para estudiar los sucesos de 1915 en los archivos de Turquía, Armenia y cualquier otro archivo relevante en otros países y compartir sus hallazgos con el público internacional.

Turquía espera que todas las partes interesadas, incluyendo a Armenia, actúen de la misma forma.

Sin embargo, hasta ahora, Armenia ha rechazado nuestra propuesta oficial de establecer una comisión conjunta de historia para estudiar los sucesos de 1915.

En relación con lo anterior, quisiera también aclarar que la cifra, un millón quinientos mil, es una mera fabricación. Los historiadores deben establecer el verdadero número. De hecho, Turquía está lista para estudiar el asunto con Armenia.

De acuerdo con el último censo llevado a cabo por la Dirección Otomana de Administración de los Registros Poblacionales —del Ministerio del Interior— antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, específicamente el 14 de marzo de 1914, había 1,295,000 armenios viviendo en el país. Documentos de la Dirección de Seguridad Pública y de la Dirección del Asentamiento de Tribus y Emigrantes, del mismo ministerio, muestran que 702,900 de ellos fueron sujetos a las reubicaciones de 1915-1916, y un gran número de las personas desplazadas sobrevivieron. George Montgomery, director de la Armenian-American Society y misionero protestante, enormemente crítico de los desplazamientos armenios, demostró en un reporte que redactó en 1919 que había 1,104,000 armenios otomanos después de la guerra. En la Conferencia de Paz de París de 1919, la comisión encargada del estudio de la responsabilidad de los autores de la guerra e imposición de penas decidió, unánimemente, que más de 200,000 armenios en el Imperio Otomano perdieron la vida durante la Primera Guerra Mundial.

Permítame también llamar su atención hacia cómo la población musulmana del Imperio Otomano que vivía en las zonas rurales de Anatolia Oriental fue expuesta a un inmenso sufrimiento como consecuencia de los actos brutales y temibles de las bandas criminales armenias durante 1915. Adjunto le envío un documento que refleja claramente uno de los episodios de este gran drama.

Debo también enfatizar que a finales de siglo XIX y principios del XX tuvo lugar una persecución de musulmanes otomanos, principalmente durante la disolución del Imperio Otomano. La mayoría de los musulmanes residentes de los Balcanes y el Cáucaso sufrieron: muchos de ellos murieron en los conflictos y otros huyeron.

La persecución de musulmanes fue constante a lo largo de la Primera Guerra Mundial, a manos de las tropas extranjeras invasoras en el este y durante la Guerra Turca de Independencia en el oeste, este y sur de Anatolia. Desafortunadamente, muchos armenios se unieron a los invasores extranjeros.

Aprendimos de nuestro pasado lo que significa ser un refugiado después de haber experimentado el inmenso sufrimiento de los musulmanes otomanos que vivían en el Cáucaso y los Balcanes, y que debieron migrar a Turquía, dejando atrás sus posesiones y a sus seres queridos.



Todas las naciones piensan que su sufrimiento es único. Sin embargo, podemos entender el sufrimiento de todas las naciones porque nosotros sufrimos mucho.

Todos debemos admitir que la Primera Guerra Mundial infligió sufrimiento en todos lados. Por lo tanto, no sólo fueron los armenios quienes sufrieron en aquellos tiempos.

Turquía y Armenia son países vecinos. Deberían ser capaces de tener un entendimiento común del pasado y cooperar para un futuro común. Por desgracia, nuestros amigos armenios no quieren trabajar con nosotros para comprender mejor lo que sucedió en 1915 y crear una atmósfera de reconciliación. Han optado por una política basada en sentimientos de venganza. Para este fin, buscan explotar sentimientos humanistas de terceros que no son muy versados en historia.

La rememoración imparcial y objetiva de estos dolorosos periodos de la historia es esencial, no sólo para comprender mejor la actualidad y el futuro, sino también para reconocer nuestro deber leal hacia todos los que sufrieron. Politizar este doloroso periodo de la historia y distorsionar la ley internacional de los derechos humanos es irrespetuoso para la memoria de todos los que murieron y que, sobre todas las cosas, deberían ser conmemorados sinceramente y con dignidad.

México y Turquía son dos países amistosos que han gozado de una cooperación fructífera en muchos campos. Desafortunadamente, algunos círculos no están contentos con esta próspera relación entre los dos países. Han comenzado una amplia campaña en contra de Turquía en México, en aras de ensombrecer la amistad turco-mexicana. Esperamos que ninguna persona o institución responsable permita ser instrumentalizada en esta campaña antiturca. Por lo pronto, nuestra esperanza es ver que nuestros amigos mexicanos no se dejen seducir por acusaciones antiturcas basadas en afirmaciones falsas.

Agradecería enormemente que mi carta fuera publicada en su revista. ❧

Con mis más cordiales saludos,

Oğuz Demiralp  
Embajador de Turquía



---

## In memoriam

YURI N. AFANASYEV

“La historia mal entendida es un asunto muy peligroso”, dijo nuestro consejero honorario Yuri N. Afanasyev, nacido en Ulyanovsk, región del Volga, en 1934, y muerto en Moscú, el 14 de septiembre de 2015, durante el cierre de esta edición de *Istor*. Colaborador de la URSS, primero, y feroz crítico de su sistema, después, Afanasyev vivió la cruda realidad de la Segunda Guerra Mundial y la consolidación del régimen soviético, para luego ser testigo y parte de su desmoronamiento. En 1991 fundó la Universidad Estatal Rusa de Humanidades, tras abandonar el Partido Comunista un año antes, que, entre muchas otras iniciativas, introdujo los estudios judíos en Rusia. Demócrata hasta la médula después de su experiencia y desencuentro histórico con el comunismo soviético, Afanasyev advirtió el tinte imperial del mandato de Vladimir Putin, un “nuevo estalinismo” de raíz criminal, en sus propias palabras.

HENNING MANKELL

Nacido en Estocolmo, Suecia, en 1948, Henning Mankell se convirtió en uno de los mejores novelistas de *noir* del presente, a través de su alter ego de ficción, el inspector Kurt Wallander. Gran lector del presente y sus injusticias, Mankell fundó y dirigió un teatro en Mozambique, dividiendo su vida entre la Europa escandinava y África, continente sobre el que abundó en su obra literaria. Avisado de que tenía cáncer en enero de 2014, Mankell

escribió una profunda reflexión autobiográfica sobre el hombre, el planeta y el tiempo en *Arenas movedizas* (Tusquets, 2015), libro que muy pronto reseñaremos en estas páginas. Murió el 5 de octubre de 2015, en Gotemburgo, Suecia. ☹

---

# Cajón de Sastre

Jean Meyer

**1** 904-1908, el primer genocidio del siglo XX fue perpetrado por el ejército alemán en el suroeste africano, hoy Namibia, contra los hereros y namas. 90,000 muertos. Sobrevivieron la tercera parte de los hereros y la mitad de los namas. En 1917 un joven juez irlandés, Thomas O'Reilly, investigó y redactó 200 terribles páginas, acompañadas de fotografías, el *Blue Book*; en 1927, por un acuerdo entre Gran Bretaña y Alemania, todos los ejemplares del informe fueron destruidos, menos uno, que sirvió a Elise Fontenaille-N'Diaye para el libro publicado por Calmann-Lévy, en 2015, con el mismo título.

En 1914, las autoridades coloniales alemanas de Camerún ejecutaron a Rudolf Manga Bell “Tet ekombo”, el “padre de la nación”. Christian Bommarius, jurista y periodista alemán, acaba de publicar en las ediciones Berenberg *Der gute Deutsche, El buen alemán*. No se limita a la víctima de lo que fue un crimen judicial, sino que presenta la violencia del dominio y de la explotación colonial entre 1884 y 1916, que fue comparable a la del Congo de Leopoldo II.

En 1924 la joven Unión Soviética creó nuevas divisiones territoriales tanto en la parte europea como en Asia central. Llama la atención, en el caso de la flamante república de Moldavia, capital Tiraspol, su casi coincidencia con el actual territorio de Tiraspol, a lo largo del río Dniéster, la república de Transnistria que se escindió de la Moldavia independiente bajo la protección del ejército ruso. La Moldavia actual, que no reconoce la independencia de Transnistria, era entonces parte de Rumania con el nom-

bre de Besarabia, capital Kishinev/Kishinau. Los mapas pueden verse en la revista *Foreign Affairs* de diciembre de 1924, pp. 510-512.

El 28 de septiembre de 1927, el presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Plutarco Elías Calles, manda una circular telegráfica a todos los Jefes de Operaciones Militares en lucha contra los cristeros: “Debiendo confeccionar una película cinematográfica para exhibirla en el extranjero, con relación a la rebelión clerical, he de merecerle se sirva enviar a la mayor brevedad posible, a consignación del Estado Mayor Presidencial, las banderas y demás objetos que, según su criterio, puedan servir para este caso, con los oficios que certifiquen el lugar de su adquisición, Atentamente, P.E. Calles.”

El 23 de marzo de 1928, en la revista alemana *Central-Vereins Zeitung*, se puede leer: “En varias partes se ha afirmado que Calles, el presidente de México, era hebreo. Hemos desmentido ya esta afirmación. Ahora podemos añadir a ésta también la declaración del capellán Francis Rodel de Munchen Pasing. “Calles es oriundo de familia mahometana y esta procedencia explica, de algún modo, la ferocidad de su lucha contra la Iglesia Católica. El nombre de Elías no demuestra en modo alguno que descienda de los hebreos. Incluso los mahometanos reconocen a los profetas [...] Es deplorable que incluso revistas católicas saquen del nombre Elías consecuencias calumniosas contra los israelitas, dando como alimento al antisemitismo un goloso bocado.” Más adelante la revista de la asociación germano-judía repite su condena del 22 de julio de 1927 contra “las violentísimas persecuciones (en México) de grupos completos de hombres a causa de su fe. Más que otros periódicos, el nuestro tiene derecho de hacer esta declaración, puesto que, desde su nacimiento, nosotros combatimos contra todas las persecuciones que son impuestas a los hombres a causa de su religión”.

12 de abril de 1936, del corresponsal del *Herald Tribune* en Moscú: “60,000 fieles embotellan la liturgia de Pascua en Moscú. Las 28 iglesias que todavía subsisten han celebrado misas de medianoche sin sufrir insultos de los ateos [...] Tres cuartas partes de mujeres [...] campesinos recién llegados a Moscú para trabajar no cabían en los templos y desbordaban en las calles”.

El mismo periódico menciona que “en la Ciudad de México 200,000 personas fueron a misa. Los templos quedaron más que llenos de las seis de la mañana a la una de la tarde del día siguiente”.

El poeta y escritor chuvash Guennadi Aigui escribe en sus *Conversaciones a distancia* (en ruso): “Mi generación creció sin padres. Basta decir que en mi pueblo había 300 hogares y que no volvieron de la guerra ni doscientos hombres. Parte de los que volvieron formaron —de eso soy testigo— el núcleo de la mafia del jolkoz y del soviet del pueblo. Su violencia y su crueldad se ejercía precisamente contra las pobres mujeres cuya llama subsistía [...] Para mí, el “pueblo” mismo es simplemente mi madre y sus sufrimientos” (edición francesa, París, Circé, 1994, p. 57-58).

Dmitri Volkogonov, general, historiador soviético, ex director del Instituto de Historia Militar, consejero del presidente Boris Yeltsin en asuntos militares, escribe en el *Moscow Times* del 10 de mayo de 1995, p. 8: “Los alemanes tomaron presos 4,500,000 soldados soviéticos. Regresaron con vida 1,836,000 de los cuales 1,055,000 fueron en seguida incorporados al ejército —422,000 habían servido durante la guerra en batallones disciplinarios; el resto, en las brigadas de trabajo en los campos de la policía secreta—. Según la orden 277, con fecha 28 de julio de 1942, en caso de pánico o retirada, los cobardes se fusilarían al instante. Bajo tal concepto 158,000 soldados fueron abatidos. Añade que 500,000 soviéticos que no querían pasar de los campos de prisioneros en Alemania a los campos del GULAG buscaron refugio en Europa y América.

Sobre la Operación Barbarossa, lanzada en junio de 1941 por Hitler contra la URSS, en violación del pacto germano-soviético, los historiadores alemanes publicaron en 1984 un excelente libro: *Unternehmen Barbarossa. Der Deutsche Ueberfall auf die Sowjetunion, 1941*, Ferdinand Schoeningh, Paderborn, bajo la dirección de G.R. Uberschaer y W.Wette. Entre los doce autores, H.H. Nolte señala que los manuales escolares alemanes, si bien son unánimes en condenar la política de conquista del III Reich, no insisten lo suficiente sobre “el carácter criminal con el cual el Reich llevó esa guerra”. G.R. Uberschaer ve en el fracaso alemán frente a Moscú, en diciembre

1941, y no en la batalla de Stalingrado, el gran viraje de la Segunda Guerra Mundial. En esa fecha, la Wehrmacht había perdido ya un millón de hombres, entre muertos, heridos y presos. C. Streit estudia la tragedia de los presos soviéticos, muertos de hambre o fríamente asesinados: de un total de 5,700,000 la cifra de los muertos va entre 2,500,000 y 3,300,000.

*Stalingrad*, documental de Pascale Lamche y Daniel Khamdamov (Francia, 2015, 3 x 52 minutos), cuenta en tres episodios la mayor batalla de la historia. De julio de 1942 a febrero de 1943, murieron 400,000 alemanes y entre 500,000 y 800,000 soviéticos. Excelente comentario, impresionantes imágenes mudas filmadas por los camarógrafos soviéticos, y los testimonios, breves y desgarradores, de los combatientes anónimos, tiradores de élite, enfermeras, oficiales que confirman la justeza de lo escrito por Vassili Grossman, corresponsal de la *Estrella Roja*: “aquí, el valor es contagioso”. Hay que leer sus *Cuadernos de guerra. Por una justa causa. Vida y destino*, obra maestra que trasciende el horror infernal del invierno de 1942.

*La chute du Reich*, documental francés de Olivier Wieviorka, historiador, y David Korn-Brzoza, cineasta, 100 minutos, DVD ZED, 17 euros. Narra los últimos once meses de espantosa violencia que acabaron con el III Reich: combates encarnecidos, violencias sin nombre, violaciones, saqueos, masacres de soldados rendidos y de civiles, errores de los altos mandos por parte de todos los ejércitos y, finalmente, las grandes migraciones forzadas de veinte millones de personas lanzadas a los cuatro vientos. 1945, una victoria que sabe a cenizas.

El 14 de septiembre de 1954, en los Urales, a unos mil kilómetros de Moscú, cerca del pueblito de Totskoye, el alto mando soviético detonó una bomba atómica en el aire, a tres kilómetros de 45,000 soldados y miles de civiles como parte de un ejercicio militar, para saber si la tropa podía combatir inmediatamente después de un bombardeo nuclear. Se ignora cuántos murieron, cuántos sufrieron las consecuencias de la exposición a las radiaciones, pero en 1993 salió de los archivos militares una película filmada en el momento que se pudo ver, parcialmente, en París en octubre de 1993. El periódico *Pravda* —lo recorté en aquel entonces— mencionó por



primera vez el caso en octubre de 1991, provocando testimonios de los veteranos sobrevivientes.

*Censored Voices* es otro caso de larga censura. Se trata de un documental israelí (2015) que recupera las grabaciones de las entrevistas que hicieron en 1967 los jóvenes soldados Amos Oz y Abraham Shapira a sus compañeros de armas, pocos días después de la Guerra relámpago de los Seis Días. El ejército israelí no dejó publicar sino 30 por ciento de las entrevistas. 45 años después la directora Mor Loushy y su esposo Daniel Sivan lograron convencer a Shapira, quien conservaba las cintas, de darlas a conocer. El documental salió en los festivales de Sundance, Berlín y Madrid. Amos Oz, ahora escritor mundialmente famoso, aparece al principio y al final del documental. El resultado es impresionante. Como dice Oz: “la tragedia es ganar una guerra, porque nadie quiere oír entonces quejas de sus militares vencedores. Menos aún cuando dicen “nosotros no éramos criminales, en la guerra nos convirtieron en asesinos” o “vi a los refugiados árabes saliendo de Jericó y me identifiqué con ellos, con aquellos padres llevando en brazos a sus hijos” (*El País*, 3 de mayo de 2014, p. 33).

En 1983, el teniente coronel soviético Stanislav Petrov, de la Defensa Antiaérea, evitó un inminente desastre nuclear cuando se negó a creer en las señales de un ataque estadounidense. El director Peter Anthony lo entrevista en su docuficción “The Man who Saved the World” (*Financial Times*, 16-17 de mayo 2015, pp. 1 y 2 de la sección “Life & Arts”).

Un mes después murió el historiador alemán Hans-Ulrich Wehler (1931-2014), uno de los autores más influyentes de la segunda mitad del siglo XX. Era amigo de Jürgen Habermas y dedicó su energía a estudiar a la sociedad alemana y las condiciones de la emergencia del nazismo. Karl Marx y más aún Max Weber fueron sus inspiradores. En 1975 lanzó la revista *Geschichte und Gesellschaft*.

El 28 de mayo de 2014 murió el gran historiador francés Maurice Agulhon, autor, entre otros libros, de *La République au village*, *Marianne au combat*, *De Gaulle: histoire, symbole, mythe*.

Unos meses después, murió el gran Jacques Le Goff, activísimo a la edad de noventa años. Nuestra revista le rindió homenaje en un número anterior.

A sus 94 años, Jean Starobinski, especialista en Rousseau, así como en Diderot y en... Kafka, sigue incansablemente trabajando. *Le Monde* del 14 de junio de 2014, en su sección “Culture & Idées”, pp. 4 y 5, le publica una larga y apasionante entrevista. En 2012 y 2013 Starobinski publicó *Accuser et séduire; Diderot, un diable de ramage; Les approches du sens, essais sur la critique*.

La Academia Mexicana de la Historia recibió como Académico Corresponsal al doctor Germán Carrera Damas, el 2 de septiembre de 2014. Su discurso tuvo como tema “Sobre la responsabilidad social del historiador venezolano contemporáneo”.

Cuando se acercaba el año 2015 y el centenario del inicio del genocidio, el Museo Armenio de París estaba amenazado. Creado en 1949, fue legado al Estado francés en 1978, pero se encontraba cerrado desde 1993, “por obras”. El comité de apoyo al museo denuncia al Estado como “silencioso sepulturero” (*Le Monde*, 18 de octubre 2014).

*Au nom du temple*, documental de Charles Enderlin y Dan Setton (Francia, 2015, 55 minutos) cuenta el largo e implacable proceso de “reconquista” de la “Judea-Samaria” por los colonos israelíes: 20,000, en 1977; 70,000 diez años después, y 380,000 hoy en esa Cisjordania.

*Sorella, une enfant dans la Shoah*, documental de Philippe Labrune (Francia, 2014, 52 minutos) que reconstituye minuciosamente un episodio del genocidio en Letonia, en diciembre de 1941, cuando, cerca de Liepaja, 2,772 judíos fueron asesinados. El relato empieza a partir de una foto tomada por un soldado alemán, minutos antes de la muerte: cuatro mujeres y, a la izquierda, cabizbaja, una niña de unos diez años. La foto se encuentra en el Museo Judío de Riga.

26 de junio de 2015: muere Evgueni Primakov, alto funcionario soviético, maestro espía, director del Instituto de Estudios Orientales de la Academia

de Ciencias, excelente diplomático, secretario de Relaciones Exteriores del presidente Boris Yeltsin, su primer ministro en 1998 y 1999. Lo conocimos durante su visita oficial en México. Cuando murió, acababa de publicar *Rusia, esperanzas e inquietudes*.

California estudia una propuesta para retirar de la Sala de las Estatuas, en el Capitolio, la estatua de fray Junípero Serra (canonizado por el papa Francisco el 23 de septiembre de 2015, en su viaje oficial a Washington) y sustituirla por la de Sally Ride, la primera americana que viajó al espacio. Cada Estado puede tener dos estatuas en ese lugar. California tiene hasta ahora al misionero y a Ronald Reagan.

La primavera y el verano de 2015 vieron multiplicarse los saqueos arqueológicos y las destrucciones de monumentos históricos en Irak y Siria por parte del Califato. La operación tiene dos dimensiones, la financiera en el mercado negro de las antigüedades, la simbólica ligada a la ideología del Estado islámico. Así, después de saquear el museo de Mosul, destruyeron en marzo la antigua ciudad asiria de Nimrud, y la ciudad parta de Hatra en el río Tigris; el 21 de mayo tomaron en Siria la ciudad antigua de Palmira, un sitio único. En seguida instalaron explosivos por todos lados, para prevenir un eventual intento de recuperar esa joya. Luego, a fines de agosto, empezaron las destrucciones: el templo de Baal ya no existe. Asesinaron a Jaled Asaad, 82 años, director durante cincuenta años del sitio arqueológico, colgado de un poste con un letrero de denuncia: “apóstata en conferencias con infieles, guardián de los ídolos”. Un héroe trágico que se negó a revelar dónde había escondido los tesoros del museo. El director general de Antigüedades y Museos de Siria, Masmun Abdulkarim, pidió la actuación de todos los gobiernos del mundo para salvar el patrimonio de la humanidad en su país (*El Universal*, 15 de septiembre de 2015).

En agosto muere Robert Conquest (1917-2015) cuya obra mayor, *El Gran Terror*, publicado en 1968, fue un estudio pionero de las purgas de Stalin. Conquest era un joven comunista cuando visitó Moscú en 1937, precisamente a la hora de los grandes procesos. Su estancia en Bulgaria a finales de la Segunda Guerra Mundial acabó con su comunismo. En 1990 la nueva

edición revisada de su gran libro integró los avances de la historiografía. En 1986 había publicado *Cosecha de dolor* sobre la hambruna mortífera de Ucrania que no duda en calificar de genocidio. ❧

---

## Colaboradores

Nuestro *Dossier*, dedicado a la figura de Vladimir Putin y la Rusia de hoy, está compuesto por los ensayos de **Armando Chaguaceda**, profesor e investigador de la Universidad de Guanajuato, historiador y politólogo cubano radicado en México, además de animador de este encuentro; **Jean Meyer**, profesor emérito de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y autor, entre una treintena de libros, de la varias veces reeditada *Rusia y sus imperios (1894-2005)*; **Rainer Matos Franco**, internacionalista de El Colegio de México que, actualmente, realiza sus estudios de posgrado en San Petersburgo, y el teórico y sociólogo ruso **Boris Kagarlitsky**, quien en su momento fuera disidente de la Rusia soviética y cuyo libro más reciente es *Back in the USSR* (The University of Chicago Press, 2009). En esta ocasión, nuestra *Ventana al mundo* ha sido abierta por nuestro amigo y consejero **Adolfo Castañón**, poeta, editor, ensayista, crítico y conocedor amplio de las letras no sólo nacionales, además de miembro de la Academia Mexicana. En *Usos y abusos de la historia* ofrecemos un amplio ensayo de **Juan Pedro Viqueira**, historiador de El Colegio de Michoacán y la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS, París), académico del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y autor de *Encrucijadas chiapanecas. Economía, religión e identidades* (Tusquets Editores/El Colegio de México, 2002). A manera de *Dossier* alternativo, en *Historia y literatura* presentamos el fruto del Seminario de Historia y Literatura 2015 de la División de Historia, en esta ocasión coordinado por Rafael Rojas y David Miklos y dedicado a la literatura y la historia cubanas recientes (1959-2015) y compuesto por textos de **Walfrido Dorta**, crítico, ensayista y doctorando en letras del Graduate Center de la Universidad de Nueva

York (CUNY); **Carlos A. Aguilera**, poeta, narrador, ensayista y antologador, autor de *El imperio Oblómov* (2014), entre otros libros, y los jóvenes escritores y editores cubanos, radicados en la isla y traídos a México por el Conaculta, **Ahmel Echevarría**, autor del volumen de cuentos *Búfalos al matadero* (2013), y **J.E. Lage**, autor de *Carbón 14, una novela de culto* (2010). Finalmente, en *Reseñas* presentamos un amplio ensayo bibliográfico sobre la novela más reciente de J.M. Coetzee a cargo del filósofo de la Universidad de Chicago **Robert B. Pippin**, así como una lectura de la nueva novela de Julián Herbert a manos del historiador coahuilense **Carlos Manuel Valdés**. ❧



# ISTOR

año XV, número 63, invierno de 2015, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2015 en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11.6 y 8 puntos.